



¿Normalidad después de la peste?



NUEVA SOCIEDAD

es una revista latinoamericana abierta a las corrientes de pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de la democracia política, económica y social.

Se publica cada dos meses en Buenos Aires, Argentina, y circula en toda América Latina.

Directora: Svenja Blanke

Jefe de redacción: Pablo Stefanoni

Coordinadora de producción: Silvina Cucchi

Plataforma digital: Mariano Schuster, Eugenia Corriés

Administración: Vanesa Knoop, Karin Ohmann

NUEVA SOCIEDAD Nº 296

Diseño original de portada: Horacio Wainhaus

Diagramación: Fabiana Di Matteo

Ilustraciones: Alejandro Magallanes

Corrección: Germán Conde, Vera Giaconi

Traducción al inglés de los sumarios: Kristie Robinson

Impreso en Talleres Gráficos Nuevo Offset,

Viel 1444, Buenos Aires, Argentina

Los artículos que integran **NUEVA SOCIEDAD** son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento de la Revista. Se permite, previa autorización, la reproducción de los ensayos y de las ilustraciones, a condición de que se mencione la fuente y se haga llegar una copia a la redacción.

NUEVA SOCIEDAD – ISSN 0251-3552

Oficinas: Humberto Primo 531, C1103ACK Buenos Aires, Argentina.

Tel/Fax: (54-11) 3708-1330

Correo electrónico: <info@nuso.org>

<distribucion@nuso.org> (distribución y ventas)

<www.nuso.org>

El portal **NUEVA SOCIEDAD** es una plataforma de reflexión sobre América Latina.
Articula un debate pluralista y democrático sobre política y políticas latinoamericanas.

 **NUEVA
SOCIEDAD**

es un proyecto de la

**FRIEDRICH
EBERT**

STIFTUNG

Noviembre-Diciembre 2021

Índice

COYUNTURA

4738 **Augusto Barrera G.** Ecuador: los laberintos de Guillermo Lasso 4

TRIBUNA GLOBAL

4739 **Cyryl Ryzak.** Tiempos de descontento en Bielorrusia 15

TEMA CENTRAL

4740 **Roger Chartier.** Leer en tiempos de pandemia 31

4741 **Juan Villoro.** Ventana al virus: las formas que no vemos 40

4742 **Martín Kohan.** La distancia, el futuro, la muerte 54

4743 **Ana Longoni.** Parir/partir 63

4744 **Alejandro Katz / Nicolás Kwiatkowski.** Soledad y pandemia.
Un diálogo con Claudia Hilb 71

4745 **Peio H. Riaño.** ¿Sobrevivirá el patrimonio cultural? Cambio
climático y pandemia 81

4746 **Cristina Rivera Garza.** Instrucciones para abrir una puerta 92

4747 **María Fernanda Ampuero.** Neblina 99

4748 **Benjamin Bratton.** Cómo evitar el colapso 109

4749 **Santiago Alba Rico.** El regreso de la Peste. Pansindemia
y normalidad 119

4750 **Iván de la Nuez.** El museo (hipernormal) que viene 131

4751 **Íñigo Errejón.** Lo que aprendí de la pandemia 137

ENSAYO

4752 **Martín Baña.** ¿Quién extraña el comunismo? Rusia a 30 años
de la disolución de la Unión Soviética 147

SUMMARIES

Segunda página

La expresión «nueva normalidad», en referencia a un presente pospandémico, se ha transformado en parte del léxico de los tiempos, sin que sepamos muy bien qué es lo nuevo ni qué tiene de normalidad. Quizás por ello resulte productivo pensarla borrando las fronteras entre lo real y lo ficticio (al final, así vivimos la pandemia) y apelar a diferentes registros para dar cuenta de los meses de confinamiento y del momento híbrido que transitamos. Con estas premisas hemos convocado a autoras y autores para que nos hablen de la «nueva normalidad» desde sus estilos, trayectorias y sensibilidades y aborden diferentes aspectos de esta primera gran pandemia global que nos toca vivir.

En el artículo que abre el *dossier*, Roger Chartier reflexiona sobre la lectura en tiempos de pandemia. Sin duda, muchas tendencias actuales se originaron antes del covid-19, pero el «evento» de la pandemia las agudizó: entre otras, la digitalización de los formatos, la concentración editorial, con supermercados del mundo como Amazon, y en muchos sitios, la desaparición de librerías. ¿Abre esta coyuntura un nuevo mundo de la cultura escrita? Es pronto para saberlo.

Hablando de libros y covid-19, Juan Villoro se pregunta quién escribirá la novela de la pandemia, en un ensayo en el que recorre los meses de confinamiento, espera y virus a través de una cantidad de imágenes tomadas de la literatura universal y de sus propias vivencias. Martín Kohan escribe sobre la distancia, el futuro y la muerte, tres palabras claves de estos meses en los que el mundo se «apestó» súbitamente. El covid-19, dice Kohan, nos pone frente a lo que perdurará y a lo que se borrará y, también, frente a los recuerdos falsos de esta situación excepcional. Ana Longoni retoma algunos de estos tópicos a partir de un ejercicio de ficción, que no obstante suena enormemente real, para indagar en los duelos, las distancias y los miedos que desata la pandemia de covid-19, y en la trama de afectos, decisiones y rituales de cuidados, sueños, memorias y presencias espectrales que nos sostiene. Claudia Hilb, en diálogo con Alejandro Katz y Nicolás Kwiatkowski, habla de la soledad y la pandemia, con una combinación de registro personal y filosófico. Para ello, parte del propio concepto de «soledad» y se hace preguntas como cuál es la relación entre la soledad y el mundo, y a partir de eso, cuál es el impacto que tiene la interrupción del mundo sobre nuestra experiencia de la soledad.

Cristina Rivera Garza y María Fernanda Ampuero abordan la «nueva normalidad» desde dos historias que ocurren puertas adentro. En su relato, Ampuero nos lleva a los días más extraños e intensos del confinamiento, a las relaciones interpersonales y al agobio, pero también a los pequeños gestos amorosos y a los «kits de supervivencia», material y emocional, de los que cada quien pudo dotarse. Por su parte, Rivera Garza nos da «instrucciones para abrir una puerta», mientras se pregunta: ¿qué será ahora estar otra vez allá afuera, en público, frente al cuerpo inaudito de alguien más? Pero también nos advierte que una vez que se abre una puerta no hay manera de desabrirarla, y todo entra: el miedo, por supuesto, pero sobre todo el aire, el gusto, el alborozo...

Peio Riaño aborda los riesgos que corre el patrimonio cultural en el mundo de la pandemia y el calentamiento global. Estos desafíos apenas comienzan a discutirse. El covid-19 no solo afectó las economías y redujo los presupuestos, también constituyó un ejercicio acerca de cómo poner límites al turismo de masas en zonas especialmente vulnerables y, más en general, nos acercó de manera muy vívida a lo que puede ser un colapso. Cómo evitar ese colapso, que hoy se asocia sobre todo a la crisis climática, es el tema del artículo de Benjamin Bratton, para quien no hay más remedio que abrazar «lo artificial». El plan consistiría en *terraformar*, no otros planetas o sus satélites, como pensó en el pasado la ciencia ficción, sino la propia Tierra.

Según Santiago Alba Rico, la pandemia se inscribe en un horizonte de normalidad que ya había transitado por cinco novedades históricas: descorporización, globalización, desdemocratización, precolapso ecológico y confinamiento tecnológico. Pero mientras que otras «plagas», como las guerras, nos resultan familiares –e inclusive alimentan la creatividad y la épica–, el covid-19 es mucho menos familiar; ya no recordamos las viejas pestes, mientras que la imposibilidad de construir un relato común nos deja políticamente inermes. Y allí hay varios desafíos para el progresismo. Íñigo Errejón piensa algunos de ellos. Vivimos en países donde la desigualdad creciente ha erosionado los vínculos de solidaridad cívica y de empatía, donde la individualización y fragmentación han rasgado los lazos comunitarios. Errejón se pregunta qué puede hacer la política en todo esto.

Y si con la pandemia hablamos mucho del futuro, o del no futuro, Iván de la Nuez nos lleva al futuro del pasado. Todo es para siempre hasta que un día no lo es más, dice citando una frase utilizada en un libro sobre la caída de la Unión Soviética, hace tres décadas, que hoy podría aplicarse a los museos. Estos han implosionado hace mucho, pero los viejos trucos los mantienen «vigentes». ¿Hasta cuándo?

Al final, como apunta Villoro, el género humano no sobrevive en silencio; lo primero que hacemos al sortear un cataclismo es comentarlo. Eso tratamos de hacer en este número de NUEVA SOCIEDAD, no solo con palabras sino con ilustraciones. Las líneas trazadas por Alejandro Magallanes funcionan sin duda como un plus de sentido a lo que podemos «comentar» mientras esta «normalidad» sigue transcurriendo.

Ecuador: los laberintos de Guillermo Lasso

Augusto Barrera G.

El presidente ecuatoriano se encuentra en medio de una crisis de múltiples dimensiones, agravada por las filtraciones de Pandora Papers y por su débil representación parlamentaria. No obstante, las divisiones en el campo progresista y el apoyo del establishment le dan algo de aire para impulsar un gobierno que se alejó de la imagen remozada de la campaña electoral y se acercó a la del neoliberalismo de los años 90.

Después del triunfo en el balotaje frente al correísta Andrés Arauz (Revolución Ciudadana), el establishment político, económico y mediático ecuatoriano esperaba que, tras una década de campaña del ex-banquero Guillermo Lasso (del Movimiento CREO), se materializara un gobierno pensado, preparado y equipado para los desafíos del país. Sin embargo, su auspicioso arranque, producto del plan de vacunación, ha devenido en una gestión estatal que enfrenta hoy complejos desafíos, que van desde la propia permanencia en el cargo del presidente hasta

las condiciones de gobernabilidad de su mandato. Se trata de una coyuntura fluida y en plena definición de posiciones y correlaciones de los principales actores sociales y políticos, en medio de un creciente escepticismo e inconformidad ciudadana.

Arranque auspicioso y rápido deterioro

La primera tarea que acometió el nuevo gobierno en mayo de este año fue la activación del plan de vacunación.

Augusto Barrera G.: es doctor en Ciencias Políticas y de la Administración y Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid. Fue alcalde del Distrito Metropolitano de Quito entre 2009 y 2014. Actualmente se desempeña como profesor en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE).

Palabras claves: ajuste, inseguridad, protestas, Guillermo Lasso, Ecuador.

Nota: el autor agradece los aportes y observaciones de varios colegas en la elaboración de este ensayo.

Tras la torpe e indolente gestión del gobierno de Lenín Moreno, salpicada con casos de corrupción y «vacunados VIP», Lasso optó por el pragmatismo y aprovechó todas las posibilidades que la oferta mundial de vacunas ponía a su disposición, fuera de condicionalidades comerciales y geopolíticas. Activó acuerdos con China (Sinovac y Cansino), con lo que pudo cumplir con el ofrecimiento de vacunar a nueve millones de ecuatorianos en 100 días; además la activa y efectiva participación de todos los estamentos de la sociedad —universidades, empresa privada, organizaciones sociales— permitió que esto fuera posible.

El éxito del proceso de vacunación se reflejó en una alta aceptación en las encuestas y un positivo ánimo social. Sin embargo, luego de este auspicioso arranque, se produjo una serie de acontecimientos que han puesto al desnudo la naturaleza y los límites de la gestión del gobierno de Lasso. Cuatro aspectos se han convertido en desencadenantes de este bajón: el recrudecimiento de la violencia delincriminal y, en particular, la crisis carcelaria; el fondo y la forma de la fallida aprobación de una ley denominada de «Creación de Oportunidades»; la activación de la movilización social y, durante las últimas semanas, el escándalo derivado de la publicación de los Pandora Papers.

Con menos de seis meses en el poder, el gobierno sufría ya un desgaste

importante, reflejado en una brusca caída en la aprobación en las encuestas¹, en la paulatina activación de la movilización social, en el clima de confrontación con el Legislativo y en una posición defensiva frente a las investigaciones sobre los paraísos fiscales. El tobogán político ha puesto en juego, en tiempo récord, la permanencia, el programa y la gobernabilidad del autodenominado «gobierno del encuentro».

Lo que está en juego: hechos y sentido

La crisis de seguridad y la dantesca situación carcelaria

Ecuador conservaba todavía el imaginario de «isla de paz» en medio de la violencia de los países vecinos. Esa ilusión se ha roto en pedazos: en lo que va de este año se han registrado cerca de 2.000 muertes violentas, y la tasa de homicidios se ha duplicado desde 2016, pasando de 5,81 a 10,62 por cada 100.000 habitantes en 2021². Los noticieros y las redes sociales están llenos de ejecuciones producto del sicariato y de una inusual violencia que acompaña los hechos delictivos. En ese escenario estalló la barbarie de la realidad carcelaria. Ya en 2020 se habían producido sangrientos amotinamientos en varias cárceles del país

1. «La aprobación de la gestión presidencial cayó en casi un 40% del 13 de julio al 04 de octubre» en *Notimundo*, 13/10/2021.

2. «La tasa de homicidios en Ecuador se duplicó en los últimos seis años» en *El Comercio*, 20/10/2021.

y en lo que va de 2021 se han registrado más de 250 muertes de personas privadas de libertad, ocurridas en tres grandes eventos (con 118, 79 y 22 fallecidos respectivamente) y en los cotidianos asesinatos³. La crudeza de las imágenes y la certeza de que el Estado ha perdido el control del sistema de rehabilitación contrastan con la rotación de funcionarios responsables (tres en estos meses) y el desentendimiento del Ministerio de Gobierno, que ha dicho paladinamente que estos hechos no son de su competencia.

No podemos abordar aquí de manera exhaustiva la crisis carcelaria ecuatoriana, pero especialistas han señalado la concurrencia de varios factores: el cambio del rol del país en la cadena logística del narcotráfico (nueva «autopista»), la profunda penetración de organizaciones narcodelictivas en el tejido social de barrios y ciudades y la consiguiente disputa territorial, en medio del caldo de cultivo de miles de jóvenes desempleados y sin esperanza a la vista. El hacinamiento y la corrupción del sistema son otros factores que agravan la situación⁴.

Como sea, el cuadro muestra de manera dramática la incapacidad del Estado para asumir la función básica de precautelar la vida y la seguridad de los ciudadanos a través de una política pública basada en argumentos,

evidencias y responsabilidades. La salida del gobierno ha sido decretar un estado de excepción con intervención militar, pero a varias semanas se evidencia que no hay control de cárceles y calles. Se ha persistido en responsabilizar al gobierno de Rafael Correa, lo cual elude un debate serio sobre la seguridad y la rehabilitación y, no menos importante, sobre inclusión y prevención social.

La vieja estrategia de las leyes trole

El 24 de septiembre, aún con la conmoción de la crisis carcelaria, el gobierno envió el proyecto de ley con carácter de económico urgente denominado Ley Orgánica de Creación de Oportunidades, Desarrollo Económico y Sostenibilidad Fiscal, que por su naturaleza debía ser analizado por la Asamblea Nacional en un mes, caso contrario entraría en vigor automáticamente bajo la figura del «ministerio de la ley»⁵.

Desde una perspectiva programática, el proyecto bautizado con el nombre del partido del presidente Lasso se convirtió en la piedra angular del programa del gobierno inscrita en la tradición neoliberal autoritaria de los años 90, con las denominadas «leyes trole», que pretendían modificar de un plumazo amplios ámbitos de la regulación pública. Concretamente, el proyecto de Lasso

3. «Ecuador: al menos 118 muertos en una cárcel de Guayaquil en enfrentamientos entre bandas rivales con granadas y decapitaciones» en *BBC Mundo*, 29/9/2021.

4. Norberto Paredes: «Ecuador: 4 claves que explican qué hay detrás de la masacre carcelaria que dejó al menos 119 muertos, la peor de la historia del país» en *BBC Mundo*, 30/9/2021.

5. Karol E. Noroña: «¿Qué parámetros fija el proyecto de ley Creando Oportunidades para el despido de trabajadores? Te explicamos» en *GK*, 25/9/2021.

contemplaba cuatro libros con 335 artículos y más de 20 disposiciones que abordaban desde la creación de un régimen laboral alternativo al vigente Código del Trabajo, estableciendo normas de flexibilización laboral, hasta impositivas tributarias temporales básicamente sobre la clase media, además de normas para un régimen impositivo único y temporal para activos en el exterior, entre varias otras reformas⁶. Como era previsible, la Asamblea Nacional devolvió el proyecto argumentando que contravenía el artículo 136 de la Constitución que obliga a que los proyectos de carácter económico urgente refieran a una sola materia. La medida fue adoptada por el Consejo de Administración del Legislativo (CAL), cuya composición, valga la aclaración, fue auspiciada por el propio Ejecutivo.

La reacción gubernamental frente a esta respuesta llevó la confrontación a otro nivel; el presidente acusó a la Asamblea de bloqueo y puso sobre la mesa la amenaza de «muerte cruzada», un dispositivo constitucional que permite la disolución del Parlamento y el adelanto de las elecciones generales, incluyendo las presidenciales. El telón de fondo de este enfrentamiento fue una fuerte campaña de deslegitimación del Legislativo y una guerra de dimes y diretes en la que ambos poderes y toda la institucionalidad terminaron perdiendo. Al final, el presidente reculó

y optó por enviar tres proyectos de ley distintos, cada uno de los cuales atañe a materias específicas.

El primero de ellos, la Ley de Sostenibilidad Fiscal, ha sido enviado y ha comenzado su tratamiento. Incorpora la contribución extraordinaria al patrimonio de grandes empresas y de personas naturales, un avance en lugar del incremento del IVA, pero incluye algunos aspectos polémicos, como la reemisión y amnistía tributaria para capitales en el exterior que no han declarado ni pagado impuestos; nuevas exoneraciones a los impuestos a la herencia y la posibilidad de remisiones permanentes de impuestos mediante mediación y arbitraje⁷.

Más allá del rifirrafe «normal» en la política, hay tres elementos que explican la intención del gobierno de escalar y tensionar para obligar a un nuevo encuadre de fuerzas. El primero es que se puso en juego la viabilidad del programa real, bastante soslayado en la segunda vuelta y por la campaña de vacunación. Se trata esencialmente de una réplica del recetario neoliberal de los años 90: ajuste y achicamiento del Estado, privatizaciones de los sectores rentables (telecomunicaciones, energía), flexibilización laboral, ampliación de la actividad extractiva minera y petrolera y estímulos a la inversión. Los otros elementos que explican la beligerancia

6. Marco Tafur S.: «Ley Creando Oportunidades: Los signos de la acumulación», Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Central del Ecuador, 14/10/2021.

7. Andrés Mideros Mora: «El gobierno lanza popurrí de medidas, entre las que hay contradicciones» en *Primicias*, 3/11/2021.

gubernamental, que abordaremos de inmediato, son el inicio de la movilización social y la publicación de los Pandora Papers.

La activación de la movilización social

A pocas semanas de iniciado el gobierno, se produjeron algunas protestas de sectores agrícolas de la costa por el precio del arroz y el incumplimiento de compromisos de campaña. Pero el malestar más general estaba ligado al incremento mensual del precio de los combustibles, que condujo a una nueva convocatoria a la movilización de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie). La protesta se cumplió con un balance positivo de parte de la organización matriz del movimiento indígena y la afirmación gubernamental de que las marchas fueron un fracaso. La Conaie había definido movilizarse en localidades y no avanzar hacia Quito, tal como ocurrió en varias provincias. Y finalmente, el paro se interrumpió por la salida del país del presidente Lasso y por la declaratoria de un largo feriado a inicios de noviembre.

Si bien la movilización social fue más bien localizada y no generó el efecto de desborde de las protestas de 2019, fijó la posición del movimiento indígena y de varios sectores organizados frente al gobierno e introdujo las calles como un escenario alternativo al

Parlamento para el procesamiento de la política. La respuesta del gobierno se ha movido entre intentos de diálogo y fortalecimiento de los dispositivos represivos, entre los que el estado de excepción, decretado por los motivos de seguridad señalados antes, terminan siendo funcionales.

Las implicaciones de los Pandora Papers

En realidad, los vínculos con empresas *offshore* no son un tema nuevo en la historia político-empresarial de Lasso, accionista principal del Banco de Guayaquil, segunda institución financiera del país, pero la revelación cayó como balde de agua fría en la coyuntura política actual. El 3 de octubre se hizo pública la investigación del Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación (ICIJ, por sus siglas en inglés) llamada Pandora Papers. En ella se revelaba que tres presidentes latinoamericanos eran parte de los cerca de 300 políticos y funcionarios públicos de más de 90 países que tienen compañías y cuentas en paraísos fiscales. Uno de ellos es, precisamente, Guillermo Lasso⁸.

Según el diario *El País*, Lasso eliminó esas compañías antes de lanzarse por tercera vez a la Presidencia y «movió sus fichas» después de que en 2017 se aprobara una ley que prohibía que los candidatos a cargos públicos fueran beneficiarios de sociedades en paraísos

8. ICIJ: «Pandora Papers: The Largest Investigation in Journalism History Exposes a Shadow Financial System that Benefits the World's Most Rich and Powerful», disponible en <www.icij.org/investigations/pandora-papers/>.

fiscales⁹. Pero lo que está en cuestión es el destino de esos activos (a quién los transfirió), los tiempos de esas operaciones (antes o después de ser candidato) y sus implicaciones tributarias.

En el caso ecuatoriano, esto tiene algunos ribetes especiales. Como efecto de la publicación de los Papeles de Panamá, en febrero de 2017 se realizó una consulta popular cuya aprobación derivó en una ley orgánica que determina que, para ostentar una dignidad de elección popular o para ser servidor público, no se podrá tener bienes o capitales, de cualquier naturaleza, en territorios considerados paraísos fiscales. Para la operacionalización de la ley, el Servicio de Rentas Internas estableció una lista específica de jurisdicciones y regímenes que son considerados en esta categoría. En su momento, Lasso denunció que la consulta tenía la intención de inhabilitar su candidatura, pero luego indicó que no estaba incurso en esas inhabilidades y, de hecho, presentó sus candidaturas en 2017 y 2021.

El escenario que se le abre a Lasso con el escándalo de los Pandora Papers luce complejo. A comienzos de noviembre, la Comisión de Garantías Constitucionales, designada no sin conflicto por la Asamblea Nacional para investigar este tema, aprobó un informe no

vinculante sobre la investigación sobre el entramado de los Pandora Papers¹⁰. El informe provocó el rechazo del gobierno, que señaló irrespeto al debido proceso y falta de validez jurídica y lo tildó de acto de oposición e intento de un golpe de Estado. De hecho, unas semanas antes, Lasso había señalado que se trataba de un complot internacional liderado por el mismísimo George Soros¹¹. Después de conocido el informe, ya se ha hecho pública una declaración del Partido Social Cristiano (PSC) tomando distancias de este¹² y otro de la Conaie, respaldándolo¹³.

Este informe deberá ser tratado por la Asamblea Nacional, con lo que se abre un nuevo escenario, seguramente muy polarizado, de procesamiento de este tema, que pone en juego a todas las instituciones de control y al conjunto de fuerzas políticas y sociales que deberán tomar posición y esclarecer esta situación.

Los actores y las arenas en disputa

Vale la pena hacer una breve caracterización de los actores en esta agitada coyuntura para comprender mejor las arenas y eventualmente los desenlaces de este momento conflictivo; sirve además porque, como suele ocurrir

9. Inés Santaaulalia, Mónica Almeida y Paul Mena M.: «El entramado 'offshore' de Guillermo Lasso, el banquero que llegó a presidente de Ecuador» en *El País*, 3/10/2021.

10. «Ecuador: Comisión señala a Guillermo Lasso por 'Pandora Papers'» en *DW*, 6/11/2021.

11. Iván Ulchur-Rota: «El presidente tiene miedo» en *GK*, 20/11/2021.

12. «PSC no apoyará destitución del presidente de la República fuera del marco constitucional» en *El Universo*, 7/11/2021.

13. «Conaie se refiere al informe legislativo sobre el caso 'Pandora Papers'» en *Primicias*, 7/11/2021.

durante los primeros momentos de un gobierno, se han ido decantando fuerzas y posiciones.

Decantación de la fracción dominante: lo que representa el gobierno de Lasso

Si bien la campaña electoral para la segunda vuelta mostró a un Lasso moderno y abierto a la diversidad étnica o incluso ideológica como resultado de los consejos de su asesor Jaime Durán Barba, lo que ha decantado en el ejercicio del poder da cuenta de un gobierno que expresa al capital financiero fuertemente articulado con el ideario fondomonetarista. El núcleo duro del gobierno proviene de una fundación de pensamiento ultraliberal, y la operación política está encargada a antiguos cuadros de la Democracia Cristiana, que sucumbió después de la debacle producida por la crisis financiera de la década de 1990. No hay mucho de nuevo.

Cuenta a su favor con el alineamiento de las cámaras empresariales y de los grandes medios de comunicación, de cuyo seno han salido algunos de los funcionarios del gobierno. La relación con las Fuerzas Armadas va adquiriendo un rol político importante bajo la narrativa del enemigo interno, la escalada delictiva y la protesta social; la institución militar ha sido convocada a salir a las calles mediante la declaratoria de estado de excepción en el que permanece el país.

Pero más allá de las fuerzas que sostienen al gobierno, la acción concreta de gobernar deja la impresión de improvisación, débil gestión y falta

de experiencia política. Los dichos y expresiones de varios de sus voceros, comenzando por el propio presidente, dan cuenta de una abstracción y distancia de los problemas reales de la sociedad. Resulta evidente la incompreensión de aspectos centrales del país, incluyendo los marcos legales y constitucionales. La narrativa se reduce a culpar al pasado, aunque hay claras líneas de continuidad con la fase final del gobierno de Moreno.

Muy cerca del bloque gubernamental y como un aliado legislativo aparece la Izquierda Democrática (otro día una organización socialdemócrata), que ha tenido el pobre papel de comodín del gobierno; inclusive algunos de sus miembros, entre ellos la ex-segunda vicepresidenta de la Asamblea, Bella Jiménez, recientemente destituida, se han visto cuestionados dentro de su propio partido. Está lejos de construir alguna línea de interpretación «socialdemócrata» de la situación y será un grupo más de la negociación gubernamental, renunciando al significativo resultado electoral que obtuvo su candidato presidencial. El discurso del pacto por la estabilidad es el paraguas narrativo para esta actuación.

Lo que está abierto es, en cambio, la compleja relación con el psc, el mayor partido de la derecha durante las últimas décadas. Si bien el ex-alcalde y caudillo de Guayaquil, Jaime Nebot, su líder histórico, declinó su participación electoral o la de un candidato de su tienda e intervino activamente a favor de Lasso, la relación se erosionó al inicio del gobierno por una presunta

traición de Lasso a un acuerdo de gobernabilidad que incluía a la Revolución Ciudadana de Correa¹⁴. El psc mantiene una fuerza importante en Guayaquil y la costa ecuatoriana y será un actor decisivo en el escenario parlamentario que procesará las leyes y el probable proceso político al presidente. Nebot ha sido acusado por Lasso de ser parte del «triumvirato de la conspiración» junto con Correa y Leonidas Iza. Pero la gran interrogante es cómo actuará finalmente en los temas decisivos y, por lo mismo, cuál es el alcance del distanciamiento y cuáles las razones profundas y seguramente inescrutables que lo explican. De cualquier forma, social e ideológicamente expresa a un sector muy cercano a las tesis del gobierno.

Los actores de la movilización social

El movimiento indígena se ha erigido como contradictor en la calle y en la lucha social, logrando el alineamiento de un sector importante del movimiento social en torno de la movilización, que se encontraba suspendida temporalmente al momento de escribir este artículo.

Octubre de 2019 fue un momento de recomposición de la Conaie, luego de más de una década marcada por la confrontación política con el gobierno de Correa, así como por la cercanía de varios de sus cuadros con el centro o la derecha. En esta

movilización emergió el liderazgo de Leonidas Iza, del Movimiento Indígena de Cotopaxi, quien, sin presidir la Conaie, condujo la movilización y fue la voz más visible en el diálogo con el gobierno. Su estrategia de enfrentar centralmente la subida de los combustibles, sin entrar en el juego del derrocamiento del gobierno de Moreno ni priorizar demandas exclusivas de los pueblos y nacionalidades indígenas, sintonizó con amplios sectores populares y con ello logró sostener y ampliar la movilización hasta la derogatoria del decreto 883. Iza expresa una visión más cercana a la «dirigencia histórica» del movimiento indígena de los años 90: pone el foco en la lucha política extrainstitucional y mantiene su perfil e identidad étnica, pero amplía el campo de unidad con otros sectores sociales y tiene una clara posición antineoliberal.

Luego de la movilización de octubre de 2019, los efectos de la pandemia y las medidas de confinamiento, el temor y la crisis socioeconómica derivada provocaron un largo enfriamiento de las calles y una notable reducción de la lucha social, que se reorientó hacia iniciativas de solidaridad entre comunidades campesinas e indígenas. Por otro lado, una fuerte estigmatización de los daños sobre la ciudad de Quito ha alentado una derechización de la opinión pública de la ciudad y una demonización de la protesta. En cualquier caso, la pandemia fue la tabla de

14. Blanca Moncada: «Jaime Nebot: ‘Hay que salvar al capitalismo de ciertos capitalistas’» en *Expreso*, 28/9/2021.

salvación del gobierno de Moreno, que pudo neutralizar las protestas y llegar así al proceso electoral de 2021.

Empujado por el respaldo que logró la lucha de octubre de 2019, el candidato presidencial del Movimiento Pachacutik, Yaku Pérez, llegó tercero en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de febrero de 2021 con 19,39% de los votos, a décimas de Lasso (19,74%). Fue tan pequeña la diferencia que propició una fuerte impugnación desde el movimiento indígena por un presunto fraude.

Mientras en el ámbito institucional Pachakutik sacaba provecho de la pugna entre Lasso, Nebot y Correa, que abría un escenario de negociaciones con el gobierno, en la orilla extrainstitucional Iza ganaba la Presidencia de la Conaie con un discurso radicalmente crítico del «gobierno neoliberal», la dirigencia del propio Pachakutik y el rol del bloque del movimiento en la Asamblea Nacional. Apenas asumió la Presidencia de Conaie, Iza retomó los acuerdos con diversas organizaciones sociales (trabajadores, campesinos de la costa, estudiantes, ecologistas) en procura de fortalecer un bloque popular «antineoliberal». Se trata sin duda de un actor decisivo en términos de la respuesta social en el plano de la movilización.

El otro actor enfrentado al gobierno es Revolución Ciudadana (RC), que cuenta con el bloque parlamentario más numeroso y activo, así como con

una importante influencia política. Hace poco logró el reconocimiento de su sigla y ha mantenido como eje discursivo la reivindicación del gobierno de Correa y la denuncia por la persecución y la judicialización de la política. RC ha concentrado su acción en el plano legislativo e institucional y no cuenta con los resortes sociales y organizativos que permitan una actuación global como bloque político-social. La estrategia de aislamiento desplegada por algunos sectores se ve reforzada por la falta de construcción de ámbitos de convergencia y articulación respetuosa con otros espacios del progresismo y del movimiento social.

De hecho, fuera de estas dos grandes corrientes partidarias y sociales, hay un resurgimiento de dinámicas sociales importantes como el movimiento feminista y los colectivos de defensa de derechos sexuales y reproductivos, ambientalistas y de defensa de la comunicación.

Se trata de un campo social y político amplio y potencialmente poderoso, pero que no logra un nivel de articulación política y social que supere rencillas y se conecte con el sentir mayoritario de la sociedad, para quien lo más importante es el futuro.

Las arenas del conflicto

Pese a las distancias en la guerra de encuestas¹⁵, todas coinciden en una drástica caída de la aceptación de

15. «Clima social: Presidente Lasso desciende 20 puntos, tiene 42,3% de aprobación» en *Confirmado.net*, 19/10/2021.

Lasso. Las cifras de desempleo y pobreza son desoladoras y las expectativas de reactivación y crecimiento mostradas por el propio gobierno son más bien modestas.

El conflicto se procesa en este momento en tres arenas: el Legislativo, las calles y el estado de ánimo ciudadano.

Un Parlamento con poca credibilidad será un escenario central de las batallas políticas, porque allí se debatirán los proyectos de ley decisivos para el plan de gobierno de Lasso y se resolverá su permanencia a partir de los alcances del proceso de investigación y eventuales implicaciones legales y políticas derivadas del caso Pandora Papers.

Aunque el bloque de CREO comenzó con unos pocos legisladores, ha logrado ampliarse a 32, y la aspiración del Ejecutivo es constituir una mayoría con 23 de Pachakutik y 15 de Izquierda Democrática, con lo que sumaría 69, apenas a una banca de lograr la mayoría absoluta requerida para aprobar leyes o para evitar censuras y destituciones¹⁶. Este escenario feliz para el gobierno es, sin embargo, poco probable, porque supondría un giro insostenible internamente en Pachakutik y en su relación compleja pero filial con la Conaie; sin embargo, son conocidas las divergencias internas del partido de base indígena y desde el gobierno se trabaja para profundizarlas. Pero aun si Lasso no logra un bloque unificado, sí es posible que se logren mayorías móviles

y negociaciones específicas que eviten la consolidación de un bloque opositor de Pachakutik, RC y el PSC, que es el mayor temor del gobierno, a punto tal de calificarlo como el «triumvirato de la conspiración». En esta dinámica está presente el clivaje correísmo/ anticorreísmo y la lectura de ciertos sectores de Pachakutik e Izquierda Democrática de que toda pérdida del gobierno sería ganancia para el correísmo. Este discurso permite legitimar cualquier cosa y funciona como línea roja que impide construir un nuevo campo político y discursivo anti o posneoliberal. No se ve aún una estrategia confluyente ni articulada, ni elementos que permitan avizorar la construcción de una oposición programática. Y en este desajuste reside la mayor fortaleza de Lasso y del bloque neoliberal.

El segundo escenario estará en las calles por la impugnación de la agenda económica, los recortes presupuestarios y la contrarreforma laboral. La abrumadora acción de los medios de comunicación masiva se ha orientado a minimizar el caso de Pandora Papers y a estigmatizar la protesta social como terrorismo. Se trata de un encuadre de guerra social y de enemigo interno que, además de clausurar condiciones efectivas de diálogo y debate (más allá de las kermeses entre quienes piensan igual), debilita la política y las instituciones de debate democrático.

La movilización está de momento suspendida, pero es previsible que

16. María Sol Borja: «Débiles puentes» en *GK*, 25/10/2021.

haya nuevas mediciones de fuerzas si el formato de enemigo interno persiste. Los tiempos de la movilización social suelen ser distintos de los de las urgencias políticas, pero la historia del país está llena de desbordes sociales que han terminado de un tajo con gobernantes indolentes. Hay una lista ya de demandas sobre reducciones presupuestarias, afectaciones de derechos y privatizaciones en marcha.

El tercer escenario es más general y tiene que ver con la gobernabilidad y el desbordamiento de los conflictos. La pregunta es cuál es el músculo político que tendrá el gobierno para gestionar los largos tres años y medio que le quedan. Claro que ganó la segunda vuelta y que tiene alineado al poder económico, pero no debe olvidar que en la primera vuelta Lasso obtuvo menos de 20% y que el país no es un banco. Algunas preguntas quedan sobre la mesa: ¿qué inversionista va a traer su dinero al país si el presidente se ha empeñado en sacarlo? ¿Con qué autoridad moral se piden esfuerzos a las clases medias y populares si los datos de elusión y evasión impositiva

de grandes grupos económicos son escalofriantes y buena parte de ellos tienen ya su residencia fiscal fuera del país?

No es posible avizorar el desenlace de la actual situación, es un momento muy fluido. Los factores duros de poder apuntan a una salida neoliberal con algunos ribetes autoritarios, acciados en el discurso de los consensos y como respuesta a la terrible sensación de inseguridad. Pero esta vía sería políticamente maltrecha y tendría elevados costos sociales y políticos. Incluso internacionalmente, el alcance del *affaire* de los paraísos fiscales es un serio golpe a la credibilidad del gobierno.

También es verdad que desde el campo progresista aún falta capacidad para construir un marco interpretativo y de sentido que permita la conformación de un espacio político, social, cultural y hasta emocional más articulado, que derrote el sectarismo que empobrece la acción intelectual y política, y que se ponga a la altura de las necesidades de un pueblo golpeado por la pandemia y la desidia. ☐

Tiempos de descontento en Bielorrusia

Cyryl Ryzak

El modelo bielorruso se distingue de sus homólogos postsoviéticos en el mantenimiento de un gran sector público en la economía, asociado al poder personal de Aleksandr Lukashenko, presidente desde 1994. Tras las elecciones de 2020, un amplio movimiento de protesta, que incluyó a trabajadores industriales, desafió el poder presidencial.

En agosto de 2020, Aleksandr Lukashenko se impuso a Svetlana Tijanóvskaya en las elecciones presidenciales de Bielorrusia, con lo que se aseguró el sexto mandato consecutivo desde su llegada al poder en 1994. La Comisión Electoral Central de Bielorrusia afirmó que Lukashenko había obtenido más de 80% de los votos. Si bien los observadores internacionales han detectado irregularidades y violaciones de las normativas en todas las elecciones presidenciales del país desde 1994, los resultados de 2020 provocaron protestas callejeras sin precedentes. Lukashenko

respondió con violencia, desplegando el Escuadrón Móvil para Propósitos Especiales (OMON), la policía antidisturbios de Bielorrusia, contra los manifestantes. La represión no hizo sino intensificar la lucha entre la población y el presidente. Cientos de miles de personas se manifestaron en la capital, Minsk, y en el interior del país. Los trabajadores y trabajadoras de las principales empresas industriales se declararon en huelga. La ola de protestas continuó durante varios meses y se ganó la admiración de una buena parte del mundo.

Cyryl Ryzak: trabaja como investigador para un sindicato. Vive en la ciudad de Nueva York.

Palabras claves: protestas, represión, sindicatos, Aleksandr Lukashenko, Bielorrusia.

Nota: la versión original de este artículo en inglés fue publicada en *Dissent*, verano de 2021, con el título «Belarus's Season of Discontent». Traducción: Rodrigo Sebastián.

Pero el impulso del movimiento se disipó en gran medida con la llegada del invierno, y los manifestantes se enfrentaron a una salvaje ola de represión, que incluyó asesinatos a manos de la policía, duras condenas de cárcel o la pérdida del empleo por los más mínimos actos de protesta. Una minoría de activistas continúa hoy la lucha dentro y fuera del país, pero ya no hay protestas multitudinarias. Lukashenko declaró la victoria en lo que llamó una «guerra relámpago» (*Blitzkrieg*) en su contra.

El 11 de febrero, en la Asamblea Popular de Toda Bielorrusia, una reunión masiva de delegados leales celebrada cada cinco años, Lukashenko y su actual equipo de gobierno reiteraron el discurso habitual para justificar su poder. El primer ministro, Roman Golovchenko, advirtió que las propuestas de «reforma de la economía bielorrusa siguiendo la receta liberal» condujeron a la «quiebra económica y al *default* de muchos países». La reivindicación de legitimidad de Lukashenko se basa en que él es el único reaseguro para los trabajadores de las empresas industriales estatales bielorrusas frente al horizonte del desempleo masivo.

Bielorrusia prácticamente no tiene pobreza si esta se calcula utilizando el umbral del Banco Mundial de 5,50 dólares diarios por persona, condición que solo cumplen Eslovenia y la República Checa entre los países poscomunistas. Además, se ha conservado en gran medida la herencia educativa soviética, que constituye la base de un sector bielorruso de tecnología de la información altamente competitivo. Las empresas

estatales, menos propensas a los despidos que el sector privado, emplean a cerca de 40% de la población activa.

Sin embargo, las manifestaciones de 2020 expresaron no solo la oposición a un gobierno autoritario, sino también un malestar social muy profundo. Entre los manifestantes se encontraban trabajadores industriales de las grandes empresas estatales, quienes, al igual que los del sector privado, sufren la explotación y la represión a manos de gerentes estatales, burócratas y empresarios nacionales y extranjeros. La dimensión del dolo en las fraudulentas elecciones del 9 de agosto de 2020 fue un insulto a su inteligencia y los invadió la indignación por la violencia desatada sobre los primeros manifestantes.

El trillado discurso repetido por Lukashenko y sus seguidores —que ellos protegen el Estado de Bienestar y la estabilidad laboral— había perdido para entonces su poder propagandístico, aunque en parte fuera cierto. Si bien Bielorrusia evitó seguir el camino más neoliberal de países postsoviéticos vecinos, al mismo tiempo generó sus propios antagonismos en los últimos 30 años. Enfocarnos en el carácter distintivo del modelo bielorruso nos ayudará a entender mejor las razones de la oposición al gobierno de Lukashenko en la actualidad.

El capitalismo en Europa central y oriental se desarrolló después de 1989 impulsado por dos grupos sociales de elite: la *intelligentsia*, que favorecía un programa neoliberal, y los cuadros más emprendedores de los antiguos partidos comunistas, que querían convertirse en

una clase capitalista realmente existente. El primer desarrollo postsoviético de Bielorrusia estuvo dominado por este último grupo. Cuando la República de Bielorrusia independiente sustituyó a la República Socialista Soviética de Bielorrusia en 1991, hubo poco recambio dirigencial. Aunque se prohibieron las estructuras formales del Partido Comunista, los cuadros administrativos y directivos, al frente de los cuales estaba el primer ministro Viacheslav Kébich, se mantuvieron en sus puestos. El único cambio significativo fue el nombramiento de Stanislav Shushkévich, profesor de física, como presidente del Parlamento, una medida destinada a apaciguar a la *intelligentsia* de Minsk.

El desarrollo socioeconómico de Bielorrusia a principios de la década de 1990 estuvo impulsado casi exclusivamente por un proceso gradual de aburguesamiento de la nomenklatura, con una fuerte impronta de los vestigios de las antiguas formas soviéticas. Había pocos incentivos para llevar a cabo una privatización masiva, la cual podía conducir a la pérdida de beneficios en favor de actores externos. Con todo, se produjeron algunas privatizaciones, así como el arrendamiento de activos estatales. Bielorrusia llegó a tener un oligarca de cierta importancia, Aleksandr Pupeiko, quien, entre otros negocios, vendía productos de Philips y era propietario de una planta de montaje de la automotriz Škoda. Sin embargo, la estructura de la propiedad seguía siendo principalmente pública.

La industrialización de posguerra de Bielorrusia forjó un gran sector de

construcción de maquinaria, junto con importantes sectores de refinamiento de combustibles, procesamiento de alimentos y electrónica. Al gozar ya de una importante autonomía regional durante el ocaso del poder soviético, los dirigentes esperaban que el legado de Bielorrusia como centro de ensamblaje final de las manufacturas soviéticas pudiera suponer una ventaja en el comercio exterior. Bielorrusia mantuvo su industria manufacturera mediante subvenciones, la continuación de la economía estatal y la conversión de la producción militar en la producción civil.

Eso no significa que la transición a una economía capitalista se haya producido sin problemas. Fuera de la extracción de potasa, Bielorrusia no tiene ningún sector extractivo importante, por lo que depende de las importaciones. El colapso de la zona del rublo en 1993 afectó considerablemente la producción, lo que provocó una pérdida tanto de mercados de exportación como de insumos procedentes del extranjero, seguida de un enorme descenso del consumo y la inversión. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) estimó un nivel de desempleo de 12,8% en 1994.

A principios de la década de 1990, el Parlamento bielorruso estaba dominado por los seguidores del primer ministro Kébich. Un tercio de los diputados eran gerentes industriales o agrícolas de profesión, partidarios de la reintegración económica con Rusia. La oposición estaba dominada por fuerzas liberales y nacionalistas. Los nacionalistas pertenecían al Frente Popular Bielorruso

(BNF), dirigido por su fundador, Zianón Pazniak, un arqueólogo que había descubierto una fosa común de la época del terror estalinista en el bosque de Kurapaty, en las afueras de Minsk. Los liberales prooccidentales se agrupaban en torno de Shushkévich. Aunque Kébich no había sido elegido para su cargo, la balanza de poder en el Parlamento se inclinaba sensiblemente hacia su bando, mientras que el BNF de Pazniak y los liberales de Shushkévich se enredaban en sus propias disputas.

En esta situación de pauperización social e incertidumbre política emergió Lukashenko, un diputado de la región oriental de Moguïlov. Como director de una empresa agrícola, tenía la fama de ser uno de esos gestores «atentos a los beneficios» y «orientados al mercado» que el equipo de Mijaíl Gorbachov había intentado promover. En los últimos años de la Unión Soviética, Lukashenko surgió como uno de los miles de Yeltsin locales que trataban de explotar el sentimiento antiestablishment para sus propios fines. En el Soviet Supremo de Bielorrusia, era miembro de los Comunistas por la Democracia, un grupo «de centro» que intentaba maniobrar entre los patriotas soviéticos de línea dura y la oposición proveniente de la *intelligentsia*.

Al detectar una fuerte añoranza respecto de la disuelta URSS y el alejamiento de la mayoría rusoparlante de la nueva identidad bielorrusa, Lukashenko se convirtió en un ferviente defensor de la restauración de la unidad política y económica con Rusia. Sin embargo, evitó comprometerse con un programa

concreto y prefirió un vago populismo antioligárquico y antinomenklatura.

En 1993, Lukashenko fue nombrado en un cargo que le dio la oportunidad de atraer sobre sí la atención nacional: la presidencia de un comité parlamentario anticorrupción. Ante el empeoramiento de la situación económica y el inicio de un programa de privatización respaldado por el Fondo Monetario Internacional (FMI), su denuncia de la corrupción por parte de los antiguos miembros del Partido Comunista y de la oposición tocó una fibra sensible. Su mayor golpe, impulsado por diputados pro-Kébich, fue la denuncia de que Shushkévich había supuestamente malversado fondos públicos para la construcción de una dacha. El líder parlamentario se vio obligado a dimitir.

Lukashenko atrajo a una camarilla de políticos ambiciosos llamados Jóvenes Lobos, que vieron en su creciente popularidad la posibilidad de ascenso en sus propias carreras. Varios de ellos eran liberales, como Viktor Gonchar, y creían que Lukashenko rompería la vieja nomenklatura y desempeñaría el papel de un Yeltsin bielorruso. Los hombres de negocios y los profesionales de Minsk estaban tan cautivados por este mujik de tierras orientales como las masas rurales y provinciales.

En marzo de 1994 se aprobó una nueva Constitución que transformó a Bielorrusia en una república presidencialista. Kébich estaba seguro de que ganaría las primeras elecciones presidenciales, con el apoyo de toda la clase dirigente y una oposición dividida. Pero en la primera vuelta,

Lukashenko obtuvo 46% de los votos y Kébich solo 18%. En la segunda vuelta, Lukashenko obtuvo un rotundo 81% y Kébich, 14%.

Ya en el poder, Lukashenko siguió una política cultural opuesta a la nueva identidad nacional bielorrusa del periodo postsoviético. Un referéndum celebrado en mayo de 1995 confirmó el restablecimiento del ruso como segunda lengua oficial e introdujo una nueva bandera inspirada en la bandera bielorrusa soviética (sin la hoz y el martillo). El referéndum también otorgó al presidente el derecho a disolver el Parlamento. Lukashenko aprovechó para concentrar poder en sus manos. Al año siguiente, organizó otro referéndum que reforzaba el poder presidencial frente a los otros poderes. Los resultados volvieron a favorecer a Lukashenko, aunque esta vez hubo muchas irregularidades en la votación. Poco después, disolvió el Parlamento e instaló en su lugar un órgano obediente.

Lukashenko había sentado las bases de un sistema político superpresidencialista. Además de sus poderes de nombramiento, podía vetar directamente las leyes, y el presupuesto quedaba totalmente sujeto a su discrecionalidad. Se estableció una administración presidencial expandida por encima del antiguo Consejo de Ministros en la jerarquía del Estado. Se produjo una remodelación a gran escala de las gobernaciones regionales, que fueron reasignadas a menudo para romper las redes de la antigua nomenklatura. Al mismo tiempo, Lukashenko inició una serie de procesos contra sus

rivales políticos y poderosas figuras del establishment de la época de Kébich, así como algunos de sus propios ex-seguidores. También impuso el control de los servicios de seguridad y del ejército bajo un nuevo Consejo de Seguridad Nacional dirigido por Viktor Sheiman, veterano de la guerra de Afganistán. Este ex-paracaidista se dedicó a purgar a la vieja guardia de la KGB, sustituyéndola por seguidores de Lukashenko, y se lo vinculó con la desaparición de varias figuras de la oposición, entre ellas Gonchar, quienes habían desertado del entorno de Lukashenko.

Un aspecto que a menudo se pasa por alto de la consolidación del poder de Lukashenko fue la subordinación de los sindicatos bielorrusos. Antes del colapso soviético, una ola de huelgas en respuesta a las subas de precios del primer ministro soviético Valentín Pávlov en abril de 1991 había logrado grandes concesiones del gobierno local. La reducida extensión de Bielorrusia, la concentración de empresas industriales en Minsk y la presencia de colonias industriales que dominaban el interior contribuyeron a una situación en la que las acciones sindicales podían conseguir buenos resultados. Y como una parte relativamente grande de la industria siguió siendo pública después de 1991, Bielorrusia no sufrió el tipo de desindustrialización experimentado en Rusia y Ucrania. A medida que la economía se recuperaba en la segunda mitad de la década, el desempleo comenzó a disminuir y los sindicatos pudieron conseguir grandes aumentos salariales.

Dado que las redes de poder soviéticas continuaron bajo el mandato de Kébich, la Federación de Sindicatos de Bielorrusia (ФФБ), dirigida por Vladímir Goncharik, mantenía una relación amistosa con la dirección industrial, aunque con una autonomía relativamente mayor que la de la época soviética. Sin embargo, dentro de la estructura de la ФФБ había sindicatos de rama más combativos, y desde la perestroika había sindicatos fuera de la ФФБ más cercanos al campo liberal y nacionalista, siguiendo el modelo del movimiento Solidaridad en Polonia. En 1995, estalló una huelga entre los trabajadores del transporte público de Minsk dirigida por el Sindicato Libre de Bielorrusia. Lukashenko trató con dureza a los huelguistas, los persiguió con las fuerzas especiales, detuvo a sus líderes y firmó un decreto que le quitaba la personería legal al sindicato.

Goncharik también empezó a seguir una línea independiente de la del gobierno, aunque esto tenía menos que ver con la militancia y más con una maniobra burocrática para defender la autonomía de la organización. En las elecciones presidenciales de 2001, el sindicalista se presentaría como principal candidato de la oposición. No se postuló como candidato laborista —los sindicatos fueron dejados de lado y las reivindicaciones sociales específicas se silenciaron en gran medida en favor de los ataques personales contra Lukashenko—, sino que fue empujado a la carrera por un indisimulado intento de Estados Unidos de incitar a que se repitiera lo que había sucedido en Serbia

un año antes, cuando el presidente Slobodan Milošević fue derrocado tras un disputado resultado electoral. EEUU gastó 50 millones de dólares en la campaña de Goncharik y en un grupo de protesta. Oficialmente, Lukashenko ganó con 77% de los votos frente a 16% de Goncharik. Aunque no se puede confiar en que esa haya sido realmente la diferencia, es seguro que Lukashenko venció a su oponente, y en Minsk no hubo protestas masivas como las de Belgrado.

Con la derrota de Goncharik, Lukashenko se puso a trabajar para tomar el control de la ФФБ. Antes de las elecciones, había interrumpido las reuniones del Consejo Nacional de Asuntos Laborales y Sociales —un órgano consultivo con participación de la patronal, los sindicatos y el gobierno—, privándolo temporalmente de su tradicional papel corporativo. Después de las elecciones, una oleada de propaganda contra los burócratas sindicales fue acompañada por un decreto presidencial que bloqueaba el pago automático de las cuotas sindicales de los trabajadores. Mientras tanto, Lukashenko creó su propia facción leal dentro de la ФФБ, al tiempo que daba instrucciones a los directivos y a las autoridades regionales para que establecieran sindicatos paralelos fieles al presidente y presionaran a los trabajadores para que se unieran a ellos. Este aluvión de ataques llevó a la junta directiva de la ФФБ a intentar apaciguar al presidente forzando la dimisión de Goncharik. Pero esto no fue suficiente para Lukashenko. En julio de 2002, Leonid Kozik, jefe adjunto de la Administración Presidencial, fue elegido

presidente de la FPB. A continuación, se produjeron despidos y dimisiones forzadas en los órganos centrales y en los sindicatos de rama de la FPB. Utilizando una mezcla de represión y acoso, las autoridades lograron sofocar en gran medida los sindicatos ajenos a la estructura de la FPB.

Para Lukashenko, la captura de la FPB era importante debido a la centralidad que sigue teniendo la industria estatal en la sociedad bielorrusa; los altos niveles de propiedad pública hacen que los conflictos laborales y las huelgas sean políticamente sensibles, y en términos de valor agregado y empleo, las empresas estatales bielorrusas superan no solo a otros países de Europa central y del Este, sino incluso a China.

El estereotipo de Bielorrusia como economía de «estilo soviético» a menudo se identifica con el propio Lukashenko, antiguo director de una granja estatal. Pero si bien Lukashenko, como otros líderes y gobiernos de la región, no le dio un mazazo al socialismo soviético, lo fue socavando poco a poco.

En su primer año y medio en el poder, el nuevo presidente y su gobierno continuaron el curso económico respaldado por el FMI iniciado en 1993, posiblemente con más vigor que antes. Luego, en 1996, Lukashenko cambió de rumbo, en parte porque había recurrido a miembros del antiguo establishment industrial de Kélich para socavar a sus antiguos partidarios liberales en el gobierno. Y lo que es más importante, logró la reintegración económica con Rusia, empezando por un acuerdo aduanero en enero de 1995 y culminando

con la formación de un «Estado de la Unión» en 1999. Este objetivo había sido eludido por Kélich y podría decirse que le costó la Presidencia.

Los miembros de la nomenklatura industrial aprovecharon sus vínculos de la época soviética para restaurar las antiguas cadenas de suministro en los mercados rusos de maquinaria. Las principales fábricas de la época, como la Planta de Automóviles de Minsk y la Fábrica de Tractores de Minsk, seguían funcionando, y los dirigentes del gobierno reintrodujeron las subvenciones fiscales, los créditos baratos e incluso las metas administradas de producción para maximizar las exportaciones. Junto con la subvención de los precios del petróleo y el gas rusos por debajo del mercado, esto constituyó la base del «milagro económico bielorruso», que proporcionó altas tasas de crecimiento hasta la crisis de 2008.

La política industrial bielorrusa, especialmente después de 2000, también supuso una expansión de las exportaciones de combustibles. En la década de 1970 se construyeron grandes refinerías, pero la contribución del sector de refinamiento al crecimiento industrial pasó de 8% a fines de la década de 1990 a 20% en vísperas de la Gran Recesión. Otro avance importante fue el crecimiento de los sectores de tecnología avanzada, sustentado tanto en el alto nivel educativo como en el antiguo complejo soviético de I+D vinculado a las industrias asociadas al complejo militar. Con la ayuda del Estado y el apoyo de las universidades bielorrusas, las pequeñas empresas, tanto privadas

como públicas, se especializan en nichos de mercado como los equipos médicos y óptico-mecánicos y de control de la radiación. En 2019, el sector de las tecnologías de la información representaba 6,2% del PIB del país.

Aunque su proporción en el empleo total ha disminuido desde 1990, la agricultura también está generosamente subvencionada por el Estado bielorruso. La mayor parte de las tierras agrícolas son de propiedad estatal y las granjas colectivas siguen siendo la forma predominante de empresa agrícola. Los productores nacionales están muy protegidos de la competencia extranjera; las tiendas de comestibles están obligadas a tener un *stock* mínimo procedente de granjas nacionales. La proporción efectiva de productos bielorrusos en relación con el *stock* total oscila entre 45% y 65%. Estas medidas atraen a las masas rurales, muchas de las cuales son fervientes partidarias de Lukashenko, pero los jóvenes de los pueblos que buscan trabajo se marchan poco a poco a Minsk o a Rusia.

En la última década, Bielorrusia se enfrentó a importantes problemas económicos, muchos de ellos relacionados con una apertura relativa de la economía. Las exportaciones más las importaciones alcanzan alrededor de 70% del PIB, lo que hace que el país sea extremadamente susceptible a las crisis comerciales. Las crisis monetarias de 2009, 2011 y 2014 dieron lugar a dolorosas devaluaciones. La gran acumulación de deuda externa también fue un factor de incertidumbre. Estos problemas se ven amplificados por la

dependencia de Rusia en lo que respecta a los mercados de exportación y a los insumos. En ambos frentes, Bielorrusia sintió la presión. El país se enfrenta a la competencia de productos de mayor calidad en los mercados de maquinaria, y los recurrentes intentos de Vladímir Putin de aumentar el precio del petróleo y el gas han provocado dramáticas tensiones entre ambos Estados.

A pesar de la importancia que siguen teniendo las empresas estatales, su funcionamiento ha cambiado considerablemente. Las empresas estatales soviéticas solían ser subunidades de la economía planificada. Ya antes del colapso soviético, la naturaleza de la relación entre el Estado y las empresas había cambiado; el primero transfirió de hecho todos los derechos de propiedad a las segundas, al tiempo que conservaba la propiedad formal. Este cambio aumentó en gran medida el alcance de las actividades comerciales a las que podían dedicarse las empresas. También dio a los directivos el control de los flujos financieros. Los «directores rojos» formaron redes de filiales comerciales, sociedades de responsabilidad limitada y cuentas en el extranjero que les permitieron acumular pequeñas fortunas moviendo el dinero que luego se reinvertía en otras actividades de «creación de riqueza», como el sector inmobiliario. En Bielorrusia, esta forma de acumulación alcanzó su punto más alto durante el auge del combustible después de 2000, que coincidió con un aumento del desarrollo inmobiliario en los alrededores de Minsk.

A partir de 1996, la privatización masiva en Bielorrusia fue suspendida en

favor de un proceso caso por caso para concentrar la decisión de privatizar en la administración presidencial. El método preferido de desnacionalización no es la privatización pura y dura, sino la corporatización, lo que significa que el Estado sigue teniendo al principio 100% del capital. El cambio sigue siendo importante: transforma la empresa en una entidad jurídica indistinguible de un negocio normal, conduce a una proliferación de *holdings* empresariales y permite el avance de una privatización burocrática más discreta mediante «primas de gestión» en forma de acciones y transferencias de propiedad parcial aún mayores en favor de los empresarios de la corte de Lukashenko.

La relación de Lukashenko con gran parte de las empresas privadas ha sido más complicada. Tras llegar al poder, puso en marcha medidas de reinscripción, a las que algunas empresas no sobrevivieron. Las regulaciones y las inspecciones estatales resintieron la relación con los empresarios. Desde el punto de vista ideológico, existía un claro abismo entre la retórica pseudosocialista del gobierno y las empresas. Pero a pesar de los choques de intereses al comienzo del gobierno de Lukashenko, las empresas se han mantenido leales al presidente y, en general, distantes de la oposición. Los empresarios prefirieron mantenerse al margen y valoraron la sensación de orden que Lukashenko había restaurado; a diferencia de lo que ocurre en Rusia o Ucrania, se evitó caer en la anarquía y la corrupción, lo que les haría depender de algún oligarca o mafioso. Además, la decisión

de no lanzarse de cabeza al neoliberalismo tuvo algunas ventajas para los nuevos capitalistas bielorrusos. Las grandes barreras de entrada significaron que no hubiera una afluencia de empresas extranjeras capaces de superarlas y eventualmente dejarlas fuera de fuego. El resultado más evidente fue el florecimiento de las cadenas nacionales en el sector más privatizado: el comercio minorista. Uno de los mayores empleadores del país en la actualidad es la cadena de supermercados bielorrusa Eurotorg.

Importantes marcas bielorrusas también se beneficiaron de las políticas de incentivos para la empresa privada a fines de la década de 1990 y principios de la de 2000. Las zonas francas —la primera se estableció en la frontera polaca de Brest en 1996— estimularon el desarrollo de una clase capitalista nacional orientada a la exportación. Desde 2005, la normativa se ha reducido constantemente en beneficio de las empresas privadas. Bielorrusia pasó del puesto 108 al 49 en la clasificación del índice de facilidad para hacer negocios del Banco Mundial, por encima de países como Italia, Chile y México. El sector de las tecnologías de la información también ha disfrutado de generosas exenciones fiscales y de una zona económica especial, el Parque de Alta Tecnología de Minsk. Los beneficiarios más importantes de este esfuerzo respaldado por el Estado han sido la empresa de ingeniería de software EPAM Systems y Wargaming Group Limited, el desarrollador del juego en línea *World of Tanks*, la exportación más famosa de Bielorrusia.

Dentro de la clase capitalista, existe una élite interna con estrechos vínculos personales y financieros con el presidente e intereses empresariales en sectores políticamente sensibles, como el comercio de combustibles o el armamento. Estas figuras, que entran y salen de su favor, establecen relaciones con la familia de Lukashenko, invierten en proyectos deportivos de su agrado y ocupan diversos cargos simbólicos. Se benefician de la disposición del clan Lukashenko a regalar a sus amigos partes de la amplia cartera de activos del Estado bielorruso y a conceder decretos presidenciales para abrir oportunidades de negocio.

La institución que está en el centro de este nexo es la Administración Presidencial de Empresas (UDP). Directamente dependiente de Lukashenko, la UDP es un extenso imperio comercial que participa, entre otros sectores, en el inmobiliario, el comercio de combustibles y los hoteles. El actual jefe de la UDP es Viktor Sheiman, antiguo jefe de seguridad del presidente, quien fue expulsado del Consejo de Seguridad Nacional en 2008 por el hijo de Lukashenko, pero que ahora ha vuelto a la palestra. Cuando era jefe de seguridad, fue el principal patrocinador del traficante de armas Vladímir Peftiev en la corte presidencial, y se rumorea que tenía intereses en el creciente sector de los supermercados. A la cabeza de la UDP, Sheiman ha supervisado el tipo de planes comerciales en los que las autoridades bielorrusas se han convertido en expertos. Alrededor de la UDP ha crecido una compleja red de empresas,

muchas de ellas propiedad de empresarios cercanos a Lukashenko y Sheiman, principalmente de logística y comercio de combustible. Estas empresas también están implicadas en algunos de los emprendimientos ilícitos del círculo íntimo bielorruso, incluidos el comercio de tierras raras en África y el mercado de contrabando de tabaco ruso.

Desde el principio, estaba claro que Lukashenko no iba a limitarse a actuar el papel de populista que había asumido. En sus primeros años en el poder, aplicó un duro programa de austeridad que elevó los precios administrados de los alquileres, los servicios públicos y los alimentos. A fines de la década de 1990, los subsidios al consumo aumentaron bruscamente en un periodo altamente inflacionario, pero volvieron a bajar drásticamente a principios de la década de 2000. El cálculo político de Lukashenko ha mantenido ciclos de aumento de las subvenciones —la «recuperación total de los costos» de los servicios públicos ha sido siempre un objetivo declarado del gobierno bielorruso—, pero han sido seguidos de fuertes incrementos de tarifas.

El enorme conjunto de prestaciones sociales, tanto monetarias como en especie, que Bielorrusia heredó de la URSS ha seguido un patrón similar. En 2007, un amplio proyecto de ley de «racionalización» restringió o eliminó numerosas prestaciones, desde la medicación gratuita para las víctimas de Chernóbil hasta los descuentos en viajes para los estudiantes, aunque luego se restablecieron parcialmente algunos beneficios, que a su vez volvieron a recortarse. La

porción del 40% de la población más desfavorecida que recibe prestaciones especiales disminuyó de 64% en 2003 a 36% en 2015. Una reforma de las pensiones también elevó la edad jubilatoria en 2017.

El gobierno introdujo asimismo gradualmente medidas que han socavado la provisión pública y universal de educación y salud. El sistema sanitario público fue parcialmente arancelado y se redujeron los servicios gratuitos. Se instituyeron pagos por los libros de texto y los menús escolares que resultaron gravosos para los pobres. Dos tercios de los estudiantes de la enseñanza superior pública pagan tasas. También ha disminuido el número de guarderías. En el ámbito de la vivienda, la política gubernamental se alejó de la provisión pública directa y se inclinó por los préstamos, los subsidios y las subvenciones, y el parque de viviendas fue privatizado por completo.

La presencia de un amplio sector público mitiga en parte estas transformaciones. Pero si bien la empresa estatal bielorrusa media puede ofrecer más seguridad laboral y una mayor variedad de prestaciones que una empresa capitalista corriente, la diferencia es mucho menos significativa que antes de 1990. En 1999, Lukashenko aprobó el decreto presidencial N° 29, que permitía la proliferación a gran escala de contratos de duración determinada, violando el propio código laboral bielorruso. Esta forma de empleo altamente precaria se extendió a quienes trabajan en las empresas estatales, así como a quienes lo hacen en el sector

público tradicional. El decreto facilitó una reducción constante del empleo en la industria y la expansión del sector de los servicios. Las empresas extranjeras en Bielorrusia han aprovechado este sistema. En 2019, por ejemplo, el contratista alemán de perforación Redpath Deilmann utilizó el poder empresarial que le daban los contratos de duración determinada para despedir a 20 trabajadores que habían firmado una queja por falta de seguridad.

La clase trabajadora bielorrusa también recibe míseras prestaciones por desempleo. Al gobierno le gustaba afirmar que la tasa de desempleo era de 1% o incluso inferior, pero con la adopción de la metodología de la OIT en 2017, se reveló que era de 5,7%, lo que significa que el desempleo era sustancial incluso durante los tiempos de bonanza. También hay pruebas del amplio uso de la reducción obligatoria de la jornada laboral y de licencias administrativas en la industria manufacturera. Las autoridades bielorrusas, además, muestran actitudes punitivas hacia los pobres y los desempleados que van más allá de la subestimación estadística. En 2013, el decreto presidencial N° 550 introdujo requisitos de contraprestación en trabajo para prestaciones sociales específicas. De forma más controvertida, en 2017 el presidente aplicó un impuesto a los desempleados. La medida fue tan impopular que Lukashenko se vio obligado a dar marcha atrás, pero la sustituyó por una dura normativa que obliga a los desocupados a pagar precios más altos por los servicios públicos.

El inmenso descontento social que engendró el «impuesto al desempleo» puede considerarse el preludio de las protestas de 2020. El vaciamiento total del contrato social de Bielorrusia, combinado con una medida antipopular tras otra, condujo finalmente a un enfrentamiento abierto, tras un periodo bastante largo de relativa paz social. Durante la pandemia de covid-19, la enajenación y el resentimiento hacia Lukashenko se vieron agravados por su negación bufonesca de la gravedad del virus. Todo esto empujó a la población a votar por Svetlana Tijanóvskaya. Cuando se declaró que la candidata había perdido por un margen tan obviamente falseado, el descontento social que llevaba años bullendo se desbordó.

No fue una coincidencia que los trabajadores de numerosas grandes fábricas arrojaran sus herramientas para protestar por las elecciones fraudulentas. Los medios de comunicación occidentales se sorprendieron de que la «base» de Lukashenko se pusiera en su contra, pero fue una interpretación errónea: la base de Lukashenko no son los trabajadores de las fábricas, sino los especuladores comerciales respaldados por el Estado, los capitalistas cortesanos y la burguesía de la nomenklatura. Fueron las protestas y las huelgas masivas las que acabaron sacando a la luz esta realidad.

Sin duda, la mayoría de las acciones de los trabajadores industriales del verano de 2020 fueron espontáneas, pero la organización crucial de los sindicatos independientes fuera de la FPB se mantuvo a pesar de la represión y el

acoso burocrático. Queda por ver si el movimiento obrero independiente se revitalizará o si surgirá una corriente disidente dentro de la estructura sindical oficial, análoga a la infiltración de activistas-trabajadores en las estructuras laborales oficiales durante el franquismo en España.

A pesar del carácter proletario de muchas de las protestas, los líderes de la oposición actual están más alineados con los nuevos estratos profesionales que maduraron bajo el dominio de Lukashenko. Muchos de ellos se alinearon con la corriente tecnocrática de la burocracia, que ha empujado al país hacia una forma de capitalismo más típicamente occidental, con una disminución de la influencia de las redes de funcionarios y empresas privilegiadas. Sin embargo, el ritmo del cambio ha sido demasiado lento para muchos que quieren romper con el capitalismo *sui generis* de la nomenklatura bielorrusa. Víktor Babariko, que se presentó como candidato presidencial antes de ser encarcelado, era un director de banco empleado por una filial de Gazprom. Valeri Tsepkalo, quien también se presentó como candidato a la Presidencia antes de huir del país, representa una interesante continuidad con la política de la década de 1990. Graduado en el Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú (MGIMO), la escuela diplomática soviética, fue uno de los ambiciosos Jóvenes Lobos que se unieron al equipo de campaña de Lukashenko y fue director del Parque de Alta Tecnología durante 12 años. Su decisión de desafiar a Lukashenko

indica el alejamiento del presidente de una parte de los cuadros administrativos y directivos del Estado.

Este sentimiento es compartido por los asalariados profesionales. Los trabajadores de la tecnología en particular fueron una fuerza impulsora sustancial de las protestas. Estos profesionales ven en la antigua nomenklatura un obstáculo para el progreso, aunque no queda claro qué tipo de orden socioeconómico apoyarían realmente. A los profesionales, en su mayoría radicados en Minsk, se une una pequeña burguesía provincial con fuertes instintos antiburocráticos, cuyas frustraciones fueron ampliamente expresadas por el empresario de Gomel y *youtuber* Serguéi Tijanovski, el marido encarcelado de la última rival presidencial de Lukashenko. Esta masa de profesionales, pequeños empresarios y burócratas descontentos se ha enfrentado al bloque de clase dominante del oficialismo y el empresariado pro-Lukashenko, para quienes la actual organización política funciona adecuadamente.

Una señal del antagonismo de clase subyacente en el bando anti-Lukashenko es el programa claramente neoliberal de la oposición, que rebosa de medidas para estimular el espíritu empresarial individual y la pequeña y mediana empresa y para atraer la inversión extranjera. Se promete la privatización y la «optimización» de la cantidad de trabajadores en el sector estatal, así como la plena mercantilización de la tierra. La devoción por este programa se ha plasmado en el proyecto de Constitución publicado por el Consejo de Coordinación de

la oposición bielorrusa: «El Estado garantiza la igualdad de condiciones para todos los sujetos económicos, estimula la competencia leal, fomenta el espíritu empresarial y las iniciativas económicas de los ciudadanos, y defiende el libre comercio exterior e interior y las inversiones». La oposición ha prometido incorporar las posiciones sindicales a través de un esquema tripartito, pero esto fue común a todo el liberalismo «de transición» de Europa del Este y no compensó el declive a largo plazo de los nuevos sindicatos autónomos.

La oposición no solo debe lidiar con la necesidad de mantener su ímpetu frente a un Lukashenko atrincherado, sino también con Rusia. Putin siempre tuvo menos paciencia con su homólogo bielorruso que Boris Yeltsin, su predecesor. En respuesta, yendo en contra de su anterior personalidad rusófila, Lukashenko ha tratado de hacer todo lo posible para mantener la relativa autonomía de Bielorrusia respecto de Rusia, aunque siga dependiendo económicamente del país. En los últimos meses, Lukashenko ha intentado de manera desesperada reparar su tensa relación con Putin para obtener la protección del presidente ruso. Si la clase dirigente rusa se sale con la suya, Lukashenko les entregará gran parte del sector estatal y aplicará reformas constitucionales que permitirán a los partidos prorrusos actuar como control en el Parlamento. Esto coloca a la oposición en una posición incómoda, ya que sus patrocinadores tradicionales son los rivales de Rusia: EEUU y la Unión Europea.

La oposición esperaba, si no conseguir el apoyo de Rusia, al menos asegurar su neutralidad en su lucha contra Lukashenko, aunque esto parece cada vez más improbable. Babariko, el antiguo empleado de Gazprom, y Tsepka-lo, el graduado de MGIMO, tienen amplios vínculos con Rusia, y los grupos sociales a los que representan acogerían con satisfacción las «reformas» económicas que Rusia obligaría a aceptar a Lukashenko. También lo harían elementos del sector privado que hasta ahora han permanecido neutrales, pero que no están tan profundamente involucrados en el círculo interno como para querer una continuación del gobierno personalista de Lukashenko. Las reformas que eliminen las barreras a la acumulación de capital y riqueza,

evitando al mismo tiempo los riesgos potenciales del liberalismo de clase media, contarían con el apoyo de un amplio sector de la población acomodada de Bielorrusia.

Hasta ahora, hay pocos indicios de que el país se dirija en otra dirección que no sea la de mantener el gobierno de Lukashenko. No debería sorprendernos que el presidente consiga aferrarse al poder a corto plazo. En su extraordinaria carrera política, ha demostrado ser un maestro del oportunismo. Pero tendría que tener mucha suerte para seguir conteniendo una acumulación tan grande de antagonismos sociales y políticos como la que existe hoy en Bielorrusia. Bastará con que cometa un gran error de cálculo para que vuelvan a estallar. ☒

AMÉRICA LATINA HOY Revista de Ciencias Sociales

Agosto de 2021

Salamanca

Vol. 88

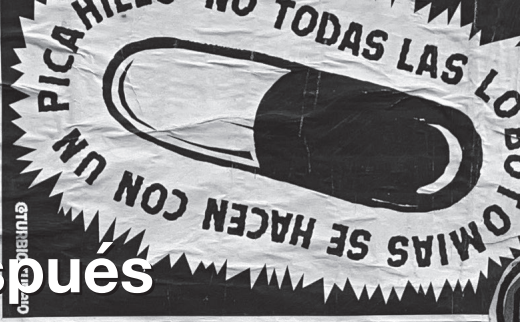
ARTÍCULOS: Discursos del trabajo en excombatientes de las FARC. Barreras sociolaborales en la reintegración, **Edwin Alexander Hernández Zapata, Milton Danilo Morales Herrera y Diana Vanessa Vivares Porras**. La lógica internacional de la vía chilena al socialismo, cincuenta años después, **Joan Del Alcázar Garrido**. La relación entre la infraestructura de conocimiento científico y el crecimiento industrial brasileño, **Heliana Mary da Silva Quintino, Francisco Sandro Rodrigues Holanda, Fábio Rodrigues de Moura, José Ricardo de Santana, Luiz Diego Vidal Santos y Dayanne Santos Silva**. Análisis del tratamiento de la familia y de la diversidad familiar en América del Sur. Estudio comparado de casos, **Leidi Viviana Moreno Parra, Rubén González-Rodríguez y Carmen Verde-Diego**. Patrones de género en las prácticas de tortura cometidas por las Fuerzas Armadas de México (2011-2019), **Abraham Sánchez Ruiz, Carlos Mejía Reyes y Marco Antonio Camacho Ruiz**. Plurinacionalismo, pluriculturalidad y federalismo en México, **Jorge Chaires**. La OIT y la definición de América Latina como región de carácter especial: el Programa Indigenista Andino entre la cuestión indígena y la modernización universalista, **Juan Martín Sánchez y Martín Breuer**. INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA.

Disponibles a texto completo todos los artículos de *América Latina Hoy* en
<www.americahoy.es>.

América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales es una publicación cuatrimestral del Instituto de Iberoamérica con Ediciones Universidad de Salamanca.

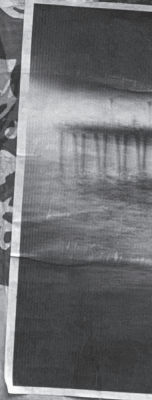
TEMA CENTRAL

¿Normalidad después de la peste?



¿NÍ CONMIGO

BOYAR
DABOGADA
COM
EDADES



TE QUIERAS ACORDAR

Leer en tiempos de pandemia

Roger Chartier

Algunas de las transformaciones en las formas de leer, como la digitalización de los formatos, se originaron mucho antes de la pandemia de covid-19, pero ese «evento» agudizó la crisis de las librerías y contribuyó a la concentración del comercio de libros en los supermercados del mundo, como Amazon.

Quisiera empezar con dos observaciones preliminares: una sobre la lectura y la otra relativa a los discursos sobre el covid-19. En primer lugar, la lectura puede considerarse una noción, una categoría transhistórica: leer es siempre atribuir un sentido a un texto que se manifiesta en los caracteres de una escritura puestos sobre un soporte. En ese sentido, puede hablarse del leer tanto en Atenas o en el Renacimiento como hoy en día; hay una cierta universalidad en la lectura como categoría. Sin embargo, la lectura es también y fundamentalmente una práctica, y en este sentido lo relevante es reconocer que se la debe pensar en su pluralidad histórica y social. *Las lecturas*, en plural, son

Roger Chartier: es historiador, especializado en la historia de la lectura, el libro y la edición. Es director de Estudios de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y catedrático de Escritura y Culturas en la Europa Moderna en el Collège de France. Entre sus publicaciones se encuentran *Las revoluciones de la cultura escrita* (Gedisa, Barcelona, 2018); *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* [1992] (Gedisa, Barcelona, 2017) y *La mano del autor y el espíritu del impresor: siglos XVI-XVIII* (Katz, Buenos Aires, 2018).

Palabras claves: acontecimiento, lectura, librerías, libros, pandemia.

Nota: este artículo, con mínimos cambios, surgió de una exposición del autor titulada «Lectura y pandemia» y la posterior conversación con Alejandro Katz y Nicolás Kwiatkowski en septiembre de 2020, en el marco del proyecto «Léxico de la pandemia», organizado con el apoyo de la Fundación Medifé. La conversación completa, revisada por el autor, puede encontrarse en R. Chartier: *Lectura y pandemia. Conversaciones*, Katz, Buenos Aires, 2021.

la apuesta de nuestra reflexión de hoy. Las lecturas están siempre inscritas en una diversidad de determinaciones que remiten a los códigos, convenciones, expectativas y competencias de los lectores, que varían según los lugares y los tiempos. Se trata también de una práctica cuyo ejercicio depende de sus condiciones de posibilidad, distribuidas de forma muy desigual en cada sociedad, lo que crea una dificultad a la hora de hacer diagnósticos sobre las lecturas en tiempos de pandemia, que son más diferentes, diversas, de lo que podemos imaginar. En el tiempo actual, esta pluralidad de las prácticas de lecturas nos deja con un objeto difícil de asir, lo que tal vez se vincule con la segunda observación preliminar: la dificultad para producir discursos lúcidos sobre el tiempo de la pandemia.

Reconozco que hacerlo es arriesgado, primero por la tendencia de cada uno a pensar este tiempo de la pandemia explícita o implícitamente a partir de las propias experiencias. Como sabemos, la pandemia ha hecho aún más fuertes las desigualdades entre los individuos. El confinamiento, que parece algo que todos tenemos en común, es de hecho una expresión cruel de las desigualdades sociales y de las maneras de afrontar esta situación, tan diferentes para los individuos según su condición económica. La diversidad de las lecturas se ubica dentro de estas diferencias. Debemos resistir la tentación de proyectar la experiencia personal como si fuese compartida y general. El corolario de esto es que a veces estos discursos proliferantes sobre el tiempo de la pandemia olvidan que para establecer diagnósticos es necesario apoyarse en estudios, investigaciones y encuestas. Cuando estos faltan, quedan solamente los deseos de futuro o los terrores del presente que atormentan a cada uno. Entonces, todo lo que voy a decir debe enmarcarse también dentro de estos límites, de estas tentaciones que invaden nuestros discursos. En última instancia, la proliferación de estos discursos tal como la podemos leer es tal vez la expresión más fuerte de la incertidumbre y, detrás de la incertidumbre, del miedo respecto del presente y de los sueños de un mejor porvenir.

Librerías y edición

Así, podemos empezar con los diagnósticos sobre lo que aconteció, y acontece todavía, en la pandemia, en relación con las lecturas. Un primer suceso fue el cierre de las librerías, que ha producido una fuerte caída en las ventas de libros, y esto ha generado grandes dificultades para las editoriales. En todas las encuestas que he leído —una del Sindicato Nacional de la Edición (SNE) de Francia y otra del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc)—, los editores estiman la disminución de su facturación

entre 40% y 50% en relación con 2019¹. La consecuencia inmediata es la disminución del número de títulos publicados y, en Europa, la publicación en el otoño de lo que normalmente se hubiera publicado en la primavera. Es decir, un verdadero ajuste a la situación. De esta manera, una primera realidad fue la dificultad para los lectores de encontrar nuevos libros, libros que no tenían en su biblioteca, si es que tenían una. Esta es una primera realidad, la realidad que en este momento atraviesan las librerías y la edición.

La segunda realidad que experimentamos hoy es la de una vida casi enteramente digital: se utiliza la comunicación digital en las relaciones entre individuos o instituciones, para hacer compras, en la enseñanza, y también las lecturas se hacen en digital, más allá de aquellos libros que los individuos ya poseen en papel. Este fue el gesto normal para leer, para pensar, para acceder a libros o revistas: trasladarse a su forma electrónica. Con todo, esta observación debe matizarse inmediatamente, porque si, por ejemplo, en Brasil hubo un aumento de las ventas de libros electrónicos (allí las ventas se triplicaron en el año 2020 en relación con 2019), más generalmente este crecimiento fue limitado. La encuesta del SNE de Francia muestra que, por un lado, las editoriales que tienen un sector digital son minoritarias, y por otro, que estas no estiman un crecimiento fuerte de las ventas de libros electrónicos. Estos hechos pueden ubicarse dentro de la marginalidad de este sector del mercado del libro ya antes de la pandemia: en Francia, las ventas de libros electrónicos representan solamente 10% de la facturación total del mercado editorial.

Hay una serie de observaciones interesantes que pueden hacerse tanto sobre este mundo digital transformado en realidad cotidiana, en la esfera de la existencia entera, como sobre la crisis de las librerías y de la edición que, evidentemente, tiene consecuencias importantes sobre las posibilidades de lectura. La pregunta fundamental es si esta situación inaugura un nuevo mundo de la cultura escrita, con el predominio de la forma digital, con un mundo sin librerías y sin libros impresos y, tal vez, con una profunda redefinición de la edición. O bien, por el contrario, si quizás debemos pensar lo que aconteció y acontece con la pandemia como una forma exacerbada de transformaciones que ya existían, de mutaciones que ya estaban presentes y que encontraron una suerte de paroxismo en el tiempo de la pandemia.

La pregunta fundamental es si esta situación inaugura un nuevo mundo de la cultura escrita

1. SNE: «Sondage SNE: Covid-19 – La situation des éditeurs de livres face à la crise», 5/2020, disponible en <www.sne.fr/document/sondage-sne-covid-19-la-situation-des-editeurs-de-livres-face-la-crise/>; Cerlalc: «El sector editorial iberoamericano y la emergencia del covid-19. Aproximación al impacto sobre el conjunto del sector y recomendaciones para su recuperación», Bogotá, 5/2020, disponible en <https://cerlalc.org/wp-content/uploads/2020/05/cerlalc_sector_editorial_covid_impacto_052020.pdf>.

Entender el evento

Para acercarnos a esta cuestión fundamental, me parece que debemos pensar en las dos maneras de comprender un evento como la pandemia, si consideramos que la pandemia es un evento; un evento que dura, pero un evento. Una primera manera, inspirada en la definición del acontecimiento propuesta por Fernand Braudel, es considerarlo como el resultado de mutaciones, evoluciones y transformaciones previas que se cristalizan en el momento del evento; otra es pensarlo a la manera de Michel Foucault, lector de Nietzsche, como un surgimiento, una instauración, una inauguración, como –retomando una palabra que Foucault utilizó a menudo– un *nacimiento*. De la elección de una u otra perspectiva depende nuestra más o menos fuerte capacidad de domar el futuro. En la primera definición, cuando el evento es el resultado de evoluciones previas, puede entenderse que si se transforman las condiciones que lo hicieron posible ese evento podría desaparecer. En la segunda, más difícil de pensar, debemos afrontar un porvenir sin orígenes, una situación radicalmente nueva, que descubrimos al mismo tiempo que se establece. Podemos aplicar estas dos maneras de entender el evento a las dos realidades que he mencionado: la crisis de la actividad editorial y la digitalización de la sociedad.

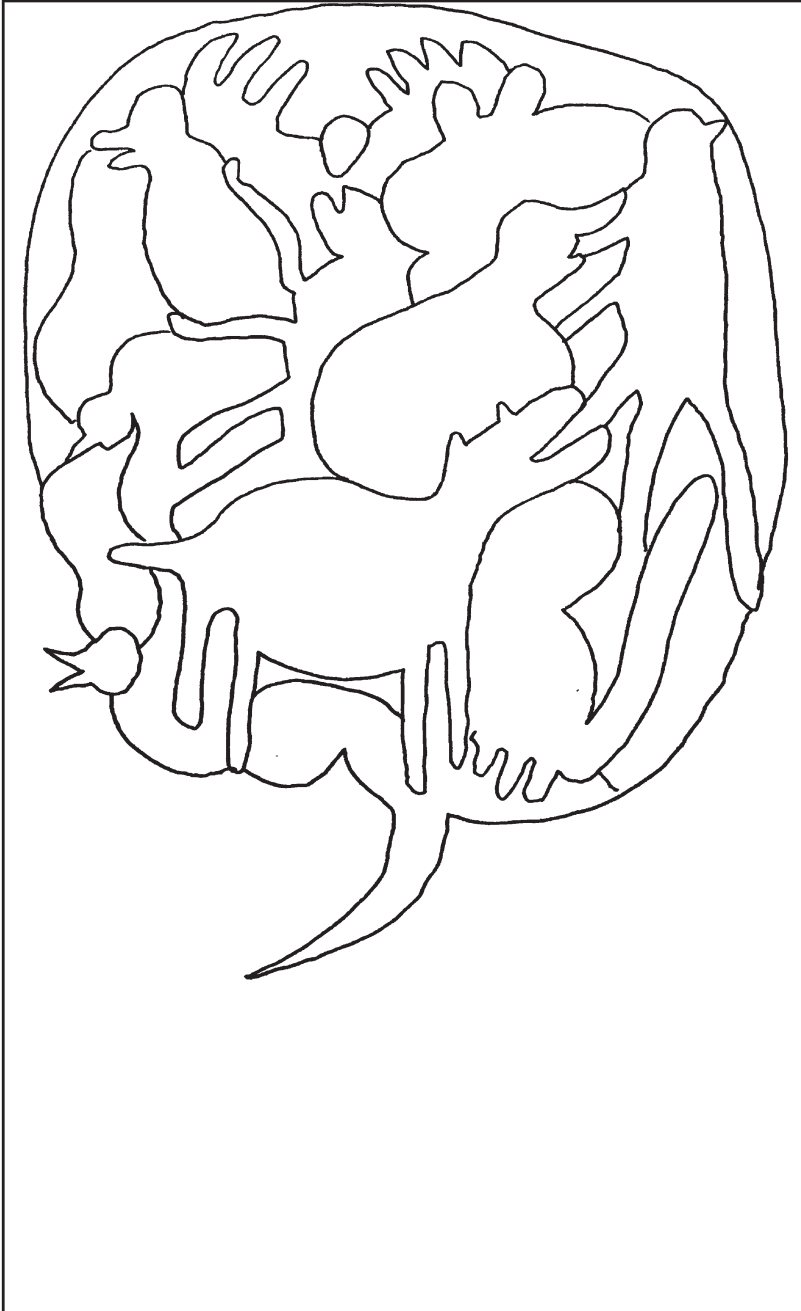
La crisis de las librerías y de la edición se remite a una serie de transformaciones tanto estructurales como coyunturales que se dieron en el mundo del libro antes del covid-19. Estructuralmente, como sabemos, antes de este evento la fragilidad de las librerías resultaba de la competencia de la venta *online*, en particular por parte del gigante Amazon, y de los altos precios de los alquileres en las ciudades, una dificultad aumentada por la muy limitada rentabilidad del negocio de los libros. El covid-19 aconteció entonces en un mundo en el que en todas partes había disminuido el número de librerías. En París, 350 librerías cerraron desde 2000 hasta 2019². *Librerías*, el libro de Jorge Carrión, es una suerte de antología de estas desapariciones³.

También en el campo de la edición puede encontrarse una fragilidad anterior a la crisis paroxística, aquí con raíces más profundas en los procesos de concentración, cuyo resultado más fundamental fue la imposición de la lógica del marketing a expensas de la lógica editorial propiamente dicha. Podemos recordar la expresión de Jérôme Lindon, y después de André Schiffrin: la edición sin editores⁴. «Sin editores» porque las decisiones de las editoriales se vinculan con aquello que perciben quienes se ocupan

2. Denis Cosnard: «À Paris, une librairie défie le déclin du livre» en *Le Monde*, 14/10/2018.

3. J. Carrión: *Librerías*, Anagrama, Madrid, 2013.

4. A. Schiffrin: *La edición sin editores*, Destino, Barcelona, 2000.



del marketing de los libros y no con una política editorial basada en preferencias intelectuales, estéticas o ideológicas. A este tema de la publicación sin editores o sin edición podría vincularse la desaparición en muchas empresas de la figura del corrector de estilo. En este sentido, una dificultad estructural previa, que ya se venía viendo durante los 10 o 15 últimos años en muchos países del mundo, se tradujo en una disminución del mercado del libro. Una investigación del Cerlalc muestra una disminución de la facturación global de las editoriales de 36% en España y de 22% en Brasil entre 2007 y 2017⁵.

La razón de estas transformaciones coyunturales y estructurales –que ya habían creado una situación de fragilidad en la edición y en las librerías antes del choque de la pandemia– debemos buscarla en las transformaciones de las prácticas de lectura y de los hábitos de los lectores. No tengo todos los datos necesarios a escala mundial, sino que me basaré solamente en un trabajo publicado hace poco en Francia, una investigación del Ministerio de Cultura⁶. Hay dos preguntas que llaman la atención en ese estudio. La primera busca saber si las personas entrevistadas habían leído por lo menos un libro durante el año previo, es decir, en 2018. En el grupo de individuos nacidos entre 1945 y 1974, más de 80% decía que sí, que habían leído por lo menos un libro en el año anterior. Pero en el grupo de los nacidos entre 1995 y 2004, el porcentaje es solamente de 58%. En esa franja hubo una disminución fuerte del porcentaje de lectores de libros entre 1988 y 2018. La segunda pregunta era si los lectores habían leído y, supuestamente, comprado 20 libros o más durante el año previo. En 2018, 15% decía que sí, cuando en 1973 el porcentaje era de 28% y en 1988, de 22%. Si seguimos estos datos, entonces, podemos ver una disminución de la lectura y la compra de libros, tanto en relación con la reducción del número de lo que en francés se llama *forts lecteurs* –quienes compran y leen mucho–, como, más globalmente, y para los más jóvenes, con el abandono de la lectura de libros.

En estos diagnósticos se trata, por supuesto, de la lectura de libros, y de libros impresos. ¿Qué ocurre en el mundo digital con lo escrito? En este mundo la lectura es omnipresente, obsesiva, necesaria: lecturas de los intercambios electrónicos, lecturas de las redes sociales, lecturas frente a las pantallas del tiempo de la pandemia. ¿Cómo podemos ubicar esta

5. Mariana Bueno: «¿Cómo se comportó el mercado editorial en la última década?» en *Cerlalc*, 30/9/2019.

6. Ministerio de Cultura de Francia: «Chiffres-clés du secteur du livre 2018-2019», <www.culture.gouv.fr/sites-thematiques/Livre-et-lecture/Actualites/chiffres-clés-du-secteur-du-livre-2018-2019>, 27/4/2020.

situación en evoluciones anteriores? En la misma investigación ya citada sobre las prácticas culturales de los franceses hay otro dato muy interesante: uno de cada seis afirma que su vida cultural tiene lugar por completo en el mundo digital, particularmente a través de las redes sociales, los videos *online* o los juegos electrónicos. Leen o escriben solo en las pantallas. La mitad de estos individuos, que ya desde antes de la pandemia vivían en condiciones similares a las pandémicas, tienen menos de 25 años. La cuestión es, por un lado, saber si sus prácticas culturales van a mantenerse exclusivamente *online* o si en algún momento van a salir del mundo digital para encontrarse con otras prácticas, culturales o no. Por otro lado, podríamos preguntarnos también si esta minoría de hoy prefigura la sociedad entera de los lectores del futuro.

Este primer diagnóstico muestra que ya antes de la pandemia existía la posibilidad de vivir digitalmente como en la pandemia... Frente a esto, por supuesto, puede hacerse un segundo diagnóstico, que es la contracara del primero. En cierto sentido, a pesar del crecimiento del mercado de los libros electrónicos, parece darse una situación paradójica: las lecturas efectivamente son digitales, pero sin la compra de libros electrónicos, que se descargan o se comparten en redes sociales. También aquí hay un desafío para el porvenir: esto es, detectar si aquellos lectores que han leído en este periodo más textos electrónicos que antes –pero sin necesariamente comprarlos– volverán después de la pandemia a sus prácticas cotidianas o, más bien, si el nuevo hábito se mantendrá, estimulado por los esfuerzos de los editores y distribuidores de libros electrónicos, que buscan transformar la situación excepcional de leer frente a la pantalla en una práctica ordinaria y común. Una manera de pensar una respuesta es preguntarnos si los esfuerzos que se hacen en algunos países, por ejemplo en Brasil, para traer a los lectores al mundo digital, esfuerzos que se traducen en la distribución gratuita de *e-books* o descuentos importantes en su compra (sobre la base de que el libro electrónico es de más fácil acceso, precio más bajo y que resuelve los problemas, si no de la edición, por lo menos de la distribución de los libros), perfilan la situación del futuro. Y preguntarnos también si las personas después de la pandemia van a resistir la tentación del «clic» que permite comprar libros, sin hacer caso a las librerías abiertas nuevamente, si van a seguir prefiriendo la lectura de libros, revistas o diarios electrónicos antes que su forma impresa. Si, en suma, sobrevivirá esta tendencia a satisfacerse con la lectura de los textos disponibles en el universo digital, sin preocuparse por encontrar la versión impresa en las librerías o bibliotecas. Este es el desafío fundamental para el porvenir de las lecturas.

Uno de cada seis franceses afirma que su vida cultural tiene lugar por completo en el mundo digital

Consecuencias

Para proponer una conclusión, y para rechazar –o intentar que no se haga realidad– la idea de una lectura total y enteramente digital, quiero subrayar algunas consecuencias posibles de esta prometida, deseada o temida transformación. La primera consecuencia sería económica. En un artículo que se publicó en abril de 2020 en *La Vanguardia*, de Barcelona, Jorge Carrión subrayaba el hecho de que la pandemia hace más poderosos a los poderosos y más ricos a los ricos. Se trataba a todas luces de una referencia al enorme provecho que sacan de la crisis las grandes empresas como Amazon, Facebook o Google. Se produce así la aceleración de un proceso de concentración: Amazon, por ejemplo, se está transformando en el único supermercado del mundo, un supermercado digital sin competidores.

Otra consecuencia que encuentro muy relevante es de orden cultural. Vivir en el mundo digital posiblemente sea generalizar para la lectura, para *todas* las lecturas, cualquiera sea su objeto, las prácticas dominantes en el mundo digital: las de las redes sociales. La práctica de lectura propia de las redes sociales es una lectura acelerada, apresurada, impaciente, fragmentada (y que fragmenta), sin la necesidad de contrastar las informaciones y las afirmaciones leídas. De esta manera, la pregunta aquí es si este tipo de lectura, que se plasmó en el uso de las redes digitales, se transformará en un modelo, un patrón general que someterá a todas las otras lecturas, de cualquier orden y naturaleza.

Si este fuera el caso, estaríamos frente a inmensos riesgos. El primer riesgo sería para el conocimiento, desde el momento en que el criterio de autenticación de los enunciados se traslada a su presencia en una red a la cual se le da credibilidad o confianza, sin preocuparse por el examen crítico de la veracidad de lo que se enuncia, un examen que supone comparaciones entre fuentes de información y evaluaciones sobre su credibilidad. El segundo riesgo no es solamente para el conocimiento sino también para la democracia. Es evidente que este tipo de lectura acelerada y crédula se constituye en un poderoso instrumento de comunicación para todas las formas de manipulaciones, de falsificaciones y de reescrituras engañosas del pasado. Son amenazas temibles para el futuro.

Afortunadamente, una suerte de compensación a este «crecimiento de lo peor» sería que, con la pandemia, se haya tomado una conciencia más aguda de estos riesgos, una conciencia que se manifiesta para algunos en las frustraciones que produce la existencia confiscada por las pantallas. Estas frustraciones permiten pensar más claramente la diferencia entre el mundo digital y el mundo impreso, en lo que refiere al libro, a la lectura, al conocimiento, al placer. Lo que se experimenta en la inmediatez de las

relaciones se volvió imposible y, de cierta manera, las compensaciones produjeron una honda percepción de lo que falta. A mi juicio, la diferencia esencial, y que debe reconocerse en todos los casos, es la diferencia que existe entre las lógicas que gobiernan estas dos formas de relación con lo escrito. La lógica de la librería, de la biblioteca, de la página del diario, del libro impreso es una lógica del pasaje, del viaje entre estanterías, entre espacios, entre textos. El lector es un cazador furtivo, un peregrino, un viajero. La lógica de la producción textual y de la lectura en el entorno digital es, en cambio, una lógica temática, tópica y, finalmente, algorítmica. El lector es, aquí, previsible. Si la lógica del viaje trae sorpresas, descubrimiento de lo inesperado, de lo desconocido, la lógica del mundo digital transforma tanto los textos como a sus lectores en bancos de datos.

Una vez que se percibe esa diferencia, se vuelve posible establecer un uso menos peligroso del mundo digital y ubicarlo en el lugar que le corresponde, y ya no como un universo globalizante y globalizador, que se apodera de todas las prácticas, de todas las categorías, de todas las experiencias. La frustración nace de la imposibilidad de una experiencia compartida por individuos reunidos en el mismo tiempo y en el mismo lugar. En esta conversación no estamos en el mismo lugar, no estamos en el mismo continente, no estamos en el mismo huso horario. Frente a esto, la relación entre los cuerpos que experimentan un mismo evento, que participan en un mismo acontecimiento, es una realidad que podemos desear, para cuyo regreso podemos trabajar. Siempre me gusta señalar que esta frustración, que conduce a una percepción más aguda de la relación entre lo digital y lo impreso, tiene una referencia en el léxico del Siglo de Oro y la definición de la palabra «cuerpo». Los cuerpos no eran solamente los de los seres humanos, eran también los libros, los ejemplares de una misma edición. De esta manera, se ve también que la frustración frente al texto electrónico remite a la falta, a la pérdida de la relación con el cuerpo del libro, que es el cuerpo del texto. Esta frustración es compartida. La Feria Internacional del Libro de Guadalajara se anuncia, para un futuro próximo, como «presencial». No es posible saber si así sucederá, pero es una respuesta a esta falta de relación entre los cuerpos humanos y los cuerpos de los textos. La conclusión es que si queremos que el porvenir no se defina ya a la manera de nuestro presente dentro de la pandemia, eso dependerá, por supuesto, de las políticas públicas, pero también de cada uno de nosotros y, sobre todo, de nuestra resistencia a recurrir inmediatamente al «clic» de la computadora. ☒

Ventana al virus: las formas que no vemos

Juan Villoro

¿Quién escribirá la novela de la pandemia?, se pregunta el autor en este ensayo en el que recorre los meses de confinamiento, espera y virus a través de una cantidad de imágenes tomadas de la literatura universal y de sus propias vivencias. Finalmente, como él mismo dice, el género humano no sobrevive en silencio; lo primero que hacemos al sortear un cataclismo es comentarlo.

Nunca sabremos en qué momento la palabra pasó al arte. De pronto, en torno de una fogata, se concibieron historias. Una de ellas conservó el nombre de *Odisea*. Su tema no ha sido superado. ¿Hay mayor angustia que la dificultad de volver a casa?

Salir al mundo ayuda a entender el peso del retorno; el destino mejora con los esfuerzos para obtenerlo; por ello, en su poema «Ítaca», Constantino Cavafis pide «que el camino sea largo».

La crisis del coronavirus nos replegó a las habitaciones en las que no siempre queremos estar y adquirió la condición de una *Odisea* inmóvil. Sin mediación alguna, el punto de partida se transformó en punto de llegada. Estábamos donde teníamos que estar, pero eso representaba un tránsito hacia ninguna parte. Ya en el siglo xvii, Pascal había advertido que la tragedia de un hombre comienza cuando no puede estar solo en su cuarto.

Juan Villoro: nació en la Ciudad de México y estudió Sociología, pero se decantó por la literatura y el periodismo. Ha sido profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y profesor visitante en las universidades de Stanford, Princeton, Yale y Pompeu Fabra de Barcelona. Sus libros más recientes son *Examen extraordinario. Antología de cuentos* (FCE / Almadía, 2020) y la novela *La tierra de la gran promesa* (Literatura Random House, Ciudad de México, 2021).

Palabras claves: biopolítica, espera, lectura, novela, pandemia, México.

Nadie había hecho planes para el encierro, y no es fácil que una nación gregaria como la mexicana, donde lo importante ocurre en compañía, acepte que la ayuda consiste en ocultarse. El aislamiento, sinónimo del purgatorio, se transformó en mérito ciudadano.

Un título de Samanta Schweblin adquirió nuevo significado: *Distancia de rescate*. La escritora argentina se refiere a la proximidad necesaria para salvar a alguien. En la pandemia, la distancia útil fue el alejamiento. En ese ámbito, empezamos a buscar ventanas. Nos asomamos de otro modo a la calle, subimos a las azoteas y vimos el horizonte rayado por antenas de televisión. Esta actividad se complementó con otra para ganar profundidad de campo. Tiempo de pantallas encendidas. Algunos volvimos a un objeto que se abre al modo de una puerta, el libro en papel.

Kafka soñaba con ser un chino que vuelve a casa. En esta variante, Ulises es un extraño que regresa a un sitio común. Si Kafka hubiera sido chino, seguramente habría imaginado a un checo que vuelve a casa. Varados en nuestro cuarto, concebimos otros cuartos. A partir de marzo de 2020, el horizonte fueron las paredes. Sin pasar por los predicamentos del rey griego, asumíamos la difícil tarea de regresar.

Leer, abrir ventanas

En 1348 Italia fue devastada por la peste negra. Testigo de la tragedia, Boccaccio señaló que el contagio había golpeado «distintas partes del Oriente, donde hizo perecer a muchísimos habitantes», y se extendió hasta llegar a Florencia, la desdichada ciudad donde él vivía:

Contra ella fracasaron todos los esfuerzos de la previsión humana; ni los oficiales encargados de sanear la ciudad, ni la prohibición de que se permitiera la entrada a ningún apestado, ni las más prudentes precauciones, así como tampoco las más humildes plegarias dirigidas todos los días a Dios por las personas piadosas, fuera en las procesiones organizadas a tal fin o de otra manera cualquiera, pudieron impedir que en los primeros días del año comenzara a hacer los mayores daños.

Boccaccio tenía entonces 35 años. Escritor autodidacta, dominaba la versificación sin ser un auténtico poeta; además, no podía compararse con las inimitables figuras de su siglo: Dante y Petrarca. La mayor parte del tiempo se le iba en conquistas amorosas. Hijo natural, fue enviado por su padre a Nápoles para que no incomodara a su madrastra. Acaso por ello, siguió la ruta de otros célebres donjuanes, buscando en un sinfín de mujeres a la que

nunca conoció. Al ver cadáveres en las calles y cerdos que morían por lamer sus vendas, decidió ser fiel a su época. Repudió las rimas eruditas, tuvo urgencia de ser comprendido y acudió a la forma más alta de la expresión vulgar: la prosa. En 1353 concluyó el *Decamerón*.

La trama se ubica en Florencia durante la peste. Siete mujeres, que oscilan entre los 18 y los 28 años, se reúnen en la iglesia de Santa María Novella. Lle-

**En una era de
cuerpos enfermos,
Boccaccio exalta
el organismo. No
le importa que una
boca estornude; le
importa que bese**

van luto por la pérdida de sus familiares. Una de ellas propone que en vez de sumirse en el dolor o en vanos placeres, recuperen el gusto por la vida en un refugio campestre. Tres jóvenes entran a la iglesia y las chicas los invitan a la más productiva tertulia de la literatura. Durante diez días los convidados cuentan cien historias sobre el triunfo del deseo. El macabro entorno es refutado por tramas de lúbrica comicidad, donde nadie se arrepiente y donde el pecado es una forma del ingenio. Frailes, marqueses, abadesas, presbíteros y mujeres casadas buscan una atrevida

felicidad erótica. En una era de cuerpos enfermos, Boccaccio exalta el organismo. No le importa que una boca estornude; le importa que bese.

Los personajes pertenecen a una sociedad hipócrita en la que para ser sincero hay que hacer trampa. De acuerdo con Salvador Novo, «pretenden imponer una conciencia moral fundada en la improcedencia de las inhibiciones». Hijo ilegítimo, Boccaccio quiso normalizar estigmas. Novo advirtió su «deseo latente de hacer reconocer a todo el mundo la pureza del adulterio, del que fue producto lato, e instaurar el amor libre como prueba de que su presencia en el mundo no era espuria».

En su condición de católico practicante, Boccaccio conoció a la primera de sus musas en la iglesia (también Petrarca vio a Laura ante un altar). Al concluir el *Decamerón*, hizo algo que sus personajes jamás harían: se arrepintió y pidió consejo al poeta admirado. Petrarca lo instó a publicar los cuentos, aunque años después diría que se trataba de «un libro juvenil, escrito en prosa para uso del pueblo». A diferencia de Dante, Boccaccio hace que el Infierno y el Paraíso estén en la tierra. Juzga que la epidemia pueda ser una maldición divina, pero revela la condición humana *en ausencia de Dios*.

En 1348, diez personajes se reunieron en un jardín de Italia. Al mediodía buscaban la sombra para contar historias: cada palabra alargaba la vida. Esa inspirada reclusión daría otro nombre a los tiempos de la peste: Renacimiento.

Biopolítica

Cuando un Estado entra en crisis, se multiplican las metáforas bélicas, límite y derrota de la imaginación social. En 2020, varios gobiernos cedieron

a la tentación de referirse al covid-19 en términos militares, recurso inútil, pues el frente era ilocalizable, el enemigo avanzaba sin ser visto y la defensa consistía en evitar el acontecimiento.

Esa *narrativa vacía* dominaba al grueso de la población. Los sucesos pasaban en islas alejadas: los hospitales. ¿Es posible contar una «épica de la inacción»? El personal sanitario y los infectados vivían un drama concreto mientras la inmensa mayoría respiraba en puntos suspensivos.

Los gobiernos normalizan el estado de excepción apelando al bien común. El filósofo Paul B. Preciado distinguió dos métodos de combate a la epidemia: el aislamiento físico (Francia, Italia, España) y las pruebas para distinguir contagiados (Corea del Sur, Taiwán, Singapur). Ambas estrategias obligaban a recordar el término de «biopolítica» usado por Michel Foucault para señalar que el objetivo último del poder es el cuerpo.

La moderna supervisión biopolítica anuncia la llegada de ciudadanos in-materiales, progresivamente desprovistos de la capacidad de elegir e interactuar con los demás. De acuerdo con Preciado, en la pandemia, el ciudadano

no intercambia bienes físicos ni toca monedas, paga con tarjeta de crédito. No tiene labios, no tiene lengua. No habla en directo, deja un mensaje de voz. No se reúne ni se colectiviza. Es radicalmente individuo. No tiene rostro, tiene máscara. Su cuerpo orgánico se oculta para poder existir tras una serie indefinida de mediaciones semio-técnicas, una serie de prótesis cibernéticas que le sirven de máscara: la máscara de la dirección de correo electrónico, la máscara de la cuenta Facebook, la máscara de Instagram. No es un agente físico, sino un consumidor digital, un teleproductor, es un código, un píxel, una cuenta bancaria, una puerta con un nombre, un domicilio al que Amazon puede enviar sus pedidos.

Toda epidemia describe el país donde ocurre. En México la principal peste es el hambre. De acuerdo con el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), cuatro de cada diez mexicanos viven en la pobreza. Para ellos, las posibilidades de morir por no salir a la calle superan a las de sobrevivir por quedarse en casa. Además, nuestro espacio doméstico es una zona de alto riesgo. En *The Washington Post*, Laura Castellanos abordó la «dimensión oculta» de la pandemia. Del 28 de febrero al 13 de abril de 2020, cien mujeres murieron por coronavirus y 367 por violencia de género; hubo 40.910 llamadas de emergencia al número 911 (la mayor cantidad desde 2016), y se abrieron 33.645 carpetas de investigación: 23,3 denuncias por hora. Un problema estructural se agudizó con el encierro. Por otra parte, también aumentó la disposición a denunciar. El imprescindible *hashtag* #QuédateEnCasa parecía reclamar otro igualmente urgente: #¿ConQuién?

El coronavirus mostró un mundo interconectado pero desunido. Preciado señala que «comunidad» comparte una partícula etimológica con «inmunidad»: *munus*, tributo. La comunidad comparte los tributos; la inmunidad prescinde de ellos. El cuerpo social solo será inmune en comunidad. La paradoja del otro: nuestra salud depende de aliviar su malestar.

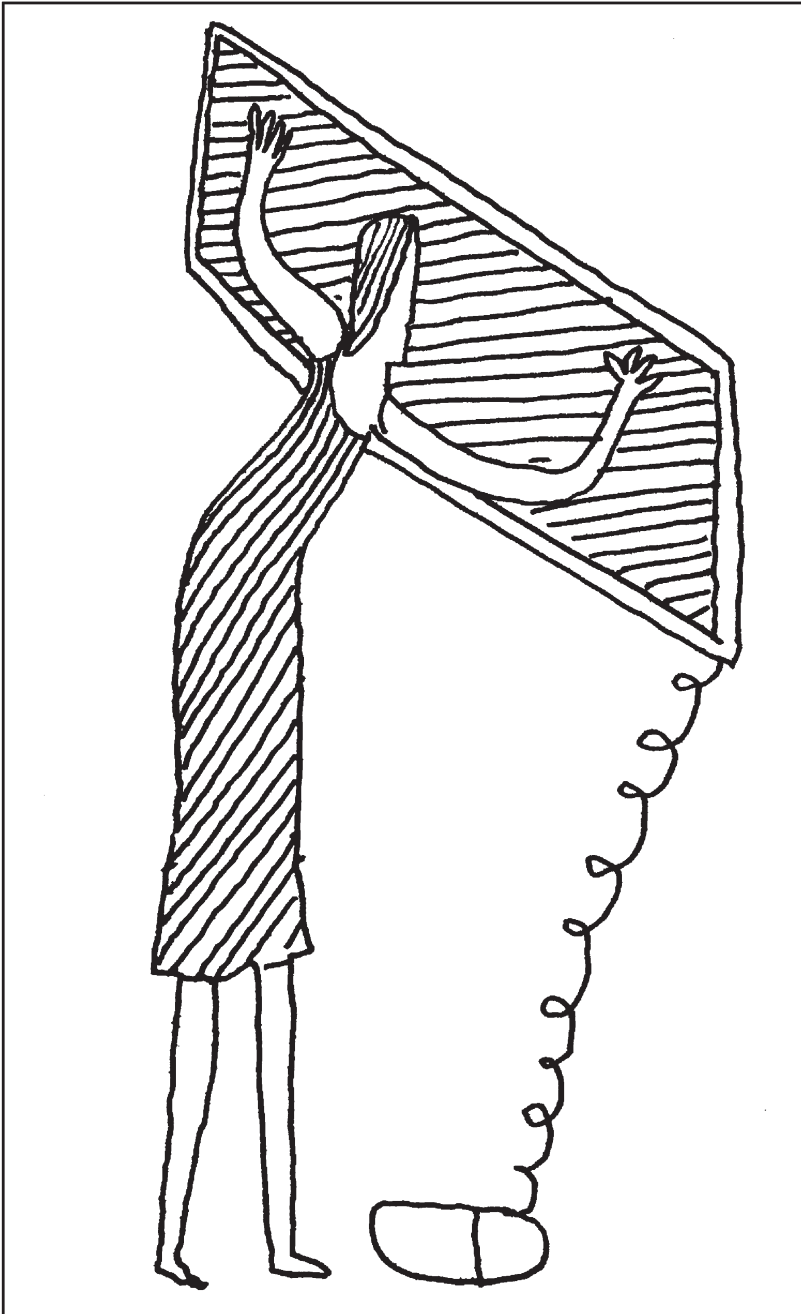
La biopolítica responde, en última instancia, a un criterio económico. En 2021, la vacunación nos convirtió en portadores de marcas. Del mismo modo en que Coca-Cola se vende en una cadena de cines y Pepsi en otra, Pfizer permite circular por ciertos países y Sputnik por otros. Recibí la primera vacuna y mi esposa la segunda. El mundo nos ofrecía rutas diferentes.

Mientras el cuerpo se mercantiliza, los gobiernos anuncian recortes a la cultura en nombre de la economía. Y, sin embargo, el tedio del encierro confirmó que la cultura es un remedio ancestral: desde hace siglos, el esfuerzo de lavar la ropa se supera cantando.

Churchill aseguraba que Gran Bretaña ganó la guerra por no cerrar los teatros. Un pueblo que representa *Hamlet* durante los bombardeos no puede ser vencido. La contradictoria y carismática figura del legendario bulldog inglés no dejará de inspirar películas y series de televisión. Su afición a la pintura y la literatura fue vista como una extravagancia similar a su ingesta de puros y whisky, y tuvo repercusiones imprevistas (el nombre de la banda de jazz-rock Blood Sweat and Tears [Sangre, Sudor y Lágrimas] surgió del más inflamado de sus discursos y la Academia sueca perfeccionó su lista de errores al concederle el Premio Nobel de Literatura). Más allá de las circunstancias de su vida, conviene rescatar una de sus convicciones: la política carece de sentido al margen del arte. En una carta al ministro de Cultura de España, el director de teatro Lluís Pasqual recordó una frase de Churchill: «Si sacrificamos nuestra cultura... ¿alguien me puede explicar para qué hacemos la guerra?».

En tiempos en que nadie es capaz de una tribuna parlamentaria con el ánimo de Churchill, por no decir con su retórica, el confinamiento se superó con la imaginación ciudadana. Para salir del presidio mental, se compartieron tuits, poemas, canciones, llamadas telefónicas, sesiones en Zoom, sueños y series de televisión. Los artistas regalaron en línea obras de teatro, películas, libros, conciertos. La especie resistió gracias a formas de representación de la realidad eliminadas de los presupuestos públicos como una parte prescindible de la realidad.

En un capítulo de *Los hermanos Karamázov*, «El gran inquisidor», Dostoyevski reflexiona sobre el eterno dilema de las prioridades humanas. Iván, el hermano intelectual, cuenta una parábola a Aliosha, el hermano religioso. En el siglo XVI, un viejo inquisidor sevillano encuentra a Cristo y lo arresta porque su regreso pone en entredicho a una Iglesia que se ha apartado de



su prédica. El anciano explica al mesías el peor de sus errores. Cuando oyó la voz de Dios en el desierto, pudo haber pedido cualquier cosa. El Padre Eterno le ofreció pan para alimentar a la humanidad entera; eso le hubiera conferido un poder incontestable. La respuesta de Jesús fue desconcertante: «No solo de pan vive el hombre». ¿A qué se refería? Rehusó ser el proveedor de la gente, su autoridad asistencial, y promovió la libertad aun a riesgo de que se usara en su contra. Ya en la cruz, no pidió un milagro para subir al cielo escoltado por los ángeles. La fe no puede ser impuesta con un truco; debe ser atributo del albedrío.

Los milagros y el reparto del pan son coacciones. Iván presenta la historia como un fracaso del cristianismo (un sacrificio inútil en nombre de la decisión individual); Aliosha lo entiende como un triunfo de la fe sin ataduras. Entre ambos, media otra figura: Dostoyevski sugiere que el pan y la libertad son inseparables. Imaginar que el trigo puede ser horneado y

**La mitad de
nuestra existencia
es imaginaria:
el pan sabe mejor
en libertad**

compartirlo son actos culturales. Ponerle precio es otra cosa. En 1929, escribió Federico García Lorca: «No solo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que

los pueblos claman a gritos». La mitad de nuestra existencia es imaginaria: el pan sabe mejor en libertad.

La civilización comenzó en torno de una fogata. Los gobiernos olvidan que eso sirvió para tres cosas imprescindibles: calentar las manos, preparar comida y contar historias.

La espera

El problema de disponer de mucho tiempo es que no llega el momento de aprovecharlo. Antes de la pandemia, buscábamos ratos que importaban por contraste, arrebatados a la tiranía del horario. El confinamiento cambió las nociones de descanso y día hábil. Siempre estábamos ahí. El trabajo a distancia nos volvió personas *disponibles*.

Los presos conocen este drama. En su espléndida antología de textos de Ricardo Garibay, Josefina Estrada incluye la crónica «Cárcel». Después del movimiento estudiantil de 1968, el escritor visita a presos políticos en el «Palacio Negro» de Lecumberri que soportan la reclusión con estoicismo y han convertido sus celdas en cubículos de trabajo.

Garibay no conocía a Heberto Castillo, pero sintió que continuaban un diálogo de viejos amigos. Dueño de una sonrisa «fácil», «impensada», el anfitrión había renunciado a sus brillantes desempeños como ingeniero y maestro universitario, y se disponía a fundar un nuevo partido político, deseoso de complicarse la vida. Ante esta figura de entusiasmo crónico, Garibay hizo la pregunta decisiva: «¿Qué es lo peor, ingeniero?». El anfitrión dio una cátedra sobre la ingeniería del tiempo:

Lo peor es la relación entre trabajo y tiempo. Se rompe, ¿comprende? Me explico: «afuera» uno se hace de un método, horas diarias, precisas, donde se va acumulando el material, el trabajo: libros, notas, clases, viajes, investigaciones; el tiempo sirve para eso. Aquí el tiempo sirve para esperar, esperar una audiencia determinada, una visita, una noticia, un rumor, una sentencia: eso da y quita sentido al tiempo de la cárcel, porque la espera paraliza, anula los métodos, corrompe los programas. Hay que luchar con todas las fuerzas, vivir como si no se esperara, y no siempre se puede.

Las palabras de Heberto Castillo resumen el predicamento de vivir entre paréntesis, aguardando una noticia, un rumor que acabe con la pausa. Martín Caparrós escribió con ironía que la tierra volvió a ser plana: solo la vemos en la pantalla. También recordó la renovada pertinencia de la dedicatoria de *Zama*, novela de Antonio di Benedetto: «A las víctimas de la espera». Fiel a su estética, ese libro aguardó a sus lectores durante años. La historia se ubica en el siglo XVIII. Un funcionario de la Corona española es enviado a una lejana frontera rural y anhela ser trasladado a Buenos Aires. No hace otra cosa que esperar: «Me pregunté, no por qué vivía, sino por qué había vivido. Supuse que por la espera, y quise saber si aún esperaba algo. Me pareció que sí. Siempre se espera más».

En 1956, cuando apareció la novela, el destino de Diego de Zama fue visto como el de un existencialista del siglo XVIII. Condenado a la posposición, no tiene recompensa cierta, pero mantiene el resistente ejercicio de aguardar. Su desilusionada entereza no es la de un desencantado, sino la de alguien que persiste.

La historia cultural de la paciencia tiene antecedentes que dependen más de la lectura que de la escritura. Quien se adentra en un libro es, necesariamente, un esperanzado.

El infinito acervo de la Biblia ofrece anécdotas que los exégetas convierten en parábolas. Erri De Luca, poeta italiano, activista ecológico, montañista y traductor del hebreo, ha dedicado un hermoso libro a un pasaje del Génesis: *Vita di Noè/Nòah*. Sus reflexiones aprovechan los recursos

**Dios no solo
elige a un hombre
justo para reiniciar
la especie humana,
sino a alguien
que sabe esperar**

detectivescos de las etimologías, comenzando por el nombre del protagonista, Nòah, que en hebreo antiguo remite al verbo «reposar». Horrorizado ante la violencia y la corrupción de los seres humanos, Dios no solo elige a un hombre justo para reiniciar la especie humana, sino a alguien que sabe esperar.

Las cosmogonías ofrecen estadísticas desaforadas. De acuerdo con el relato bíblico, Noé vive 950 años. Se podría decir que a alguien de tan garantizada longevidad no le queda más remedio que ser paciente, pero no hay que minimizar las pruebas que enfrentó.

El diluvio es el arrepentimiento de Yahvé ante su creación inicial. Noé recibe instrucciones precisas para construir la embarcación (sin popa, con tres pisos, etc.). De Luca destaca un detalle esencial: la nave carece de timón, «está hecha para flotar, no para navegar». A bordo, no hay mayor recurso náutico que la fe.

El marino accidental se embarca con su esposa, sus tres hijos y sus parejas, y con ejemplares macho y hembra de todos los animales. Durante 40 días y 40 noches llueve sin cesar. Durante esa cuarentena primordial los demás seres vivos son aniquilados.

Después del diluvio, el viento sopla de otro modo. Durante 150 días las aguas bajan de nivel. Al mes décimo, las cumbres de los montes vuelven a ser vistas. Pasan otros 40 días y Noé suelta un cuervo que revolotea en torno del barco. Siete días después suelta una paloma que no encuentra dónde posarse y regresa al navío. Noé se comporta como un relojero místico: no conduce la nave, mide el paso de los días. «Se atiende al intervalo temporal de la creación; sabe que está ante el segundo nacimiento del mundo», escribe De Luca.

Noé aguarda otra semana para volver a enviar la paloma, que ahora regresa con una rama de olivo, señal de que la tierra está cerca. Todo parece resuelto, pero el protagonista decide esperar una semana más. Esos últimos siete días confirman su naturaleza. El poeta italiano Paolo Valchino observa que vuelve a la vida «no a través del excitado desenfreno de la supervivencia, sino con la serenidad del hombre en cuyo nombre está inscrito el reposo».

Ya en tierra, Noé sigue atento a la cronología: planta una viña, reloj vegetal. La siembra, la cosecha, la fermentación y el añejamiento son los nuevos plazos de su espera. Hace vino para beber el tiempo.

Hombre al fin, se emborracha y sus hijos lo encuentran desnudo. Antes de salir de escena maldice a los herederos de su estirpe.

Noé aceptó la difícil espera que le fue impuesta. Lo más importante fue que se asignó a sí mismo una semana adicional para aquilatar la nueva vida

desde el reposo: «deja que el mundo respire siete días más, ahorrándole la presencia de las mujeres y los hombres», comenta Vachino. Años después, en su viñedo, descubrirá la maravilla y el peligro de ser dueño del tiempo.

En el siglo XVIII, Lichtenberg consideró, con irrenunciable optimismo, que toda felicidad comienza con su anticipación (esperarla es parte de la dicha) y en el XX, los personajes de Beckett entendieron en *Esperando a Godot* que la existencia es una broma donde se aguarda lo que no llega. La pandemia obligó a repasar los contradictorios trabajos de Cronos. El virus no podía ser visto, carecía de lugar, pero marcaba el tiempo. Las ventanas, las páginas y las pantallas perdieron su condición de *sitios* y se convirtieron en *transcursos*, alternos devenires, hechos de otros minutos, otras horas.

El trompetista

En marzo de 2020, el cielo provocó declaraciones de un enclave tecnológico que a menudo se consulta con fines esotéricos: la NASA. Para paliar el encierro, la gente salía al balcón con deseos de amplitud. Sin embargo, el pacífico afán de ver nubes deparó una sorpresa. Allá arriba sonaba una trompeta. Como no estábamos para bromas, el ruido parecía anunciar el fin del mundo.

La educación católica ofrece un condensado de malas noticias. Entre las truculencias de esa pedagogía, destacan el Apocalipsis y los siete ángeles trompetistas que prometen calamidades. Ante el rumor en las alturas, numerosas personas consultaron inútilmente al Vaticano y tuvieron que pedir una segunda opinión a la NASA. La institución aeronáutica explicó que el ruido no se debía a seres sobrenaturales. El cielo confirmaba lo que siempre ha sido: un instrumento de viento. El aire caliente había chocado con el frío, produciendo un «cielomoto», lo cual sucede con frecuencia pero es opacado por los motores que vibran en las ciudades. Gracias al silencio, nos acordamos de los ángeles.

El invento de la trompeta se remonta al año 1500 a.C. y se atribuye a un faraón cuyo nombre anticipaba cómo debía sonar: Tut. Durante milenios, sirvió para hacer llamadas de larga distancia. Sus notas limitadas y su timbre poderoso se prestaban para dar órdenes inconfundibles. Ningún otro instrumento ha sido tan informativo.

En las bandas de guerra, el corneta toca música, pero su principal misión es impartir instrucciones para despertar a la tropa, izar una bandera o lanzar una carga de caballería. En el elenco bíblico, el arcángel Gabriel ocupa un cargo semejante, sirviéndose de su trompeta para despertar a las dormidas.

Desde que los siete sacerdotes elegidos por Josué soplaron cuernos de carnero para derribar las murallas de Jericó, se espera que las trompetas produzcan sacudidas. Algunas ocurrieron en el jazz gracias a Louis Armstrong, Miles Davis y otros virtuosos que reventaron sus labios en favor de los pulmones. Igor Stravinski y Olivier Messiaen compusieron para la trompeta y mi generación se emocionó con las fanfarrias de Carlos Jiménez Mabarak que anunciaban la entrega de medallas en la Olimpiada de México 68.

Aun así, el trompetista goza de rara reputación. Dispone de una herramienta que ha liberado tribus, ganado batallas y prometido el cielo, y al mismo tiempo carece de la sofisticada aura del clarinetista. García Márquez escribió la crónica de un muchacho que se atrevió a decirles a sus padres que deseaba ganarse la vida soplando: «Ahora nacía un descastado. Una especie de Caín parroquial que pretendía deshonar los ídolos familiares con el estridente cobre de una trompeta».

México encontró el modo de emplear trompetas en el mariachi, que empezó como música de cuerdas y luego se convirtió en el estruendo que altera cualquier reunión. Su repertorio incluye «El niño perdido», pieza en la que el trompetista debe alejarse de sus compañeros. Corre el rumor de que algunos músicos no vuelven al grupo y vagan por las ciudades como arcángeles fugados.

La trompeta se inventó en el Egipto de las plagas y se afianzó en un país donde la supervivencia depende del corazón

Uno de ellos llegó a mi calle. En dos años, sus notas destempladas no han dejado de sonar. Una y otra vez, toca «Historia de un amor». Mientras la epidemia se cierne sobre México la melodía dice: «Ya no estás más a mi lado, corazón / En el alma solo tengo soledad...». Es la historia de un amor como no habrá otro igual. «Ay que vida tan oscura / Sin tu amor no viviré», clama la trompeta, que se inventó en el Egipto de las plagas y se afianzó en un país donde la supervivencia depende del corazón.

La mermelada del profeta

Así como la metafísica no tiene sentido sin la física, los perfumes incluyen ingredientes apesados.

El inasible Miguel de Nostradamus nació en 1503, en Provenza. Un acontecimiento definió su sino: la peste. Ante un mago de tal calibre hay más conjeturas que certezas. Alberto Savinio procuró interpretarlo sin acudir al ocultismo. Hermano de Giorgio de Chirico, Savinio fue escritor,

músico, comediógrafo y pintor. Artista minoritario, casi secreto, apreciaba la erudición de los iniciados. No es casual que se interesara en el «Doctor Nuestraseñora».

Nacido en el seno de una familia de ascendencia judía e italiana, Nostradamus se aficionó desde niño a las preguntas sin respuesta. En su juventud practicó la astrología y la astronomía, entonces inseparables. Concibió ideas sobre la redondez de la Tierra hasta que su padre le advirtió que eso podía llevarlo a la hoguera. Aceptó que la Tierra era plana y profesó la fe católica. Estudió Medicina en Montpellier, donde los estudiantes podían desalojar a los vecinos ruidosos que impedían leer. En las clases de Anatomía conoció una superficie más interesante que el cielo: la piel de las mujeres. Casto hasta el prejuicio, idealizó la epidermis femenina y preparó sublimados para protegerla. «La iridiscente gama de los maquillajes nace de sus manos», escribe Savinio: «como un arco iris capturado y puesto al servicio de la cosmética. Su cráneo es el lecho del Instituto de Belleza. ¿Qué sería de Elizabeth Arden, de Helena Rubinstein, del mismísimo gran Antoine, sin las enseñanzas de Miguel de Nostradamus?».

Su habilidad para la farmacopea lo llevó a confeccionar mermeladas y gelatinas para que la fragancia de los frutos tonificara el cuerpo.

El gran cambio llegó con un flagelo que era representado como una «bestia selvática», una criatura con alas de murciélago que sostenía una antorcha de la que salía humo amarillo. La peste se había apoderado de Europa. No se trataba de un nuevo adversario; entre el año 1000 y 1400 se habían registrado 32 epidemias de ese tipo.

Nostradamus se interesó tanto en el mal que decidió seguirlo a las ciudades donde actuaba con cruel capricho. Quienes no morían eran víctimas de otro virus: el frenesí erótico.

Los médicos usaban la «escafandra de la peste», con lentes protectores y esponjas en la nariz. Además masticaban ajo. Autor de un *Tratado de los afeites*, Nostradamus concibió otro remedio, una receta aromática con clavel, aloe, cañas doradas y rosas recogidas antes del rocío. De acuerdo con la leyenda, quienes tomaron ese específico sobrevivieron al mal. La fama del doctor aumentó en forma desmedida. Fue agasajado en banquetes hasta que conoció la más paralizante de las amenazas: la Felicidad, encarnada en una mujer que respondía a sus sueños de cosmetólogo.

El misántropo que hacía el bien se encontró ante la posibilidad de disfrutar la vida sin tener que solucionarla. Había ayudado a erradicar la peste, tenía celebridad, amor y fortuna. Pronto llegarían dos hijos hermosos. ¿Qué hace alguien que lo tiene todo pero no deja de pensar? La parte diurna del doctor cedió espacio a su parte nocturna. El taller de las computas se convirtió en el santuario de un mago.

Abrumado por la dicha, comenzó a tener «crisis de clarividencia». Vio a un joven fraile en la calle y se arrodilló, llamándolo «Santidad». Tiempo después, ese religioso sería Sixto v. A partir de entonces, se convirtió en profeta. Su mujer y sus hijos murieron sin que él pudiera hacer nada al respecto. «¿Era para este resultado, oh Felicidad, para lo que insististe tanto en ofrecerle tus gracias?», se pregunta Savinio.

Nostradamus dejó numerosas profecías para el futuro, la mayoría terribles, ninguna tan enigmática como su vida. Antes de la peste, ofrecía ungüentos, remedios y sabores; sorteó con entereza la epidemia, pero no pudo con el adversario secreto de una mente inquieta: la Felicidad. Rebelde ante la enfermedad, fue vencido por la plenitud. Una enseñanza amarga, digna del contradictorio profeta que preparaba mermeladas.

La novela del virus

Después de dos años de pandemia una pregunta se reitera: ¿quién escribirá la novela de esta época? El género humano no sobrevive en silencio; lo primero que hacemos al sortear un cataclismo es comentarlo.

La pregunta sobre la novela del virus se plantea como una urgencia. Todas las épocas tienen *ansiedad de presente* y piden testimonios. Sin embargo, los testigos más singulares suelen estar en los márgenes, registran los hechos con la distancia de quienes los ven en forma única y tardan en dar respuesta.

Lo más importante en la vida de un escritor ocurre antes de los 12 años. La infancia es el laboratorio de la escritura. Los novelistas de la pandemia serán quienes dejaron de ver a sus amigos y recibieron lecciones en una pantalla. Desconocemos sus sentimientos y seguramente ellos no han podido formularlos. Pero los largos meses de vida negada, sin respirar el olor del pasto, sin sentir en los dedos la pegajosa sorpresa de un dulce desconocido, sin padecer la angustia del escarnio o la repentina complicidad de una mirada en el salón de clases, ya gravitan en quienes contarán el porvenir.

Por suerte, para todo hay un ejemplo histórico. En 1665, Londres sucumbió a la peste. La mejor crónica de ese tiempo sería escrita por alguien que entonces tenía cinco años. No fue mucho lo que pudo recordar, pero algunas cosas se le grabaron con la retentiva que solo ocurre en la infancia, cuando todas las oportunidades son únicas. El nombre del testigo era Daniel Defoe, y su principal desafío, conseguir golosinas. No es casual que atesorara un detalle en la tienda donde le compraban caramelos: en el mostrador, las monedas se desinfectaban con vinagre. El olfato es un poderoso auxiliar de la memoria. A partir de entonces, todas las ensaladas harían que Defoe recordara el año de la peste.

Denle a un genio de cinco años una moneda que huele a vinagre; denle una vida desesperada y suficiente tiempo y surgirá una obra maestra. En 1722 Daniel Defoe publicó *Diario del año de la peste*.

A mediados de 2021, las monedas comenzaron a escasear en Estados Unidos porque la gente dejó de usarlas para prevenir contagios. Ahora contamos con el gel antibacterial que no existía en tiempos de Defoe, pero también con transacciones digitales que evitan todo contacto. ¿Qué recuerdos traerán esas monedas fugitivas?

Los mejores temas literarios suelen venir de una pérdida. La gran novela de la pandemia será escrita por una niña o un niño capaz de recordar lo que ahora le hace falta, alguien que hoy no entiende nada, está harto, dispone de sensaciones que no sabe acomodar. Esas carencias alimentarán los días futuros en que superará todo lo que se dijo en el lejano año de 2021. ☐

Perfiles Latinoamericanos

Julio-Diciembre de 2021

Ciudad de México

Nº 58

ARTÍCULOS: Ejercer el periodismo en entornos violentos: análisis empírico de las zonas de silencio en México, **Grisel Salazar Rebolledo**. La sentencia es de quien la trabaja: estructura organizacional y justicia constitucional en México (1996-2005), **Josafat Cortez Salinas**. Nicaragua mestiza versus Nicaragua multiétnica: el caso de la Costa Caribe, **Hloreley Osorio Mercado** y **Luis Héctor Serra Vázquez**. Cambio climático y gobernanza multinivel en Uruguay: percepciones tras diez años del Sistema Nacional de Respuesta al Cambio Climático, **Amalia Margarita Stuhldreher**. Leña, sustentabilidad, desigualdad y ciudades multiculturales, **Andrés Enrique Miguel Velasco**, **Ruffo Cain López Hernández**, **Karina Aidee Martínez García**, **Luz Astrid Martínez Sánchez** y **Lizbeth Fabiola García Cruz**. Agua en la Ciudad de México: diseconomías de escala y tecnologías intermedias, **Carlos A. Fraga-Castillo**. Gobernanza de la expansión: infraestructuras transnacionales de energía en América Latina, **Alke Christine Jenss**. La dimensión política del patrimonio. Reivindicación del valor social del ferrocarril en Chile entre dictadura y democracia (1973-2012), **Andrea Ortega** y **Macarena Ibarra**. Hacia una infraestructura cooperativa: cultura política solidaria en presupuestos participativos, **Antonio Cañez-Cota** y **Mariano Jorge Beret Rodríguez**. Cultura del trabajo y de la vida con sentido solidario, **Elizabeth Alves Pérez**. Nueva ruralidad y migración en la Mixteca Alta, México, **Matthew Lorenzen**. Satisfacción familiar en América Latina: ¿importan las relaciones?, **René Millán** y **Rosario Esteinou**. Estilos de consumo, actitudes hacia el dinero, y materialismo en adolescentes chilenos y ecuatorianos, **Marianela del Carmen Denegri Coria**, **Jorge Alonso Rodrigo Torres Acosta**, **Manuel Ignacio Correa Abarzúa**, **Valentina Belén González Rodríguez**, **Javiera Camila Belén Toro Lavanderos**, **Pamela Alejandra Salazar Valenzuela**, **Leonor Maricela Riquelme Segura**, **José Andrés Sepúlveda Maldonado**. Educación superior, productividad y crecimiento económico en México entre 2004 y 2015, **Alejandro Mungaray Lagarda**, **Raúl Barutch Pimienta Gallardo** y **Marco Tulio Ocegueda Hernández**. ENSAYO: Impactos del covid-19 en los escenarios latinoamericanos contemporáneos, **Gerardo Caetano** y **Nicolás Pose**. RESEÑAS.

En línea: <<https://perfiles.flasco.edu.mx/>>

Perfiles Latinoamericanos es una publicación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flasco), sede México. Coordinación de Fomento Editorial, Carretera al Ajusco 377, Colonia Héroes de Padierna, C.P. 14200, México, DF. Tel.: (5255) 3000 0244 / 3000 0251. Correo electrónico: <perfiles@flasco.edu.mx>.

La distancia, el futuro, la muerte

Martín Kohan

«Distanciamiento», «futuro» y «muerte» son, sin duda, algunas de las palabras claves de la pandemia, que se proyectan hacia la «nueva normalidad». El covid-19 nos pone frente a lo que perdurará y a lo que se borrará y, también, frente a los recuerdos falsos de esta situación excepcional.

La distancia

Y así fue como vinimos a descubrir, no sé si de a poco, no sé si de pronto, lo cerca que antes nos parábamos unos de otros, lo cerca que nos hablábamos, lo mucho que nos tocábamos, el arraigo indeclinable de esos hábitos: el de arrimarnos, el de encimarnos, el de amucharnos. Porque ahora intentamos la conjetura de esa nueva normalidad que vendrá, y damos en llamarla así: *normalidad*, para apaciguar ansiedades o angustias y alentarnos a suponer que sí, que algo al final se estabilizará, que se dejará reconocer y conseguirá durar, que en la batalla desatada entre lo normal y la excepción, en la que hoy por hoy la excepción prevalece, acabará por imponerse alguna forma (no sabemos del todo cuál) que podremos sentir como normal.

Pero antes de eso, mucho antes, ahora mismo, la excepción, por durativa, y porque siendo durativa no deja de ser excepción, consiguió afectar esa otra normalidad, la que antes teníamos: no la «nueva normalidad», la por venir, sino la vieja normalidad, esa en la que

Martín Kohan: es escritor y profesor universitario. Enseña Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Obtuvo el Premio Herralde de Novela por su novela *Ciencias morales* (2007) y el Premio Konex (2014). En 2021 publicó el ensayo *La vanguardia permanente* (Paidós, Buenos Aires).

Palabras claves: distancia, futuro, memoria, muerte, pandemia, Argentina.

hasta ahora habíamos vivido. La afecta de este modo específico: la torna un tanto extraña. La saca de la plena familiaridad, que es el territorio en el que comúnmente impera, para pasar a enrarecerla en alguna medida. Evocamos esas maneras tan nuestras, incluso llegado el caso las añoramos, y nos resultan algo ajenas. Advertimos, desde la falta, eso que antes, desde la costumbre, nos pasaba desapercibido: que al hacer por ejemplo una fila nos pegábamos al de adelante, y quien venía a continuación, detrás de nosotros, se nos pegaba a su vez; que nos aproximábamos al conversar, así fuera en una mesa de café, con la gestualidad que es propia de la confianza, al punto de intercambiar respiraciones; que unas cuantas veces al día frotábamos, no ya las manos, que no dejan de ser una extremidad, sino las caras, y más específicamente las mejillas, con personas que apenas conocíamos, si es que no las desconocíamos por completo; que al conversar nos agarrábamos hombros o antebrazos, como refuerzo para la persuasión o como aviso de que empezábamos a enojarnos; que al dejar pasar a alguien acompañábamos ese ceder con una mano cordial puesta en la espalda, mano que a su vez nos apoyaban si el paso nos lo estaban cediendo a nosotros.

Entre los ritos de la escolaridad tradicional, impartidos ineludiblemente como criterio de socialización, había uno de administración cotidiana: el de *tomar distancia*. Entre tantas otras cosas, se enseñaba también esa, a tomar distancia de los otros (y a que se tomara distancia de nosotros). Una forma de alinearse (o quedar derechitos), una forma de separarse (apartarse hasta ser uno solo entre los otros), una forma de ordenarse (por orden de estatura: el orden de estatura era a los cuerpos lo que el orden alfabético era a los nombres). Acaso un antídoto educativo contra la experiencia más propiamente urbana, la del hombre de la multitud, para decirlo en términos de Poe.

Ahora bien, en aquellas formaciones reguladas en patios de cielo abierto o en claustros de negación del afuera, incluso para tomar distancia, había que *tocarse*. No era sino con un contacto (el de la mano apoyada en el hombro de quien nos antecedía) como se alcanzaba a producir una distancia; palpar primero para retirarse después, o bien, mejor aún: nunca proceder a retirarse sin antes un poquito palpar.

En otras sociedades más aplicadas a la reticencia del repliegue físico de cada cual sobre sí, las medidas adoptadas para prevenir los contagios del coronavirus habrán tal vez afectado menos. Entre nosotros, la adopción forzosa de la *distancia social* determinó muy fuertemente un estado de excepción. Un colega desde Alemania me comentó, por ejemplo, a mediados de 2020, que para ellos esa requerida distancia no suponía mayores cambios, ya que eran habitualmente reacios a ponerse unos cerca de otros o a tocarse en general. Para nosotros, en cambio, tan hechos al pegoteo y a la elocuencia táctil, determinó un corte drástico, acaso el más difícil de

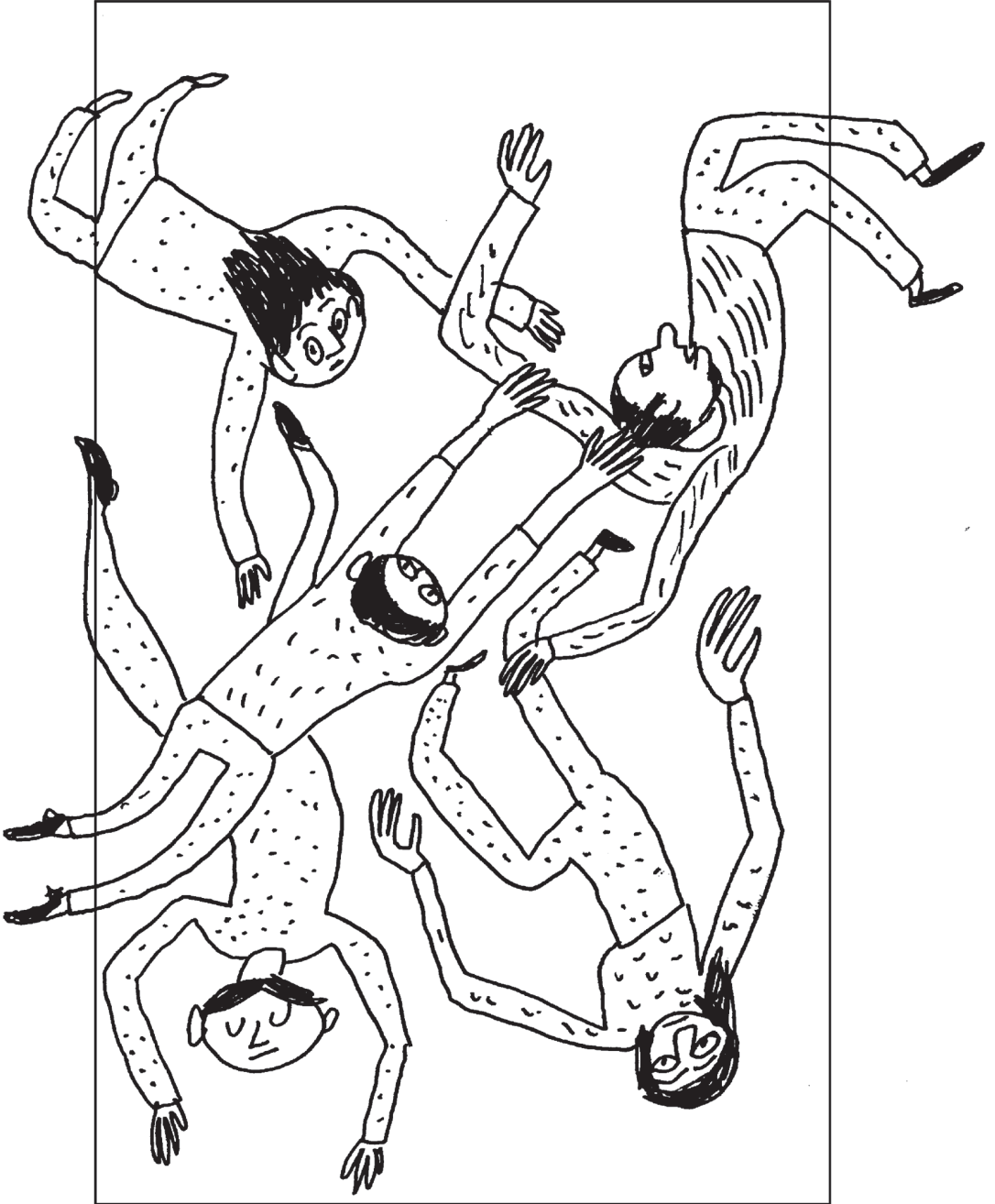
asumir (más difícil que el uso del barbijo, ya sea considerando o no que lo que hay en la nariz son agujeros; que el lavado permanente de manos; que el rociado general de objetos empuñando un bombero loco). Estamos hechos al contacto social. Lo inaudito es que, en este caso, la distancia resultaba tan social (o incluso más social, si se quiere) como el contacto. Ponerse a distancia de otros como una forma (como *la* forma) de estar con otros.

La indicación inicial de que el peligro estaba «afuera» (es decir, por extensión, en los desconocidos) surtió un esperable efecto, ya que encajaba perfectamente bien en el horizonte prototípico del imaginario burgués: la casa como espacio de seguridad, la familia como un factor de protección. No fue nada sencillo remover estas premisas (si es que se consiguió removerlas o cuanto menos atemperarlas), incluso cuando se contaba ya con evidencia suficiente de que el riesgo mayor estaba adentro (juntarse adentro) y el riesgo menor estaba afuera (al aire libre). Por razones eminentemente ideológicas, el encuadre general persistió, bajo un criterio ya inexacto desde el punto de vista sanitario; tal vez el núcleo de esa resistencia radicara en la imposibilidad de asumir que hubiese que tomar distancia de los propios (del primo querido que viene a cenar, del amigo del alma que nos abraza). Esa distancia, la de la cercanía, más que cualquiera de las otras.

La noche del gol de Luis Mederos a Platense, en 1992, fue la primera vez (la primera de varias) que me abracé con un absoluto desconocido en la tribuna. No un abrazo meramente cordial, el del roce y las palmadas someras, sino un abrazo extenso, apretado, fervoroso, abrazo de fusión en mismidad, abrazo de confraternidad como tal vez no me haya dado, o me haya dado poco, con personas a las que conozco y quiero. Esa clase de abrazo, ¿cuándo volverá? Esa clase de abrazo, ¿volverá? Es para mí una medida, entre otras igualmente posibles, para calibrar el tenor de lo que pueda ser alguna vez una nueva normalidad: qué tan distinta o tan parecida será de lo que llevamos hasta ahora vivido. Si el sentido de la distancia o la cercanía de los cuerpos en el espacio social se alteraron irreparablemente o si volverá a ser lo que fue, al igual que tantas cosas.

El futuro

En aquella tan citada frase de Roberto Arlt, «El futuro es nuestro por prepotencia de trabajo», suelen subrayarse los dos términos más significativos para una figura como la suya: la prepotencia (la de quien irrumpe en el campo literario sin el capital simbólico requerido) y el trabajo (en las antípodas del imaginario que asocia, en cambio, literatura y ocio). Pero es posible



detenerse también en la palabra del comienzo, la del objeto a conquistar: el «futuro». No tenía manera de saberlo, claro; pero si hay algo de lo que Arlt no dispondría sino en un grado muy acotado era precisamente un futuro. Arlt murió a los 42 años de edad, apenas 11 años después de haber lanzado ese desafío en el prólogo de *Los lanzallamas*. Pero esa circunstancia, tan imposible de anticipar, en lugar de debilitar la formulación, podría incluso potenciarla, situarla en una escala específica: la escala de un futuro *corto*. Y así plantearse esa cuestión, la de las longitudes de futuro; no ya en cuanto al tiempo efectivamente disponible (porque eso nunca se sabe, y cuando se sabe, ya no es futuro), sino en términos de una capacidad de prever, de una posibilidad de anticipación. ¿Con qué margen se cuenta? Alzando la vista desde el presente, dirigiéndola hacia un horizonte del tiempo (y no del espacio), ¿qué tan lejos se alcanza a ver? Un presente de requiebre y zozobra nos acota la longitud de futuro, nos compele a la contingencia, nos impide proyectar o nos reduce mucho el margen. Podemos hacer planes a dos o tres semanas, estirarnos eventualmente a cuatro; si la cosa va más allá, se nos impone la necesidad de volverlos tentativos y dejarlos por eso mismo sujetos a confirmación. Cuando en mundos más estables (el primero, el segundo) hacen planes de largo alcance (pienso en cosas cotidianas, por ejemplo, sacar entradas para un espectáculo, un concierto o un partido de fútbol con un año de antelación), a nosotros (en el tercero) se nos produce un efecto de vértigo, el de asomarnos a un abismo de tiempo.

Y es que el imperio del *vamos a ver* decide nuestra normalidad; el porvenir puede que sea largo, como para Althusser, pero el futuro, que no es lo mismo, decididamente no. La pandemia alteró esa normalidad, como las alteró casi todas, aunque no bajo la forma de una interrupción o de una reversión, sino bajo la forma de una drástica intensificación. El futuro corto se acortó todavía más, se contrajo hasta ser prácticamente el presente; la línea de la cronología se redujo poco menos que a un punto, el punto de la estricta coyuntura; y aprendimos a tantear los días, o incluso las horas, como se hace con todo lo difuso, con lo incierto, con lo brumoso.

¿Qué clase de futuro habrá de establecerse en una nueva normalidad? ¿En qué modulación del tiempo terminaremos por ubicarnos? ¿Y qué efecto tendrá sobre nosotros, al cabo de este largo estado de excepción que dejó en suspenso el futuro, todos los futuros, el hábito mismo de futuro, el sentido mismo de la futuridad? Llevada a su punto extremo, extremo y durativo, durativo y general, la estricta provisoriedad de la vida se reveló como su condición más auténtica. Tal vez nos quede esa sensación cuando volvamos

El futuro corto se acortó todavía más, se contrajo hasta ser prácticamente el presente

a planificar viajes con antelación, a pactar trabajos a largo plazo, a organizar fiestas por anticipado; tal vez nos quede la sensación de que, en el fondo, nos estamos engañando, que nos hacemos una pura ilusión.

La muerte

Cada cual sabrá cómo hacer, cada uno de los días de su vida, para no pensar en la muerte: para olvidarla, para omitirla, para cambiar sostenidamente de tema, para dejarla mayormente de lado. Y que incluso leyendo a Heidegger (leyendo el *ser-para-la-muerte*) o recitando el famoso silogismo (ya en su fáctica premisa: *todos los hombres son mortales*), la muerte como cosa concreta no se cruce por la mente, no aparezca como destino seguro; para nombrarla o comentarla o asistir a las muertes ajenas, sin asumir a conciencia plena que también a nuestros seres queridos tarde o temprano les va a tocar, sin asumir que a nosotros mismos tarde o temprano nos va a tocar.

Unos de los aspectos más fatigosos, o incluso más agobiantes, de este tiempo de pandemia es el hecho de que la muerte ha cobrado la forma de una presencia constante. Ni implícita ni sugerida, ni difusa ni mitigada: cada día de este tiempo la muerte se cuenta y se dice, la muerte se contabiliza y se anuncia. El resto, lo que no es muerte, parece estar ahí para evitarla, para anularla o disuadirla, con lo cual, aunque por la negativa, no deja de traerla a colación.

No se sabe, pero se supone, que en algún momento alcanzaremos eso que se denomina «inmunidad de rebaño». Y que entonces habrá de establecerse por fin esa nueva normalidad de la que se habla. El virus corona seguirá ahí, pero controlado; existirá como hoy existen la gripe o las neumonías. Algunas vidas habrá de cobrarse, entonces, como hoy se las cobran la gripe o la neumonía; muertes aisladas, por goteo, sin pandemia ni aluvión. ¿Qué clase de relación entablaremos con esas muertes, así dispuestas, raleadas y en dispersión, cuando se alcance por fin ese estado de cosas? ¿Harán mover todavía el ábaco fúnebre, hoy por hoy tan incesante? ¿Se agregarán, una por una, al censo público de las defunciones? Es decir, con otras palabras, ¿cuándo y cómo se detendrá el rito diario de la enumeración de las muertes? ¿Cuándo se parará de contar? ¿Se parará alguna vez? ¿Atinaremos a devolver a la muerte al lugar que tenía antes: un hecho triste y ante todo inexorable que podía tocarnos más de cerca o más de lejos o directamente a nosotros, pero que no era asunto de cómputo diario, materia numérica de servicio informativo de cada mañana y cada tarde, rutina sombría de medición cotidiana?

Las relaciones sociales irán encontrando o reencontrando sus formas, a mayor o menor distancia, más o menos recelosas, más o menos pegoteadas.

Y el tiempo recobrará una graduación estable: el pasado, no tan lejos; el presente, no tan expandido; y el futuro, según cuadro, más cortito o más extenso. Lo que tal vez resulte más arduo redefinir y reconfigurar es el lugar social de la muerte: su carácter, su entidad, su visibilidad, su estadística. Si la muerte sigue ahí, tan expuesta como lo está ahora, será difícil acomodarnos a alguna clase de normalidad, incluso si resulta nueva, que admita recibir ese nombre.

Coda: ensayo conjetural sobre una memoria futura

No sabemos qué memoria va a quedarnos de este tiempo, qué memoria forjaremos de todo lo que pasó. Podemos a lo sumo suponerla, entreverla, imaginarla. Pero esa sola conjetura tal vez ya nos procure algún alivio, porque escrutar esa eventual memoria futura patentiza que este presente tan largo también será alguna vez un pasado, que aunque se estire en una especie de inacabable permanencia (tan extrema como esa utopía higiénica: la del lavado *permanente* de manos), a la larga pasará, como pasa todo, y será finalmente un pasado, como a la larga todo lo es.

Esa memoria, por definición, no podemos saberla todavía. ¿Qué de todo resultará al fin y al cabo imborrable? ¿Lo extraordinario, por extraordinario? ¿O lo que se volvió habitual, por haberse vuelto habitual? No es seguro porque lo extraordinario, al serlo, cobra a menudo un aspecto casi irreal, parece quedar en un «tiempo fuera del tiempo» (pienso, por caso, en la inconcebible muerte de Diego Maradona, ocurrida durante la pandemia); en tanto que lo habitual, al serlo, se derrama en el tiempo, parece haber existido desde antes y acaso pueda seguir existiendo después (pienso, por caso, en los frasquitos de alcohol en gel). ¿Qué de todo lo que pasó en este tiempo se volverá finalmente memoria?

A la memoria cabe pensarla, entre otras tantas formas posibles, desde sus fallas o sus agujeros; pero en el sentido en que Héctor Libertella decía que una red «es puro agujero»: no tanto lo que le falta, como aquello de que está hecha (quizás habría que formularlo así: está hecha de lo que le falta). Pienso, claro, en los olvidos, sin los cuales no habría memoria (esa retención monstruosa que le ocurre al famoso personaje de Borges no es exactamente una memoria); pero también, y sobre todo, pienso en los recuerdos falsos: memoria falaz de lo que en verdad no ocurrió y no se vivió, y que cuando es colectiva asume por ende una significación especial.

Colecciono recuerdos falsos de la memoria colectiva argentina. Un ejemplo: el recuerdo de haber visto los partidos del Mundial 78 en televisores a color. (¿Qué produjo ese recuerdo falso? Tal vez la campaña

publicitaria de la dictadura a propósito de la creación de ATC¹, que permitió la transmisión a colores, pero para el exterior). Otro ejemplo: el recuerdo del oscurecimiento de la ciudad de Buenos Aires en prevención de posibles ataques aéreos durante la Guerra de Malvinas. (¿Qué produjo ese recuerdo falso? Tal vez el remordimiento por haber estado tan lejos y tan a resguardo de esa guerra, dado que el oscurecimiento ocurrió en verdad cuatro años antes, en 1978, en los aprontes de una guerra con Chile que no llegó a tener lugar). Otro ejemplo: el recuerdo de haber estado contabilizando al mismo tiempo aviones derribados, en la Guerra de Malvinas, y goles convertidos, en el Mundial 82. (¿Qué produjo ese recuerdo falso? Tal vez un mismo imaginario de épica nacional, que hace del fútbol una continuación de la guerra por otros medios. Porque lo cierto es que la Guerra de Malvinas concluyó el 14 de junio de 1982, y para entonces la Selección Argentina había disputado un solo partido en el Mundial de España: lo perdió 1-0, contra Bélgica, por lo que no hubo ningún gol para gritar).

Los materiales de la memoria son en parte los hechos vividos, es decir, las propias experiencias, y en parte las narraciones que se van tramando una vez que se los vivió o a medida que se los está viviendo. ¿Qué irá a pasar, en este sentido, con la pandemia, con todo lo que fue sucediendo desde marzo de 2020 en adelante? Personalmente, diré que en general no sé de demasiadas personas que hayan permanecido encerradas en sus casas durante 12 meses (esto es, entre marzo de 2020 y marzo de 2021), ni tampoco que lo hayan hecho durante 18 meses (esto es, entre marzo de 2020 y septiembre de 2021). A nuestra longeva estrella televisiva Mirtha Legrand la escuché decir que no salió ni a su balcón (lo que no entendí es por qué); fuera de casos así, de tan extrema abstinencia, ¿cuánto tiempo efectivamente duró el repliegue del «quedate en casa», el paisaje urbano de las calles desiertas?

¿Cuánto tiempo efectivamente duró el repliegue del «quedate en casa», el paisaje urbano de las calles desiertas?

¿Cuánto tardó en verificarse la salida a caminar por el barrio, el estiramiento consentido del *take away*, la opción de las mesas en la vereda de los bares, la variante de la continuidad de los parques a dos metros y al aire libre, la vuelta de la bicicleta y el trote? ¿Dos meses? ¿Tres? ¿Cuántos fueron los que, ya en el verano, pudiendo salir de vacaciones, prefirieron desistir de hacerlo y permanecer enclaustrados en sus viviendas? ¿Y cuántos los que, no pudiendo viajar, soportaron la temporada estival sin salir a tomar algo, sin sentarse en un cordón o un umbral, sin juntarse en una esquina?

1. Argentina Televisora Color, el canal público.

No obstante, circula, y circula con pretensión de afianzarse, una versión por demás asertiva sobre *el año entero encerrados*. Existe incluso una versión *extra large*: la que alega que «nos tuvieron un año y medio encerrados». No conviene desestimar las mentiras, por notorias que resulten, y menos en tiempos como los que corren, en los que ganaron más impunidad que nunca. ¿Llegará a establecerse y quedar una falsa memoria de esa índole? ¿Una que hará que recordemos, que con la certeza de lo vivido recordemos, lo que en verdad no hemos vivido: un año entero (uno solo o un año y medio) metidos en nuestras propias casas, sometidos al más crudo encierro, año entero sin asomarse y sin salir, reclusos en el espacio privado, sin ciudad ni calles ni plazas, la vida entera bajo techo o entre cuatro paredes, una vida sin afuera?

Si una memoria falsa así llegara pese a todo a producirse y a asentarse, habrá que preguntarse entonces qué clase de verdad la explica y la valida: qué clase de verdad, en razón de una maquinación invertida, la hace posible y hasta propicia. ☒

RELACIONES INTERNACIONALES

Enero-Junio de 2021

La Plata

Año 30, Nº 60

EDITORIAL: **Norberto Consani**. DIÁLOGOS: **Dra. Silvia Fernández Gurmendi**. ESTUDIOS: L'apport des institutions parlementaires aux organisations régionales: l'expérience des Amériques, **Gordon Mace** y **Mamadou Lamine Sarr**. A una década de la Primavera Árabe: ¿hacia dónde va el mundo árabe?, **Zidane Zeraoui**. El «primer Mercosur» y la «flexibilización». Antecedentes útiles para la reflexión (1991-2001), **Gerardo Caetano**. Integración y desarrollo. Peregrinaciones euro-latinoamericanas en los orígenes, **Lorenza Sebesta**. Post-neoliberalismo, post-pandemia covid-19 y sociedad civil global, **Kiyoshi Matsushita**. Militares y bolsionarismo: un caso de transición fallida y democracia inacabada, **Karl Schurster** y **Francisco Carlos Teixeira Da Silva**. *Carthago delenda est*. La impronta de Donald Trump en la política exterior de Estados Unidos, **Gilberto Aranda Bustamante** y **Jorge Riquelme Rivera**. On the essentials of international law in Xi Jinping thought on the rule of law, **Liu Huawen**. Les instructions du covid-19 et la nécessité de coopération des pays de l'Asie de l'Ouest en vue de sortie des crises, **Mehdi Zakerian** y **Talieh Sakhmanesh**. La agenda exterior de Biden y sus implicaciones para la Unión Europea y América Latina, **Anna Ayuso**. RESÚMENES DE TESIS: Migraciones en el Mercosur. Hacia la conformación de un modelo de integración regional, **Laura Bogado Bordazar**. REFLEXIONES: Aportes a un debate sobre el futuro de la integración latinoamericana y del Mercosur, **Félix Peña**. La fin des relations internationales?, **Jean-Pierre Ferrier**. HISTORIA: A 30 años de caída de la URSS, **Patricia Kreibohm**.

Director – Fundador: Dr. Norberto Consani

Relaciones Internacionales es una publicación del Instituto de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de La Plata. Calle 48 e/ 6 y 7 – 5º Piso, 1900, La Plata, Argentina. Tel.: (54-221) 4230628. Página web: <www.iri.edu.ar>. Correo electrónico: <iri@iri.edu.ar >.

Parir/partir

Ana Longoni

A partir de un ejercicio de ficción, Ana Longoni propone una crónica personal para indagar en los duelos, las distancias y los miedos que desata la pandemia del covid-19, y en la trama de afectos, decisiones y rituales de cuidados, sueños, memorias y presencias espectrales que nos sostiene. Se trata de inventar otros modos de contacto y relación, capaces de hacer surgir burbujas en las que sean posibles (aunque sea fugazmente) nuevas comunidades de vida.

A Tam, Tamara, Tamarinda, con ella.

Irse es volver a volver.

Gabo Ferro

1. La última vez que te vi, que te rocé y besé furtiva, fue en la estación de trenes de Príncipe Pío. Habíamos caminado (y bebido bastante cerveza y hasta bailado con otra gente en una plaza) buena parte de la noche, y ahora que ya empezaba otro día te tocaba tomar un tren corriendo hasta un pueblo en la sierra adonde estaba tu niña, al cuidado de una amiga, ex de tu ex. Cadenas de cuidados, amores enredados.

Te vi traspasar el molinete, tan pero tan bella, y hacer el gesto breve de dar vuelta apenas la cabeza hacia mí antes de sumergirte en la

Ana Longoni: es escritora, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina y profesora de grado y posgrado de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en otras universidades. Desde 2007 impulsa la Red Conceptualismos del Sur. Fue directora de Actividades Públicas del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (Madrid).

Palabras claves: afectos, contagio, covid-19, cuidados.

escalera mecánica, un instante más de nuestro cuerpo vibrátil antes de quién sabe cuánto tiempo...

Un rato antes, en un improvisado desayuno en casa (apenas café negro y cerezas, tu fruta preferida), te había escuchado llorar quedo un ratito, contenida y a la vez incontenible, cuando de repente necesitaste explicarme la angustia del final de la noche anterior ante mis signos de resfrío.

Rememoraste la enfermedad y la muerte de tu madre, en secuencia vertiginosa: el día en que la escuchaste toser y le insististe que se hiciera revisar, el día en que le diagnosticaron covid-19, el día que la ingresaron al hospital y ya no pudiste verla, solo hablarle por teléfono. Te echaste en cara el no haber logrado verla antes, cuando existió esa posibilidad, creyendo que iba a haber un día después. Volvías a desplegar lo irreparable, mientras mirabas para abajo e insistías en alisar con las puntas de los dedos el mantel, recorriendo sus arrugas, manchas y grietas como si en ese gesto lograras escribir (el mantel, la vida) de otra manera. Exorcismo. El duelo que punza y punza, agita el pecho cuando dormimos, nos deja mudas una frente a la otra.

Tu madre te legó esos huesos largos, algunas deudas, un par de bonitos muebles de madera llenos de cajones y de historias, muchos libros y un helecho gigante, estallado de esporas y raíces que buscaban desesperadamente donde anclarse.

2. La última vez que la vi fue en el hospital: internada por complicaciones respiratorias, los pulmones anegados, la fatiga, la voz hecha un susurro y la sonrisa intacta, esa que le nace en los ojos verdosos, relumbra en la boca y sacude su cuerpo delgado.

Como cada vez que nos encontramos desde que empezó la enfermedad, nos acomodamos pronto a nuestro ritual de masajitos en los pies, lentos y suaves, con generosas dosis de crema de lavanda, mientras conversamos sobre cualquier cosa y aprendemos a fugarnos a alguna otra parte, casi sin darnos cuenta, entre las rutinas del personal sanitario, los quejidos desde la cama vecina, algunos llamados telefónicos y la inminencia de mi partida. Al llegar la hora, sin decir nada, nos abrazamos largo y los ojos de las dos se empañan, despedida difícil.

Dos semanas después, yo ya desde Buenos Aires, hablamos la noche en que volvieron a internarla —esta vez a causa del covid-19 que se contagió en el propio hospital, a pesar de estar doblemente vacunada, pero con las defensas bajitas por la quimio—, ella solo preocupada por el resto de los habitantes de su hogar, su marido que dio positivo, su madre y su sobrina que dieron negativo y que había que proteger consiguiendo alojarlas cuanto antes en alguna otra parte.

«Pobriña», dice Lea —le vuelven restos cantarines de su tiempo gallego— cuando me escucha quejarme, en balde, por cualquier tontería, y esa expresión es tan suya: pura empatía y olvido de sí.

Salió del hospital unos días después con un diagnóstico difícil y dejando entrever por primera vez algo de enojo con la médica a cargo, por su incapacidad de alentar brecha de futuro. Mis manos desesperaban y se movían solas de pura necesidad de masajear esos piececitos delgados y suaves. ¿Cómo tolerar esta distancia, cómo lograr acercar calor y fruta fresca? En mi ignorancia materialista-dialéctica de cómo activar cualquier magia, pero a la vez reconociéndola como la vía que necesito, recordé que cuando pasé el largo covid-19, entre marzo y mayo de 2020, mi amiga Ju me ofreció reiki a distancia. Yo me tendía en el piso a la hora convenida, escuchando la música tranquila que ella me enviaba, y me disponía a recibir lo suyo, sus fuerzas transportadas por una trama invisible de conexiones. La sentía, me sanaba, le creo. Le pedí ayuda de nuevo, para intentar estar cerca de Lea, tocarle los pies, respirar con ella.

Ju me mandó instrucciones sencillas para nuestra ceremonia, que incluían florecitas de jazmín, trozos de hinojo, hojas de laurel. Seríamos varias de sus amigas y de las amigas de sus amigas, algunas con ella y otras desde la distancia, conjugando efluvios a la vez. Nunca había intentado algo de esta naturaleza y sin embargo sentí enseguida que estaba con Lea, que se entregaba con los ojos cerrados y el ánimo relajado a la amorosidad.

Una hora después, en el instante en que —en este patio que empiezo a habitar— el incienso y la vela se consumieron, al unísono, un colibrí verde brillante con el delgado y largo pico rojo entró en mi antigua casa, revoloteó y se posó una, dos veces en la palma de la mano de mi hijo, ahuecada como nido.

(Luego me dijeron que en ese momento Lea no estaba allí donde estaban las amigas curándola con las manos, que se había ido lejos y le costó un buen rato de susurros y mimos volver a su cuerpo, abrir los ojos, incorporarse).

3. Lluve fuerte, en el quinto día de esta tardía y prolongada tormenta de Santa Rosa. Es la primera vez que escucho llover en esta casa. El techo es de chapa y resuena, un golpeteo por momentos atronador, por momentos suave, que deja sentir las variaciones de intensidad del agua cayendo. Las gotas en los vidrios dibujan en filigrana, y enseguida se corren, deshaciendo cualquier forma. Hace ya un mes, apenas un mes, que vivo en esta casita.

¿Cómo tolerar esta distancia, cómo lograr acercar calor y fruta fresca?

Vengo aprendiendo a reconocer poco a poco sus ruidos nocturnos: el camión recolector de basura cada madrugada, el portón del garaje del vecino del otro lado de la pared de la cocina a medianoche. ¿Qué se escuchará esta noche entre tanta agua?

A la mañana siguiente, tras una semana de lluvias, se despeja el cielo luego de la tormenta. Las plantas del pequeñísimo jardín están felices, lustrosas y de mil verdes, agradecidas por el agüita que borró el polvo y el aserrín que las opacaba después de tantos días de obra de albañiles, herreros y carpinteros.

Mientras tanto, ahora llueve a cántaros en Madrid, inundando las calles y las estaciones de metro. Me escribes, empapada, esperando que pare de caer tanta agua para poder volver a casa. Simetrías invertidas, tiempos dislocados y encastrados. Distancias.

4. Estoy viajando un viernes a la tarde en un bus repleto camino a Claromecó, pequeño pueblito en la costa argentina, a visitar a mi viejo. La gente alrededor, pasado el primer tramo del viaje, se relaja, se quita el barbijo, toma mate, conversa y se ríe. Un bebé tose y llora, sin parar, desde hace un buen rato. Le pido a mi vecino de asiento, un guapetón que lee a Osho, que por favor se coloque el tapabocas, que estoy yendo a visitar a una persona de 80 años y quiero cuidarme. ¿Me estoy cuidando? ¿Cuidarme, cuidarlo, es ir a verlo o es dejar de viajar o quizá es evitar cualquier contacto con nadie más, o es buscar medios más seguros de traslado? El borde de la culpa reaparece, sólido como una costra. Y me repito sin mucho convencimiento el mantra: «nadie contagia a nadie, simplemente nos contagiamos».

En el trayecto, me mensajeo con Lea, que acaba de volver a ingresar al hospital por secuelas respiratorias del covid: muy baja saturación de oxígeno y altas pulsaciones.

Mientras ella, del otro lado del mundo, aguarda en una sala de urgencias que la evalúen los médicos, el mundo a mi alrededor quiere creer que la pandemia está acabando. El mundo necesita creerlo, retomar sus rutinas de contacto, salir a tomar algo, encontrarse, ir a la playa. ¿Es indiferencia o negación ese deseo? ¿Ese querer besuquearte, hundir el hocico en tu cuello, mordisquearte los pies y los cachetes, oler tu pelo?

5. Mi padre no enfermó de covid pero sí de depresión, de insomnio, de soledad.

Ahora regreso de pasar el fin de semana con él. Cuida a su vecino más cercano, a quien llama «el viejito», pero que tiene 13 años menos que él aunque el cuerpo y la mente bastante más machacados. Camina con su bastón, encorvado, cuando va a buscar su botella de vino cotidiana. Y deja

cada mañana la linterna en una cesta en la pared medianera, para que mi padre se la recargue, ya que le han cortado la electricidad hace tiempo...

El jardín de mi padre se ha llenado de hiedras que no tienen dónde trepar y entonces reptan y cubren la tierra. Muchas aves de rapiña sobrevolando, muchos perros sueltos alrededor. Emprendemos nuestro ritual de cuidado: la tarea ímproba de cortarles las uñas-pezuñas, que solo yo toco cada demasiosos meses, y que crecen incrustándose en la carne, curvándose sobre sí mismas, engrosadas tanto que no hay alicate que pueda con ellas.

Esta mañana caminé hasta el ventoso faro al levantarme, y cuando regresé un par de horas después, él aún no se había levantado. Preparé un almuerzo todo lo gourmet que puede llegar a aceptar: salmón, ensalada de rúcula, hummus y queso crema con verdeo. Estaba fresco pero soleado, y decidimos comer afuera. Entonces, él me lo señaló: entre las hiedras revoloteaba un colibrí. También verde y brillante, iridiscente, también de largo pico rojo. Aparecía y desaparecía.

6. Te reirás de mí, pero hoy me comí el último caramelo del paquete que olvidaste en casa. Lo encontré al levantar las tazas de aquel único e improvisado desayuno que compartimos y lo guardé en la mochila para devolvértelo, pero ya no te vi y allí quedó.

Viajó conmigo y recurrí a él en momentos claves de este tránsito (el aterrizaje del avión; el conducir 70 kilómetros a casa de mi madre, luego de años de no tocar un volante), como si el dulzor despejante de la menta tuviese un efecto talismán.

Estoy un poco fóbica a las situaciones sociales. Siempre lo soy, pero ahora el síntoma está recrudecido, no logro entablar conversaciones triviales, me siento extraña y fuera de lugar, sapo de otro pozo.

Hoy mi amiga Charo me invitó a una inauguración en La Boca, una muestra antológica de la pintora Alejandra Fenochio. Me conmovió mucho su obra: retratos de personas amigas y vecinas, como gentes viviendo en las calles del barrio, cartoneando, encendiendo una fogata para calentarse, meando en una esquina. La mirada de la persona o la cosa retratada brilla, refulge y se estrella contra quien mira, no te deja continuar tranquilamente mirando lo que sigue. También, paisajes de alrededor (el Río de la Plata, la orilla, su vegetación, los restos de ladrillos y vidrios que pule el agua marrón) o fragmentos de situaciones cotidianas (un tanque de agua en el techo, los ganchos de colgar la ropa). Si los retratos son enormes, los paisajes son pequeños

Estoy un poco fóbica a las situaciones sociales. Siempre lo soy, pero ahora el síntoma está recrudecido

y están montados uno pegado a otro, concatenados uniendo la línea del horizonte. Como sílabas de una palabra visual.

Recorrí la exposición despacio, sola, una, otra vez. No es muy grande. Afuera, en un patio, mucha gente bebía y charlaba, felices de reencontrarse. Personas conocidas, la mayoría no, o de rostros levemente familiares pero imprecisos. Me sentí mal, con ganas de huir, así que volví a los ojos de los cuadros y a mi silencio. Y después –recurso extremo– recurrí a la pastilla de menta. Era la última y la guardaba para una ocasión (quizá más) desesperada. Pero tenía la garganta seca y sedienta de incomodidad, y tuve que despedirme.

7.

No es amoral ser felices en tiempos de muerte. Tenemos el derecho a existir, a defender nuestra vida, a volver su resistencia una cuestión ética. Es clave defender nuestro regocijo, y para eso puede que nos veamos obligados a confeccionar burbujas. Bolsas de aire y espacios de excepción, escondites donde ir a nutrirse y descansar. Que abunden esos espacios, aunque sea temporales. Que alberguen las más extrañas y creativas de las excepciones. Burbujas donde imaginar nuevas historias, escribir nuevas reglas.

Mercedes Villalba, *Manifiesto ferviente*¹

Parto: partir es parir.

Desarmar la vida dada, desgarrar la trama de afectos, regalar las cosas acumuladas (a excepción de los libros que van llegando en barco). Habitar una vieja casa en un barrio de pasajitos en Flores Sur. Reencontrarme con aquello que fui y remover algunos fantasmas de los que hui.

**¿Puedo aún
reinventarme?
El futuro detrás.
Aprender a
perder el tiempo**

¿Puedo aún reinventarme? El futuro detrás. Aprender a perder el tiempo. Deshacerme del imperativo de la productividad. Tolerar las paredes en blanco, dormir sin despertador. El plan es no tener plan.

Los ojos viejos de la madera que cubre esta nueva casa parpadean ante el oráculo tortuga que dibujó Dai y que cuelga del descanso de la escalera. El caparazón incluye el extra de un mapa sobre papel manteca, en el que hay que arrojar una piedra pequeña y preguntar. Pregunto y pregunto al oráculo, cada noche. La primera vez que lo hago estoy muerta de frío y el oráculo responde: «siento el calor de toda mi piel en mi cuerpo otra vez». Al ratito ya me siento mejor. Luego me aclaró Dai que se trata del primer verso de una vieja canción, un hit de Rata Blanca, que dice «siento el calor de toda tu piel...». Oráculo corrector.

1. Calipso Press, Cali, 2019.

8. La casa se llamará *La Yuca*, ese tubérculo que aprendí a cosechar, a cocinar y a comer en la selva peruana. Lo que crece oculto debajo de la tierra, una raíz que puede ser venenosa o el sustento básico de tanta gente.

El primer fuego que mi hijo y yo hicimos en esta casa fue con una caja de madera de alguna de las verdulerías bolivianas de la zona. Esa caja, La Yuca, ese fuego nos dieron el nombre.

En esta casa vivió Otilia toda su vida, desde que se construyó en 1934 hasta que murió, en septiembre de 2020. Cuando llegué le pedí permiso para habitarla. Creo que está de acuerdo, porque duermo tranquila.

El segundo día de llegar, sentí (sentimos) un penetrante olor a pis de gato en el piso del comedor, en un rincón muy preciso cerca de la puerta de calle.

No hay gatos en esta casa... ni chance de que ningún gato hubiese estado allí recientemente. Solo pude pensar en algún gato de Otilia que persistiera por allí de alguna manera marcando el territorio.

Varias semanas después, la vi. Una gata amarilla, callejera, de esas que habitan libremente los techos de Buenos Aires. Estaba sobre la pared medianera, apretando su cuerpo contra la reja que separa una casa de la otra. Le chisté, la llamé. No se inmutó, ni siquiera se molestó en establecer contacto visual conmigo. Como si yo no existiera y ella siempre hubiese estado allí. Una esfinge.

He conseguido cinco sillas de bar antiguo, estilo Thonet y venidas de Polonia, según reza en su parte de abajo... Las coloco por primera vez alrededor de la mesa que me regaló Mar, aún rodeada de cajas de libros y papeles, en medio de esta larguísima mudanza. El mantel senegalés, naranja, blanco y negro, venido desde Lavapiés, un florero cerámico con calas y lirios venidos de la casa de mi hermano en el campo. He preparado un arroz con pescado y langostinos, abrimos un rico vino para festejar el doble estreno de las sillas y del wok. Apenas me siento se desploma a un par de centímetros de mi cuerpo una pila de seis o siete cajas de archivo, haciendo volar una de las sillas por los aires.

9. Voy cada lunes a la mañana a cuidar al pequeño Natán, el hijo recién nacido de Mar. Es el momento más feliz de la semana, una de las pocas incursiones fuera de casa, en este tiempo ensimismado de armar el nuevo nido.

Te mando fotos y videos de esos encuentros y me decís que los ojos de Natán se parecen a mis ojos cuando era niña. Me gusta creer que es así y a la vez sé que solo nos une el mirarnos. Besar su piel, oler sus pliegues. Cantarle, acariciar el centro de su frente entre las cejitas, hasta que se duerma.

Recordé sintiendo su breve peso un par de pasajes de los *Cuadernos de infancia* de Norah Lange: cuando cuenta la ceremonia del reparto entre hermanas y hermanos de las miguitas que se juntaban en la tabla de madera de cortar

el pan, y que mezcladas con un poquito de azúcar eran el postre. Y cuando cuenta también que espía a la hermana mayor para descubrir cómo logra calmar al hermanito menor famélico de hambre por la ausencia de la madre: se desnuda el torso y le da la teta, que apenas empieza a insinuarse, pequeña y vacía pero mágicamente sedante.

Erotismo entre cuerpos que se cuidan, sensualidad amorosa.

¿Cómo explicar que se quiera sentar sobre mi falda el hijo que me lleva más de dos cabezas pero intenta acomodar su gigantéz como si aún pudiese caber en mí para ser acunado?

10. Con Po nos juntamos sábado tras sábado para emprender la tarea preciosa de reordenar la biblioteca en los nuevos estantes. Hemos decidido deshacer algunos antiguos bloques y reunir por afinidad libros amigos, porque sospechamos que se pueden entender bien entre ellos. En ese ejercicio, se va engrosando un sector que me imanta: libros de cartas, diarios, autobiografías. En ellos, busco sueños ajenos, los encuentro queriendo volverlos a soñar:

Hoy por la noche me despertó una voz. La escucho, y soy yo quien habla. «¡Dziodzio, Dziodzio!». Cuando levanté las mantas con fuerza, me pareció que mi Dziodzio estaba conmigo (¡qué sueño tan amargo!). (...) Despierta por mi propia voz no pude darme cuenta de que era un sueño, y noté la triste realidad de que mi Dziodzio está lejos, muy lejos, y de que estoy completamente sola. Luego sentí que alguien subía haciendo mucho ruido por las escaleras. Aún bajo la influencia del sueño, supuse que eras tú quien subía, que habías tomado el último tren a la una de la mañana (en el sueño cambié un poco el horario del tren), y que para no despertarme habías subido a dormir arriba a tu habitación, con el plan de sorprenderme por la mañana. Sonreí con satisfacción y volví a dormir. (Rosa Luxemburgo, carta a Leo Jogiches, Clarens, 20 de marzo de 1893).

Soñé con vos, bastante antes de reconocer ante mí misma y muchísimo antes de animarme a confesarte que me gustás. El sueño fue vívido y revelador: yo, que soy mucho más baja que vos, te abrazaba y mi cabeza se hundía en el hueco cálido que va desde tu cuello a tu pecho, una cuevita.

Sueño con Lea: estamos sentadas y ella mira lejos, quizá al mar, que nos hipnotiza tanto a las dos. Yo la estoy abrazando por la espalda con las manos entrelazadas y ella da vuelta un poquito la cabeza hacia mí. Entonces, apoyo mi mejilla en su hombro. Y allí me quedo.

Soledad y pandemia

Un diálogo con Claudia Hilb

Alejandro Katz / Nicolás Kwiatkowski

La intelectual argentina Claudia Hilb se refirió en abril de 2020 a uno de los aspectos fundamentales de la pandemia, el confinamiento y la propia enfermedad, en el caso de quienes la cursaron: la soledad. Para ello, partió del propio concepto de «soledad» y se hizo preguntas como: ¿cuál es la relación entre la soledad y el mundo? Y a partir de eso, ¿cuál es el impacto que tiene la interrupción del mundo sobre nuestra experiencia de la soledad? En una reflexión que combina pensamiento filosófico con su propia experiencia en esos días, va construyendo una elaboración con diferentes pliegues y alimentando nuevas preguntas. Ahora que el mundo parece encaminarse a una «nueva normalidad», quedarán sin duda las marcas de esos días aciagos. Claudia Hilb es doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde actualmente se desempeña como profesora titular. Asimismo, es investigadora del Instituto de Investigaciones Gino

Alejandro Katz: es editor, traductor y ensayista. Es profesor en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Publica habitualmente análisis políticos y sociales en los diarios *La Nación* y *Clarín* de Buenos Aires, y colabora con la revista *N* y diversos medios internacionales.

Nicolás Kwiatkowski: es doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Actualmente es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina y profesor en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Entre sus libros se encuentran *Historia, progreso y ciencia. Textos e imágenes en Inglaterra, 1580-1640* (Miño y Dávila, Buenos Aires, 2009) y *Bárbara y guerrera. La historia de Tomiris, reina de los masagetas* (Katz, Madrid, 2021).

Palabras claves: confinamiento, covid-19, mundanidad, pandemia, soledad.

Nota: esta entrevista se realizó en el marco de «Léxico de la pandemia», un proyecto multiplataforma ideado y conducido por Alejandro Katz y Nicolás Kwiatkowski, con el objeto de intentar comprender mejor algunos de los conceptos fuertemente interpelados por la experiencia del covid-19. El «Léxico...», realizado con el apoyo de la Fundación Medifé, fue publicado en la página web del diario *Perfil* y se encuentra disponible en <www.fundacionmedife.com.ar/lexico-delapandemia>.

Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de esa misma universidad e investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina. Dirige los proyectos «¿Reconciliación, pacificación y perdón? Respuestas a los legados de regímenes de violencia política. Argentina (2003-), Uruguay (2009-2013), Chile (1998-), Sudáfrica (1995-2002) y Colombia (2012-)» y «Acerca del comienzo en política: norma y excepción». Es autora de varios libros, entre ellos *Leo Strauss: el arte de leer* (FCE, Buenos Aires, 2005) y *Usos del pasado. ¿Qué hacemos hoy con los setenta?* (Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2013).

CH: Me hicieron la propuesta de tomar un término para participar de la serie «Léxico de la pandemia», la cual me pareció una excelente iniciativa. Quise tratar de ver qué podía decir de la palabra «soledad». Esa palabra me evocó inmediatamente algunas experiencias y algunos pensamientos que ya me habían atravesado alguna vez, y que en estos días tan extraños volví a ver pasar por mi cabeza. Lo que siempre me atravesaba cuando pensaba en la palabra «soledad» es, en primer lugar, la relación entre «soledad» y «mundo común», o entre «soledad» y «mundanidad». Es en ese sentido que voy a tratar de dirigir mi exposición.

Hay algunas frases o algunas sentencias sobre la soledad que podrían hacer de punto de partida. Me pregunto, por ejemplo, si cuando oímos: «No es bueno que el hombre esté solo», del Génesis; o de Schopenhauer: «La soledad es el destino de todos los espíritus excelentes»; o una igualmente célebre frase de Catón: «Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo», me pregunto si cuando oímos estas frases juntas asumimos que estamos en presencia de frases totalmente contradictorias. De alguna manera, me interesa entender estas sentencias en armonía entre ellas. Sin querer forzar la interpretación, tiendo a pensar que, si entendemos la soledad en relación con la mundanidad, entonces tal vez no tengamos necesariamente que entenderlas de manera contradictoria. O, en todo caso, si tratamos de interrogar la soledad en relación con la mundanidad, con nuestra inscripción en el mundo común, tal vez podamos distinguir modos de nombrar la experiencia de la soledad que nos pueden permitir que estas frases –que a primera vista suenan contradictorias– puedan tener sentido conjuntamente.

Si tratamos de pensar la soledad en relación con el mundo, podemos tratar también de ahondar un poco más en nuestra reflexión de aquello que puede suceder respecto de la soledad en un momento en el que el confinamiento nos está privando de nuestro modo habitual de estar en ese mundo común. A partir de este punto de partida, una primera observación podría ser que el confinamiento nos enfrentó a algo que tenemos en común quienes estamos aislados de los demás (salvo de aquellos con los que convivimos, si

es que convivimos con alguien). Eso que tenemos en común es que hemos perdido nuestra forma de vida cotidiana, nuestra relación física con el afuera, nuestro tránsito por lugares públicos. En otras palabras, hemos perdido de manera brutal, prácticamente de la noche a la mañana, nuestro modo corriente de habitar el mundo. Tenemos en común la reclusión en lo privado, la reclusión de un modo radical en la que lo privado recobra este carácter de «privado de», despojado de lo público, de lo común. Es decir, privados del entramado que hace a la vida propiamente humana: nuestra relación habitual con el mundo ha sido cortada de raíz. Entonces, ¿de qué modo esta interrupción de nuestra mundanidad impacta sobre nuestra experiencia de la soledad? ¿Cuál es la relación entre la soledad y el mundo, y a partir de eso, cuál es el impacto que tiene la interrupción del mundo sobre nuestra experiencia de la soledad?

Hemos perdido de manera brutal, prácticamente de la noche a la mañana, nuestro modo corriente de habitar el mundo

Para tratar de avanzar en esa dirección, creo que una buena idea puede ser distinguir modos distintos de lo que podemos llamar «soledad» en la relación con el mundo, y a partir de eso ver qué podemos decir de esa relación entre soledad y mundo en la experiencia de confinamiento. Para ir hacia allá, podemos pensar que en los armónicos de la palabra «soledad» tal vez podamos reconocer, en primer lugar, la soledad como desolación o como ausencia radical de mundo; en segundo lugar, la soledad como alienación o distanciamiento del mundo; y, por fin, la soledad como vida solitaria. Pese a la tentación de ligar etimológicamente desolación con soledad, me temo que no existe una relación etimológica entre ambos términos. Habría sido lindísimo, pero me parece que no es el caso. Quienes conozcan la obra de Hannah Arendt seguramente ya perciban su presencia en las sombras cuando en *Los orígenes del totalitarismo* Arendt distingue «vida solitaria» de «soledad». Esa distinción es muy impactante e iluminadora, aunque no es una sorpresa en sí, porque en el inglés corriente existe, de hecho, la distinción: «solitude» y «loneliness» designan lo que nosotros podemos llamar «vida solitaria» y «soledad». Si bien Arendt me ayuda mucho a pensar siempre, y también lo hace en esta ocasión, en lo que voy a decir ahora no guardo fidelidad con el modo en que ella piensa estas distinciones. Además, ella escribe en un contexto bien distinto. Pese a las citas con las que empecé, tampoco voy a buscar ayuda en ninguna tradición filosófica que se haya interesado en el tema. Voy a partir de aquello que tenemos en común, esto es, la interrupción brutal de nuestra forma habitual de vivir en el mundo, para analizar de qué manera podríamos experimentar distintas formas de la soledad.

Diría que la forma más extrema y dramática de soledad es la del enfermo, la del desvalido. La de aquel que experimenta el abandono completo de las dimensiones comunicacional y relacional, de toda dimensión propiamente humana. Y que queda encerrado en el puro cuerpo físico, en la mera vida biológica. Me parece que la situación del enfermo es siempre una situación de soledad extrema y de pérdida radical de la mundanidad, pero tengo la impresión de que esa soledad extrema se ve impulsada aún más, si eso fuera posible, por la imposibilidad en tiempos de pandemia de contar con la proximidad de otras personas amadas que representan el mundo para el enfermo, es decir, que representan la vida más allá del cuerpo sufriente, del cuerpo muriente, y que lo volverían a inscribir en el mundo. Esa, la soledad como reclusión en el cuerpo como mero cuerpo sufriente, como desolación, es una forma extrema de la soledad como pérdida del mundo, e incluso como pérdida de privacidad. Me atrevería a decir que en la desolación el mundo está ausente de una manera radical.

**El aislamiento
puede ser vivido
como pérdida
del mundo,
como alienación
del mundo**

Dejando de lado esta forma extrema de soledad como desolación, como puro cuerpo viviente y sufriente en la ausencia del otro que representa el mundo para mí, querría pensar otras experiencias menos radicales. En primer lugar, la experiencia de aquel que se encuentra aislado de su hogar (o donde se encuentre) sin la compañía de otros. Es decir, solo pero no desvalido. ¿Qué queda del mundo para aquel que se encuentra confinado sin la presencia de otros? El aislamiento puede ser vivido como pérdida del mundo, como alienación del mundo, como separación de un mundo que se ha (o me han) retirado. Puede ser esa alienación de un mundo que se convoca de manera angustiante cuando se consumen noticias, cuando se buscan encuentros virtuales. Es decir, que convoco un mundo que no llevo en mí, sino que solo puede venir de afuera. Lo convoco para paliar una soledad vivida únicamente como privación. La soledad podría pensarse que aparece, en este caso, como pérdida de la mundanidad del mundo que se intenta convocar como se puede, para mitigar la angustia que provoca el esfumarse de este mundo. Como pérdida de la mundanidad, que si la lleváramos a su expresión extrema me confinaría a una soledad que se aproximaría a la desolación de la que hablé en un primer momento.

Pero creo que también es posible pensar que para aquel que vive el aislamiento sin otras personas, el aislamiento puede darse en su relación con la soledad de otro modo. El aislamiento puede llevarme a convocar al mundo en mí, en el diálogo conmigo mismo o conmigo misma sobre el mundo. Ese es en buena medida el beneficio que tenemos en el encierro quienes nos

dedicamos a oficios del pensamiento, que vivimos siempre convocando al mundo en el diálogo interno que establecemos con nosotros mismos. No es un beneficio que tenemos *solo* nosotros, pero diría que tenemos esa gimnasia bastante practicada para que en una situación de confinamiento podamos convocar al mundo en el diálogo con nosotros mismos. Entonces, la soledad de quien pone entre paréntesis el dato brutal del aislamiento para convocar al mundo en su pensamiento sobre el mundo, esa soledad creo que no puede privarse de manera definitiva de la relación real, física, pública con nosotros. El diálogo con uno mismo es un modo de continuar la relación con el mundo más allá de la relación originaria con el mundo. De algún modo, es necesario volver al mundo para pertenecer a él, pero, tal vez, quien puede en el aislamiento, en el diálogo consigo mismo, edificar un espacio de mundanidad por un tiempo, logra que la vida solitaria no amenace con volverse soledad en el sentido de alienación del mundo.

Y, por fin, quiero preguntarme por el estado de la soledad en quienes vivieron el confinamiento con otros. Creo que en ese caso también es posible imaginar distintas variaciones de la relación entre soledad y mundo. Una experiencia de esta relación entre soledad y mundo puede ser la experiencia de quienes, rodeados de los afectos más cercanos, aunque más no sea por un tiempo (no sabría decir exactamente cuánto), disfrutaron de la soledad en tanto difuminación del mundo. Esto es, puede ser que se encuentre placer en la reclusión en lo privado, en la abstracción de la presencia del mundo, en la separación brutal respecto del mundo. Es decir, que encontremos en el amor, en la seguridad de lo privado y de lo íntimo, una suerte de coraza que nos protege del mundo y de los cruces, de los intercambios, de las exigencias de la vida en comunidad. Nuevamente, por cuánto tiempo esto puede disfrutarse sin necesidad de recuperar el mundo, no puedo saberlo. Diría que cuando pensamos esa relación entre soledad y mundo, o entre confinamiento y mundo, creería que, en este caso, no hay una experiencia de la alienación del mundo como soledad, sino más bien una experiencia en la que la alienación del mundo se nos aparece como algo que nos protege, que nos cobija.

Pero claramente pienso también en la experiencia de confinamiento en la que la compañía permanente de otros en un espacio cerrado puede, por el contrario, volverse difícilmente soportable. En esos momentos, la compañía de los otros, lejos de representar estas bonitas bondades de los afectos privados, nos puede traer a primer plano la soledad como alienación del mundo, la soledad a la que nos destina la interrupción de nuestra vida mundana, la ausencia de cruces, de intercambios, de pluralidades y de diferencias. Esta soledad como alienación del mundo es probable que uno la viva como pérdida de uno mismo, de las diferencias que me constituyen a mí misma en

tanto habitante del mundo que habita a la vez varios mundos en los que me muestro de diversa manera. En la privación de ese mundo, quedo reducida a un aspecto absolutamente pequeño y privado de ese uno mismo que soy. Creo que, en la vida con otros en confinamiento, en esta experiencia de vivir con otros en esta soledad como alienación del mundo, es posible recrear un espacio de soledad como esa vida solitaria a la que me referí en un segundo momento. Es decir, un espacio donde a partir de la soledad nos podemos encontrar con aquella que soy o con aquellas que soy fuera del confinamiento, es decir, cuando soy en la vida mundana. Es posible, tal vez, reencontrar el mundo del que hemos sido apartados brutalmente, en esta pluralidad del sí mismo, reencontrarse con quien soy cuando soy en el mundo.

**Nuestras
experiencias de la
soledad en el
confinamiento
pueden ser
un entramado de
todas estas
distintas soledades**

Querría terminar con dos aclaraciones. La primera, que nuestras experiencias de la soledad en el confinamiento pueden ser un entramado de todas estas distintas soledades que acabo de describir, o de buena parte de ellas. Pero me interesaba pensar de qué modo la soledad es respecto de nuestra mundanidad, y de qué modo lo que está en juego en la experiencia de soledad es la difuminación de la experiencia del mundo, o esa posibilidad de seguir siendo aquello sin lo cual dejamos de ser lo que somos (personas que somos porque somos en el mundo).

La segunda aclaración es que, cuando trato de pensar en estos armónicos de la soledad, por supuesto que no se me escapa que lo que llamo la «pérdida del mundo» no es solo la pérdida de una dimensión de la condición humana que hace a la pluralidad, aquello que nos hace propiamente humanos, porque la pérdida de mundo puede ser también la pérdida de acceso a una dimensión donde se da la mera supervivencia. Esto es, la angustia del confinamiento no es por cierto la misma para aquel que en esa pérdida del mundo ha perdido no solo la dimensión mundana de su vida sino también la posibilidad de acceder a un afuera en el mundo desde donde puede proveerse un sustento mínimo material a él o ella misma. Pero ahora intento poner en el centro la pérdida del mundo en tanto tal desde la soledad, y desde ahí tiendo a pensar que, si bien la relación con la angustia no puede sustraerse de ninguna manera del drama de la supervivencia material, cuando pensamos en la relación con la soledad ella no está en relación directa con la supervivencia material, sino con nuestra condición mundana en tanto hombres y mujeres que habitamos un mundo hecho de relaciones, de escenas, de entramados y de intercambios plurales.

En el Génesis, como no es bueno que el hombre esté solo, Dios le crea un mundo. Un mundo de animales, de plantas, de personas. Yo creo que

podemos decir que en la frase de Schopenhauer encontramos el elogio de aquel que encuentra en la soledad la posibilidad de recrear el mundo en el pensamiento. Porque, me digo, si no es sobre el mundo, ¿sobre qué diablos podría estar pensando ese filósofo en la soledad? Por último, en la frase de Catón, resuena la pluralidad, que es, antes que una experiencia íntima, una relación con el mundo, y resuena la pluralidad del diálogo conmigo misma que trae el mundo a ese diálogo. Y es en ese estar sola conmigo misma donde, para seguir haciendo citas célebres, soy «dos-en-uno» (Sócrates), pero el dos solo lo conozco porque lo habito como pluralidad en el mundo común. Entonces, si para decirlo de un modo bien banal, la «mala» soledad es pérdida de mundo, la «buena» soledad es una experiencia que solo puedo tener porque habito el mundo plural y traigo el diálogo conmigo misma a esa pluralidad del mundo.

AK: No creo que haya mucho que agregar a esta reflexión y, sin embargo, quisiera hacer unas preguntas para ver algunos matices. Estamos hablando de la soledad del confinamiento, que no es la misma soledad que la del caminante en el bosque. El confinamiento como algo que nos obliga a esa soledad tiene alguna diferencia. La diferencia me parece que es la de lo que ocurre con el cuerpo. En este confinamiento, nuestros cuerpos se han convertido básicamente en funciones biológicas. No hacemos con ellos nada de lo que hacemos cuando darles vida biológica no es lo único que hacemos. Cuando caminamos, cuando vamos a tomar un café, cuando subimos a un colectivo para desplazarnos a algún sitio. Estamos en una situación en la que durante días y días y días las funciones son las de la reproducción de la vida en relación con el cuerpo, y todo lo demás tiene otra dimensión. Eso creo que introduce alguna particularidad en la experiencia de la soledad en el confinamiento.

CH: Trataría de pensar qué agrega a la soledad. Uno de los modos de vivir la soledad no como pérdida de mundo sino como capacidad de recrear el mundo en uno mismo es el de recrear esa experiencia del paseador del bosque, del paseante solitario de Rousseau. El paseante solitario va paseando, pensando, observando el mundo, pero no necesariamente está pensando u observando el mundo por el que pasea. Del mismo modo que yo cuando estoy en mi escritorio no estoy necesariamente pensando en aquello que me rodea, sino que estoy pensando en el mundo. Respecto del cuerpo o de las vidas biológicas, la soledad en relación con la vida biológica se me presenta a mí muy fuertemente como «nada más que vida biológica». Es decir, en el cuerpo sufriente, en el cuerpo del anciano desprotegido (y no de cualquier persona de más

de 70 años). Se me presenta la soledad como nada más que vida biológica, en ese sentido. Pero si no, el confinamiento no se me presenta de ninguna manera en ese sentido.

AK: Sí, yo pensaba más bien en la pura vida biológica del cuerpo *en esta soledad*, no en la soledad como pura vida biológica.

CH: A mí tampoco se me presenta así. Porque en general la experiencia de quienes tenemos buenas condiciones para vivir el confinamiento es que hacemos gimnasia, comemos bien, hacemos un montón de cosas respecto de nuestros cuerpos que no es solo mantenerlos en vida, sino que es mantenerlos en buena vida. Ahí salimos de la mera reproducción de la vida biológica.

NK: Yo tengo dos comentarios. El primer comentario es una desviación profesional, un comentario petrarquiano. Petrarca escribe en algún momento, no se sabe bien cuándo, alrededor de 1346, un tratado que se llama *De vita solitaria*, donde proclama que la vida solitaria es la mejor vida, a la que él quiere dedicarse; una vida de contemplación que permite dedicarse a la contemplación no solo de las letras y de la filosofía sino también de la divinidad. No es solo una soledad inmanente y moderna como la que usted delineaba, sino también una soledad que tiende a la trascendencia, en el sentido que Petrarca podría darle, que es una trascendencia que se orienta a lo divino. Pero Petrarca también le escribe una carta a un amigo en la que dice que es un hombre que está partido al medio. Por un lado, quiere participar de la vida del mundo, de la vida de la sociedad, de la vida de la ciudad y, por otro lado, le preocupa la salvación de su alma. Entonces, es al mismo tiempo ese hombre que quiere la vida contemplativa y la vida solitaria, y ese hombre que quiere la vida de la sociedad, la vida del mundo, la vida de la humanidad, con la particularidad de que Petrarca podía vivir ambas vidas y decidir cuándo dedicarse a la vida contemplativa y cuándo dedicarse a la vida activa. Un componente de nuestra vida actual es que, por un lado, somos personas modernas y, por ende, nuestra vida en común y nuestra vida contemplativa tienden a ser vidas más inmanentes y trascendentes, y, por otro lado, en esta circunstancia en particular estamos, hasta cierto punto, obligados a esa vida solitaria y, en consecuencia, estamos obligados a repensar la manera en que relacionamos esa vida de contemplación y de soledad con esa vida de reflexión sobre el mundo. El análisis que usted hizo es un análisis moderno, una soledad de nosotros frente al mundo, y esa trascendencia no está. Quizás, si hubiera una pregunta, sería si tuvo esto en cuenta, en algún sentido.

CH: Probablemente la última razón sea por moderna, pero la razón que aparece más inmediata es por la tradición de pensamiento en la que yo me siento

más cómoda. Que no es necesariamente la moderna, también tiene sus raíces clásicas, pero no se establece en relación con la divinidad. Se establece en una relación en la que lo primero es el mundo y yo en mi situación en ese mundo, pero no se establece con la divinidad. La referencia a Arendt es por eso bastante obvia, pero remite a una manera de leer esa tradición de la filosofía que no está en relación con la divinidad, pero sí en relación con la pluralidad y la alteridad. Entonces, creo que probablemente por moderna, por extremadamente laica, pero también por inscribirme en una tradición de pensamiento que deja eso afuera. Pero sí, perfectamente podría ser otro apéndice de la relación de la soledad con el mundo.

NK: Tengo una pregunta más, de la que realmente no tengo clara la respuesta. La experiencia del confinamiento y de la salida al mundo también tiene otra cara de la soledad y del aislamiento en el sentido de alienación, que es algo que usted abordó. Me refiero a las personas para las cuales la alienación en el mundo implica la posibilidad de refugiarse de los peligros del confinamiento en familia. Ahí no hay soledad en ninguno de los dos casos, hay soledad como alienación cuando se sale al mundo, hay comunidad como amenaza cuando se está confinado en casa, y la soledad no es contemplativa, sino que protege contra los peligros del lugar donde se debería estar protegido, que es el propio hogar. ¿Hay un aspecto positivo de la soledad como alienación en la calle, digamos?

CH: No estoy segura de haberla captado totalmente, porque en realidad creo que en lo que acaba de decir se solapan dos distinciones. Una, aquellos que viven la alienación del mundo como refugio en lo privado; otra, la de quienes viven la alienación del mundo como pérdida de un lugar que sienten que es ahí donde son lo que son. Su pregunta final, si yo la entiendo bien, es si hay algo en lo que nuestra existencia en el mundo nos proteja de lo privado. Yo diría que radicalmente sí, solo que no lo diría en ese sentido, porque para mí somos primero en el mundo. Entonces, la idea de «protegernos de» me parecería invertir la relación entre qué es lo que somos primero. Para decirlo por la negativa, la reclusión en lo privado, en aquello que nos separa de un mundo que nos protege, que nos alberga como seres múltiples, en el que no somos únicamente aquello que somos en el mundo privado, puede ser un peligro.

La reclusión en lo privado puede ser un peligro

AK: Claudia, cuando usted hablaba de estar en el mundo decía «estamos en un sistema de relaciones, escenas y entramados». Por supuesto, son tres figuras sustitutivas una de las otras. Una escena es donde se operan las relaciones

y los entramados. Pero en todo caso, se supone que hay alguna actividad que es distinta a la actividad del pensamiento. Quiero decir, relacionarse supone algo distinto a pensar en la relación con el otro. En cambio, en la soledad esas acciones que no sean el pensar desaparecen. ¿Cuál es la tensión entre la contemplación y la acción, y entre la soledad y la mundanidad?

CH: Yo lo diría de una manera diferente, de un modo en el que no se opondrían de forma tan radical acción y contemplación. Es decir, esta situación que estamos viviendo en este momento es una situación en la que estamos interactuando y pensando al mismo tiempo. Del mismo modo, creo que en la idea de Catón «nunca estoy menos solo que cuando estoy solo» significa que pensar no es pasividad. Es un tipo de actividad en el que el mundo aparece traído por mí a esa actividad. Si uno lo piensa de ese modo, creo que esas oposiciones se difuminan.

AK: No sé si resulto plenamente satisfecho con la respuesta, pero no puedo precisar dónde está la insatisfacción, que en todo caso es mía y no de la pregunta misma.

CH: Puedo agregar algo. Yo separo estas escenas, pero la separación es mucho más metodológica que fenoménica. Entonces, establezco las distinciones para pensar las diferencias, pero luego, de algún modo, creo que esas diferencias en la práctica del pensamiento o del estar en el mundo son menos netas que al pensarlas. ☒

Ecuador Debate

Agosto de 2021

Quito

Nº 113

PRESENTACIÓN. COYUNTURA: Ecuador en la trampa de un futuro pasadista, **Alberto Acosta**. Conflictividad socio-política: Marzo-Junio 2021. TEMA CENTRAL: Cultura, política y enfrentamientos discursivos (desde la Colonia hasta la actualidad). Una lectura lacaniana, **Marie-Astrid Dupret**. Una nueva era: la guerra de los discursos, **Alfredo Jerusalinsky**. Forma natural humana frente a la crisis de identidad múltiple, en la época de la degradación civilizatoria, **Jorge Veraza Urtuzuástegui**. La benévola negación del otro. Las protestas en Colombia del 2021, como continuación de procesos históricos de legitimación de la violencia, **Andrés Ortíz Lemos y Carlos Sarango Reyes**. «Una breve historia de los humanos». Pequeño ejercicio de traducción, **Anne-Christine Taylor**. Las instituciones políticas como espacios terceros: una mirada más allá de la ciencia, **Pablo Medina P.** La escuela un lugar para re-escribir los enigmas de la vida, **María Isabel Miranda-Orrego e Isaac Grijalva Alvear**. DEBATE AGRARIO: Pensar la transición de los territorios en los Andes rurales del Ecuador, **Nasser Rebaï**. ANÁLISIS: Postdemocracia, capital (i)legal y extractivismo, **Iván Roa Ovalle**. La comunicación en los medios: una lectura sociológica de la cobertura periodística en la movilización de octubre 2019 en Ecuador, **Jonathan Luna Jaque**. RESEÑAS.

Ecuador Debate es una publicación del Centro Andino de Acción Popular. Redacción: Diego de Utreras N28-43 y Selva Alegre, Apartado aéreo 17-15-173-B, Quito, Ecuador; Tel.: 2522763. Correo electrónico: <caaporg.ec@uio.satnet.net>.

¿Sobrevivirá el patrimonio cultural?

Cambio climático y pandemia

Peio H. Riaño

El calentamiento global pone el patrimonio cultural frente a numerosos desafíos que recién comienzan a discutirse. Mientras tanto, la pandemia de covid-19 afectó las economías y redujo los presupuestos pero, al mismo tiempo, constituyó un ejercicio acerca de cómo sería posible poner límites al turismo de masas en zonas especialmente vulnerables.

Hace tres años, en 2018, lluvias torrenciales desbordaron el río Guadalevín, en Málaga, y tiraron abajo un muro de los baños árabes de Ronda. Ese día se recogieron 220 litros de agua por metro cuadrado y resultaron arrasados parte de los jardines y mobiliario del interior de las termas construidas hace siete siglos. En las mismas fechas, el caudal del río Jalón cubrió de barro el Monasterio de Santa María de Huerta (Soria). Un año después, una gran inundación anegó Venecia (Italia), cuando el nivel del agua subió 187 centímetros. Especialistas del Laboratorio de Estudios en Geofísica y Oceanografía Espaciales en Toulouse aseguran que el cambio climático está acelerando la aparición de fenómenos meteorológicos extremos y que las inundaciones que en el pasado se consideraban excepcionales en el futuro serán la normalidad.

Peio H. Riaño: es historiador del arte, escritor y periodista. Su último libro es *Decapitados. Una historia contra los monumentos a racistas, esclavistas e invasores* (Ediciones B, Madrid, 2021).

Palabras claves: cambio climático, conservación, covid-19, patrimonio cultural.

Ni el patrimonio italiano ni el español están libres de las lluvias torrenciales, las sequías, la desertificación, los huracanes, las heladas, la crecida de los mares o los desplazamientos humanos. Tampoco lo están la Estatua de la Libertad, en Nueva York, el Teatro de la Ópera, en Sidney, o la plaza de San Marcos, en Venecia, que integran la lista de 40 sitios considerados Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) que desaparecerían por el cambio climático. Eso es lo que determinó un famoso estudio alemán que dio a conocer la publicación *Environmental Research Letters*. Brujas, Nápoles, Estambul o San Petersburgo también estarían entre los espacios amenazados. «El calentamiento global es un hecho, no cabe duda, y estamos experimentando algunas de sus consecuencias.

**El futuro del pasado,
como el de la
sociedad, se expone
a un riesgo inédito
y no hay planes
para afrontarlo**

Necesitamos anticipar los efectos adversos del cambio climático e identificar las medidas apropiadas para prevenir o minimizar el daño causado», explica Erminia Sciacchitano, portavoz de la Comisión Europea de Cultura.

El futuro del pasado, como el de la sociedad, se expone a un riesgo inédito y no hay planes para afrontarlo. La pandemia de covid-19 y sus consecuencias

económicas sobre un sector tan vulnerable como es el de la conservación-restauración han tenido un protagonismo inesperado en la concepción de estos planes, que ya estaba en marcha cuando llegó el coronavirus. El Parlamento Europeo tampoco ha desarrollado protocolos de prevención y protección especiales, aunque por primera vez se ha reconocido el problema.

En noviembre de 2018, la Comisión de Cultura presentó el Plan de Cultura 2019-2022 y el Parlamento Europeo lo aprobó. En él se enumeran cuatro ejes de acción, entre los que destaca uno nuevo: la sostenibilidad del legado artístico. Lo que antes se llamaba «patrimonio cultural» sin más, ahora, ante la alerta climática, pasa a denominarse «sostenibilidad del patrimonio cultural». Existe una línea dedicada a la «adaptación al cambio climático»; sin embargo, está pendiente de formación el grupo que desarrolle el plan de buenas prácticas y medidas innovadoras. También se aprobó el Marco Europeo de Acción en Patrimonio Cultural, con un documento de trabajo que indica que «se pondrán en marcha acciones para investigar, desarrollar y difundir las estrategias que serán empleadas para la gestión de riesgos». Poco más. La nueva política de protección del patrimonio de la Unión Europea ante el cambio climático está por construir.

Alessandra Bonazza, del Consejo Nacional de Investigación de Italia y del Instituto de Ciencias Atmosféricas y Clima, cuenta que «desafortunadamente todavía no existe un censo exhaustivo del patrimonio europeo bajo

amenaza, tanto en exteriores como en interiores y expuestos a los diversos riesgos vinculados a estos cambios climáticos, contaminación y conflicto armado». Profesora de Impacto Ambiental en Materiales, Deterioro y Envejecimiento en la Universidad de Bolonia, Bonazza es una de las autoras del informe sobre la intensidad y frecuencia de eventos extremos que dañan el patrimonio para la Comisión de Cultura de la UE. La especialista pide con urgencia la creación de planes nacionales de adaptación al cambio climático. Mientras ese informe, entregado a finales de 2018, aclara que la prioridad es «reconocer el riesgo del desastre», en España hay especialistas que dudan del vínculo entre catástrofes recientes y el aumento de la temperatura global. Fernando Vegas, catedrático de la Universidad Politécnica de Valencia y miembro de la junta directiva del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) de España, asegura que es muy difícil demostrar que la causa de las inundaciones de Ronda, por ejemplo, sea el cambio climático. Frente a esta opinión, Adam Markham, de la Union of Concerned Scientists [Unión de Científicos Preocupados], asegura –en referencia al aumento del nivel del mar, las inundaciones costeras y las sequías– que «ninguna comunidad, cultura, región o tipo de patrimonio es inmune a los riesgos climáticos».

«Otras afecciones, especialmente en la arquitectura de la tierra, son mucho más sutiles porque los ciclos de la extrema desecación y humectación de la arquitectura de tapia y de los yacimientos arqueológicos van afectando la erosión poco a poco», explica Vegas. Los especialistas creen que la sensibilización de la sociedad para poner en marcha las instituciones es determinante en esta carrera por la protección preventiva, pero también son conscientes de que sin «derrumbamientos espectaculares» no se refuerza la conciencia de la necesidad de actuar en un patrimonio que se degrada. Por eso para Bonazza es prioritario que todas las administraciones tomen conciencia del peligro real para superar la brecha existente entre las investigaciones y las fórmulas políticas. «Necesitamos sistemas de alerta que se anticipen a los desastres para salvaguardar el patrimonio, sobre todo en el caso de los eventos extremos (lluvias intensas, inundaciones y periodos de sequía) cuya intensidad y frecuencia han aumentado y se prevé que aumenten en el futuro», añade la especialista.

El pasado julio se reunieron todos los ministros de Cultura de la UE en Roma y realizaron una declaración conjunta en la que hicieron pública, por primera vez, su «preocupación» por el aumento de la frecuencia e intensidad de los fenómenos peligrosos relacionados con el cambio climático y sus repercusiones sobre el patrimonio cultural. Dijeron ser conscientes de «la importancia de integrar más firmemente la acción climática en las políticas culturales, incluso respaldando las actividades culturales que pongan de relieve y aborden las cuestiones climáticas». No mostraron tanta preocupación

en el peligro de conservación del patrimonio como en la contribución de la cultura y del patrimonio cultural en la lucha contra el cambio climático. En sus conclusiones indicaron que los gobiernos europeos deben «aprovechar mejor el potencial de las soluciones culturales para la acción climática».

¿A qué se referían? Es un aspecto que quedó recogido en el único informe sobre las consecuencias en el patrimonio del nuevo clima, realizado por los 28 miembros de 19 países del ICOMOS, en julio de 2019. Llama la atención sobre el potencial pendiente de explotar las dimensiones culturales para frenar el cambio climático. El análisis explica que se podrían apoyar las transiciones éticas hacia comunidades con baja emisión de carbono y resilientes al clima, como la rehabilitación en lugar de la especulación inmobiliaria. También muestra cómo «el cambio climático ya está afectando a las comunidades y al patrimonio mundial y estas tendencias están empeorando rápidamente». «El cambio climático sigue siendo la mayor amenaza para nuestro pasado, presente y futuro. La escala de este desafío puede parecer abrumadora, pero estoy más convencido que nunca de que nuestro patrimonio cultural es clave para la solución», explica Will Megarry, responsable de ICOMOS en este ámbito. Técnicos y especialistas en el legado histórico y cultural de todo el mundo se encuentran en estos momentos investigando las técnicas tradicionales para enfrentarse al cambio.

Erminia Sciacchitano amplía esta idea de salvar el patrimonio para evitar un futuro distópico e indica que las soluciones basadas en el patrimonio cultural juegan un papel importante en la mitigación y adaptación a los cambios meteorológicos: «Los edificios históricos representan una fuente importante de carbono, energía y recursos naturales incorporados. Su reutilización puede contribuir a reducir las emisiones asociadas con la construcción de edificios». La renovación de edificios también es importante para la recuperación económica tras el covid-19. Según el informe publicado el pasado marzo por Europa Nostra, titulado *European Cultural Heritage Green Paper*, la reparación y regeneración del parque de edificios históricos

**La conservación
del patrimonio
cultural es la
antítesis del espíritu
de la sociedad
de consumo**

implica el uso de técnicas tradicionales de construcción, artesanía y conocimiento local en combinación con innovaciones sostenibles. «Esto, a su vez, requiere de expertos en patrimonio, artistas y una variedad de artesanos y oficios», sostiene la investigación. Indican que la próxima generación de la UE promoverá la acción climática, la transición justa y la cohesión social.

Este libro verde que piensa en cómo rebajar el calentamiento global del futuro de los europeos explica que la conservación del patrimonio cultural es la antítesis del espíritu de la sociedad de consumo, cuya única aspiración es no reciclar nada para consumir

todo. El patrimonio cultural se presenta como un acto de desobediencia a esta maquinaria capitalista porque lucha por la reparación, el uso y la reutilización de edificios históricos, es decir, un patrón de los modelos de una economía circular. «El patrimonio cultural ofrece un potencial inmenso y prácticamente sin explotar para respaldar la transición justa hacia los futuros, con bajas emisiones de carbono y resilientes al clima, previstos por el Pacto Verde Europeo», concluye el citado informe visionario.

Los cambios climáticos son el origen de una nueva era de la conservación-restauración, tal y como apuntó el ex-presidente de ICOMOS Toshiyuki Kono. Fue muy contundente ante este problema: «El clima está cambiando y el patrimonio también debe hacerlo. Sería una estupidez imaginar que la práctica del patrimonio permaneciera estática». De hecho, para Ana Galán Pérez, especialista en este tipo de protección y ex-presidenta de la Asociación de Conservadores Restauradores de España (ACRE), la profesión se encuentra ante un nuevo reto: «Elaborar un perfil especializado que ejecute el diseño de planes para abordar el impacto destructor del cambio climático en patrimonio inmueble como en colecciones». Sin embargo, en los Planes Nacionales de protección del patrimonio, diseñados por el Ministerio de Cultura, no hay herramientas específicas ni líneas concretas destinadas a paliar los efectos del cambio climático. Tampoco existe un censo sobre el patrimonio vulnerable a estos peligros.

La constitución de este nuevo perfil del oficio del conservador-restaurador se ha acelerado como consecuencia de la crisis económica causada por la pandemia. Durante este último año y medio la fragilidad económica y la vulnerabilidad de estos trabajadores calificados ha hecho reaccionar a las instituciones europeas. Desde el programa Charter, de la European Cultural Heritage Skills Alliance, se han propuesto reactivar la profesión investigando las necesidades del oficio y diseñando políticas públicas para salvar a estos profesionales. «Tenemos un desafío inmenso, para el cual nos hemos estado preparando durante mucho tiempo», dice Lluís Bonet, director del programa Charter desde la Universidad de Barcelona. «Cuando la UE decidió reorganizar los marcos ocupacionales y formativos de sus sectores económicos y estratégicos, el patrimonio cultural se consideró una prioridad», indica Bonet, cuya misión es demostrar que la contribución de la restauración-conservación es importante para sociedades y economías sostenibles y prósperas.

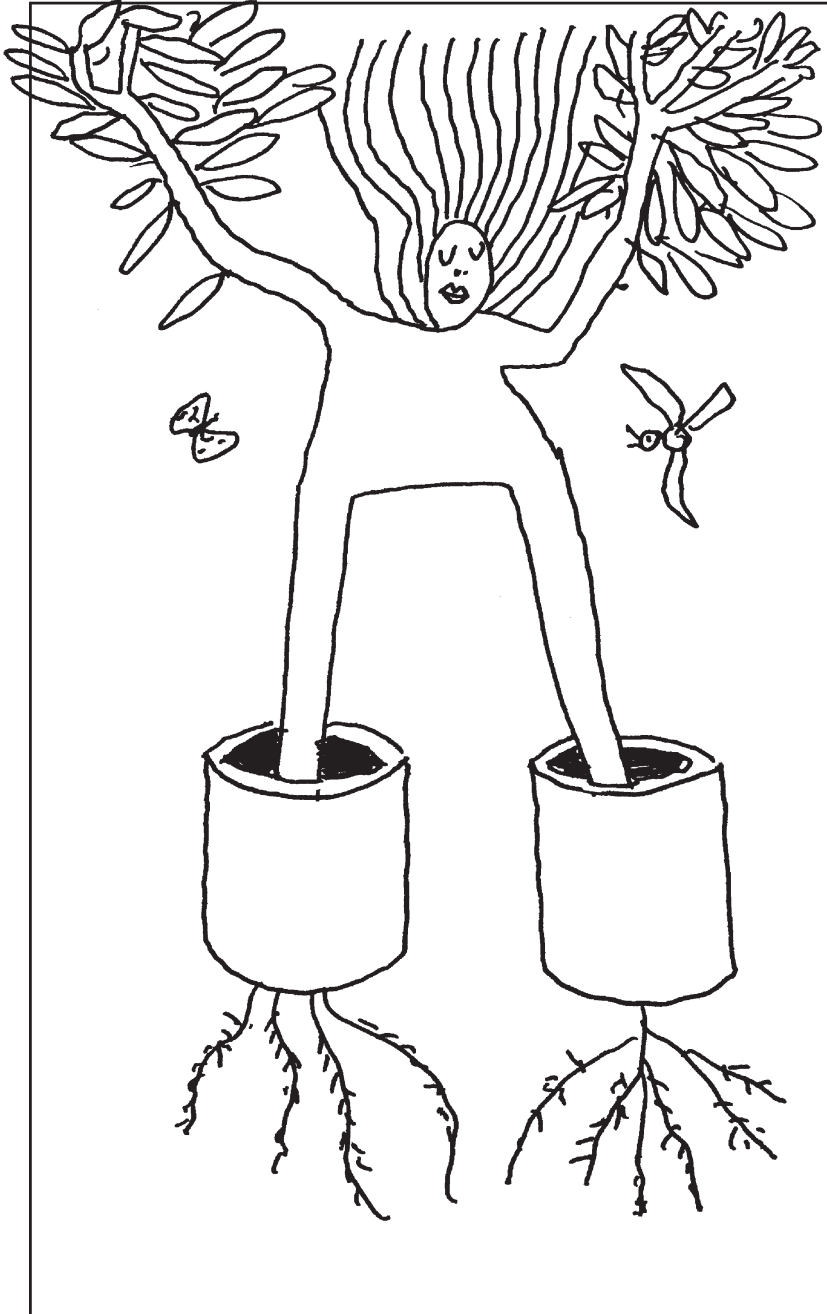
Reconocen que los retos tecnológicos y medioambientales están cambiando la profesión tal y como la conocían, así como las formas de producción, distribución y consumo. De hecho, la pandemia del coronavirus ha colocado al oficio en un lugar inesperado: la digitalización. Ante el cierre por el confinamiento que ha evitado la extensión del virus, las instituciones

apenas reclamaron a los conservadores que verificaran el estado de los sitios, edificios o colecciones, según un informe de la Confederación Europea de Organizaciones de Conservadores (ECCO, por sus siglas en inglés). En muchos museos, casas históricas, sitios arqueológicos, bibliotecas o archivos no se permitía la presencia de conservadores-restauradores en las instalaciones. Pero esta situación fue «enmascarada» por una alta visibilidad del patrimonio cultural en las redes sociales y acceso a recursos digitales. Ahí está la paradoja. La accesibilidad en línea pareció suficiente durante un tiempo, «mientras se consideró que el patrimonio cultural se preservaba por sí mismo», indica el estudio. El confinamiento debilitó la profesión, ya que no se la consideró un «servicio esencial».

La ECCO ha realizado una gran encuesta entre sus afiliados para conocer sus preocupaciones ante el impacto del covid-19 y el mayor temor que ha emergido entre los expertos del patrimonio es la incertidumbre para salir adelante. El informe de ECCO advierte de «implicaciones catastróficas»: «Como consecuencia de la crisis sanitaria, o más casualmente debido a las crecientes dificultades económicas, si el número de profesionales de la conservación-restauración se desploma, rápidamente habría una escasez de profesionales capacitados para la preservación del patrimonio cultural». No importarán los planes que se hagan para enfrentar el cambio climático porque la precariedad laboral habrá esquilmo al colectivo.

En países como Portugal, España, Francia e Italia, según el informe ECCO, la mayoría de los profesionales trabajaban en el sector privado, bien como autónomos o como falsos autónomos. Esto los convierte en especialmente vulnerables ante los recortes y la recesión, porque en aquellos países donde los restauradores son en mayoría personal público, como en Eslovenia (73% del oficio), tuvieron mayor protección y no perdieron sus puestos. España es el mejor ejemplo de lo contrario: 43% de los trabajadores son autónomos o dirigen una empresa propia y pequeña. Para las mujeres ha sido peor: al tratarse de un oficio con una tasa de ocupación femenina muy alta, la falta de trabajo ha provocado que la carga familiar en el confinamiento la asuman ellas y cuiden de los niños y del hogar. «Es una realidad que en tales situaciones, las mujeres se ven más afectadas que los hombres», dice el informe.

A esta debilidad hay que añadirle otra: los expertos en la conservación y restauración del patrimonio son invisibles. En el último informe de las profesiones dedicadas al Patrimonio Cultural, de la UE, se indica que la falta de reconocimiento del oficio «puede incluir lagunas de conocimiento» en la adaptación al cambio climático, entre otras cosas. Esto sucede porque no existe una estructura para el desarrollo profesional continuo que ayude al aprendizaje permanente, ni un sistema para identificar y abordar las brechas



de habilidades tecnológicas emergentes. La misión del programa Charter es acabar con esta situación.

El sector envejece y cuenta con pocos recursos para afrontar los retos a los que va a someter el cambio climático a los bienes del patrimonio cultural. Una excepción sucede estos días en Toledo, donde el temporal Filomena arrasó el invierno pasado la delicada cubierta barroca de la Catedral. El Ministerio de Cultura del gobierno español ha invertido un millón de euros en reparar los daños que causó la nieve y que dejaron la cubierta en una situación de máximo riesgo para el edificio y las personas. «Existe una situación crítica de riesgo de pérdida patrimonial. El objetivo de las obras es recuperar la estabilidad y estanqueidad de la envolvente o lucerna del Transparente, evitando daños irreparables y garantizando la seguridad de los visitantes ante posibles desprendimientos», indican los técnicos del Instituto de Patrimonio Cultural de España (IPCE). El equipo de la institución amparada con fondos públicos va a usar drones y láser 3D en el minucioso proceso de la reconstrucción, teja a teja, de la cubierta tan poco usual. «Casi es una pieza escultórica», dice el arquitecto José María Ballester, jefe del área de intervención en inmuebles. Con las nuevas tecnologías han creado una maqueta al detalle, en la que están clasificadas todas y cada una de las tejas de pizarra, así como su colocación. Desconocen cuántas piezas componen la estructura, pero calculan que varios miles. Un artesano de la zona realizará las nuevas «escamas» con el mismo material con el que se hicieron las originales y respetando la forma. «Y así el envoltorio seguirá siendo una pieza histórica», cuenta Ballester.

El extraordinario temporal ha puesto en peligro una de las obras más espectaculares de la arquitectura barroca en España y el confinamiento provocado por la crisis sanitaria del covid-19 ha dejado sin recursos propios a la Catedral. La carencia de ingresos por venta de entradas en taquilla es la justificación que da el Cabildo de la Catedral Primada para no invertir en la recuperación de las pinturas murales. La decoración del artista Narciso Tomé ha sido dañada por el agua que se ha colado desde la cubierta destruida. La capa pictórica se está desprendiendo del interior del muro que sostiene el Transparente y, a pesar de la emergencia de la intervención, la Iglesia no destinará ni un euro a recuperar las partes heridas. Al menos en estos momentos no se contempla, ha aclarado el responsable de obras de la Catedral sin entrar en más detalle.

Otro buen ejemplo de nuevas soluciones para mejorar la resiliencia de los asentamientos históricos y fomentar su reconstrucción sostenible en caso de desastres es el proyecto Heritage Resilience Against Climate Events on Site (HERACLES) [Resiliencia patrimonial contra eventos climáticos *in situ*], uno de los planes de investigación financiados por la Comisión Europea

con un presupuesto total de 18 millones de euros. Giuseppina Padeletti, del Consejo Nacional de Investigación de Italia, ha sido la coordinadora del proyecto y cuenta que han trabajado en Heraclion, en la isla griega de Creta, donde el aumento del nivel del mar y los intensos oleajes amenazan la fortaleza marina de Koules, mientras que los fuertes vientos y el aire salino están corroyendo el Palacio de Cnosos, de 4.000 años de antigüedad y hogar del mítico Minotauro. El equipo confirmó que el cambio climático representa una auténtica amenaza para el sitio cultural. HERACLES incorpora sensores *in situ*, datos aéreos y datos de satélites para proporcionar soluciones concretas y rápidas para la salvaguarda del patrimonio cultural. Es un sistema de alerta temprana que será esencial, sobre todo en caso de eventos extremos cuya intensidad y frecuencia aumentaron y seguirán haciéndolo.

Estos cambios adversos son, además, nocivos para el turismo cultural y la fuente de ingresos que reporta en la zona y repercute en la conservación de los propios sitios históricos. Los destinos del patrimonio cultural pueden volverse menos atractivos como resultado de los impactos inducidos por el clima en el entorno natural y construido. Así lo alertan los investigadores del departamento de Ciencia Política de la Universidad de Grecia George Alexandrakis, Constantine Manasakis y Nikolaos A. Kampanis, quienes han publicado un informe sobre el impacto económico del cambio climático

Estos cambios adversos son, además, nocivos para el turismo cultural y la fuente de ingresos que reporta

en el patrimonio cultural donde muestran cómo afecta a la duración y la calidad de las temporadas turísticas dependientes del clima. Cuentan que uno de los efectos directos de la disminución del crecimiento económico y de la riqueza discrecional es una mayor inestabilidad política y crecimiento de la inseguridad. Y concluyen que lo único que puede detener a la economía turística es el impacto del cambio climático sobre el legado artístico.

En Creta, indican estos investigadores griegos, la economía comenzó a cambiar de manera radical en la década de 1970, cuando la población abandonó la agricultura –sobre todo el cultivo de la vid– por el turismo y se desplazó a los núcleos urbanos, como Heraclion. Gracias a su conversión en uno de los destinos vacacionales más populares de Grecia, Creta produce en estos momentos 5,7% del PIB total del país. Más de cuatro millones de turistas visitan la más grande y poblada de las islas griegas (y la quinta más grande del mar Mediterráneo). Por Cnosos pasan cerca de 670.000 visitantes al año y 40.000 por la fortaleza marina de Koules, pero las previsiones advierten que el turismo en Creta no dejará de crecer en la próxima década. En 2030 está previsto que pasen 4,3 millones de personas. En estos momentos Creta recibe un millón menos. Para entonces Cnosos recibirá casi un millón

de visitantes y reportará unos beneficios por venta de entrada de 17 millones de euros (casi tres millones de euros más que los logrados en 2021). Son estimaciones que permiten entender la importancia de la promoción y conservación del valor comercial del patrimonio, además del cultural. Los investigadores del informe concluyen que, para preservarlo, las administraciones deben asumir medidas de protección que garanticen la integridad del patrimonio ante el impacto del cambio climático.

El turismo y el patrimonio protagonizan la típica relación de pareja eternamente al borde del divorcio. Según la Agenda Urbana publicada por la Comisión Europea, hay que olvidarse de las masas de personas con ganas de hacerse una *selfie* en los monumentos y aspirar a un turismo sostenible. Es aquel que aporta beneficios a las comunidades y ciudades respetando las necesidades de la población local y garantizando la integridad del legado histórico. Para conseguirlo, la Comisión Europea ha reclamado métodos y herramientas que consigan el equilibrio de los flujos turísticos entre los principales centros y los sitios y ciudades menos visitados. Con la pandemia de covid-19 esta regulación de los flujos turísticos ha adquirido, además, una dimensión de seguridad.

La masificación y el cambio climático son los mayores riesgos que amenazan al patrimonio. Venecia es la mejor prueba de esta afirmación. De ese paraíso de calma y sosiego, de silencio y paz que venden en las postales más bucólicas, no ha quedado ni rastro. La ciudad de los canales y los puentes depende en vena de la industria del turismo y del abordaje de los megacruceros, embarcaciones de cientos de metros de largo y tan altos como edificios de apartamentos. Ahora formulemos a la inversa: la salvación de la ciudad de los canales y los puentes depende de la prohibición de los megacruceros en el corazón de Venecia. Ninguna de las dos ecuaciones es mentira y, sin embargo, son irreconciliables.

La Unesco reclamó hace seis años la prohibición de los cruceros que pasan por la puerta de San Marcos junto con otras tantas medidas que están pendientes de cumplir, como la «reducción drástica» del número de turistas. La pandemia ha servido para hacer reaccionar a la ciudadanía, que tras una consulta pública sobre la construcción de una nueva terminal fuera del centro decidió que las embarcaciones de más de 40.000 toneladas tendrían que atracar lejos de la Laguna. Cuando el flujo turístico vuelva a estar a pleno rendimiento ya no habrá fotos de esos monstruos cruzando la ciudad. Cinco años después de haberlo avisado, la Unesco publicó en marzo de 2020 un extenso informe titulado *Proyecto de gobernanza territorial del turismo en Venecia*, en el que señalaba que seguían sin resolverse «problemas cruciales», que representaban «una amenaza significativa» para su patrimonio excepcional. El primero de todos es la expulsión de los residentes que ha

provocado la masificación turística. Más de 25 millones de personas visitan la ciudad al año y los vecinos son poco más de 50.000.

«La exuberancia del turismo de masas, que es un problema de hace muchas décadas, tiene un impacto negativo muy importante en el patrimonio, y sus efectos están generando problemas complejos en muchos campos. Este problema ya resultó una pérdida significativa de autenticidad histórica, así como la pérdida de significado cultural debido al cambio básico de uso de las casas públicas y privadas en las áreas urbanas», explicaban los especialistas en el informe de la Unesco. Venecia no es un parque temático, aunque la Alcaldía insista en lo contrario, y para demostrarlo piden al gobierno italiano que apoye a los residentes mediante «la provisión de viviendas asequibles, la promoción del empleo y la seguridad de la infraestructura para garantizar que aumente nuevamente su número», indican. La tarifa de acceso que se impondrá a partir del próximo verano tampoco servirá para reducir el número de turistas, cuyo impacto en los tejidos urbanos históricos, en el medio ambiente de la Laguna y en las identidades sociales de sus habitantes «es destructivo».

En tan solo unos años, el marco político europeo sobre el patrimonio cultural se ha revisado por completo, avanzando hacia un enfoque que parte de las personas y elimina las divisiones entre tangible, intangible y digital. Ahora se lo considera como un recurso compartido, destacando que los interesados comparten la responsabilidad de su transmisión a las generaciones futuras. Es decir, los especialistas en la conservación y restauración son esenciales en la vida del legado histórico, pero la ciudadanía no puede quedar al margen, porque será la responsable de activar los recursos políticos. Además, el nuevo marco ha sido acelerado por las consecuencias del covid-19. Durante el confinamiento se han potenciado las posibilidades de las nuevas tecnologías para preservarlo y mejorar la experiencia del visitante y la participación del público en los sitios y los museos. El patrimonio cultural no se salvará de los nuevos peligros que lo amenazan con los exiguos presupuestos que se le dedican, sino con la conciencia de la comunidad que asume que debe proteger estos hitos que forman parte de su historia y su identidad. ☒

Instrucciones para abrir una puerta

Cristina Rivera Garza

¿Qué será ahora estar allá afuera, en público, frente al cuerpo inaudito de alguien más otra vez? Abrimos la puerta. No paramos porque una vez que se abre una puerta no hay manera de desabirla, y todo entra: el miedo, por supuesto, pero sobre todo el aire, el gusto, el alborozo...

Nos acabamos de salvar

Colocamos la mano alrededor de la perilla de la puerta y, sin el menor titubeo, la viramos hacia la derecha, listos para dar el paso crucial hacia fuera, hacia la calle, hacia la libertad. Hemos seleccionado con esmero la ropa y, después de colocar el lápiz labial y los aretes, hasta nos hemos puesto perfume porque, después de tanto tiempo, después de dudarlo tanto, vamos a salir. Vamos a ver a amigos. Vamos a platicar de asuntos interesantes o entrañables, o al menos lo suficientemente conocidos como para sentirnos cómodos, felices incluso, en compañía. Vamos hacia fuera con brío, con ánimos, como esas personas que ahora somos: los presos que han estado encerrados por convicción, cuidando así a los propios y los ajenos, rebelándonos de paso contra el cinismo republicano que, en un estado como Texas, ha abierto los comercios y los gimnasios desde casi el inicio mismo de la pandemia,

Cristina Rivera Garza: escritora mexicana residente en Estados Unidos. Es catedrática en el Colegio de Artes Liberales y Ciencias Sociales de la Universidad de Houston. Recibió varios premios, entre ellos el Anna Seghers (2005) y el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso (2021).

Palabras claves: contagio, miedo, pandemia, puerta.

prohibiendo incluso el uso de los cubrebocas en las escuelas y poniendo en cuestión, ultimadamente, la existencia del virus.

Vamos hacia fuera, decía, con la algarabía de quien deja atrás las pantallas, las innumerables ligas de los innumerables eventos que se suceden, indistintos, unos a otros en cuartos con buena iluminación, con una cuidada escenografía, pero esencialmente incomunicados. El cielo se abre, apabullantemente azul, del otro lado de la puerta, y el verde cae en sus infinitos tonos inusitados sobre las ramas de los encinos y las puntas del pasto, sobre la generosidad de las magnolias y el trepar incesante de las enredaderas. Todo afuera parece a punto de ser y de no ser, como la fe. Un milagro. O un accidente. Algo a la vez inevitable e increíble. Y vamos hacia allá, de eso no cabe duda, decididos, con el pulso rápido y la respiración un poco agitada porque, después de todo, la posibilidad de ver a personas en persona le añade un elemento de suyo inesperado, posiblemente imprevisible, a una rutina cotidiana que se ha ido haciendo de rituales cada vez más exactos, inmisericordes, estáticos. ¿Qué será ahora estar allá afuera, en público, frente al cuerpo inaudito de alguien más otra vez?

Vamos hacia allá, sí, pero ¿qué se sentirá?, nos preguntamos en silencio repetidamente y de nueva cuenta, interrumpiendo la ceremonia, el acto de salir, y la respuesta, que son muchas y no se tardan en llegar, producen el titubeo que detiene el pie y se niega a soltar la perilla de la puerta, convirtiendo la mano en un aditamento más de la perilla, en un remate más de la puerta. Estatua sempiterna. Estatua malherida. ¿Valdrá la pena? El azul del cielo cae, más apabullante ahora que hace unos minutos, y los tonos de verde se confunden ya con los colores del bosque tupido en el que se cuelan todos los miedos que se arrastran desde la infancia y los otros también, los recién nacidos, los que repiten una y otra vez en la cabeza, ¿pero de verdad valdrá la pena? El sonido del pulso resuena con más fuerza en la concavidad de las orejas y un sudor extraño, diluido e inoloro, se encamina por los poros hasta escapar por la epidermis del cuello, sobre todo, o hasta encaramarse en la resbaladilla del labio superior. Y es entonces cuando, de súbito, soltamos la perilla de la puerta y nos deshacemos de la bolsa donde habíamos colocado el cubrebocas y el gel, y todos los pequeños aditamentos que requiere el cuidado diario, la paranoia diaria, solo para tirarnos sobre el sofá de la sala y darnos por vencidos, solo para respirar, quiero decir resoplar, con un alivio tan monumental como incomprensible, porque es claro que nos acabamos de salvar, y eso por un pelito, de una muerte segura y dolorosísima, de una muerte solitaria en la camilla estrecha de un hospital donde nunca, ni por asomo, vamos a ver a nadie más.

Tribu, memoria compartida, cosa en común

Caminamos por la casa a la distraída, como si en realidad no fuéramos a salir. Vemos por la ventana, prestamos atención a los ruidos de la calle: el camión de la basura, los perros de la tarde, los coches que se estacionan con dificultad. Parece que todo seguirá igual, pero colocamos la mano alrededor de la perilla y, lentamente, con algo de titubeo, la viramos hacia la derecha porque vamos de salida y esto, salir, es algo que ya no practicamos todos los días o, incluso si lo hacemos, si salimos ya sea a diario o solo de cuando en

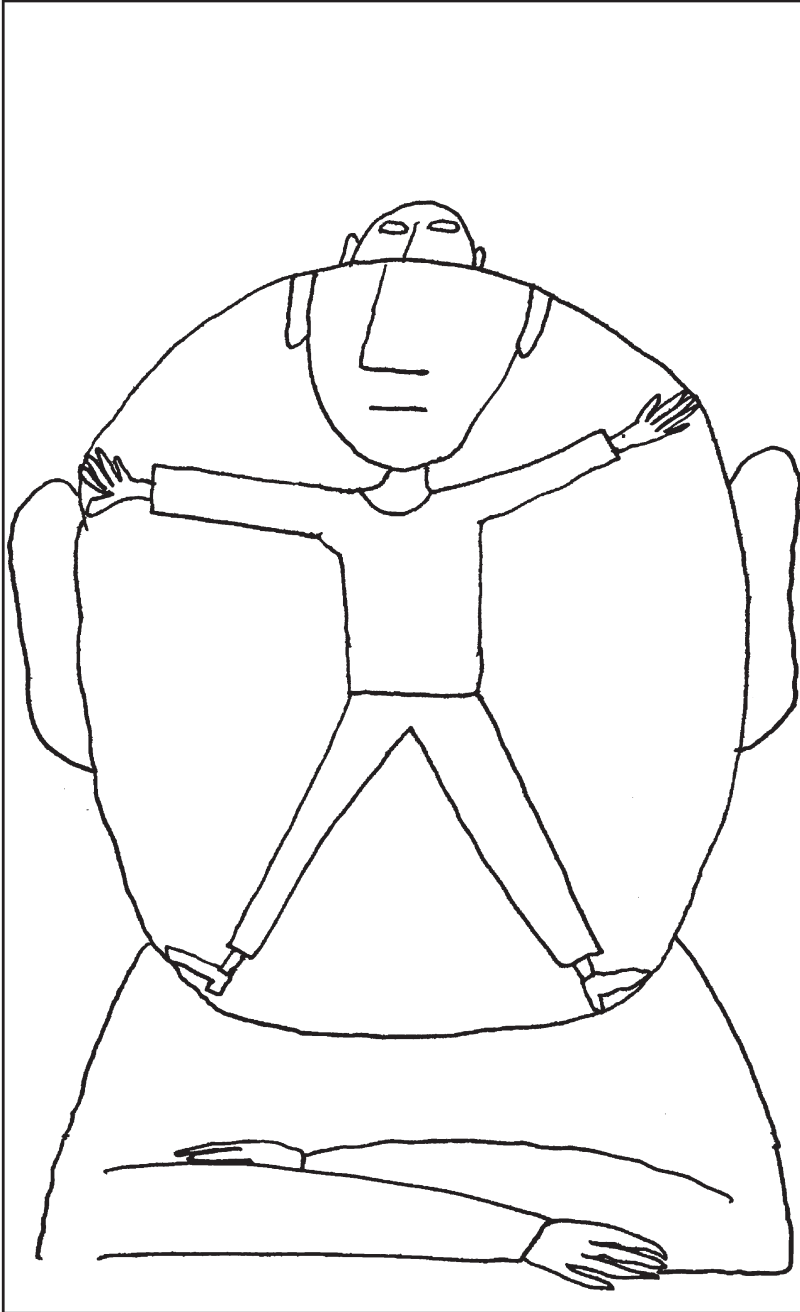
**Salir, prorrumpir,
dirigirse hacia fuera,
ha cobrado una
cierta aura de arrojo**

cuando, cruzar el umbral de la puerta ya no es algo natural que se lleva a cabo de manera automática o sin pensar. Salir, prorrumpir, dirigirse hacia fuera, ha cobrado una cierta aura de arrojo, un nimbo innegable de riesgo que nos coloca de inmediato del lado de los valientes o del lado de los irresponsables, según sea el caso, mientras lanzamos el pie y, detrás de él,

la pierna y el brazo y, finalmente, la cabeza. Salir o nacer, da lo mismo. Estamos afuera, bajo un irresistible cielo azul, rodeados de un verde que se convierte, a cada paso, en muchos verdes: hoja, ramas, briznas, matorral.

Vamos hacia fuera, esto es un hecho, y mientras llegamos al coche hay que checar, al menos mentalmente, que el cubrebocas esté en su lugar. El gel desinfectante. El ánimo. ¿Valdrá la pena? Todo mundo anda afuera, eso queda claro cuando avanzamos a vuelta de rueda por avenidas tan congestionadas ahora como antes, arterias escleróticas de una ciudad que le ha vendido su alma al dios del hidrocarburo desde muchos años atrás, solo para llegar, con algo de retraso, a restaurantes que han abierto nuevas secciones en sus patios traseros con el fin de atajar los miedos, las reservas, de los que, como nosotros, solo salen a tientas, un poco en contra de la propia voluntad, persuadidos por la nostalgia de un mundo que se recuerda como imperfecto y cruel pero al menos acompañado.

Vamos a encontrarnos, eso decimos, como si nos hubiéramos perdido a nosotros mismos y a los demás, aunque cabe la posibilidad de que en efecto estemos completamente perdidos, extraviados dentro de un encierro del que, aun afuera, no podemos salir bien a bien. Lo intentamos en todo caso, por supuesto, ir hacia el encuentro, caminar con el paso firme y la nariz y la boca cubiertas, todo sea por no dejar en duda nuestras convicciones políticas, mientras nos aproximamos a esos rostros extrañamente desconocidos de gente que, sin duda, conocemos bien. ¿Valdrá la pena? Pero nos reconocemos y, aun así, o precisamente por eso, el protocolo de la bienvenida se desenvuelve torpe, entre risas nerviosas y disculpas forzadas. Algunos ofrecen el codo derecho, otros el puño cerrado y otros, los menos, abren los



brazos como para dar a entender que nada ha cambiado, que todo permanece igual, y que el cuerpo, o el afecto, puede más que la muerte. ¿Valdrá la pena? Algunos evadimos sutilmente el abrazo, conformándonos con sonreír e inclinar con moderación la cabeza. Algunos caemos en el abrazo, incapaces de rehuir la provocación y deseosos de encontrar un lugar cálido y común dentro de este nosotros todavía inédito, seguramente efímero. Algunos elevamos la mano, como si saludáramos a alguien que nunca se aproximará lo suficiente. Algunos nos sentamos a la mesa sin siquiera fingir que todo ese ritual de bienvenida nos interesa poco o le tememos mucho. ¿Valdrá la pena? El azoro de la plástica, el laberinto de plástica, el cansancio de la plástica. Tal vez nada sería igual sin las viandas y, especialmente, sin los vasos de vino que van aderezando la plástica con bromas cada vez más festejadas o anécdotas que nos confirman que seguimos siendo tribu, memoria compartida, cosa en común. Tal vez sin los vasos de vino nadie preguntaría como al azar, como si de verdad no tuviera importancia, si ya nos vacunamos, o cuándo nos vacunamos, y qué tipo de vacuna nos protege de los otros. Pfizer. Moderna. Johnson & Johnson. Una dosis. Dos dosis. Un *booster shot*. Tal vez sin los vasos de vino no podríamos dejar de observar con sigilo pero sin contemplaciones el movimiento de los labios de donde de seguro saldrá el virus que volará en el aire sonoro, calenturiento, del restaurante, para inmiscuirse a toda prisa, sin resquemor alguno, por esa boca a medio abrir y medio cerrar que es nuestra boca, abierta de miedo o de impotencia o de puro estupor mientras el laberinto de la plástica continúa su camino directo hacia la estridencia y la carcajada. De seguro sin los vasos de vino no nos entraría la curiosidad por el sabor de los postres ajenos ni procederíamos de inmediato a rolar los platos de unas manos a otras para que todos vayamos encajando la cuchara o el tenedor en el tiramisú o el pastel de frutos rojos o la nieve de chocolate como si el riesgo de estar cerca hubiera desaparecido de repente y del todo después de estas horas que hemos pasado juntos, recordando un mundo que, ciertamente, era igual de feroz, incluso más cruel, pero en el que estábamos irremediablemente juntos.

Carne de cañón

Le damos la vuelta a la perilla con la misma prisa de todos los días porque, en realidad, pocas cosas han cambiado, ni siquiera el horario de trabajo. Tenemos que salir aunque no queramos salir. Tenemos que salir, así que no vale la pena entretener una disyuntiva que no existe o una pregunta para la que sabemos de antemano la respuesta. Alguien tiene que trabajar y pagar el alquiler, los alimentos, la gasolina, todas las cuentas. Alguien tiene

que levantarse temprano y quitarse las lagañas de los ojos y meterse bajo la regadera. Alguien tiene que peinarse y, luego, vestirse, y maldecir mientras se viste, porque qué perra vida, la verdad, qué doble moral esa que nos designa como trabajadores esenciales mientras nos arroja a diario, sin el mayor miramiento, a la arena del coliseo junto a los leones del virus como la carne de cañón que somos. Así que aquí vamos, pues, porque no hay de otra. O mejor: porque bien podría haber de otra, pero no hay. Aquí van las manos que abren las puertas con los gestos automáticos del desgano, deteniéndonos apenas en el cielo que horas después se pintará de un azul celestial pero que ahora mismo se abre poco a poco en grietas de un rojo filoso y brillante. Qué hermoso es el mundo a veces. El verde, todavía escondido entre los matorrales, dentro de los tallos de los jóvenes encinos, sobre las puntas del pasto ya muy crecido, late como una bestia herida que, dentro de muy poco, seguramente a la menor provocación, soltará el zarpazo sobre el mundo.

Mientras tanto, aquí vamos, eligiendo la música en la radio mientras el coche avanza por las calles todavía desiertas de la madrugada. Aquí vamos, despejados y lentos, tarareando la melodía que, alguna vez, hace años, nos hacía pensar en una piel, un par de labios, un corazón ardiendo, y que ahora solo despierta sospechas sobre lo cerca que está todo, especialmente el final. Porque, ¿qué pasará cuando el mal nos alcance y caigamos desfallecientes, sin aire, tan solos, incapaces de respirar e incapaces de cubrir, al mismo tiempo, las altísimas cuotas del seguro médico que, al menos, podría asegurarnos una camilla dura y estrecha, algún medicamento o un respirador mecánico en uno de los hospitales atiborrados, llenos más allá de su capacidad, de la ciudad?

La vida, que empieza

Abrimos la puerta de par en par porque estamos hartos de cuidarnos, hartos de estar solos, hartos de pretender que esto algún día acabará. Le damos la vuelta a la perilla y, sin más, con la fe intacta en la inmortalidad, o con la convicción absoluta de que vivir así no vale la pena, abrimos la puerta no para salir, sino para el que quiera entrar: los compañeros de generación que se han empujado, como nosotros mismos, clases lentísimas, increíblemente lejanas, en estas pantallas que se reproducen sin cesar mientras chateamos a escondidas del profesor en turno que hace esfuerzos sobrehumanos para que no se note lo que al fin de cuentas se le nota: su propio malestar, el miedo cotidiano, un agotamiento que no tiene par. Abrimos las puertas y encendemos la

Le damos la vuelta a la perilla y, sin más, con la fe intacta en la inmortalidad

música al mismo tiempo y, al mismo tiempo, repartimos vasos rebosantes de alcohol barato y empezamos a bailar. Las manos en alto. Las oscilaciones de la cadera. El grito o los gritos. Y claro que nos pasa por la cabeza que sí, que algo puede suceder, pero mientras no suceda, mientras nadie caiga, mientras ninguno de nosotros aparezca con la cabeza gacha y la palabra positivo colgando de la voz cada vez más grave, seguiremos sosteniendo la puerta abierta para que sigan entrando los conocidos y los desconocidos hasta que no quepa nadie más y la fiesta tenga que extenderse por las escaleras y, después, por el estrecho jardín hasta cubrir la banquetta y, en apenas un rato, la mitad de la calle. Seguramente algún vecino llamará a la policía de un momento a otro, y la patrulla pasará a vuelta de rueda con las luces rojiazules y las sirenas encendidas. Y nosotros, medio borrachos pero serenos, medio exultantes pero educados, le diremos que sí, oficial, ya vamos a parar esto, cómo se nos ocurrió, qué clase de irresponsabilidad. Gracias, oficial, ya vamos a parar. Pero no paramos porque una vez que se abre una puerta no hay manera de desabrirarla, y todo entra: el miedo, por supuesto, pero sobre todo el aire, el gusto, el alborozo, el recuerdo de una vida que casi estuvimos a punto de vivir y que ahora, cuerpo a cuerpo, tan cerca del sudor de los otros, casi enredados entre sus cabellos, pareciera estar a punto de empezar. ☒

ÍCONOS

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

Septiembre-Diciembre de 2021

Quito

Vol. xxv N° 71

CIENCIA, CONOCIMIENTO Y SOCIEDAD

DOSSIER: Presentación del dossier, **Roberto Chauca** y **José Ragas**. La enseñanza de las políticas públicas en América Latina: estado de la situación y desafíos para la ciencia política, **Nicolás Bentancur**, **Germán Bidegain** y **Rodrigo Martínez**. Transnacionalización de las políticas de ciencia y tecnología en América Central. Un análisis de redes, 1955-2020, **Ronny Viales-Hurtado**, **Ronald Saénz-Leandro** y **Marco Garita-Mondragón**. Investigación colaborativa: potencialidades y limitaciones de la cartografía social participativa, **Pablo Saravia-Ramos**, **Débora Vega-Valdés**, **Luis Espinoza-Almonacid** y **Paulo Gutiérrez-Soto**. Experticia estadística en la administración pública ecuatoriana: mecanismos de emergencia y legitimación, **Byron Villacís**. Los últimos spencerianos. Hacia un canon de la primera sociología ecuatoriana, **Philipp Altmann**. TEMAS: Trayectorias y contexto político de los organismos ciudadanos: el control de la corrupción en Ecuador, **Héctor Manuel Gutiérrez-Magaña**. La política en territorio. Género, migraciones y sostenibilidad de la vida en Argentina, **María José Magliano** y **Sofía Arrieta**. Justicia reparativa frente a los legados de la esclavitud en el Caribe. Perspectivas interregionales, **Claudia Rauhut**. Conexiones internacionales del proceso de colonización de la frontera amazónica ecuatoriana, 1960-1970, **Pablo Campaña**. «Una nueva clase dirigente». Los intendentes bonaerenses durante el Proceso de Reorganización Nacional en Argentina, **Paula Vera Canelo** y **Juan Pablo Kryskowski**.

Íconos es una publicación cuatrimestral de Flacso-Ecuador, La Pradera E7-174 y Av. Almagro, Quito, Ecuador. Tel.: (593 2) 3238888. Correo electrónico: <revistaiconos@flacso.edu.ec>. Página web: <www.revistaiconos.ec>.

Neblina

María Fernanda Ampuero

Este relato nos lleva a los días más extraños e intensos del confinamiento, a las relaciones interpersonales y al agobio, pero también a los pequeños gestos amorosos y a los «kits de supervivencia», material y emocional, de los que cada quien pudo dotarse.

Al principio la muchacha del Dauphine había insistido en llevar la cuenta del tiempo, aunque al ingeniero del Peugeot 404 le daba ya lo mismo. Cualquiera podía mirar su reloj, pero era como si ese tiempo atado a la muñeca derecha o el bip bip de la radio midieran otra cosa.

Julio Cortázar, «La autopista del sur»

Empezar por el final sería tristísimo.

Empezar por el principio sería increíblemente extraño.

Empecemos por el medio, pues.

Ya nos habíamos peleado y reconciliado varias veces. Unas veces uno llamaba al otro desde la cocina donde olía a café recién hecho, el otro tocaba la puerta despacito como tocan los sonámbulos o los arrepentidos. En alguna ocasión bastaba con mirarnos, en otra con hacer alguna cara ridícula y en algunas, las menos, en meternos a la ducha y tener manoseos bestiales sin penetración: no vaya a ser que en estas circunstancias hubiera un embarazo.

El sexo ya no lo solucionaba todo.

María Fernanda Ampuero: es una escritora ecuatoriana. Publicó, entre otros libros, *Pelea de gallos* (Páginas de Espuma, Madrid, 2018), que recibió el Premio Joaquín Gallegos Lara, y *Sacrificios humanos* (Páginas de Espuma, Madrid, 2021).

Palabras claves: ficción, juegos de rol, neblina, pandemia, sexo, supervivencia.

Intentábamos llevarnos bien. Lo intentábamos desesperadamente.

Él fumaba muchísimo y yo quería ver películas de terror. Ninguno se atrevía a decir no fumes tanto, veamos una comedia.

Las palabras se revolcaban en un atolladero de neblina.

A veces nos queríamos, a veces nos soportábamos, a veces nos detestábamos, a veces éramos como fantasmas penando en una casa por siempre.

Regábamos las plantas, sobre todo el bonsái, alternándonos. Yo limpiaba la arena de la gata porque era *mi* gata, aunque muy pronto él se convirtió en su favorito y lo seguía a todos lados como los gatos siguen al humano que aman: desfilando en una pasarela.

A veces yo pensaba que la gata lo quería más a él, entonces me sentía estúpida de celar a una gata, a *mi* gata.

Había días terribles. Días en los que él no salía de la habitación y yo, que había aprendido a temer a sus silencios más que a sus palabras, hacía comida para uno y me sentaba a comer despacito, mirando al frente, rumiando más que masticando.

Más sola que si hubiera estado realmente sola.

Luego él salía como si volviera de unas vacaciones —aunque más delgado, más pálido— y me daba un beso húmedo y profundo o me agarraba el culo con las dos manos. Yo le guardaba rencor: no devolvía los besos ni me giraba a tocarle la entrepierna tiesa.

Cuando el sexo todavía servía para algo era menos doloroso mirar por la ventana.

Después buscamos por toda la casa algo con qué entretenernos, algún juego, naipes, cualquier cosa para matar el tiempo para que el tiempo no nos matara.

La neblina.

Encontramos un ajedrez y, aunque él intentó con todas sus fuerzas que me interesara, eso no salió nada bien y volaron alfiles y torres por los aires.

Muchas noches nos sentábamos en el mismo sofá, bajo la misma manta, a mirar el cielo. Le ponía los pies debajo del culo para calentármelos. Mirábamos las estrellas agradeciendo cada uno en su cabeza no estar solos, tener ventana, tener estrellas, tener manta, tener unos pies fríos que calentar y dónde calentarlos.

Éramos como ancianos esperando la visita de unos nietos muertos y éramos como niños aburridos que hacían guerra de almohadas o se enfadaban con el amiguito, la amiguita.

Aprendimos a hacer pan de plátano y galletas de avena. Aprendimos a hacer borsch y shepherd's pie. Él hizo los panqueques que hacía su madre y yo el ragú de la mía. El fracaso de los ñoquis fue tal que nos desanimó de la cocina por varias semanas.

La comida llegaba en bolsas desinfectadas y se subía por la salida de emergencia. Una vez dentro de casa había que ponerse guantes desechables y mascarilla, desinfectarlas otra vez, sacar cosa por cosa e irla pasando por alcohol, cloro o vinagre.

La desinfección llevaba horas y al final solo quedaban ganas de llorar.

Él salía a comprar cigarrillos a una tienda clandestina. Varias veces lo pararon por burlar el toque de queda, pero se conseguía librar con unos billetes en las manos de los policías.

Siempre volvía con un chocolate, con un bote de leche condensada, con unas galletas de las rellenas.

Para mí.

Así quería él: con el peligro de que se lo llevaran preso por estar en la calle para traerme un dulce.

Yo, en cambio, quería que lo dijera en alto para que lo escuchara la casa, la gata, las estrellas, las papas desinfectadas, la plancha de las galletas y las piezas de ajedrez que nunca recogimos del suelo.

Te amo, quería que dijera.

I love you, lo que sea.

Era bueno en la cama. Me hacía olvidar, a veces por varios minutos, lo de fuera, la neblina. Tenía los dedos larguísimos y con el tiempo había aprendido cómo y dónde tocar para que las cosas funcionaran de maravilla.

Cada vez. Siempre.

Yo chapoteaba feliz por un rato en el orgasmo y él se sentía orgulloso de darle a una mujer una tranquilidad pequeñita, pero tranquilidad al fin y al cabo.

Una mujer, no *su* mujer.

La gata venía a la cama a curiosear qué eran esos movimientos y esos ruidos extraños y le mordía los pies. Él decía *fuck off*, *Bruja* y nos reíamos. Era lo más gracioso del mundo que la gata le mordiera los pies a un hombre que había hecho gritar de placer a su dueña. En el instante después del sexo éramos dos personas que más o menos se atraían y que quizás volverían a quedar para follarse o quizás no.

Después del sexo se pensaba en posibilidades, en gente normal que tiene sexo los sábados y el lunes tiene que trabajar.

Había dos habitaciones. Nada más unas tres veces dormimos juntos.

Algunos días no me levantaba. Él metía la cabeza por la puerta semiabierta y me miraba por un rato, tal vez para cerciorarse de que no estuviera enferma, de que no tosiera. Yo me cubría con las sábanas y me quedaba todo el día con el cerebro entumecido, herido, doliendo.

**La desinfección
llevaba horas y al
final solo quedaban
ganas de llorar**

No había opción de escapar, pero las analizaba igual hasta la extenuación. Después me dormía, después me despertaba a pensar opciones, después me volvía a dormir.

Le dije que necesitaba ansiolíticos y antidepresivos.

Hubo que buscar psiquiatras por zoom y farmacéuticos que en los horarios en que la policía paseaba menos hacían las entregas mirando a todos lados como los delincuentes.

Costaba una fortuna.

Él tenía dinero. Le seguían pagando el sueldo con una pequeña reducción cada mes. Era un buen sueldo, el dinero era lo de menos porque no había en qué gastarlo.

Algunas veces intentamos juegos de rol. Me maquillé con labial rojo y sombra de brillos, me puse un vestido ceñidísimo, tacones, pero no ropa interior. Fingí que lo conocía en un bar, que le preguntaba su nombre y a qué se dedicaba. Nos masturbamos cada uno en una silla mirándonos a los ojos, nos atamos, nos paseamos con collares de perro por toda la casa, nos atamos a la cama, nos vendamos los ojos, nos untamos aceite de masajes, crema batida, chocolate.

Nos lamimos, nos tocamos, nos olimos, nos exploramos, nos lavamos el uno al otro, nos afeitamos los sexos, nos tiramos de los pelos, nos vestimos y desvestimos, nos abrazamos como si fuéramos las dos últimas personas del planeta.

No lo éramos, pero tal vez sí.

Intentamos con el yoga, el *crossfit*, los aeróbicos.

Para mi cumpleaños, él escribió en una tarta de plátano un poco quemada: «felicidades, María». La letra era patuleca y el colorante natural probablemente había expirado hacia quinientos años, pero igual lloré y soplé la vela y pedí un deseo que era el único deseo de todos.

El mismo deseo para un planeta entero.

Me regaló un kit de supervivencia que contenía:

- Una bolsita de arroz.
- Fósforos.
- Pastillas para potabilizar el agua.
- Una navaja.
- Un par de mascarillas.
- Un cazo diminuto.
- Un par de cigarrillos.
- Un trozo de chocolate.
- Una linterna en miniatura.

Me imaginé sobreviviendo con eso y me dio risa, pero también una ternura inenarrable, la más grande de mi vida. Quise comérmelo a besos. Quise decirle que lo amaba. Quise meterme dentro de su cuerpo y abrazar cada costilla, el páncreas, los intestinos, la tráquea y el corazón, sobre todo el corazón.



En lugar de eso me puse a llorar y él me abrazó.

Happy birthday, mi amor.

No había nada de *happy* en ese *birthday*, pero fue la primera vez que lo escuché decir mi amor.

Por zoom me cantaron el cumpleaños feliz desde casa y me aguanté las lágrimas y sonreí y dije *el próximo año nos desquitamos* hasta que cerré el teléfono y entonces sí lloré y lloré y lloré hasta quedarme dormida en el sofá.

Él me tapó y se quedó ahí sentado, horas de horas, con el pastel que tenía escrito con letra infantil mi nombre.

A la mañana siguiente me avisaron de la muerte del papá de Ana.

Y dos días después la del papá de Nagib.

Y tres días después la del papá de Alfredo.

La mamá y el hermano de Silvana están malísimos, la mamá de Gaby estuvo a punto de morir.

Llegaban las noticias sin parar.

La neblina.

Miles de personas están muriendo. Tantas que las familias dejan los cadáveres en las calles y los perros y los gatos y las ratas muerden a esas personas que fueron queridas por alguien, que amaron y que rieron y que estaban vivas hasta el día anterior.

Alguien dejó a un señor muerto en un parterre y lo tapó con un parasol de colores.

Empezaron a repartir ataúdes de cartón.

La gente veía irse a sus mamás y papás en cartoneros.

Las funerarias cerraron por miedo a los contagios.

A los muertos los metían en camiones refrigerados y los llevaban quién sabe a dónde quién sabe cómo. La gente se agolpaba afuera de los hospitales pidiendo el cadáver de un ser amado.

En el absurdamente loco festín de muertos nadie podía despedirse de nadie. Los padres y madres se despedían por llamada de whatsapp de sus hijos y sus nietos. Luego morían, morían uno tras otro y quién sabe dónde ni qué hacían con esos cuerpos.

Las puertas de los vivos se cerraron.

Él y yo fumábamos mirando por la ventana caer la neblina desde las montañas. Una neblina espesa como lana que lo cubría todo convirtiendo la ciudad en una cosa fantasmal por la que cada cierto tiempo pasaba un carro de policía.

Se recuerda a los ciudadanos que estamos en estado de excepción y que deben permanecer en sus casas. Cualquier persona que circule por la calle será arrestada.

La gente que vivía al día, los que no tenían nuestros privilegios, empezaron a bajar de los barrios periféricos. Pasaban por las calles gritando que se morían de hambre, que se morían de frío, que se morían los niños.

La gente desde las ventanas les tiraba bolsas de leche en polvo, mantas, abrigos, paquetes de galletas. Él se ponía la mascarilla y bajaba a darles en la mano pan, atún, tomates, fruta para los niños y dinero.

Después era un problema porque el edificio tenía guardias que impedían la entrada y salida de las personas. Con él hacían la vista gorda porque ellos también venían de los barrios periféricos y probablemente los que pedían les recordaban a su gente.

Era hermoso y peligroso que no les tirara la comida por la ventana.

Yo después lo desinfectaba y lo duchaba. Acariciaba dulcemente su piel con el jabón porque en ese momento lo quería más que en ningún otro.

Era un buen hombre.

Nosotros podíamos pagar los ingredientes de las galletas de avena y de los ñoquis que tiramos por asquerosos. Ellos se estaban muriendo de la enfermedad y del hambre.

Ya no se sabía qué era peor.

Ambulancias se pararon varias veces fuera del edificio y desde la ventana vimos a unos hombres vestidos como astronautas sacar a vecinos o vecinas en bolsas negras y gruesas.

Yo me persignaba y él pegaba la cabeza a la ventana hasta que el vapor de su respiración empañaba todo el vidrio.

La neblina caía todas las tardes a las cinco y lo hacía todo fantasmagórico: el carro de policía, la ciudad, las estrellas, a él y a mí sentados bajo una misma manta pensando en cuánto tiempo más, cuánto tiempo más, cuánto tiempo más.

Cuando hacía sol nos tirábamos en el suelo y fantaseábamos con la playa, con las vacaciones, con otros países y otras ciudades, con hamacas y mar, con pescado fresco y cervezas aún más frescas.

Fantaseábamos mucho ya no con nosotros, sino con la vida.

El bonsái se iba muriendo a pesar de nuestros cuidados. Era un ceibo que me regalaron y que siempre que me dio pena porque lo empequeñecieron y nunca llegó a ser el gran ceibo que pudo haber sido. Después, cuando moría sin importar si lo regáramos mucho o poco, si le cambiábamos la tierra y lo pusiéramos más al sol o a la sombra, el corazón se me empezó a morir con él. Ya amaba al pequeño ceibo, al ceibito, un árbol gigantesco destinado a ser una maqueta para poderlo tener dentro de casa.

La gente que vivía al día, los que no tenían nuestros privilegios, empezaron a bajar de los barrios periféricos

Un árbol encerrado en una casa.

Se nos murió. Se nos fueron muriendo todas las plantas como si se alimentaran de nuestra tristeza y nuestra desesperación.

Yo me ponía unos audífonos y bailaba como loca y cuando me daba la vuelta lo encontraba mirándome y sonriendo. Al menos estaba yo. Al menos estaba él.

Al menos. Al menos.

La noche que decretaron el toque de queda nacional fue nuestra primera cita. Se hablaba de la enfermedad en lugares distantes, que llegaba, decían, que era grave, decían. Ninguno de los dos imaginó que mientras teníamos sexo por primera vez, que mientras conocíamos nuestros cuerpos y nos besábamos las bocas desconocidas, la mortandad se estaba expandiendo como la niebla, en silencio y de forma total: nos estaba encerrando mientras yo me corría y él se corría y después de gemir y gemir nos preguntamos los apellidos.

Cuando miramos nuestros celulares nos quedamos pálidos.

No me puedo ir a mi casa, dijo.

Quédate a dormir esta noche, dije.

La noche duró siete meses.

Un amigo suyo sobornó a la policía para poder traerle una maleta en la que metió lo que pudo lo más rápido posible. En su barrio alguien hizo una fiesta clandestina y murieron decenas. Lo cerraron. Nadie podía salir ni entrar.

Con una maleta llegó a mi vida un hombre al que había conocido el día anterior, con el que había intercambiado quince minutos de conversación estúpida antes de irnos a la cama.

Un hombre y una mujer encerrados por la neblina

Un hombre y una mujer encerrados por la neblina.

Un día me caí por hacer el ridículo con una bola de pilates. Me rompí el brazo derecho y él tuvo que improvisar un yeso y un cabestrillo, no se podía ir a las clínicas. El dolor me hacía dar alaridos y otra vez hubo que sobornar al farmacéutico para pedirle inyecciones y pastillas contra el dolor.

Después de eso él se encargó de casi todo: la comida, la ropa, la gata, la limpieza.

Yo andaba con mi cabestrillo de juguete mientras él me hacía el desayuno y a veces me lo daba en la boca.

Pobre mi amor idiota, me decía.

El brazo nunca sanó del todo.

Un día él amaneció con fiebre. Me acerqué a su frente y era como tocar el sol. Despedía calor desde muy lejos. La neblina había entrado a la casa.

Empezó a toser y a tener dificultades para respirar.

Sobornando a todo el mundo conseguí oxígeno y un orinal. Me quedé al lado de su cama, a pesar de que sabía que si él moría moriría yo también. Le daba cucharaditas de caldo y agua, mucha agua. Le daba analgésicos y le daba amor, todo mi amor. Le leía poemas en inglés. Le cantaba canciones para niñitos, le ponía paños frescos en la frente ardiendo. Le decía que se iba a recuperar y que iríamos a la playa y a acostarnos en una hamaca mientras nos traían el pescado.

Mi niño, mi niño, mi niño.

Cuando el oxígeno estaba por acabarse me pidió avena en leche, después se incorporó un poquito, después me dijo que lo ayudara a llegar al baño. Estaba tan débil. Limpié su trasero sucio y lo metí en la bañera llena de agua fresca. Le froté el cuerpo con una toalla y le dije *viviste*.

Vivió.

Vivió.

Vivió.

Yo no hubiese soportado que muriera.

Pasaron decenas de panes de banano, cientos de galletas de avena, sopas, tostadas, mandarinas, ensaladas, arroces con pollo, pastas con tomate, carnes, batidos de frutas, cereales con leche.

Pasaron noches en vela, cientos de horas viendo series, pasaron libros y más libros, pasaron conversaciones y silencios, pasaron neblinas y neblinas.

Pasó el brazo roto y el oxígeno en nuestra casa.

Pasó la gata encariñándose con él cada día más. Pasó el ajedrez, juego tonto. Pasaron horas mirando por la ventana, juegos de cartas. Pasó la muerte del bonsái y una pepa de tomate que creció en una tierrita en la ventana.

Pasaron duchas y baños en la bañera. Pasaron miles de cigarrillos.

Pasaron tazas de café y de té a cada rato. Pasaron besos de pasada y otros más profundos. Pasó mi cumpleaños y el suyo y el de mi madre y el de mis hermanos y el de sus hermanas y el de sus padres.

Pasó el amarse, sea lo que sea eso.

El necesitarse como un matrimonio viejo. Vida inimaginable uno sin otro.

Pasó el sol y pensarnos en la playa. Pasaron tantas, tantísimas muertes. Pasó el cierre de todo, del mundo y de sus criaturas.

Pasó la manta bajo la que nos acurrucábamos los dos viendo caer la neblina.

Pasaron las noches y los días y los días y las noches.

Pasaron las pesadillas y los sueños buenos. Pasaron las fantasías. Pasó el juego de rol y la correa de perro con la que nos paseábamos por la casa mientras la gata le mordía los pies.

Pasó el cortarnos el pelo y las uñas. Pasó el vernos sonreír y estar tristes. Pasó el sentirnos derrotados, devastados.

Pasó el miedo, pasaron cientos de veces las patrullas anunciando el toque de queda nacional.

Pasaron las noticias espantosas por internet. Pasaron las crisis de ansiedad, los días en la cama mirando la pared, las ganas de matarnos uno a otra, otra a uno.

Pasó el tiempo como suele hacer.

No esperábamos que fuera tan pronto. No estábamos preparados. Yo no estaba preparada para que lo dejaran irse, para que agarrara la maleta y metiera en ella todo lo que había sido su vida y comprara un billete de avión y me dejara a mí con mi gata y mi silencio.

Yo no pude despedirme. Le dije que se fuera y me quedé encerrada en la habitación llorándolo, llorándonos.

Me imagino que caminó hasta encontrar un taxi, me imagino que fue rompiendo la neblina con su cuerpo flaco y alto. Me imagino que no miró atrás a ver si lo estaba mirando por la ventana: no era de esas personas. No lo estaba mirando por la ventana, lo estaba mirando dentro de mí, mi compañero de fin del mundo.

Nunca me dijo que me quería.

Yo se lo dije muchas veces.

A veces recuerdo con nostalgia los días de encierro. Los buenos. Los días en los que éramos un hombre, una mujer y una gata y nadie más, nada más.

A veces cierro los ojos y lo veo mirándome bailar, lo veo con su cigarrillo y su café. Lo veo.

De vez en cuando, cada vez menos, me escribe a preguntar cómo estoy.

Yo le digo que lo extraño y él me manda una cara amarilla que da un beso de corazón. Nada más. Y luego dejamos de hablarnos por meses. ☒

Cómo evitar el colapso

Benjamin Bratton

No hay más remedio que abrazar «lo artificial». El plan consiste en *terraformar*, no otros planetas o sus satélites, como pensó en el pasado la ciencia ficción, sino la propia Tierra. Esta es la tesis del libro *La terraformación. Programa para el diseño de una planetariedad viable*, publicado poco antes de que la pandemia –como «venganza de lo real»– volviera familiar la imagen del colapso.

2030/2030

¿Qué hace realmente una fecha? Un informe reciente del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por su sigla en inglés) advertía que, a menos que se tomen medidas radicales para descarbonizar las infraestructuras de la civilización humana antes del año 2030 –y eliminar las toneladas de dióxido de carbono existentes en la atmósfera–, los efectos autoamplificantes del colapso climático podrían ser irreversibles, sin importar lo que podamos llegar a hacer en los años posteriores. Mientras tanto, los economistas advierten que, a menos que se tomen medidas radicales antes del año 2030 para

Benjamin Bratton: californiano nacido en Los Ángeles, es profesor de Artes Visuales en la Universidad de California, San Diego, y director de un programa de investigación en diseño y del *think tank* The Terraforming en el Instituto Strelka de Moscú. Su último libro es *The Revenge of the Real: Politics for a Post-Pandemic World* (Verso Books, Londres, 2021).

Palabras claves: cambio climático, colapso, planetariedad, tecnología, terraformación.

Nota: este artículo se publicó como capítulo del libro *La terraformación. Programa para el diseño de una planetariedad viable* (Caja Negra, Buenos Aires, 2021), con el título: «El plan artificial». Traducción: Toni Navarro.

abordar las consecuencias de la omnipresente inteligencia artificial y la automatización a escala infraestructural, los efectos autoamplificantes del «colapso social» impulsado por la inteligencia artificial podrían ser irreversibles. Los escenarios planteados por cada uno de ellos son bien conocidos y ambos apuntan al mismo plazo, aproximadamente una década a partir de ahora, pero las fuerzas que describen están íntimamente relacionadas más allá de ese motivo. No son el mismo tipo de «colapso», pero ambos se ciernen sobre

La cuestión de la automatización está dentro de la cuestión del cambio climático y no puede abordarse de otro modo

nosotros debido a fallos similares en la comprensión y composición de sistemas planetarios viables. Abordar las dos crisis directamente podría implicar respuestas intelectuales y mecánicas que las unan: comparten el mismo plazo no por casualidad, sino por causalidad. La respuesta al colapso climático puede depender de la forma en que abordemos las consecuencias de una automatización algorítmica cada vez más generalizada de la producción y la gobernanza, mientras que la respuesta a la crisis de la automatización puede depender de la forma en que abordemos las consecuencias de la descarbonización, el gobierno molecular y la lucha contra la pérdida de diversidad. La cuestión de la automatización está dentro de la cuestión del cambio climático y no puede abordarse de otro modo, y viceversa: la cuestión del cambio climático está dentro de la cuestión de la automatización y no puede abordarse de otro modo. Como tal, la respuesta —el plan— supone un replanteamiento radical de los medios geotécnicos con el fin de mejorar la geoquímica mundial que está colapsando. Y algo crucial es que, probablemente, tal cambio sea la causa de los correspondientes cambios en la cultura humana en vez de su resultado. Sin embargo, ambos cambios deberían abrazar, casi por definición, lo que ahora llamamos «lo artificial».

Lo artificial

Las respuestas al cambio climático antropogénico deben ser igualmente antropogénicas. Para tener éxito, deben ser firme y decididamente artificiales. Surgen del reconocimiento de que las supersticiones de las que dependen las formas patológicas de gestión planetaria anteriores a 2030 se basan en autoengaños respecto de la relación entre lo natural y lo artificial como dominios, definiciones, cualidades y valores. La división naturaleza/cultura no protegió lo que designó como naturaleza, sino que elevó esa noción a un ideal trascendental. Más bien a la inversa, la división proporcionó una coartada flexible con la que elevar la cultura humana de los estratos geológicos

y biológicos a un reino de expresividad autorresponsable. ¿Dónde nos deja eso? Como he escrito, es obvio que no existe una «naturaleza» real. La idea misma de un absoluto fuera de la cultura es obsoleta, pero persiste, y sin embargo lo contrario es aún más difícil de aceptar. Puesto que no hay naturaleza, tampoco hay cultura. Hay química, abstracción y cambio de fase, patrón y luego colapso, entre otras cosas¹. La biología regresa, pero también lo hace la geología. Un resignado compromiso con lo artificial sugiere un giro ontológico de un tipo diferente, uno basado no en las diversas construcciones sociales de un pluriverso relativista, sino en el reconocimiento de nuestra propia cognición e industria como manifestaciones de un mundo material que actúa sobre sí mismo en patrones inteligentes regulares. En este sentido, la artificialidad que nos concierne no es la de lo falso contra lo auténtico, sino lo artificial como el rastro de intencionalidad y diseño dentro de los patrones de surgimiento y viceversa. Es una forma de reconocer la agencia midiendo la regularidad de sus rastros consecuentes.

Regularidad anómala

Lo artificial es «regularidad anómala». Es el orden que excede lo que normalmente podría esperarse o ser posible sin una intervención deliberada². Si los astrónomos escuchan atentamente el ruido proveniente del espacio profundo y encuentran pasajes de información que están «demasiado estructurados» estadísticamente hablando para haber ocurrido por casualidad, entonces esta señal es artificial. Cuando los arqueólogos examinan dos piedras y llegan a la conclusión de que una de ellas es solo una roca, pero que la otra, basándose en la anómala regularidad de los patrones de sus bordes astillados, es un hacha de piedra de tres millones de años de antigüedad fabricada por un homínido antecesor, están rastreando lo artificial. De todos los efectos y patrones artificiales que realmente importan, los límites absolutos imposibles de trazar entre lo que es y no es el cambio climático antropogénico son el encuentro más consecuente con lo artificial³. Diagnosticar que el cambio climático es antropogénicamente artificial no significa volver

1. Esta cita es de mi ensayo «Music For Car Alarms, 1998-2008», publicado en *Tank Magazine* N° 76, 2008.

2. Para comprender la filosofía de la vida artificial, una importante contribución es la obra de Herbert Simon: *The Sciences of the Artificial*, MIT Press, Cambridge, 1996.

3. Especialmente después de un estudio realizado en 2004, la ciencia de la atribución se utilizó ampliamente para medir la probabilidad estadística de que un determinado fenómeno meteorológico extremo fuera o no causado por el cambio climático antropogénico. En este estudio, lo artificial pasa a ser más probabilístico que metafísico.

a trazar las fronteras entre la cultura humana y la naturaleza, sino reconocer que la inteligencia técnica es lo que hace que las pautas anómalamente regulares sean regulares. El desafío epistémico del cambio climático para todos es que el mundo entero se ha convertido en un ejercicio de interpretación de la artificialidad. Esto implica que nuestra respuesta también debe ser decididamente antropogénica. El plan es y debe ser artificial.

La crisis climática llega no solo por la subordinación de la así denominada «naturaleza» por parte de la así denominada «cultura», sino también por la protección de ciertas concepciones de lo natural como un telón de fondo inocente, original y exterior de las tragicomedias humanas. La comprensión de la naturaleza como fuente vital, por definición nunca artificial en sí misma, sino más tarde alterada por la cultura, es una noción reaccionaria que no se opone a la modernidad, pero que sigue siendo un tema persistente en la forma en que la cultura industrial trata de dar cuenta de lo que significa su industria⁴. El pastoralismo es más que una coartada reconfortante; también

**Las falacias
naturalistas lo
coreografían
todo, desde la
agricultura hasta
la arquitectura**

puede ser un ataque pasivo a la propia realidad. La naturaleza así concebida suscribe la violencia general del Antropoceno en el sentido de que entiende las dinámicas culturales de la época menos como una explosión geoquímica sin piloto creada por nosotros, y más como un legado de narraciones y semióticas morales e inmorales sin masa. En esta línea, las falacias naturalistas lo coreografían todo, desde la agricultura hasta la arquitectura, ofreciendo una estética

paliativa de rehabilitación y reconexión con aquel horizonte intuitivo cuya pérdida provocó la ansiedad anticopernicana de Husserl. Mientras estos melodramas se desarrollan, la apremiante tarea de diseñar una planetariedad artificial viable espera impaciente. La negación del cambio climático (en todas sus variantes) es sintomática de un humanismo *folk* que no permitirá que una Tierra-planeta dinámica sustituya el sentido intuitivo de un terreno fijo en el que la experiencia interior encuentra su forma, y en el que las ocupaciones culturales arbitrarias son noblemente inalterables e incluso quizás dispuestas por espíritus soberanos. La ilusoria estabilidad de un suelo otorgado para nuestra significación se eleva a la categoría de axioma, aun mientras la corteza de la Tierra continúa plegándose, quebrándose y cambiando de tempo demasiado despacio y demasiado rápido como para que

4. El trabajo de Bruno Latour comienza con una observación similar, pero avanza en una dirección distinta a partir de ahí. En mi lectura, la «naturaleza» reaparece audazmente en su obra a través del despliegue del concepto de «Gaia» que, si bien puede tener algo de interés, significa todo y nada a la vez.

lo notemos. Paradójicamente, a pesar de su obstinado antropocentrismo, algunas expresiones de este humanismo niegan que la significación humana afecte al cambio a escala mundial más allá de los límites de lo que se denomina cultura, incluso cuando se mantiene a los humanos en una posición central dentro de una narrativa divina. Cuando el diseño traspasa esa frontera hacia la naturaleza, a veces se le acusa de jugar a ser Dios, y así la distinción se refuerza al denunciar la transgresión. La negación del cambio climático se basa, en parte, en un persistente rechazo a incluir a la humanidad dentro del profundo flujo de planetariedad artificial para proteger una visión del mundo que da a nuestra cultura un significado particular. La convicción de que los mundos no pueden ser alterados es lo que permite la idea de que no estamos alterando el planeta (porque no podemos); o, en otra variante, que, si se está alterando, entonces cualquier transfiguración de esa patria propiamente atemporal es una perversión (el problema en cualquier caso es que el cambio sea *artificial*⁵). Es importante señalar que lo contrario de esta asociación es igualmente cierto⁶. No solo la negación es un rechazo, sino que el rechazo es también una negación. Dicho directamente, el sentimiento anticopernicano que denigra la abstracción, la alienación y la materialidad para venerar una morada orgánica en un terreno cultural esencial, a la vista de un horizonte experiencialmente intuitivo, no solo conduce a la negación del cambio climático: *es* una negación del cambio climático.

El *stack* literalmente inventó el «cambio climático»

Si se plantea de forma aislada, la cuestión de cómo puede contribuir la computación a escala planetaria a los cambios conceptuales y a las intervenciones aplicadas en y contra el cambio climático, no se consigue ver que el «cambio climático» en sí mismo, como idea, es un logro epistemológico de la computación a escala planetaria. En su forma embrionaria, esta megaestructura accidental se utilizó para la modelización meteorológica mundial; en su forma madura, se ha empleado en y como ciencia de la Tierra. La noción de «cambio climático» es una pauta empíricamente validada que se extrae de un

5. Plasticidad. Por alegoría, el material más artificial puede ser el plástico, ya que se trata de un elemento cotidiano que apareció solo con y a través de la Revolución Industrial y el suministro de combustibles fósiles baratos. También es un adjetivo cotidiano que connota falsedad.

6. El creacionismo ve «artificialidad» en todo y en todas partes, que atribuye a un primer diseñador divino. Aquí, las complejidades del término se vuelven más difíciles tanto para aquellos que no conceptualizan muy bien cómo es realmente la evolución gradual como para aquellos que se preguntan cómo llegaron a existir las leyes de la física.

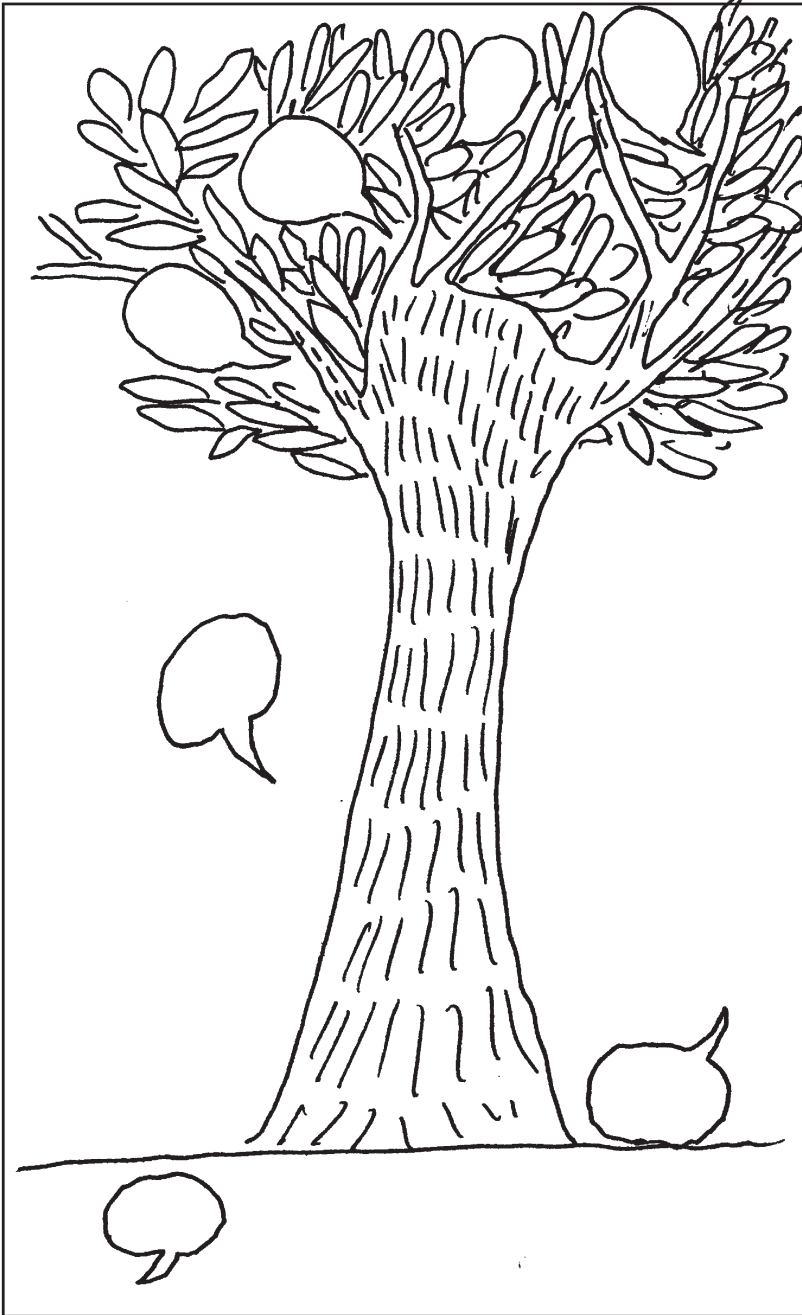
vasto aparato de detección, vigilancia, modelización y cálculo biopolítico a escala planetaria. La más artificial de esas innovaciones, el *stack* (o «pila»), es la que ha convertido esta abstracción artificial más significativa –el cambio climático– en un concepto legible y comunicable⁷. Un salto en la cognición técnica a escala infraestructural que nos permite concebir el mundo de una forma más directa pero contraintuitiva no es solo un medio para mitigar el cambio climático, sino que es la forma en que sabemos que está ocurriendo. Una vez más, el «cambio climático» es un concepto producido por tal salto y que ahora exige una nueva responsabilidad; y un giro correspondiente en la geopolítica que asuma sus implicaciones. Como se ha sugerido, esas repercusiones deberían obligarnos a transformar también la manera en que las reacciones en cadena convergentes de agencia y ensamblaje, que humildemente llamamos «automatización», organizan las economías de carbono y energía, que pueden tener una influencia mucho más directa en una mitigación efectiva que la reforma estrictamente política de la representación legal. Es evidente que la artificialidad de todo esto no descalifica el diseño o la intervención deliberados. Por el contrario, exige un plan.

El Plan

La economía planificada nunca desapareció, y tampoco, para bien o para mal, la ecología planificada. Ambas evolucionaron hacia las arquitecturas de las plataformas contemporáneas (Amazon, Samsung, Huawei, Walmart, etc.) que generan señales de precios, imperativos logísticos, ensamblaje de materiales, mercados de extracción, lógicas de distribución y planes planificados y no planificados⁸. Como la terraformación está alineada con lo artificial, también lo está con la planificación. Lo uno puede existir sin lo otro, pero en este caso coinciden. Hoy, sin embargo, las economías y ecologías planificadas han sido optimizadas para objetivos distintos a lo que podría calificarse como una planetariedad viable, y por lo tanto el proyecto apunta a un plan diferente: un plan de diez años para llevarnos a la cúspide artificial de 2030, o un plan de cien años que buscaría revertir la entropía provocada por el siglo pasado, y así sucesivamente. Las cosas nunca se ajustarán del todo al plan –lo cual es *parte* del plan–, pero ahora es necesario que las mitologías operantes de lo que emerge de forma acéfala (primero, que la

7. V. mi libro *The Stack: On Software and Sovereignty*, MIT Press, Cambridge, 2015.

8. Para un análisis de la planificación y las plataformas, v. Leigh Phillips y Michael Rozworski: *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest Corporations are Laying the Foundation for Socialism*, Verso, Londres, 2019.



espontaneidad es siempre preferible a la planificación, y segundo, que lo que tenemos ahora no está planificado) den paso a una planetariedad compuesta con mayor grado de deliberación. Si eso implica operar tanto de arriba hacia abajo como de abajo hacia arriba, entonces también se reabre el significado de esas posiciones y quién –o mejor, *qué*– las ocupa. Nadie entra en pánico cuando las cosas van de acuerdo con el plan, como dijo el Joker, pero ahora deberíamos entrar en pánico en la medida en que, incluso habiendo un plan, este no es en absoluto el que necesitamos⁹.

La emergencia y lo emergente

En la teoría política moderna, después de Carl Schmitt, se entiende que la soberanía recae finalmente no sobre el poder ejecutivo en el organigrama formal, sino sobre quien puede declarar un estado de emergencia y suspender tales organigramas. Actualmente para nosotros, no solo el soberano declara la emergencia, sino que la emergencia puede producir posiciones y actores soberanos a su propia imagen: los poderes de emergencia declaran las emergencias, pero las emergencias también configuran los poderes de emergencia originales. Por la variedad de emergencias planetarias en juego, podemos ver la aparición de múltiples soberanos parciales –capital, computación y plataformas de carbono– que también pueden representar agentes causales de las emergencias que los nombran. Dependiendo de quién o qué cartografía la emergencia, el surgimiento de un límite de gobierno correspondiente toma nuevas y extrañas formas. Para la planetariedad requerida, sería extremadamente improbable que las mejores alternativas se basaran en la inviolabilidad de la voz individual, la propiedad, el consenso, el idioma, la identidad y el deseo consumista como fuentes metafísicas de la voluntad dominante. Lo más probable es que el énfasis se desplace de las tecnologías que permiten la libertad negativa («algunas personas pueden hacer lo que quieran») a las tecnologías que garantizan la libertad positiva («se evitará la devastación futura»). La tenaz observación de la biopolítica pasará de los cuerpos, la acción y las opiniones humanas

Los poderes de emergencia declaran las emergencias, pero las emergencias también configuran los poderes de emergencia originales

dependiendo de quién o qué cartografía la emergencia, el surgimiento de un límite de gobierno correspondiente toma nuevas y extrañas formas. Para la planetariedad requerida, sería extremadamente improbable que las mejores alternativas se basaran en la inviolabilidad de la voz individual, la propiedad, el consenso, el idioma, la identidad y el deseo consumista como fuentes metafísicas de la voluntad dominante. Lo más probable es que el énfasis se desplace de las tecnologías que permiten la libertad negativa («algunas personas pueden hacer lo que quieran») a las tecnologías que garantizan la libertad positiva («se evitará la devastación futura»). La tenaz observación de la biopolítica pasará de los cuerpos, la acción y las opiniones humanas

9. Sí, el Joker. En sus últimos trabajos, Sascha Pohflepp indagó sobre el papel del cambio en el diseño, especialmente en lo que respecta a los sistemas de juegos estructurados, el aprendizaje de las máquinas y la aparición del «diseño posracional» en la aplicación de la inteligencia artificial a la biología sintética.

como receptáculos disciplinados de la voz soberana a los flujos de bioquímica y energía como referentes geopolíticos a los que se dará forma y cualidades. A medida que esto ocurra, las tradiciones vernáculas gobernantes de Occidente darán paso a un materialismo universalista más pragmático. Ojalá sea así.

Excepciones a la excepción

Incluso cuando vemos que lo político y lo tecnológico convergen a escala, el principio según el cual «lo político» se define en relación con la decisión y la excepción se mantiene, aunque no sin alteraciones. Si el soberano no es solo aquel que puede proclamar un estado de emergencia, sino también aquello que la emergencia produce a su propia imagen, ¿qué soberanos traerán las emergencias del cambio climático? ¿Existe alguna posición dentro de lo que actualmente se reconoce como la política que sea capaz de declarar esa emergencia y, si es así, por qué no lo ha hecho ya? O, si lo ha hecho, ¿por qué no ha cambiado nada? Tal vez no exista tal posición. Tenemos los medios (financieros, logísticos, etc.) para abordar de manera significativa el cambio climático, pero no existe un mecanismo de gobierno que funcione para aplicar esos medios. La geopolítica que la emergencia puede eventualmente declarar puede ser bastante diferente de lo que Schmitt u otros habrían reconocido. En lugar de la cadena de representación determinante que se deriva de una declaración jurídica, y que posteriormente se refleja en la forma de un aparato técnico, tal vez el soberano que surja de la emergencia y sea creado por ella se parezca más a un aparato técnico, que posteriormente se indexa en la simbolización jurídica a medida que toma forma otra nueva normalidad.

Una teoría medial de la geopolítica

Del mismo modo que cualquier tecnología surge en un contexto ecológico y geológico determinado —como un plegamiento del planeta en formas concretas que hacen cosas concretas—, la «política» surge de un orden técnico concreto y del alcance de los medios disponibles. Parte de nuestra tarea es contribuir a una revisión de la historia de «lo político» para que sea más consciente de sus propias condiciones tecnológicas de posibilidad. Muchos modelos de lo político, tanto de izquierda como de derecha, no pueden abordar esto sin verse atados de pies y manos. Lo político no es solo lo que establece una relación excluyente entre un «nosotros» y un «ellos» al

dibujar un campo de diferencia antagonista. Cuando lo político se convierte en una esfera diferenciada, es debido a una exclusión fortificada de la política respecto de la economía, la política respecto de la técnica, la técnica respecto del mito, etc. La primera decisión, antes de la decisión de la excepción, es la decisión de lo que está y no está dentro de la propia política, y por supuesto esa es una decisión siempre mediada –y por lo tanto limitada– técnicamente. En la práctica, si no en la teoría, la política ha nombrado no solo formas de subdividir la superficie de la Tierra en unidades jurisdiccionales, sino también una regularización de cómo, cuándo y dónde se encuentra la decisión de la excepción, permitiendo que otros organicen sus intereses en previsión de una cadena de mando, suministro y relevo fiable. Sus modelos estándar se construyen no solo por las tecnologías disponibles, sino también arbitrando las mitologías de dónde debe situarse adecuadamente el poder de decisión, ya sea divino o secular, humano o no. Estas pueden estar indirectamente fundamentadas en una validación cosmológica, que a su vez está directamente fundamentada en los instrumentos técnicos que revelan las realidades del cosmos, del mismo modo que estas pueden revelar cómo y por qué se despliegan esos instrumentos en primer lugar¹⁰. El funcionamiento de todos esos enredos está abierto a formas que pueden o no ser reconocibles como «políticas». A su vez, esos modelos establecen límites locales sobre la forma en que se considera que lo político está vinculado o separado de lo no político, lo que puede ser muy distinto de la forma en que funcionan realmente las relaciones. La decisión puede estar integrada en una cadena de relevos mediados que funcionaría del mismo modo independientemente de que la primera ficha del dominó sea derribada por un rey, un sacerdote o una asamblea popular. Esto, por supuesto, no impide destinar nuestras energías a debatir sobre las cualidades necesarias del derribador adecuado, incluso si es a expensas de concebir mejores relevos. En su lugar, el plan implica el surgimiento simultáneo de una política artificial que se asemeja a lo que hoy reconocemos como una geotecnología de escala planetaria, y una tecnología artificial que se asemeja a lo que hoy reconocemos como una geopolítica de escala planetaria¹¹. ☐

10. A este respecto, es interesante el enfoque de Bentley Allen: *Scientific Cosmology and International Orders*, Cambridge UP, Nueva York, 2018. También el de Yuk Hui: *The Question Concerning Technology in China: An Essay in Cosmotechnics*, Urbanomic, Farnmouth, 2016, a publicarse próximamente en Caja Negra. A pesar de todo, me atrevería a afirmar que el reloj de sol da lugar a la celebración del solsticio y no al revés.

11. Supone un tipo diferente de «giro antisocial», basado en cómo las abstracciones cognitivas se artefactualizan en tecnologías que, a medida que siguen evolucionando en un determinado contexto, dan forma a las abstracciones posteriores. Si la tecnología es una política, y las ciudades son tecnologías, entonces la mayor parte de la gobernanza tiene que ver con el legado más que con la deliberación, rehaciendo el mundo cada día y basando sus acciones en las mejores decisiones pasadas, que pueden o no haber sido consensuadas entonces o ahora.

El regreso de la Peste

Pansindemia y normalidad

Santiago Alba Rico

La pandemia se inscribe en un horizonte de normalidad que ya había transitado por cinco novedades históricas: descorporización, globalización, desdemocratización, precolapso ecológico y confinamiento tecnológico. Pero mientras que otras «plagas», como las guerras, nos resultan familiares –e inclusive alimentan la creatividad y la épica–, el covid-19 es mucho menos familiar, y ya no recordamos las viejas pestes, mientras que la imposibilidad de construir un relato común nos deja políticamente inermes.

Todo lo irracional es normal

Formulemos un presupuesto de partida: al contrario de lo que pretendía la metafísica de Hegel, no todo lo real es racional ni todo lo racional es real. Esto, en cualquier caso, no representa un problema. Lo que sí es un problema es el hecho de que, por inercias radicalmente antropológicas, antes de toda manipulación y de toda intervención política, lo real comparece siempre ante nuestros ojos como normal. Por «real» entiendo aquí «lo que ocurre», «lo que acaece», «lo que aparece en el mundo». Todo lo que ocurre –incluso lo que juzgamos irracional– es normal, se inscribe desde el principio –o casi– en lo que Walter

Santiago Alba Rico: es escritor y ensayista. En la década de 1980 fue guionista del mítico programa de televisión *La bola de cristal* y ha publicado más de 20 libros sobre política, filosofía y literatura, así como tres cuentos para niños y una obra de teatro. Ha colaborado y colabora con distintos medios de comunicación (*Público*, *Cuarto Poder*, *CTXT*, *Ara*, *Eldiario.es* y *El País*, entre otros). Su último libro es *España* (Lengua de Trapo, Madrid, 2021).

Palabras claves: capitalismo, covid-19, desdemocratización, normalidad, pansindemia.

La implacable normalidad de los acontecimientos tiene tres efectos políticamente inquietantes

Benjamin llamaba «aura de la costumbre». Es normal que un avión vuele y normal también que tenga un accidente; es normal la democracia y normal el golpe de Estado; es normal que el agua salga del grifo y normal tener que ir a buscarla con un cubo a diez kilómetros de casa. La implacable normalidad de los acontecimientos tiene tres efectos políticamente inquietantes. El primero es que la actividad de pensar, por muy humana que se nos antoje, constituye una excepción antropológica: lo normal no invita a ser pensado y, por lo tanto, vivir y pensar son dos dimensiones paralelas que raramente se cruzan. En este sentido, digamos de pasada, la dificultad de Adolf Eichmann para «pensar», fuente de su rutinaria criminalidad, según la caracterización de Hannah Arendt, se debía a que el régimen nazi y el exterminio de judíos le parecían, precisamente, «normales».

De esta primera consecuencia se deriva otra muy evidente, y es que ni defendemos la normalidad ni nos defendemos de ella, por lo que lo normal es que las clases medias –que son las clases que proporcionan la media antropológica de nuestras sociedades– no defiendan, por ejemplo, la democracia mientras se mantiene en pie, ni se defiendan de la dictadura cuando esta la echa por tierra. No se está en el mundo, no importa qué forma tenga ni cuán hostil o favorable se nos presente, por una decisión, sino «por costumbre». En cuanto a la tercera consecuencia, en fin, tiene que ver con la dificultad para imaginar un destino común en términos de Humanidad, algo que siempre fue difícil, pero que en el actual «realismo capitalista» (Mark Fisher) se parece ya a una clausura de la imaginación; más allá de nuestra casa, nuestra familia, nuestra tierra, está Twitter, pero no el «género humano», instancia abstracta que no podemos sentir amenazada. Lo normal, por tanto, es no pensar, no defenderse y no imaginar; en condiciones capitalistas la normalidad se vuelve, por añadidura, no solo más normal que nunca, sino asimismo más peligrosa e interactiva. En condiciones capitalistas, no se puede ya «ser normal» –digamos– sin contribuir más o menos a derretir el Ártico.

Esta implacable normalidad de los acontecimientos humanos explica en parte la rápida normalización en nuestras vidas de la pandemia de covid-19 y de las medidas tomadas contra ella (mascarilla, distancia de seguridad, confinamiento, etc.). Al mismo tiempo y paradójicamente, el hecho de que se haya producido en un marco neoliberal global ha determinado ese realísimo efecto sorpresa que sacudió por un momento la gelatina de nuestra cotidianidad. Cuando hablo de «nuestra» me refero a esa «clase media global» que comparte un imaginario cultural, tecnológico y mercantil. Lo que quiero decir es que la pandemia, al derribar o al menos debilitar ese marco,

ha debilitado también la normalidad, inscribiendo sus amenazas, por primera vez, en «el aura de la novedad», que es siempre la del descubrimiento traumático de lo realmente real.

Antes de normalizar la pandemia y las medidas tomadas contra ella, por un minuto –por un segundo– quedamos desprotegidos y sentimos la tentación de pensar, defendernos e imaginar otro mundo. La normalidad capitalista, como veremos, no contemplaba, ni estructural ni subjetivamente, este tipo de amenazas. No contemplaba –más radicalmente– la posibilidad de que el «eslabón débil» de la cadena fuera el cuerpo mismo. El segundo presupuesto de partida, indisociable del primero, es el siguiente: así como el trueno de la tormenta en medio de la noche nos recuerda la antigüedad del mundo, la pandemia nos recuerda la antigüedad de las sociedades humanas. Pero nos la recuerda en condiciones nuevas. Así que se impone una pregunta: ¿qué hay de antiguo y qué hay de nuevo en esta situación?

¿Qué hay de antiguo?

Si algo nos ha sorprendido de la pandemia es precisamente el retorno de esa «cosa» tan antigua que, como la historia misma, creíamos haber dejado atrás: la Peste. Desde el Neolítico, con la generalización de la guerra y la domesticación animal, las sociedades humanas han sido regularmente volteadas por epidemias infecciosas, resultado y umbral de transformaciones epocales. Pensemos en las más conocidas: la de Atenas durante la Guerra del Peloponeso; la que azotó, en el siglo v, el imperio de Justiniano; la Peste Negra que en torno de 1300 mató a 80% de la población europea; la de Milán en 1630 y la de Londres en 1665; la llamada gripe española que acabó con la vida de 50 millones de personas en todo el mundo tras la Primera Guerra Mundial; o pensemos, según el elocuente título de la obra de Jared Diamond (*Armas, gérmenes y acero*, 1997) en la devastación que los castellanos llevaron a América en forma de bacterias y virus desconocidos para los indígenas. Así que, con la pandemia de covid-19, retorna la historia misma y con ella, ciertos atavismos defensivos reveladores de una continuidad histórica y social que también habíamos olvidado.

¿Qué hay de antiguo? En primer lugar, la comparecencia del cuerpo como amenaza; es decir, esta idea terrible de que nuestros cuerpos y los de los otros son peligrosos en sí mismos, que se dan y reciben la muerte –o al menos el dolor y el mal– mediante los gestos más sencillos. En definitiva, la experiencia empírica del contagio, que inscribe la desconfianza en el hecho elemental de la existencia; y que es, por lo tanto, el contrapunto de ese rasgo de confianza elemental que, a través también del cuerpo, reproduce la vida

misma: la maternidad. Resulta interesante señalar que esta experiencia del cuerpo como amenaza (la idea negativa del «contagio», que deja de ser simple «contacto», según su raíz etimológica, para devenir «contacto mortal») señala uno de esos rarísimos casos en que las creencias populares, en el campo nosológico, han sido más sabias y atinadas que las tesis de la medicina. Los atenienses, durante la famosa peste de Atenas de 430 a.C., descrita por Tucídides y Lucrecio, ya intuían que los cuerpos eran vectores de difusión de la enfermedad. Sin embargo, Hipócrates hablaba de «miasmas» y Lucrecio del «aire» como causa de la infección.

Mientras intuitivamente se tomaban medidas muy parecidas a las de hoy, la medicina siguió ignorando el concepto de contagio o menospreciando su valor, y ello hasta mediados del siglo XVI, cuando Girolamo Fracastoro escribió su libro *Del contagio*, oponiéndose a la tradición científica de su época, que siguió en todo caso vigente mucho tiempo más. En 1665, durante la peste de Londres, aún estaba en discusión. Todos improvisaban medidas, a veces muy crueles, como si la peste fuera contagiosa, pero los médicos insistían en atribuir la difusión del mal al «ambiente». Solo entre 1782 y 1880 se estableció definitivamente la teoría de los gérmenes. A partir de ese momento, frente a las epidemias, un inédito enlace nupcial entre Estado y ciencia impuso la práctica del llamado «cordón sanitario», trasladado luego, de manera peligrosa, a la vida política para definir espacios de exterioridad antagónica con los que, como con los virus, no se puede dialogar ni negociar.

Muy antigua es también la búsqueda de chivos expiatorios como forma de racionalizar la amenaza del contagio. Frente a la insoportable idea de la contingencia, los humanos hemos preferido siempre la «mala voluntad», que

Muy antigua es también la búsqueda de chivos expiatorios como forma de racionalizar la amenaza del contagio

tiene la ventaja de introducir un orden o un plan en el despliegue de la adversidad y de reconocer nuestra existencia individual como algo más que un alboroto de átomos: como objeto concreto de —dirá un personaje de Benito Pérez Galdós con ocasión de la epidemia de cólera de 1834— un «mal querer». No olvidemos, en todo caso, que originalmente «epidémico» se utilizaba para referirse a aquel que residía en un lugar del que no era nativo; «epidémico» era, en efecto, el cuerpo extranjero, lo que quizás explica que el furor popular atribuyera a menudo estos «malos querer» a la presencia de un extraño o forastero, o de quienes, como los judíos, eran tratados como tales. Todas las calamidades, en fin, reclaman un «farmacós» —causa y remedio— en el que localizar la fuente del mal y cuya eliminación garantiza la salvación. Cada sociedad, en cada época y territorio, ha buscado uno a la medida de sus conflictos propios. En Atenas se eligió a los espartanos, que

habrían envenenado el agua; en 1347, por supuesto, a los judíos; en 1834 se señaló en Madrid a los frailes, pero en Filipinas a los ingleses y en Francia a la policía. Las historias locales explican la orientación de la cólera popular y del sacrificio reparador. En todos los casos, los pobres y los campesinos, extramuros de la ciudad, aparecen, si no como responsables primeros, sí como vehículos privilegiados de contagio. En estas crisis, las mujeres, al contrario, parecen rehabilitarse momentáneamente como sanadoras, de manera que se acude en busca de salvación a la «bruja», a quien en tiempos normales se perseguía. Salvo en España, donde la derecha acusó a las feministas de haber propagado el covid-19 durante la celebración del 8 de marzo de 2020.

Muy antigua también es, por fin, la esperanza de que la crisis sirva para la regeneración individual y social: es la pandemia como *kairos* u oportunidad en orden a una transformación radical del universo, a una renormalización, en otro raíl, de la experiencia común. Fijémonos, por ejemplo, en esta reflexión de Daniel Defoe, a finales del siglo XVII, en su famoso *Diario del año de la peste*:

los hombres, si supiesen que su muerte está cerca, rápidamente se reconciliarían. Es nuestra seguridad en la vida lo que nos induce a rechazar lejos de nosotros tales cosas, y a ella hay que atribuir las disensiones, los rencores obstinados, los prejuicios, la falta de caridad y la falta de unión cristiana. Otro año más de peste pondría fin a todos los desacuerdos. La visión de una muerte próxima, o de un mal que lleva en sí la amenaza de muerte, libraría a nuestro humor de los malos gérmenes, borraría las animosidades que existen entre nosotros y nos llevaría a ver las cosas con otros ojos.

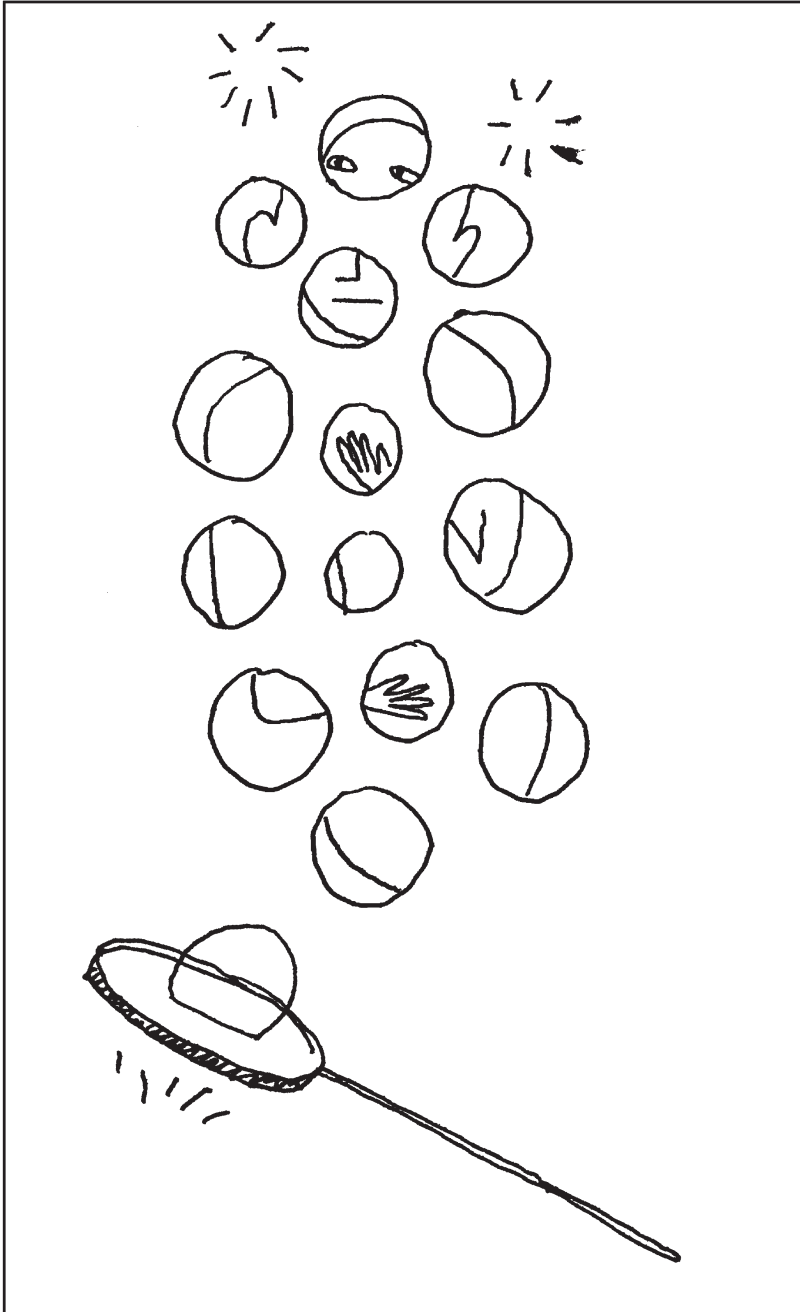
Si no somos solidarios ni empáticos, si reñimos y guerreamos es, pues, porque nos sentimos protegidos de todo mal; y es el descubrimiento repentino de la fragilidad lo que nos revela la humanidad común y renueva nuestros vínculos con el otro; y ello hasta el punto de que –se nos ocurre– bastaría que la peste prolongase sus hachazos un año más para que una nueva sociedad, más justa y caritativa, surgiese de sus cenizas. Como sabemos, estas tres «antigüedades» han estado presentes en la pandemia de covid-19: retornó el contagio a una sociedad –como veremos– dominada por la comunicación, que es su contrario; se buscaron chivos expiatorios acordes con la época, unos más clásicos –así los chinos o los inmigrantes, ese exterior que antaño representaban los campesinos– y otros más estructurales, relacionados con el poder de estructuras abstractas difíciles de asir y, por eso mismo, muy amenazadoras; y se activó, asociada a la epifanía de la Muerte y la Fragilidad, una esperanza casi religiosa en una alternativa cultural, si no económica, al

neoliberalismo y su erosión de los vínculos antropológicos. En algunos países occidentales –como los de la Unión Europea o los Estados Unidos de Joe Biden– se tomaron algunas medidas orientadas a proteger a las clases medias, pero los límites de esta esperanza se revelaron del modo más áspero y realista en la negativa de las grandes potencias a liberar las patentes de las vacunas o sencillamente a desarrollar sus propias vacunas. La pandemia obligaba a remiendos muchas veces electoralistas, pero ofrecía más que nada un nuevo *kairos* empresarial, sobre todo a los *Big Pharma*.

La pansindemia

Estas antigüedades, sin embargo, refractaban en unas condiciones históricas completamente nuevas, en nada parecidas a las de la gripe española de 1918. La pandemia, en efecto, se inscribía en un horizonte de normalidad presidido por cinco novedades históricas: descorporización, globalización, desdemocratización, precolapso ecológico y confinamiento tecnológico.

Diremos algo brevemente de todas ellas, no sin antes recordar que todas estas novedades, reunidas a modo de gavilla o enjambre inextricable, permiten describir la crisis sanitaria en un marco más amplio y, si se quiere, holístico: lo que Richard Horton, siguiendo a Merryll Singer, llamó en octubre de 2020, en un artículo publicado en *The Lancet*, «sindemia», para describir no el fenómeno estrictamente médico de la comorbilidad, sino el entrelazamiento propio de esta civilización –desigualdad económica, discriminación cultural, explotación industrial de la naturaleza, concentración urbana– en el que había cobrado vida el virus y que aseguraba su difusión, al mismo tiempo que las condiciones sociales de su nacimiento e incidencia. El médico y epidemiólogo italiano Ernesto Burgio se atreve a ir más allá para calificar la crisis actual de «pansindemia», la primera de la historia, de la que no se podrá salir, obviamente, mediante soluciones médicas milagrosas y puntuales (como las vacunas). Contra las ilusiones de una ciencia mercantilizada que habría generado la certeza de terapias personalizadas infalibles, Burgio recupera los conceptos de biocenosis y patocenosis para recordar que, del mismo modo que la naturaleza se reproduce en equilibrio dinámico, también existe un equilibrio en el ámbito biomédico entre las diversas enfermedades, de manera –digamos– que no se puede eliminar una sin introducir otra o sin que, alterado el equilibrio, se abra una nueva brecha nosológica en nuestra relación con la naturaleza. O por decirlo de otra manera: no se puede superar un límite natural sin encoger las perspectivas de supervivencia de la especie; no se puede mejorar la vida cotidiana sin empeorar las condiciones antropológicas de la humanidad; no se puede alargar



la vida sin quitarle dignidad. Hace cuatro décadas, el teólogo y sociólogo Iván Illich forjó el concepto de iatrogenia para referirse a las enfermedades producidas por la institución médica o, mejor dicho, por el proceso creciente de medicalización de nuestras sociedades. No se trata de decir que es la medicina, cuyos progresos son indudables, la que produce las enfermedades –como en la denuncia hilarante de Molière–, sino de recordar que una medicina ancilar del capitalismo no solo seleccionará interesadamente sus campos de investigación, sino que contribuirá a opacar el lecho pansindémico en el que se ve obligada a intervenir, generando de paso la ilusión de que una pastilla o una vacuna permiten dejar atrás todas las crisis, subjetivas o colectivas. Como bien aclara Horton al final del mencionado artículo de *The Lancet*:

La crisis económica que avanza hacia nosotros no se resolverá con un fármaco ni con una vacuna. Se necesita nada menos que un avivamiento nacional. Acercarse al covid-19 como una sindemia invitará a una visión más amplia, que abarque la educación, el empleo, la vivienda, la alimentación y el medio ambiente. Ver el covid-19 solo como una pandemia excluye un prospecto tan amplio pero necesario.

¿Qué hay de nuevo?

Si aceptamos, pues, que la difusión del covid-19 constituye una sindemia y, aún más, una pansindemia, es necesario analizar la normalidad compleja en la que surgió; es decir, todas esas «novedades» que constituían la normalidad de nuestra vida antes de la pandemia. Esto obliga, de entrada, a tratar la emergencia y difusión del virus como un problema económico, sí, pero también como un problema de «civilización», y ello a partir de dos constataciones: la fragilidad común dentro de un sistema que nos había prometido la inmortalidad individual y la dificultad para resolver la contradicción movimiento/inmovilidad. En un libro de 1995, *Las reglas del caos*, me ocupaba yo de la oposición contagio/comunicación en el marco de una sociedad –la capitalista consumista– que caracterizaba entonces como de «cuarentena estructural», asociando este rubro a la ilusoria emancipación del cuerpo que ha acompañado la sustitución del valor de uso por el valor de cambio y que se ha reflejado en técnicas higiénicas, deportivas, publicitarias, quirúrgicas, orientadas todas ellas a separar, si se quiere, los cuerpos de la vida; o los cuerpos de la propiocepción.

El verdadero problema de cualquier poder hegemónico ha sido siempre el de decidir quién se mueve y quién no; la decisión, pues, sobre la movilidad de los cuerpos. Ahora bien, esta decisión implica, más allá, la de decidir

quién tiene cuerpo y quién no, pues el que se mueve —y tanto más cuanto más aumenta la velocidad— parece tener menos cuerpo que el que no se mueve. Toda condena a prisión es una condena a estar aprisionado en el propio cuerpo. El capitalismo, en definitiva, ha tenido que resolver el dilema movilidad/inmovilidad en un marco de dependencia respecto de algunos cuerpos cuya importancia nuclear había que negar y de otros cuya descorporización era la condición misma de la obtención de beneficios. Quiero decir que el capitalismo es un sistema que exige desde sus entrañas movilidad, velocidad y aumento de los intercambios, distribución universal de mercancías, globalización y financiarización de la economía. Al mismo tiempo, es un sistema que se basa, material y subjetivamente, en el concepto de seguridad. Esta paradoja el capitalismo la ha resuelto médica y tecnológicamente. Ha ido sustituyendo el «contagio» —el con-tacto— por la comunicación —el compartio de información— en un orden de cuarentena estructural en el que las mercancías circulan sin usarse y los cuerpos se cruzan sin tocarse. Esta solución, obviamente, sanciona y reproduce una desigualdad de partida. Bajo el capitalismo altamente tecnologizado y consumista, quienes se mueven y, por tanto, carecen de cuerpo son los turistas, los consumidores, los usuarios de las redes y, ahora, los trabajadores telemáticos; los que no se mueven y, en consecuencia, están atrapados en su cuerpo son los muertos, los ancianos, los enfermos, los migrantes, los refugiados y, por supuesto, los terroristas, con su sempiterna bomba atada al pecho. Frente a la inmovilidad sagrada del *mikado* japonés, hierático en su trono, cuyo cuerpo enfático se reverenciaba, en las sociedades capitalistas el cuerpo solo puede aparecer como negativo y amenazador, despreciado y peligroso: obstáculo para la velocidad y para la salud. Mientras la cuarentena estructural funcionaba, las urbes occidentales vivían con placer su ausencia de cuerpo recurriendo a vallas, muros y celdas donde encerraban los cuerpos fuera de su vista. Ahora bien, la explosión —pues así se vivió, pese a las mil advertencias previas— de la pandemia nos reinstaló brutalmente a todos en el cuerpo, en este cuerpo extranjero y negativo, concebido como amenaza amenazada: amenaza para los otros y para el capitalismo, el cual depende de ellos, y amenazado por los otros y por el capitalismo, que pretende negar de nuevo su presencia o, al menos, hacer una nueva selección.

Esta nueva selección —quién tiene cuerpo y quién no— tiene que ver ahora con la tecnología, a través de la cual —a la espera del colapso— se refuerzan las desigualdades: durante la pandemia, quienes trabajaban con sus cuerpos estaban literalmente expuestos a morir, mientras que quienes trabajaban

El capitalismo es un sistema que exige desde sus entrañas movilidad, velocidad y aumento de los intercambios

telemáticamente tenían muchas más posibilidades de conservar la vida. Sea como fuere, la pandemia llega ya a un mundo, como digo, de cuarentena estructural, en el que las nuevas tecnologías habían resuelto el dilema movilidad/inmovilidad a través del confinamiento tecnológico. Antes de ser confinados en casa por la pandemia, estábamos confinados ya en nuestras tablets, nuestros iphones y nuestras redes: nuestros cuerpos podían coger el metro, barrer la oficina o reunirse en el bar —e incluso viajar a Australia— mientras permanecían inmóviles en sus pantallas. Este confinamiento tecnológico, agravado durante la pandemia, no tiene vuelta atrás; o no la tiene en los planes de los gestores chapuceros del capitalismo, que siguen pensando en un retorno a la normalidad con algunos parches económicos, médicos y tecnológicos. Durante la pandemia, la «proletarización del ocio» de la que hablaba Bernard Stiegler se ha extendido tanto como la «telematización del trabajo». Los cuerpos, tras su fulgurante y prometedor reaparición, han quedado de nuevo reprimidos o, más radicalmente, forcluidos.

La «proletarización del ocio» se ha extendido tanto como la «telematización del trabajo»

Inseparable de esta forclusión mercantil y tecnológica de los cuerpos, el mundo de antes de la pandemia vivía en una situación de precolapso ecológico como consecuencia, entre otros factores, de la presión industrial sobre la naturaleza, inseparable a su vez de la emergencia de nuevos virus. Como bien explica Rob Wallace en su ya clásico *Grandes granjas, grandes gripes* (2016), el capitalismo ha convertido la naturaleza misma en un laboratorio, de manera que, más allá de teorías de la conspiración, puede decirse que, de algún modo, el covid-19 ha sido fabricado por el ser humano, pero dentro de los cuerpos de las gallinas y los cerdos. Ninguna vacuna aplicada a los humanos puede resolver este problema.

El mundo anterior al covid-19, en fin, era un mundo caracterizado por la desdemocratización. Digo desdemocratización porque los regímenes autoritarios son tan antiguos como el hierro y el trigo. Lo que sí era nuevo era la precaria y desigual democratización del planeta, cuya normalidad, como hecho o como aspiración, aceptaron las clases medias globales entre 1945 y 2011. Como sabemos, hemos asistido a distintos modelos de gestión de la pandemia —el biopolítico chino, el neoliberal de Donald Trump o Jair Bolsonaro, el socialdemócrata de la UE—, pero en un contexto global de clara radicalización social negativa; es decir, de desconfianza creciente en las instituciones y de desplazamiento del voto conservador hacia la ultraderecha. La crisis de la pandemia y las medidas tomadas contra ella han hecho aceptables, por un lado, recortes de derechos civiles en nombre de la salud; por otro lado, han agravado el desprestigio institucional, frente al cual las alternativas rebeldes han adoptado formas inesperadas: desde el negacionismo y

el movimiento antivacunas hasta el terraplanismo, esta paradójica rebeldía antisistema no se puede despachar con desprecio o como un simple refugio oportunista del neofascismo. Más allá de un análisis sociológico que la longitud de este artículo no permite, es indudable que la democracia no sale reforzada de la pandemia y sí, en cambio, expresiones de rebelión colindantes con el empirismo profascista y la superstición conspiracionista, a las que, de algún modo, da la razón la gestión institucional –médica, política y económica– de la crisis. De cómo se combinan políticamente en la pansindemia todos estos factores da buena medida, por ejemplo, el asalto el pasado 10 de octubre a la Confederación General Italiana del Trabajo (CGIL, por sus siglas en italiano) por parte de neonazis que participaban en Roma en una manifestación ideológicamente transversal contra el pasaporte sanitario impuesto por las autoridades a los trabajadores italianos.

Gestión de la pansindemia

Hace unos meses, acababa un artículo sobre la investigación y distribución de las vacunas (un invento objetivamente beneficioso) recordando que si el capitalismo es una pansindemia va a seguir produciendo sin parar virus y pandemias; y va a seguir produciendo, también sin parar, vacunas y medicamentos. Pero una pansindemia no se soluciona suministrando pastillas a sus responsables y sus víctimas. La diferencia entre una crisis y un colapso –como se refleja, por ejemplo, en la Biblia– es que el colapso se presenta en forma de «plagas» encadenadas; la nosocenosis y la iatrogenia aceleran los desajustes en un circuito cerrado: en estos dos últimos años hemos visto, en lo anecdótico, cómo un solo barco, el *Ever Given*, obstruía el canal de Suez y paralizaba el comercio mundial, recordándonos –como la pandemia– nuestro anclaje terrestre o, si se quiere, nuestra dependencia del espacio; y asistimos ahora, en un tono más trágico, a una crisis energética sin precedentes, con escasez de petróleo, de gas, de plásticos, de los llamados «minerales raros» de los que dependen los microchips o semiconductores en los que se sostiene la economía mundial. El covid-19 es solo un síntoma de una pansindemia a la que le estallan de pronto todas las costuras.

Ahora bien, el problema es justamente que el colapso llega a un mundo sin «exterior»: si la humanidad puede ser destruida y el individuo entero, con su tiempo de ocio, ha sido interiorizado en el sistema, no hay «afuera» al que huir. Nos encontramos –lo he dicho otras veces– ante una crisis histórica sin precedentes, caracterizada por la imposibilidad de los bárbaros, que tantas veces han asegurado la renovación trágica del mundo. Nuestros bárbaros son hoy las pandemias, las catástrofes climáticas, los accidentes, que ni son

ni tienen «sujeto». Estas «plagas» de apariencia autónoma hacen muy difícil localizar un responsable, lo que facilita las teorías de la conspiración, que sirven de manera lenitiva para convertir en relato comprensible una estructura inasible. Y hacen muy difícil construir un sujeto de intervención política, es decir, un relato de combate colectivo. La pansindemia no es una guerra. Estábamos familiarizados con las guerras; y las guerras permitían la intervención, incluso la épica. La pansindemia es mucho menos familiar que una guerra y no permite ningún tipo de intervención activa, individual o común, en el nivel de la ciudadanía. Esta imposibilidad de construir un relato común, ni siquiera parcial, nos deja completamente inermes en términos políticos.

Así que gestionar un horizonte de epidemias y catástrofes climáticas –de «plagas» bíblicas– va a ser mucho más complicado que gestionar un horizonte de terrorismo planetario, aunque la epidemia y la catástrofe están reemplazando al terrorismo (igual que el islamismo sustituyó al comunismo) como pretexto e instrumento de gobernanza iliberal. Ese es el mundo que nos espera, salvo que la imaginación de una naturaleza sin humanidad lleve al convencimiento de que la normalidad es la víspera del colapso, un horizonte no lejano que –excepto a los cuatro libertarios megalómanos que están convencidos de poder huir a Marte– no conviene tampoco a nuestras clases dirigentes. Que, en todo caso, siguen empeñadas en parchear la normalidad. ☒

PÁGINAS

Septiembre de 2021

Lima

Nº 263

ACTUALIDAD: La vacancia en el orden del día, **Pilar Arroyo**. REFLEXIÓN: La promesa republicana. Una meditación sobre nuestro Bicentenario, **Gonzalo Gamio Gehri**. Desafíos del bicentenario. Una relectura desde la teología de la liberación, **Marco Antonio Prieto**. Caso. ¿Qué ves? (Jer 1,11). Una mirada profética de la realidad, **Mila Díaz Solano, OP**. Para que tengamos vida plena, **Carlos Flores Lizana**. Re-vestir vidas desnudadas. Biopolítica desde la opción preferencial por los pobres, **Glafira Jiménez París**. El efecto Pigmalión o el buen samaritano de la educación, **Jorge de Juan Fernández y Carlos González de la Mota Bianchi**. La «Prisión Permanente Revisable» desde la bioética y la ética de la compasión, **José Ramón Pascual García**. ENTREVISTA: José Ignacio González Faus: más calidad que cantidad, la Iglesia en el cambio de época. Entrevista de **Anibal Pastor**. INFORME: Recrudece el hambre en el mundo y en el Perú, **Carmen Lora**. DOCUMENTOS: V Jornada Mundial de los pobres. **Mensaje del papa Francisco**. Con paso firme, hagamos grande nuestro Perú. **Mensaje de los Obispos del Perú**. El asesinato del presidente de Haití. Espejo del caos político y socioeconómico de una sociedad. **Los jesuitas de Haití**. Sostener la esperanza, **Mensaje de la Conferencia de religiosas y religiosos de Cuba**.

Edita y distribuye Centro de Estudios y Publicaciones, Belisario Flores 681 – Lince, Lima 14, Perú. Tel.: (511) 4336453 – Fax: (511) 4331078. Correo electrónico: <paginas@revistapaginas.com.pe>. Página web: <www.revistapaginas.com.pe>.

El museo (hipernormal) que viene

Iván de la Nuez

Todo es para siempre hasta que un día no lo es más. La frase utilizada en un libro sobre la caída de la Unión Soviética, hace tres décadas, podría aplicarse a los museos. Han implosionado hace mucho, pero los viejos trucos los mantienen «vigentes».

Uno. Después de la pandemia, ahora sí, cambiaremos los museos. Su sentido, su aforo, el concepto de las exposiciones, la magnitud de sus dispendios, la interacción con sus visitantes...

He aquí los buenos propósitos, y las grandes consignas, con las que sus directores y directoras pretenden alargar la vida de las instituciones –y la suya propia al timón de estas– en su regreso a la normalidad. Olvidando, a conveniencia, que antes del virus ya arrastrábamos años ventilando una crisis que parecía «definitiva», a la vez que pedíamos unos cambios que desde entonces parecían inaplazables. Como si este modelo que hoy se cuestiona por enésima vez no llevara todo el siglo XXI aplicándose parches, en una huida hacia delante que lo llevó a saltar de Nueva York a Rusia, de Rusia a China, de China a los Emiratos. (Ya solo queda ponerse en manos de Elon Musk para encontrar remedio en la estratosfera). O como si hubiéramos olvidado que, justo antes de la explosión del covid-19, el Consejo Internacional de Museos (ICOM, por sus siglas en inglés) había lanzado una convocatoria para cambiar, precisamente, la definición de la palabra «museo», pues a sus gurús les pareció que su significado de siempre había caducado.

Iván de la Nuez: es ensayista, crítico de arte y comisario de exposiciones. Ha sido jefe del Departamento de Actividades Culturales del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (2009-2011) y director de exposiciones en La Virreina Centre de la Imatge (2000-2009). Su último libro es *Cubantropía* (Periférica, Cáceres, 2020).

Palabras claves: arte, hipernormalización, museos, pandemia.

Ya sabemos que el Arte Contemporáneo también puede ser ese mundo en el que salvamos una crisis estructural con un retoque en el diccionario. El mismo cuyos próceres hacen malabares entre las primaveras árabes y los petrodólares. Una burbuja en la cual agarramos con la mano derecha el capital de la oligarquía latinoamericana y con la izquierda esgrimimos la ideología bolivariana. Ese perímetro precintado en el que los constructores del paradigma son los abanderados del cambio de paradigma. Una realidad paralela en la que los centinelas de la Bastilla y los dueños de la guillotina se han fundido –aquí Blanchot– «en una sola y misma presencia».

Poco importa que, a todas luces, resulte disfuncional la brecha entre su apuesta desmedida por el *arte político* (hiperprogramado en instituciones, galerías y hasta ferias) y su mínima capacidad de incidencia en la *política artística*. O que sea evidente su insolvencia para recortar la distancia entre una retórica tan grandilocuente de lo público y el lugar tan diminuto que ocupan las acciones concretas del arte en la conciencia del público.

¿Cuál es, entonces, la propuesta lanzada esta vez para la pospandemia?

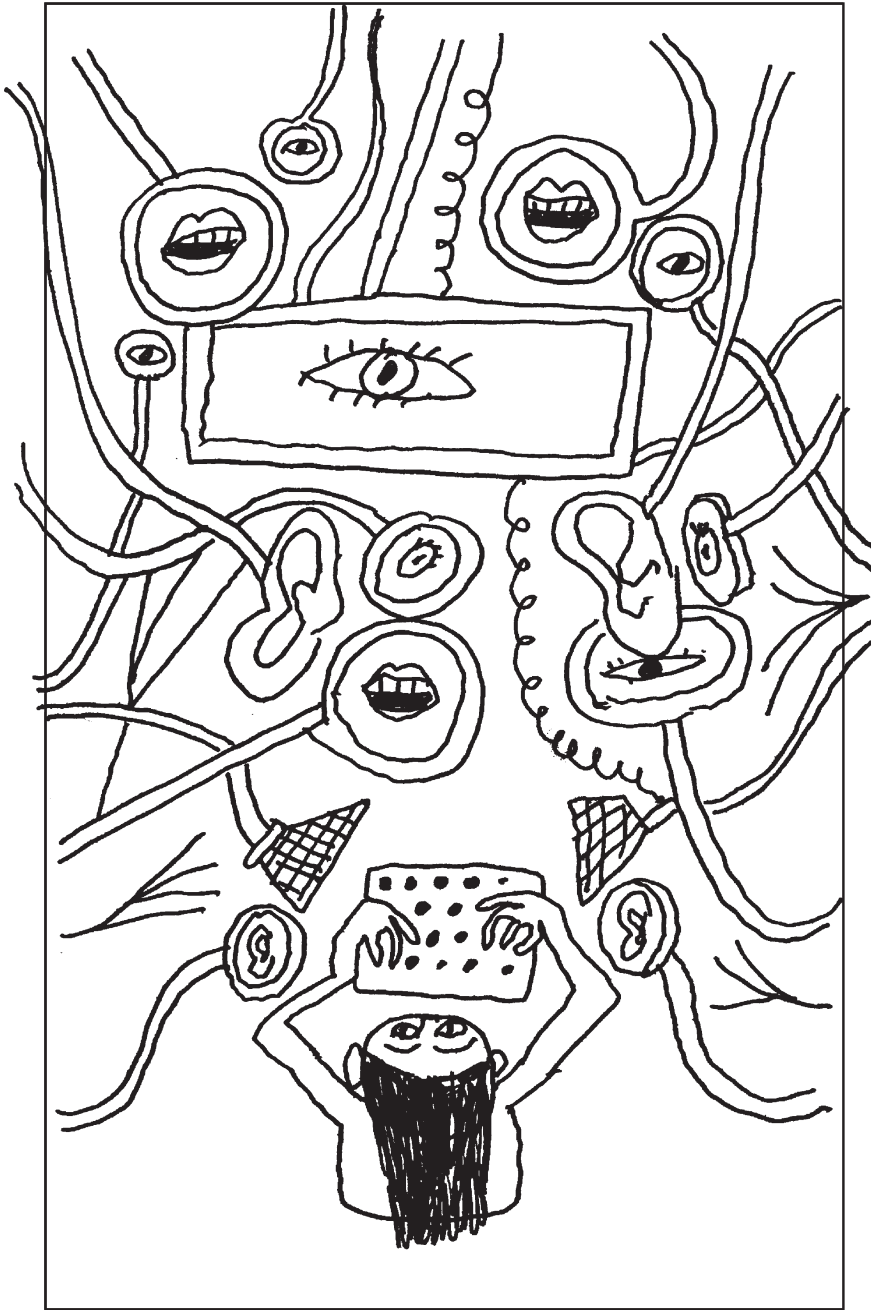
Por el momento, hemos escuchado desde la demanda de un Plan Marshall para el arte hasta su equiparación con el papel higiénico en la jerarquía de nuestras necesidades. Asimismo, se sacan de la manga algunos trucos ya vistos en crisis previas. Tal es el caso de la apelación al «proceso» y el «conocimiento», a la «acción social» y las «prácticas artísticas», al «perfil pedagógico» de los museos y su lugar en el «empoderamiento de la sociedad civil».

El problema es que los eufemismos, como recuerda John McWorther, son como la ropa interior: «tienes que cambiártelos cada día». Es suficiente un sencillo ejercicio de búsqueda en Google para constatar cuánta falta hace poner en marcha la lavadora. Basta con teclear uno de estos conceptos mágicos, *proceso* por ejemplo, para comprobar que ni esta pócima es tan nueva, ni puede presumir de créditos demasiado fiables a la hora de salvarnos.

Hace más de una década, ante el *crack* financiero de 2008, la panacea del «proceso» y del «cambio de paradigma» ya corrían por los pasadizos de este mundillo al mismo tiempo que los museos publicaban cada vez menos catálogos o libros ante los recortes presupuestarios. Mucha apuesta por el conocimiento, hasta que aprietan los problemas y tiramos por la borda los soportes idóneos para alojarlo.

Más allá del repertorio de frases manidas, aquello que va a mantenerse inmutable en la nueva-vieja normalidad es «el poder del *display*» (aquí Mary Anne Staniszewski). Como si lo primero a salvar fuera la exposición, que ha pasado de ser un capítulo del arte a convertir el arte en un capítulo suyo.

Dos. ¿Ninguna esperanza en el horizonte? No tanto. Abordando su supuesta falta de porvenir, el ya citado Blanchot escribió que «cualquier gran arte se



origina en una carencia excepcional». Y lo cierto es que, si conseguimos sustraernos de la superproducción digital reciente, la pandemia también nos legó una circunstancia a tener en cuenta: después de su obstinación por el siguiente oasis —esa pulsión por la próxima Tule que le alargaría la vida—, o de sublimar las instituciones que alojarían tal supervivencia, durante los tiempos pandémicos fuimos testigos de cómo el mundo del arte se vio obligado a volver a casa y aterrizar en una galaxia hecha a la medida del artista.

Claro que sabemos que esto ocurrió por la fuerza mayor de un virus planetario y que su impacto apenas va a durar el tiempo que demore esa maquinaria llamada Arte en reajustar su control sobre esa pieza del engranaje llamada Artista. Pero, al menos en este puente, quedó al descubierto que sin ese mecanismo hay una vida, y que en esa vida los artistas pueden recuperar parte del poder perdido o una conexión más directa con sus interlocutores. También hemos confirmado obviedades tan atendibles como que la ampliación física de los museos es mucho menos importante que su ampliación mental, que los programas deberían estar por encima de los edificios, los proyectos sobre los directores, el *cómo* a la altura del *qué*.

La incógnita es si sabremos enfilar el rumbo hacia un lugar que no sea ni la realidad paranormal del modelo artístico ni la realidad *neonormal* del modelo político. Si continuaremos en ese pugilato estéril o si tomaremos, por fin, la rienda de unas soluciones que pasan por no jugar con las cartas marcadas.

En cualquier caso, la continencia no fue la marca de la casa en la que cumplimos confinamiento. Más bien, al contrario, cada minuto compartimos una saturación sin precedente de las emisiones culturales. Empezando por la recomendación de cuanta obra hubiera recreado, en el pasado, la peste-cólera-fiebre amarilla-sífilis-melancolía-cáncer-locura-sida-epidemia desconocida. Y continuando con esta sobredosis de oferta que equipara museos, editoriales o plataformas (de cine, series, videojuegos, música). Por la parte que nos toca, artistas, escritores, músicos e *influencers* varios también nos apuntamos a la hipertrofia. Compitiendo por avasallar las redes y multiplicando, a toda costa, una presencia que refleja tanto el terror al virus como a la falsa normalidad posterior a este.

Esa avalancha, más que un cambio en el sentido de la cultura, indica una variación en la circulación habitual de su tráfico: si la gente no puede venir a mí, ya me ocuparé yo de ir a la gente. Solo que este «ir a la gente» no modifica la estrategia que ha capitaneado a esa cultura en las últimas décadas. Más bien, la ha multiplicado con una capacidad de reproducción aun superior a la pandemia que intentó amortiguar.

Pensemos, por un momento, en los museos de Arte Contemporáneo. Tan abonados a la línea que, de Aby Warburg a Didi-Huberman, los presenta como Atlas capaces de acarrear y contener todos los problemas del

mundo. ¿No supuso el confinamiento una estocada a ese evangelio? ¿No crecería, a contrapié de estos referentes, una figura como la de Paul Virilio a la hora de lidiar con instituciones que la catástrofe llegó a dejar tan vacías como las ciudades en que se han levantado? ¿Y acaso no nos situaría, esta circunstancia excepcional, en el grado cero de un *display* que ya requiere el desplazamiento de su atención a las grandes causas de la humanidad hacia sus no siempre enaltecidas consecuencias?

Es difícil predecir cuánto cambiará el mundo de la cultura después de lo que hemos pasado. De momento, al menos no ha salido un Stockhausen calificando la pandemia como la obra de arte perfecta («la mejor ejecutada jamás»), tal cual describió el atentado terrorista contra las Torres Gemelas de Nueva York. La tragedia del virus ha dejado al descubierto, todavía más si cabe, la obediencia indisimulada de muchos protagonistas de la cultura hacia los intereses que mueven su industria. Y a esa tropa de *cool hunters* que tanta pleitesía le han rendido desde todo tipo de medios, escorando por el camino a cualquiera que les hubiera recordado que la cultura puede ser, justamente, lo contrario de esas «tendencias». Tampoco vale de mucho sacar pecho sobre la importancia económica de la cultura por su lugar en el PIB, si políticamente continúa relegada una y otra vez en los programas de partidos a los que, sin embargo, no deja de jalear en las campañas electorales.

Venimos de un estado de guerra en el que mezclamos el recogimiento físico con un vértigo que nos arrastró del *blink* al link, del zapping al *sampling*. Consumiendo, compartiendo y produciendo una cultura que sigue privilegiando su imposición sobre nuestra intuición, su depredación sobre nuestra selección, su indigestión sobre nuestra gestión.

La conexión entre la parábola militar y la cultura siempre me hace recordar a un actor cubano, famoso por sus papeles secundarios. Reinaldo Miravalles, que así se llamaba, tenía un arte sorprendente para robarles escenas a los protagonistas. Un par de secuencias le eran suficientes para instalarse en tu memoria, pulverizando sin piedad a galanes y buenos de la película. Su técnica, según él, era «muy fácil»: si estaba en una guerra, le bastaba con cargar su arma mientras los demás disparaban.

Si, como se nos dice, la pandemia tuvo la magnitud de una guerra, tal vez al mundo de la cultura le convenga cargar sus armas en lugar de seguir apuntándose al bombardeo. Tampoco estaría de más que, en esa ralentización de la tragedia, se detuviera en las víctimas de la contienda. Esos caídos en combate sin cañonazos de salva despidiendo su duelo. Mártires despojados de la dignidad mortuoria con la que toda cultura —en este caso funeraria— rinde tributo a sus muertos.

Es difícil predecir cuánto cambiará el mundo de la cultura después de lo que hemos pasado

Y tres. En materia cultural, lo que estamos viviendo con la pandemia no es el principio de nada, sino el colofón de todo. (Pongamos «casi» antes que «nada» y «todo» para dejar constancia de que aquí pernocta un alma ponderada).

Así que, cuando hablemos del nuevo mundo que emerge de la crisis, y de cómo lo afrontarán artistas e intelectuales, valdría la pena detenerse en lo que hicimos *durante* el confinamiento. Aunque solo sea por eso de que en el poder siempre seremos peores que en la oposición. ¿Cuál es el prólogo que le escribimos a ese nuevo mundo llamado a desterrar las costumbres de la vieja cultura? Pues, la verdad es que no se nos ha ocurrido nada mejor que llevar al paroxismo la hiperproducción. Esa sobredosis de oferta propia de una política cultural que, en las tres últimas décadas, se ha venido ventilando simultáneamente cualquier atisbo de comunidad y cualquier atisbo de individualidad.

Lo que se está acabando de redondear, acelerado por el coronavirus, es el ciclo productivo que comenzó en 1989, cuando la nueva era global se instauró con aquel cambio de un PC (Partido Comunista) por otro PC (Personal Computer) que tanto me gusta repetir. A fin de cuentas, lo que se vino abajo con la debacle soviética no fue solo un sistema político, una noción irreversible del futuro, una cultura igualitaria o una entronización absoluta del Estado, sino también –y sobre todo– *un modo de producción*. Desde entonces, Autoritarismo y Mercado han atornillado su alianza, bien representada por un modelo chino que ya rige más allá de China.

Si en 1989 el paso a la producción digital significó una mutación en el *sentido* del trabajo, la pandemia ha servido para afianzar una transformación en el *espacio* de ese trabajo. Hace 30 años se tiraban muros que dividían países. Hoy esos muros empiezan a levantarse otra vez, mientras el departamento de derribos ha pasado a ocuparse de las fronteras que atomizaban el ámbito laboral y el doméstico. En 1989 millones de personas quedaron a la intemperie, una vez demolido el Estado vigilante y a la vez protector del comunismo. ¿Qué mejor paliativo, ahora, que hacer descansar la explotación en tu propia casa, con techo, sofá, internet y a resguardo de cualquier cosa parecida a una comunidad?

En un libro magistral sobre la caída de la Unión Soviética, Alexei Yurchak propuso el concepto de «hipernormalización» para explicar la debacle. Según Yurchak, en un pacto no escrito, las elites y la sociedad habían decidido mirar para otro lado y acercarse al precipicio como si no estuviera pasando nada¹. Y así los sorprendió la implosión de todo un imperio.

Algo parecido está ocurriendo con los museos en la vuelta a esta falsa normalidad que ya se está programando. Han implosionado hace mucho tiempo, pero es mejor mantenerse en su inercia. Ignorando –como dice el título de Yurchak– que «todo era para siempre hasta que un día no lo fue más». ☒

1. *Everything Was Forever, Until It Was No More: The Last Soviet Generation*, Princeton UP, Nueva Jersey, 2006.

Lo que aprendí de la pandemia

Íñigo Errejón

Vivimos en países donde la desigualdad creciente ha erosionado los vínculos de solidaridad cívica y de empatía, donde la individualización y la fragmentación han rasgado los lazos comunitarios. Y de pronto nos dimos cuenta de que las instituciones y las personas «esenciales» eran las que más maltratadas han sido en las últimas décadas.

Aquellos largos meses del confinamiento fueron meses contradictorios. Fuera estaban la inquietud, la enfermedad, la muerte, la sensación de colapso. Pero dentro estaba el tiempo detenido, la conmoción que te empuja a preguntarte las cosas desde el principio, una extraña paz en la tormenta. Como la vez que me quedé mudo, pero para todo el planeta. No sé si hemos salido mejores, pero nadie salió igual. Yo tampoco. Son de esas experiencias de época que marcan a todas las generaciones que atraviesan.

En el confinamiento he podido pensar mucho. El tiempo se congela... Permittedme contaros, de la forma más sencilla que se me ocurre, lo que he ido pensando.

Históricamente los cataclismos son momentos de reorganización social. Producen tal conmoción, trastocan de manera tan profunda nuestras experiencias y creencias que reconfiguran las sociedades a las que afectan. Tras la Segunda Guerra Mundial emergieron los Estados de Bienestar como resultado, ciertamente, de la capacidad de presión

Íñigo Errejón: es doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es diputado en la legislatura XIV del Congreso de los Diputados de España.

Palabras claves: Estado de Bienestar, pandemia, planeta, reconstrucción social.

Nota: este artículo forma parte del libro *Con todo. De los años veloces al futuro* (Planeta, Barcelona, 2021).

del movimiento obrero, pero también como resultado de lo vivido durante la guerra, con la cohesión comunitaria, la idea de un objetivo común de la nación que igualaba a todos y el papel central del Estado en la economía y la regulación social. Lo que fue necesario durante los años excepcionales de la guerra después se trasladó a una nueva cotidianidad. La lógica de la excepción devino lógica de la normalidad. En general, las grandes sacudidas o experiencias traumáticas que unen a una población en una desgracia compartida y un esfuerzo colectivo para hacerle frente han abierto posibilidades para estrechar los lazos comunitarios, la solidaridad cívica y la fortaleza de las instituciones igualitarias y de planificación y provisión de seguridades.

Sin embargo, en qué sentido la pandemia nos afecta o nos reconfigura es algo que está por dilucidarse. Ninguna crisis o sacudida tiene un significado unívoco por sí misma. El sentido político que reciben los acontecimientos, por bruscos que sean, depende de la interpretación que una sociedad hace de ellos. Y esta, a su vez, de la pugna entre explicaciones disponibles. Un terremoto, así, puede ser una calamidad de la que nadie es culpable, un castigo divino o una ocasión en la que se demuestra la incapacidad de un gobierno, por ejemplo. A menudo, quienes dicen que no hay que politizar un acontecimiento están defendiendo, más o menos conscientemente, que se le dé la explicación dominante, que no se cuestione el sentido instituido.

Esto significa que tras un acontecimiento de época se abre una intensa lucha discursiva por definir el horizonte de época, por explicarnos qué ha pasado y qué conclusiones sacamos de ello. Hoy en día puede que estemos en ese momento de intensa disputa intelectual y cultural que marque cómo afrontamos el cambio de época.

Parece claro que el nuestro es el tiempo de la incertidumbre y la inseguridad. No podemos dar casi nada por garantizado; de hecho, incluso

**Ni un solo creador
se atreve hoy a
proyectar un futuro
mejor y eso dice
algo definitivo sobre
nuestro presente**

nuestra propia capacidad para imaginar el futuro está clausurada o colonizada por un pesimismo atroz: pertenezco a una generación que se crió con películas y relatos futuristas que auguraban un mañana prometededor y que hoy, sin embargo, cuando abre alguna de las plataformas de contenidos audiovisuales, solo puede encontrar proyecciones distópicas: guerra de todos contra todos por unos recursos cada vez más escasos, sociedades rotas, autoritarias y violentas, un planeta ambientalmente arrasado e invivable. Ni un solo creador se atreve hoy a proyectar un futuro mejor y eso dice algo definitivo sobre nuestro presente.

El covid-19 nos ha puesto frente al espejo de nuestra fragilidad, de la precariedad de nuestra existencia. Tras décadas de un discurso triunfalista y soberbio, en el que parece que hemos alcanzado el fin de la Historia e incluso

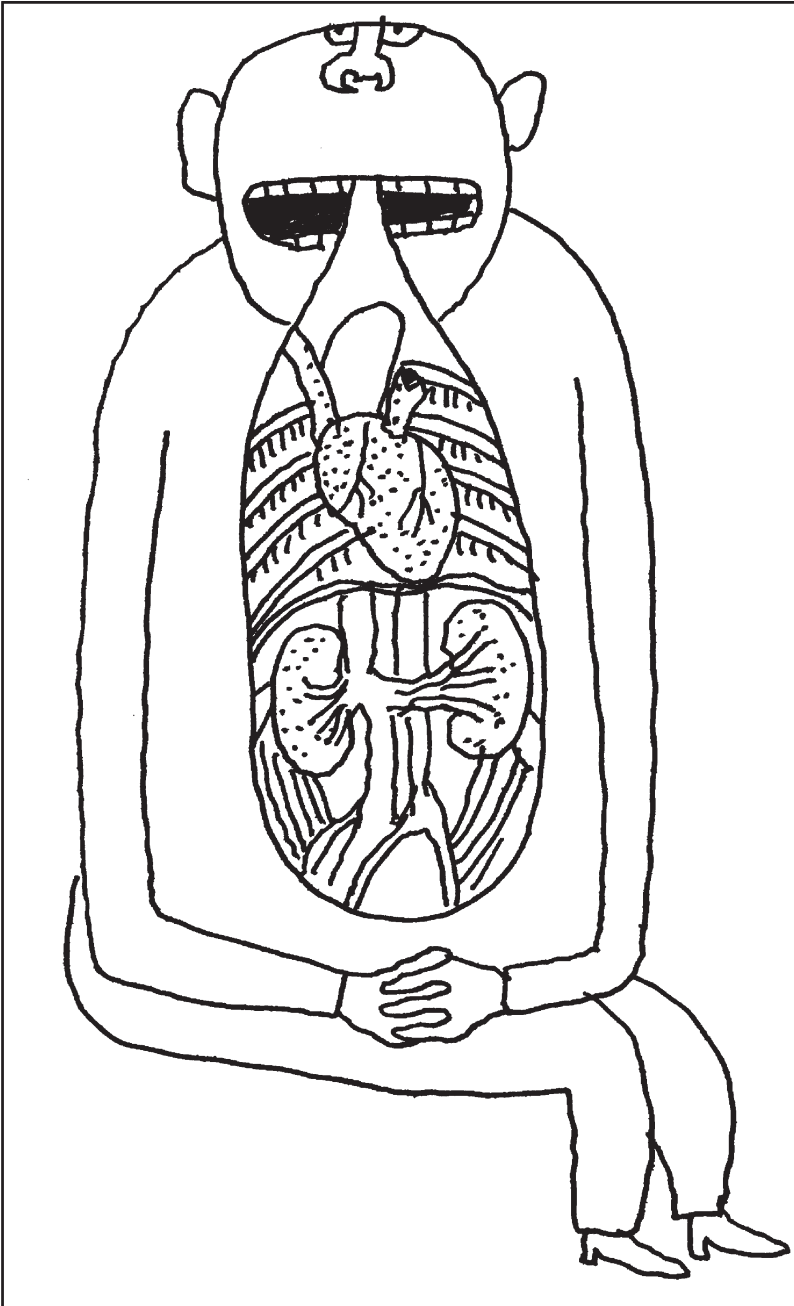
el fin de las limitaciones físicas al crecimiento y las biológicas a la extensión de la vida, la pandemia nos sacude produciéndonos una cura de humildad. En primer lugar, nuestros cuerpos son frágiles, pueden enfermar y pueden morir, a cientos y miles. Y la única forma de cuidarlos es tener sistemas universales de previsión y cuidado. Ningún cuerpo se salva solo del virus. Ningún individuo, por apellidos o dinero que acumule, se salva si no vive en una sociedad con instituciones capaces de reordenar las prioridades y perseguir un bien común, en este caso la defensa de la vida.

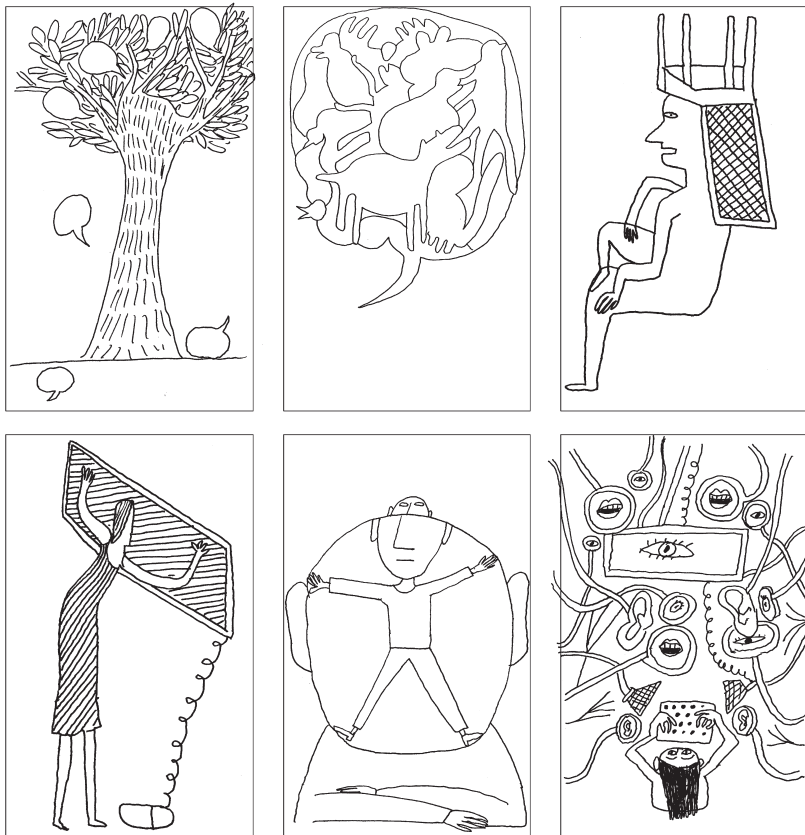
Y esa es precisamente nuestra segunda fragilidad, la de nuestras sociedades. Vivimos en países donde la desigualdad creciente ha erosionado los vínculos de solidaridad cívica y de empatía, donde la individualización y fragmentación han rasgado los lazos comunitarios y donde las instituciones de previsión o protección social han sido jibarizadas o directamente eliminadas. El neoliberalismo ha operado un proceso de *desciudadanización* de nuestras sociedades, se ha dedicado a pulverizar las memorias e instituciones —estatales o no— de cooperación social para sustituirlas por la atomización y la disgregación. Ha disminuido drásticamente con ello la capacidad de las mayorías sociales, de la gente, para contrapesar los designios caprichosos de eso que llamamos *mercados*. Votamos cada cuatro años, pero la concentración descomunal de poder y riqueza en la cúspide de la pirámide devora la soberanía popular y la sustituye por el libre arbitrio de las oligarquías: el mando de unos pocos, de cada vez menos. En un momento de sacudida social, de suspensión de la normalidad y de vulnerabilidad generalizada, nuestra sociedad, muy deshecha y desigual, ha tenido muchas dificultades para hacer frente a la conmoción y los mayores daños y dolores se han concentrado en los sectores más empobrecidos y débiles. Décadas de erosión de lo común dificultaron que reaccionásemos en común cuidando más de quienes más lo necesitan. De pronto descubríamos que todas las instituciones y personas que eran fundamentales para mantener el pulso social eran las que más maltratadas han sido en las últimas décadas: la sanidad pública; las residencias de mayores; los trabajadores esenciales, que casi siempre eran los peor remunerados; la administración pública diezmada por los recortes; la educación pública; la ciencia y la investigación. En los peores días, nadie se encomendaba a los fondos de inversión, sino a instituciones y colectivos que, paradójicamente, estaban diezmados por las políticas neoliberales. También necesitamos la industria nacional, que nos habría permitido una cierta capacidad de anticipación y de suficiencia, pero esta es casi inexistente por nuestro papel periférico en la economía europea, hasta el punto de que en las primeras semanas tuvimos dificultades para producir mascarillas o respiradores. Definitivamente, nuestras sociedades afrontaron el colapso muy debilitadas.

En tercer y último lugar, el virus nos ha demostrado que nuestros ecosistemas son frágiles, que el planeta es frágil y que las condiciones que hacen posible la vida en el planeta son frágiles. Estamos inmersos en una dinámica depredadora que amenaza nuestro futuro en la Tierra y la existencia tal y como la conocemos. El covid-19 y sus consecuencias pueden haber sido tan solo el ensayo general de las consecuencias dramáticas que el cambio climático puede tener sobre nuestro mundo y el futuro de nuestra generación y las siguientes. Se trata de un reto de proporciones históricas que, de nuevo, nadie puede afrontar solo y para el que el modelo actual, la competencia depredadora de todos contra todos, no solo no tiene soluciones, sino que solo puede agravarse. Es necesario recuperar la capacidad de mancomunarse esfuerzos, de hacer planes y de adelantarse para que la vida siga siendo posible.

En todas estas tres fragilidades emerge –retorna– la idea del bien común. Nuestras sociedades no son solo aglomeraciones de intereses particulares y egoístas, no pueden ser solo una carrera alocada contra nosotros mismos, contra nuestra salud, contra el prójimo y contra el planeta. Existe el interés general, que es superior a la suma de las partes. Hace pocos años, el fanatismo neoliberal tachaba esta idea de totalitaria: todo lo que sea ir más allá del individuo le parecía liberticida. Hoy ya es evidente que para que el individuo sea libre, pueda vivir sin miedo, hace falta comunidad, Estado y planeta en el que vivir. Solo somos libres en común, igualmente libres, en sociedades reconstruidas y fuertes que garanticen una cotidianidad emancipada del miedo y en un medio natural que permita la vida buena, lenta, placentera y saludable. Seguramente la disputa intelectual por la libertad sea la más importante para los demócratas de nuestro tiempo, contra la idea de la libertad como el despotismo solitario de los que pueden pagarlo todo y en favor de la libertad como la libertad de los frágiles que se asocian para serlo menos.

Algunos pensadores y corrientes de izquierdas han realizado una lectura más pesimista del impacto del covid-19, enfatizando que con la nueva centralidad del Estado y la densificación de la idea de comunidad también han venido el aumento de los poderes excepcionales y del control social, y la restricción de las libertades individuales. Creo que esta es una visión marcadamente politicista, que no asume que las restricciones a las libertades y el control operaban ya en las relaciones mercantiles *normales* y que carga todo el peso sobre el Estado y deja libres a los grandes poderes económicos que, en la práctica, deciden mucho más sobre la vida de cada individuo –sobre su tiempo, su renta, su vivienda, sus lazos sociales o sus deseos– que ningún gobierno. Estas lecturas, sorprendentemente, se sitúan cerca del liberalismo más reaccionario. En todo caso, sí estoy de acuerdo en que todo momento de crisis es ambivalente, presenta núcleos de sentido o prácticas de recorrido potencialmente progresista y democrático





Alejandro Magallanes nació hace 47 años. Estudió en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Se dedica a jugar y trabajar con letras e imágenes, a veces encargados por alguien y otras tan solo por puro gusto. A la fecha ha escrito varios libros para niños, tres de poesía, una novela y dos libros de ensayos. Trabaja para las áreas culturales y sociales, y ha dibujado, pintado, armado y diseñado muchos otros libros, carteles, animaciones, collages, fotos, letras e imágenes. Desde 2004 es miembro de la Alianza Gráfica Internacional. Ha recibido diversos reconocimientos nacionales e internacionales, y ha realizado diversas exposiciones alrededor del mundo, pero no los quiere poner en esta semblanza. No piensa que una imagen valga más que mil palabras, ya que mil palabras combinadas entre sí crean aproximadamente seis millones de imágenes (por decir una cifra). Cree que si alguna imagen se vuelve imborrable en tu memoria no podrás definir con palabras la emoción que te provoca. Página web: <<https://alejandromagallanes.com/>>.

frente a otras potencialmente reaccionarias y autoritarias. Por eso el sentido de la crisis depende de una disputa política. La lucha intelectual, cultural y política que debemos emprender es precisamente por regar, extender e institucionalizar los elementos primeros, al tiempo que cercamos y neutralizamos los segundos.

La conciencia de la fragilidad produce al menos dos tipos de reacciones afectivas y políticas distintas. En la época del desconcierto y la incertidumbre, hay básicamente dos opciones: el sálvese quien pueda o la reconstrucción del contrato social. La primera, la de los reaccionarios, es una violenta huida hacia delante: todo es incierto salvo que rige la ley de la selva, o pisan o te pisan, y aspirar a formar parte de los fuertes, imitando sus maneras, sus palabras y su moral. Las nuevas extremas derechas no son más que la actualización de una cierta democratización de la crueldad: el penúltimo contra el último. Por machacado que estés, siempre te puedo ofrecer a alguien más débil sobre quien descargar tu frustración. Esta salida es la de la cohesión por la guerra permanente: la extensión al terreno de la política de las mismas relaciones caníbales y despóticas que ya rigen el conjunto de las relaciones laborales y mercantiles. Tiene a su favor que, pese a la retórica de rebeldía, supone solo una radicalización de la subjetividad ya imperante: compórtate políticamente como ya lo haces en el día a día, en un atasco, con tu jefe, en un bar o en tus interacciones en redes sociales. Adoración a los poderosos, a ver si así se te pega algo o dejan caer algo, y desprecio a los débiles, para exorcizar la amenaza cada vez más presente de la vulnerabilidad, de caer en su campo. Esta salida tiene un componente moral de servilismo, que canaliza siempre hacia abajo las humillaciones que vienen de arriba. Y se alimenta ciertamente del nihilismo y el cinismo de la época. Si en otro tiempo estos pudieron parecer afectos corrosivos para el poder, hoy no hay nada más sistémico y cómodo que el descreimiento, por el cual todo el que sostenga que podríamos tratarnos mejor, que las cosas pueden ser de otra forma, es un charlatán, un idealista o un manipulador; la única realidad es la de que las cosas son como son, se van a poner peor y más vale estar del lado de los que van a caballo y no de los que van a pie.

La otra opción es la de la alianza de los frágiles, la reconstrucción social. Dado que todos nos hemos descubierto débiles, dado que todos tenemos miedo y necesitamos dotarnos de normas, instituciones y entornos seguros, pongamos orden en este desorden que ha generado el hecho de que los de arriba hayan roto las normas. En este modelo, el afecto y el lazo de la comunidad no es la guerra, sino la solidaridad para con el prójimo: nos hemos juntado para garantizar que el otro no pasa miedo, que un golpe de mala suerte no le deja en la cuneta, porque el otro puedo ser yo en cualquier momento. Precisamente porque somos débiles, cooperamos para

hacernos fuertes. Para este modelo hay que fortalecer y extender las instituciones, las prácticas y los derechos que más útiles nos han sido en los momentos más duros. Por una parte, las relaciones de ayuda mutua y de colaboración que se ponen en marcha espontáneamente en los momentos traumáticos o inesperados, que deben ser alimentadas, regadas y fortalecidas para que no sean la excepción, sino la regla. Igual que las relaciones de *sálvese quien pueda* generan una antropología egoísta y desconfiada –por ejemplo, la desregulación laboral desincentiva el asociacionismo o el ocio individualizado aísla–, así las instituciones que fomentan el encuentro, la igualdad y la satisfacción de necesidades en común *reciudadanizan* y reconstruyen lazo social –en el urbanismo, en el disfrute de servicios públicos, en el asociacionismo, en el ocio o en la economía social y cooperativa–. Nuestra tarea es librar una intensa guerra cultural para defender los valores sustanciales a la democracia y la empatía, al mismo tiempo que ir desarrollando en la guerra de posiciones avances institucionales que desincentiven los comportamientos más antisociales y faciliten e incentiven los más cooperativos y cívicos.

Como se ve, no estamos ante la tesitura de hacer girar la sociedad a la derecha o a la izquierda, sino ante una mucho más radical: simple y llanamente de hacer posible la sociedad y la vida en el planeta. La clave del ecologismo, de la ola verde que recorre Europa y llega ya a España, es precisamente anclar los grandes valores a las pequeñas cosas de la vida cotidiana y, además, hacerlo desde una suerte de reivindicación militante de lo que se considera una ingenuidad: el objetivo de la política debe ser la vida buena, proveer las condiciones para que la felicidad sea un objetivo perseguible y accesible. Estas ideas parecen menos llamativas que el ruido que a diario ocupa nuestra esfera pública, pero son las más importantes, las que dirimen si estamos bien o no, las que pueden marcar el siglo XXI: la Tierra y el clima, el tiempo, la salud. Es necesaria una

**La pandemia
evidenció de qué
teníamos suficiente
y de qué nos
faltaba demasiado**

gran ola verde que se ocupe de las cosas que de verdad importan, que arrastre la política de nuevo a hacerse cargo de la vida cotidiana. Una fuerza de lo pequeño, de los pequeños, para las cosas realmente grandes.

La pandemia evidenció de qué teníamos suficiente y de qué nos faltaba demasiado; nos dejó claro, a todos y cada uno, en las largas jornadas con nosotros mismos, qué cosas valían más la pena en nuestra vida y cuáles menos. Y a todos, me atrevería a decir, nos arrojó respuestas similares: tener salud física y mental, tener los medios de existencia cubiertos para dormir por las noches, tener tiempo, tener el calor de nuestros seres

queridos, vivir en un entorno saludable, tener tiempo para cultivar nuestras pasiones o cuidar de los nuestros. Lo que pasa es que entonces emerge afilada una pregunta: si esas son las cosas que de verdad importan, ¿por qué con toda nuestra complejidad no somos capaces de asegurarlas?, ¿a quién satisface el modelo actual, que produce tanto dolor, que amenaza el planeta y que nos hace tan débiles ante los imprevistos? Por suerte, junto con esta pregunta afilada, emerge otra más prometedora: si hemos sido capaces de movilizar recursos y energías para confinarnos, para reorganizar la vida y para investigar, descubrir, producir y administrar la vacuna..., ¿no podemos serlo para, con ese mismo espíritu, garantizar la vida buena y segura a nuestros congéneres?, ¿para transformar nuestra economía generando prosperidad y empleos en una revolución industrial verde que detenga y revierta los efectos del cambio climático?

La pandemia no es solo un *shock*, sino también una demostración de planificación democrática, con algunos componentes socialistas. Con la vacuna, todos asumimos que era demasiado importante como para dejarla al arbitrio de los vaivenes del mercado. No es solo que detrás de las patentes haya ingentes cantidades de dinero público para la ciencia o que los Estados garantizaran compras masivas que hicieran rentables todas las investigaciones. Es que decidimos que la administración de las vacunas no podía depender de la oferta y la demanda o del dinero de cada cual. Necesitábamos que el orden de vacunación siguiese pautas de utilidad social, yendo primero quienes nos cuidan y los más vulnerables. Una autoridad superior restringía la libertad de quienes más tenían para primar el bien común. Esa idea es tan potente que nadie ha osado cuestionarla, ni siquiera las derechas, y así puede que pase desapercibida. Por eso hay que reivindicarla.

A partir de ahí es fácil deducir cuál es la tarea para las fuerzas democráticas. Las relaciones cooperativas, de cuidados o de regulación pública del interés general deben ser conectadas, fortalecidas y extendidas. Se trata de hacer cotidiano lo que fue excepcional. Y para que no dependa del altruismo, de la conmoción o del heroísmo puntual, necesitamos instituciones estatales y comunitarias que organicen en la vida cotidiana esas relaciones y esas prácticas. Defender lo común no es poner memes de Lenin muy serios en Twitter, sino encontrar en la vida cotidiana, en los dolores cotidianos y en los deseos cotidianos las razones para una nueva voluntad colectiva nacional-popular para expandir la desmercantilización y la libertad, y las transformaciones económicas y estatales necesarias para ello, en un ciclo virtuoso de reformas en que cada paso adelante genere fuerzas, convicciones y arraigo en la vida cotidiana como para ir a por el siguiente.

No es solo un problema del tamaño del Estado. Estamos en algo distinto del neoliberalismo tal y como lo conocíamos. Incluso los grandes capitales reconocen y aceptan la nueva centralidad del Estado y la planificación, fueron los primeros en pedirle rescates y hoy hablan de *colaboración público-privada*. Cuando nosotros hablamos de Estado emprendedor, siguiendo a la economista Mariana Mazzucato, no nos referimos solo a que el Estado sea más grande. No es solo un prestamista y valedor en última instancia con más músculo, que regala en las buenas y rescata en las malas a quienes más tienen. Es un Estado eficaz, que orienta, que tiene una estrategia de país y que la conduce con el objetivo de fortalecer la sociedad y las comunidades, de enfrentar al cambio climático generando ciclos virtuosos de prosperidad, de democratizar las relaciones sociales y poner las condiciones para la vida buena. El termómetro para saber si se está produciendo un proceso de signo progresista es el de la correlación social de fuerzas: son progresivas y virtuosas las transformaciones que generen más fuerza para la ciudadanía y equilibren una balanza marcada por décadas de concentración oligárquica. Ese camino no es lineal, sino que tiene avances y retrocesos. Tampoco es solo gradual, pues experimenta saltos y quiebros.

Un gobierno progresista, así, no es el que choca con las derechas, que esto en todo caso es una derivada del proceso, sino que es el que reconstruye la sociedad sustituyendo la incertidumbre por la seguridad de los derechos y reequilibrando la balanza entre democracia y oligarquía. ☐



REVISTA DE CULTURA Y CIENCIAS SOCIALES

2021

Gijón

Nº 108-109

FERROCARRIL. DOS SIGLOS DE CONTEMPORANEIDAD

SUSCRIPCIONES

Suscripción personal: 39 euros

Suscripción bibliotecas e instituciones: 50 euros

Suscripción internacional: Europa - 66 euros (incluye gastos de envío)

América y otros países - 90 euros (incluye gastos de envío)

Suscripción digital: 22 euros

Ábaco es una publicación trimestral de CICEES, C/ La Muralla Nº 3, entlo. 33202 Gijón, España. Apartado de correos 202. Tel./Fax: (34 985) 31.9385. Correo electrónico: <revabaco@arrakis.es>, <revabaco@telecable.es>. Página web: <www.revista-abaco.es>.

¿Quién extraña el comunismo?

Rusia a 30 años de la disolución de la Unión Soviética

Martín Baña

El colapso de la Unión Soviética en 1991 tuvo un impacto inmediato en el sistema mundial. En el propio territorio ruso, produjo importantes dislocaciones en todas las esferas de la vida social, que fueron siendo superadas, lentamente, a lo largo de las tres últimas décadas. El sistema Putin viene reescribiendo la historia con una visión que busca conectar los momentos gloriosos prerrevolucionarios con los soviéticos.

El impacto que generó la disolución de la Unión Soviética en 1991 se hizo sentir de manera notable e inmediata en todas las esferas del sistema mundial. Entre otras cuestiones, no solo confirmó el fin de la Guerra Fría, sino que además reconfiguró el mapa de los movimien-

tos sociales. El campo de las ciencias sociales y las humanidades también absorbió ese impacto y lo tradujo de manera veloz. Para un historiador de la talla de Eric Hobsbawm, por ejemplo, la caída de la URSS supuso el fin del siglo XX¹. Para otros autores, más

Martín Baña: es doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Actualmente se desempeña como profesor adjunto a cargo de la cátedra de Historia de Rusia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, como docente en la licenciatura en Historia de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y como investigador adjunto en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina. Es autor de *Una intelligentsia musical. Modernidad, política e historia de Rusia en las óperas de Musorgsky y Rimsky-Korsakov (1856-1883)* (Gourmet Musical, Buenos Aires, 2017) y de *Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin* (Crítica, Buenos Aires, 2021), y coautor de *Todo lo que necesitás saber sobre la Revolución Rusa* (con Pablo Stefanoni, Paidós, Buenos Aires, 2017).

Palabras claves: nacionalismo, Partido Comunista, Vladímir Putin, Rusia, Unión Soviética.

1. Eric Hobsbawm: *Historia del siglo XX* [1998], Crítica, Buenos Aires, 2001, pp. 7 y 13.

arriesgados, directamente significó el fin de la Historia². Más allá de los efectos que generó en la reconfiguración del mundo actual o en el ámbito de la reflexión historiográfica y filosófica, el final del país de los soviets tuvo consecuencias mucho más concretas y significativas para la propia sociedad rusa. Si para los pocos miembros de la vieja dirigencia comunista que decidieron el destino fatal del país modelado por la Revolución de 1917 significó un reposicionamiento como nueva elite capitalista, para muchos de los ciudadanos de a pie trajo la pérdida de una relativa estabilidad y la caída en la pobreza. En términos más generales, la disolución de la URSS marcó para todos ellos el fin de un proyecto común compartido; de un mundo que —a pesar de sus múltiples falencias— era conocido y familiar para todos los que lo habían habitado. Una suerte de catástrofe apocalíptica, de «fin del mundo», cuyo efecto más notorio habría sido la incapacidad de imaginar el futuro. Pero, como apunta Alejandro Galliano, ese futuro llegó inexorablemente y, «después del fin del mundo, el mundo siguió existiendo»³. Por lo tanto, quienes comenzaron a vivir en la Rusia postsoviética tuvieron que pensar un futuro para el después de ese fin del mundo, especialmente para dos cuestiones tan sensibles como

fundamentales: la reconstrucción de una identidad nacional dañada y la reconfiguración de las fuerzas de una izquierda desprestigiada. Si, como sostiene Bruno Groppo, la desaparición de la URSS provocó «una gran crisis identitaria que, desde los años 90, la sociedad rusa se ha esforzado en superar con el objeto de reconstruir una identidad aceptable»⁴, la desacreditación del proyecto comunista que también produjo el colapso generó una crisis y una desorientación política de ese espacio que las fuerzas anticapitalistas de Rusia todavía están tratando de vencer, en el marco de un fuerte control del Estado nacional y de un recrudescimiento del neoconservadurismo global.

A la búsqueda de Rusia

Luego de haber participado en el ejército que venció a Napoleón, Piotr Chaadáyev pasó una larga temporada en Europa. Al regresar al Imperio ruso, e impactado por lo que había experimentado en el continente, escribió ocho *Cartas filosóficas* que circularon por los salones literarios de Moscú. En la primera de ellas se preguntó, no sin cierta angustia, sobre los rasgos que definían a Rusia y sobre el lugar que parecía ocupar en el mundo⁵. Su respuesta fue terminante:

2. Por ejemplo, Francis Fukuyama: *El fin de la Historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

3. A. Galliano: *¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no? Breve manual de las ideas de izquierda para pensar el futuro*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2020, p. 164.

4. B. Groppo: «Los problemas no resueltos de la memoria rusa» en *Nueva Sociedad* N° 253, 9-10/2014, p. 90, disponible en <www.nuso.org>.

5. P. Chaadáyev: «Cartas filosóficas dirigida a una dama» en Olga Novikova: *Rusia y Occidente*, Tecnos, Madrid, 1997.

su país era atrasado y no había realizado ningún aporte a la civilización. Tal sentencia le valió la acusación de «in-sano» por parte del zarismo, pero dio origen al famoso debate que hacia la década de 1840 mantuvieron eslavófilos y occidentalistas respecto del destino nacional, que resultaría seminal para orientar las miradas del futuro. Esa disputa intelectual sería reciclada varias veces a lo largo de casi dos siglos cada vez que Rusia se enfrentara a una situación de crisis de identidad. La disolución de la URSS en 1991 pareció reactualizar esas ansiedades y preocupaciones, en una sociedad que se quedó sin su país y en un país que perdió su lugar de superpotencia mundial en cuestión de días.

Las respuestas ensayadas por Boris Yeltsin, el primer presidente de la Rusia postsoviética, fueron erráticas y estuvieron a tono con la implementación de la doctrina del *shock* y del neoliberalismo «salvaje»⁶. Mientras el nuevo gobierno capitalista conformado por los viejos comunistas privatizaba a precios irrisorios los bienes del Estado, desregulaba la economía y se abría a los mercados financieros internacionales, su discurso apuntó a descalificar todo aquello que remitiera a una economía centralizada y a la intervención estatal. Mientras millones de personas se empobrecían, la economía se desindustrializaba y el país perdía su estatus de potencia, el aporte de la nueva elite rusa para refundar una

identidad nacional que reemplazara a la soviética solo agregó confusión y desencanto, cuando no una ambigua revalorización del pasado imperial. En ese contexto de desconcierto, no tardaron en surgir voces que comenzaron a añorar el hasta no hacía mucho repudiado pasado soviético.

La llegada a la Presidencia de Vladimir Putin en 2000 no supuso un corte radical respecto de su antecesor. Por el contrario, sus políticas continuaron la senda impuesta por el neoliberalismo⁷, aunque favorecidas—durante la primera década— por los ingresos generados por las exportaciones de gas y petróleo. Sin embargo, cuando la economía comenzó a desplomarse por la caída de los precios internacionales de esos *commodities* y por la crisis financiera de 2008, el ex-agente de la KGB comenzó a desarrollar un discurso que apuntó a paliar esos efectos y a reconstruir el lazo social mediante el refuerzo de la identidad nacional y, vinculado con esto, el intento de reposicionar a Rusia como una potencia mundial o, al menos, como un actor que no debía soslayarse en la toma de decisiones global. El problema de la identidad nacional comenzaba a resolverse desde el Estado y con una fuerte impronta conservadora y geopolítica.

Uno de los pilares sobre los que se intentó sostener esta estrategia fue, precisamente, la idea de que Rusia debe tener un Estado fuerte, ya que

6. V., por ejemplo, Naomi Klein: *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona, 2007.

7. Ver Ilya Matveev: «Rusia, Inc» en *Open Democracy*, edición digital, 16/03/2016.

resulta fundamental no solo para el desarrollo y el bienestar del país sino también para su reposicionamiento a escala global⁸. Como complemento de esta posición –aunque a tono con una tendencia que se experimentaba mundialmente–, se desarrolló una visión conservadora del mundo y de la sociedad, manifestada en la homofobia y la xenofobia crecientes en el discurso público y en el refuerzo de los roles de género tradicionales, esto último en una alianza cada vez más estrecha con la Iglesia ortodoxa. Leyes que sancionan la «propaganda de relaciones no tradicionales» (el eufemismo elegido para referirse a la homosexualidad) son la consecuencia más visible de ello⁹. Al mismo tiempo, y en relación con lo anterior, desde el gobierno se difundió un discurso antioccidental en general y antiestadounidense en particular, que apuntaba tanto a resaltar el rol de Rusia como guardiana de valores tradicionales universales que un decadente Occidente había olvidado o pervertido –como lo demostraría allí la ampliación de derechos del colectivo LGTBI–, como también a poner freno a las constantes amenazas de avance por parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) sobre el espacio postsoviético. La anexión de Crimea en 2014 fue, tal vez, la consecuencia más drástica de este último diagnóstico¹⁰.

El ámbito donde más se puso de manifiesto esta tendencia fue un espacio tan sensible como la Historia, donde desde el Estado se combinaron dosis similares de propaganda y control. Respecto de lo primero, gracias a la acción de la Sociedad Histórica Militar Rusa (de la que forman parte el actual ministro de Defensa Serguéi Shoigu y el ex-ministro de Cultura, Vladímir Medinsky), desde 2012 han venido descubriéndose monumentos por todo el país que buscan resaltar a figuras centrales del pasado ruso, como por ejemplo la estatua de casi 20 metros de altura del príncipe Vladímir –responsable de la conversión de Rusia al cristianismo– inaugurada en 2016 frente a una de las puertas del Kremlin de Moscú, o la más polémica de Mijaíl Kalashnikov –el inventor del afamado fusil– descubierta en 2017 en el centro de la capital. Vale la pena agregar aquí el impactante monumento de Aleksandr Nevsky –el príncipe que expulsó a la Orden Teutona en el siglo XIII– inaugurado hace pocos meses en Samolva, un pueblo ubicado en la frontera con Estonia. El lugar elegido para emplazar la estatua no es inocente y su mensaje es claro: hasta allí llega la posible influencia de la OTAN. Pero también han visto la luz series de televisión en el centenario de la Revolución de Octubre, como *Peregrinación por los caminos del dolor* o *Trotsky* –ambas

8. Ver Ilyá Budraitskis: *Mir katory postroil Huntington i v kotorom zhiviom vse my*, Izdatelstvo knhizhnovo magazina «Tsiolkovsky», Moscú, 2020.

9. Ver Dan Healey: *Russian Homophobia from Stalin to Sochi*, Bloomsbury, Londres, 2018.

10. Ver Agnia Grigas: *Beyond Crimea: The New Russian Empire*, Yale UP, New Haven, 2016, pp. 27-28.

financiadas por el Ministerio de Cultura—, que presentaban la revolución como un momento de caos y desunión entre hermanos y que prevenían a los televidentes respecto de las consecuencias de una eventual revuelta social. Tal vez la máxima expresión de esta tendencia haya sido la exhibición *Rusia, mi historia*, inaugurada en Moscú en 2013 y replicada desde 2017 en varias ciudades del interior. En la muestra, conviven eventos del pasado monárquico y soviético, que son presentados a través de modernos recursos tecnológicos y audiovisuales unidos por la idea de que Rusia solo prosperó cuando contó con un Estado poderoso y unido, fuera prerrevolucionario o soviético¹¹. Dentro de este relato histórico, quedan estigmatizados momentos centrales de la historia rusa, como la Época de los Disturbios o la propia Revolución de 1917, ya que encarnarían el caos social y la dispersión institucional.

Respecto de la segunda cuestión, la situación es todavía más compleja, ya que fue escalando desde el control de los contenidos de los libros de Historia por parte del Estado desde 2015 hasta la creación en julio de este año de una Comisión Interministerial para la Interpretación de la Historia —conformada por historiadores, pero también por

miembros de las agencias de seguridad—, que habilita al gobierno a enviar representantes a encuentros académicos y de otra índole en donde la historia esté involucrada¹². El refuerzo del control historiográfico apunta sobre todo a evitar cualquier tipo de revisionismo que ponga en duda el rol jugado por la URSS en la derrota del nazismo durante la Segunda Guerra Mundial, acontecimiento que hoy ocupa un lugar central en la reconstrucción de la identidad nacional rusa¹³.

Dentro de esta estrategia identitaria que apunta a legitimar el estado actual de cosas de una economía capitalista y un gobierno conservador, el pasado comunista podía significar un problema. La solución encontrada por el Estado fue relativamente sencilla: la era soviética es considerada como parte de la larga historia rusa y, por lo tanto, debe tenerse en cuenta como un periodo más. Sin embargo, su inclusión es selectiva: en la narrativa oficial se prefiere destacar todos aquellos elementos que realzan sus logros, como el desarrollo industrial, la derrota del nazismo y la carrera espacial y, por el contrario, minimizar aquellas instancias que supusieron una expansión de la autonomía social o una amenaza a la continuidad política estatal, como el

11. Ver Marlene Laruelle: «Commemorating 1917 in Russia: Ambivalent State History Policy and the Church's Conquest of the History Market» en *Europe-Asia Studies* vol. 71 N° 2, 2019.

12. Un antecedente podría ser la Comisión Presidencial contra la Falsificación de la Historia en contra de los Intereses de Rusia, que existió entre 2009 y 2012. El decreto presidencial puede consultarse aquí: <<http://publication.pravo.gov.ru/document/view/0001202107300042?index=0&rangesize=1>>.

13. Ver Elizabeth Wood: «Performing Memory and its Limits: Vladimir Putin and the Celebration of World War II in Russia» en David L. Hoffman: *The Memory of the Second World War in Soviet and Post-Soviet Russia*, Routledge, Nueva York, 2021.

propio evento revolucionario y la Guerra Civil o el periodo de la perestroika. De hecho, el nombre elegido para bautizar la vacuna contra el covid-19 fue Sputnik v, que remite al satélite artificial producido por la URSS en 1957 y que fue el primero en ser lanzado al espacio en la historia de la humanidad.

Izquierdistas de Rusia, ¡unáense!

El fracaso de la experiencia soviética colocó sobre la izquierda una pesada mochila de la cual todavía no puede desprenderse, tanto a escala global como dentro de la propia Rusia. Términos como «comunismo» o «izquierda» quedaron desprestigiados en el discurso público no solo por la disolución de la URSS sino, sobre todo, por su asociación con un pasado que no remitía tanto a los viajes espaciales como a la eliminación del analfabetismo como al gulag y el terror estalinista. Por otra parte, el giro neoconservador que tomó el gobierno de Putin desde 2012 —a tono con lo que sucedía en otras partes del mundo— y su fuerte componente represivo —que supone la persecución de medios independientes, la condena de la protesta social y el encierro de dirigentes opositores, entre otras drásticas acciones— dificultan de manera notable la militancia de

izquierda y cualquier tipo de alternativas que apunten hacia una democratización política o una igualdad social. A su vez, y como apunta el historiador Simon Pirani, la ausencia de una tradición de acción colectiva por parte de los trabajadores y las trabajadoras —legado también de las formas de organización de la militancia soviéticas— dificultó la coordinación de las luchas durante los primeros años de la Rusia postsoviética¹⁴.

El Partido Comunista de la Federación Rusa podría haber asumido esas tareas y convertirse en una alternativa de izquierda. Sin embargo, y a pesar de enfrentar las políticas neoliberales de Yeltsin y de denunciar el empobrecimiento de la población, a lo largo de estos casi 30 años fue virando hacia posiciones más cercanas a la derecha que a la izquierda, lo cual contribuyó a dispersar no solo al electorado joven sino también a muchos de sus militantes¹⁵. Sus marchas y manifestaciones supieron combinar banderas rojas y estandartes con el martillo y la hoz junto con retratos de Stalin e íconos de la Iglesia ortodoxa rusa, lo cual lo hizo partícipe del movimiento rojipardo, que en la Rusia de la década de 1990 solía agrupar a quienes combinaban posicionamientos nacionalistas con izquierdistas, como el Partido Nacional Bolchevique liderado por Eduard Limónov¹⁶. Por otra parte, sus

14. S. Pirani: *Change in Putin's Russia: Power, Money, and People*, Pluto Press, Nueva York, 2010.

15. *Ibíd.*, p. 151.

16. Uno de los máximos dirigentes del Partido, Gennady Ziuganov, sostuvo en 2006 que el famoso Discurso Secreto de Nikita Jrushchov que denunciaba el terror estalinista había provocado más daños que beneficios, y en 2008 escribió una biografía bastante positiva sobre la figura de Stalin. Ver S. Pirani: *ob. cit.*, p. 153.

principales dirigentes suelen mantener posiciones homofóbicas y xenófobas, y si bien en la teoría se presenta como un partido opositor a Rusia Unida, el partido de Putin, muchas veces en la práctica suele funcionar como una suerte de aliado informal.

El mantenimiento de los ideales –y las prácticas– de una izquierda democrática quedó entonces relegado a unos escasos movimientos de socialistas, trotskistas, anarquistas y redes de una nueva izquierda que se mantuvieron dispersos y sin una coordinación nacional. Por su parte, la recomposición del movimiento obrero y de un sindicalismo más combativo se fue abriendo paso muy lentamente y con éxitos relativos, aunque aislados, como en la huelga de la planta de Ford de Vsevolozhsk en 2007 y el corte de ruta en Pikalevo, en la región de Leningrado, en 2009¹⁷. En los últimos años, fueron surgiendo otras formas de autoorganización como el piquete solitario, práctica que consiste en que una sola persona se manifieste con alguna pancarta en un lugar significativo con el fin de evadir las múltiples restricciones que existen para realizar marchas y manifestaciones masivas. También surgieron proyectos como Ovd-Info, una organización independiente fundada en 2011 cuyo objetivo es monitorear los casos de abusos de autoridad y detenciones por motivos políticos y proveer

asistencia jurídica¹⁸. Todas estas experiencias han tenido que enfrentar, sin embargo, severos condicionantes políticos y legales que hacen muy difícil el activismo independiente.

Sin embargo, desde 2012, el estado de cosas comenzó a cambiar, sobre todo luego de las protestas que se produjeron en ese año contra la reelección de Putin y de las masivas marchas que, a principios de 2020, se organizaron en todo el país para manifestarse en contra de la detención del líder opositor Alexéi Navalny. El Partido Comunista no pudo quedar ajeno. A pesar de cierta inercia registrada en su dirección y del acompañamiento pasivo de algunas iniciativas del gobierno, ha votado en contra de la reforma que elevaba la edad jubilatoria en 2018 y de las enmiendas a la Constitución aprobadas en este año que habilitan la reelección del presidente. Como sostienen Ilya Matveev e Ilya Budraitskis, esto permitió ampliar su base electoral con votantes más entusiasmados con esa energía opositora real que con su mixtura ideológica de nacionalismo, estalinismo y democracia social, y obligó al partido a reorientar su retórica y concentrarla más en la democracia y la justicia social¹⁹. Algunos dirigentes importantes, como Valery Rashkin –diputado de la Duma y jefe del partido en Moscú–, incluso comenzaron a tender puentes y a colaborar

17. Tony Wood: *Russia Without Putin. Money, Power and the Myths of the New Cold War*, Verso, Nueva York, 2028.

18. Su sitio web es <<https://ovdinfo.org/>>.

19. I. Matveev e I. Budraitskis: «Kremlin in Decline?» en *New Left Review*, edición digital, 29/9/2021.

con agrupaciones de izquierda que son críticas del partido²⁰. Esto, sumado a la emergencia de una joven generación de militantes –como Nikolai Bondarenko, de 35 años, dirigente comunista en Sarátov y uno de los *videobloggers* políticos más populares–, colaboró en la conformación de una alternativa democrática real de cara a las elecciones legislativas de 2021. Para ello, las listas llegaron a incluir a candidatos provenientes de otras corrientes políticas más radicales y que no estaban necesariamente afiliados al Partido Comunista.

El caso de Mijaíl Lobanov es ilustrativo en ese sentido. Lobanov tiene 37 años y es matemático y profesor en la Universidad Lomonósov de Moscú, una de las más prestigiosas del país. Se autodefine como socialista democrático y reconoce como fuente de inspiración, entre otros dirigentes, a Jeremy Corbyn y Bernie Sanders. A lo largo de su carrera, ha venido teniendo una destacada participación tanto en el sindicalismo universitario como en el activismo urbano. A pesar de no estar afiliado, el Partido Comunista aprobó su participación en las elecciones bajo su lista. Su lema de campaña fue «Un futuro para todos y no para los privilegiados», y como candidato dejó de lado las discusiones binarias y abstractas propuestas

por el gobierno y la oposición funcional y, por el contrario, se ocupó de recorrer el distrito por el que se presentaba –el ókrug administrativo occidental de Moscú– y de armar encuentros cara a cara con sus habitantes para exponer las iniciativas y los eventuales proyectos que presentaría en la Cámara Baja del Parlamento ruso, vinculados sobre todo a los problemas locales urbanos de los habitantes de la capital²¹.

Los resultados iniciales de las boletas de papel dieron como ganador a Lobanov, quien enfrentaba a Evgeny Popov, un destacado presentador televisivo que contaba con toda la maquinaria electoral y propagandística de Rusia Unida detrás. Sin embargo, cuando llegaron –con un sospechoso retraso– los votos electrónicos, la contienda se definió a favor del candidato oficialista, como sucedió prácticamente en toda la capital rusa²². Las denuncias por fraude no se hicieron esperar y, a pesar de las protestas convocadas por los participantes afectados para cancelar la elección, el gobierno no mostró ninguna voluntad por revisar el resultado final. Por el contrario, apenas una semana después reforzó su veta autoritaria e incluyó a varias organizaciones independientes, como la ya mencionada OVD-Info, dentro del registro de «agente extranjero»

20. Ver Radhika Desai y Boris Kagarlitsky: «Putin, Navalny, and the Left: The Coming Political Crisis in Rusia» en *The Real News Network*, 16/4/2021.

21. Las referencias fueron tomadas de la entrevista realizada por Dmitry Sidorov: «Mijaíl Lobanov: 'Nuzhny razgovory i peregovory'» en *Open Democracy*, 24/8/2021. [Hay versión en inglés: «A Democratic Socialist Running for Russian Parliament. What Could Go Wrong?» en *Open Democracy*, 1/9/2021].

22. Se puede consultar el mapa que contrasta los resultados antes y después de la suma de los votos electrónicos en «Jrónika zaplarinovannoy krashchi» en *Rabkor*, 27/9/2021, <http://rabkor.ru/columns/editorial-columns/2021/09/27/chronicle_of_a_planned_theft/>.

—lo cual dificulta enormemente su funcionamiento, además del estigma social— y detuvo con acusaciones insólitas a diversos activistas, como el destacado intelectual y militante de izquierda Boris Kagarlitsky. Más allá de esto, las elecciones vinieron a mostrar no solo un mayor descontento con el elenco gobernante sino, sobre todo, un creciente apoyo al Partido Comunista, que es hoy el partido de la oposición legal con mayor caudal de votos —cercano a 20%— y que, gracias a la presión de las bases, parece radicalizar lentamente su discurso y su accionar para volver a colocarse como una alternativa real de izquierda.

Si el gobierno solo atina a reforzar su carácter nacionalista, conservador

y dictatorial con el fin de reconstituir el lazo social, acallar a la oposición y disimular su incapacidad de hacer frente a la crisis económica y social que ya lleva varios años —y que se reforzó con la pandemia—, las fuerzas de izquierda parecen reacomodarse y unificar sus luchas en pos de la reconstrucción de un país —y un mundo— mejor. A 30 años de la disolución de la URSS, la nueva Rusia se debate entre la reactualización dosificada de un pasado soviético e imperial encarnado en el Estado y el diseño creativo de un futuro imaginado para todos y no solo para unos pocos. La lucha es desigual, pero su resolución todavía está abierta. ☒

revista CIDOB d'
afers
internacionals

Septiembre de 2021

Barcelona

Nueva época Nº 128

PREVENIR EL EXTREMISMO VIOLENTO EN EUROPA
APROXIMACIONES, MÉTODOS Y ESTRATEGIAS
Coordinado por Moussa Bourekba y Diego Muro

ARTÍCULOS: Introducción: ¿cambio de paradigma? Del antiterrorismo a la prevención del extremismo violento (PEV), **Moussa Bourekba** y **Diego Muro**. Del terrorismo al extremismo: las políticas de prevención del extremismo violento en Europa, **Alice Martini** y **Laura Fernández de Mosteyrín**. Las políticas de la UE para la prevención del extremismo violento: ¿un nuevo paradigma de acción?, **Santina Musolino**. La desradicalización en Alemania: prevenir y combatir el extremismo violento, **Daniel Koehler**. Detectar para prevenir: las estrategias para combatir el extremismo violento en España, **Moussa Bourekba**. La lucha contra la radicalización en Francia: de la experimentación a la profesionalización, **Fatima Lahnait**. Prevención del extremismo violento en los Países Bajos: una panorámica de su *enfoque general*, **Floris Vermeulen** y **Koen Visser**. El alcance y los límites de la lucha contra el extremismo violento en el Reino Unido, **Tahir Abbas**. Prevención de la polarización social, el racismo y la xenofobia en conflictos vecinales en Barcelona, **Anabel Rodríguez Basanta** y **Aida Guillén Lanzarote**. Literatura dialógica en la prevención del extremismo violento: el discurso de odio ustacha, **Verónica Yazmín García Morales**, **Josep Baqués Quesada** y **Xavier Torrens**. RESEÑAS DE LIBROS.

Revista CIDOB d'Afers Internacionals es una publicación académica cuatrimestral de relaciones internacionales y desarrollo de la Fundación CIDOB, c/ Elisabets, 12 - 08001 Barcelona, España, Tel. (+34) 93 302 6495. Se edita en formato impreso y digital. Página web: <www.cidob.org/publicaciones/filter/53216>.

Summaries

Resúmenes en inglés

Augusto Barrera G.: Ecuador: The Labyrinths of Guillermo Lasso [4738]

The Ecuadorian president is in the midst of a multi-dimensional crisis, exacerbated by the Pandora Papers leaks and his weak parliamentary representation. However, the divisions in the progressive camp and the support of the establishment give him some space to promote a government that moved away from the revamped image of the electoral campaign and approached that of neoliberalism of the 90s.

Keywords: Austerity, Insecurity, Protests, Guillermo Lasso, Ecuador.

Cyryl Ryzak: Times of Discontent in Belarus [4739]

The Belarusian model distinguishes itself from its post-Soviet counterparts in maintaining a large public sector in the economy, associated with the personal power of Aleksandr Lukashenko, president since 1994. Following the 2020 elections, a broad protest movement, which included industrial workers, has challenged the presidential power.

Keywords: Protests, Repression, Unions, Alexandr Lukashenko, Belarus.

Roger Chartier: Reading in Times of Pandemic [4740]

Many of the transformations in the ways of reading, such as the digitization of formats, originated long before the Covid-19 pandemic, but that «event» exacerbated the crisis of bookstores and contributed to concentration processes on book market, with the rise of global supermarkets like Amazon.

Keywords: Books, Bookshops, Event, Pandemic, Reading.

Juan Villoro: Window to the Virus: The Shapes We Don't See [4741]

Who will write the novel of the pandemic?, the author asks himself in this essay in which he goes through the months of confinement, waiting, and viruses through a number of images taken from universal literature and from his own experiences. Finally, as he notes, the human race does not survive in silence: the first thing we do when we avoid a cataclysm is comment on it.

Keywords: Biopolitics, Novels, Pandemic, Reading, Waiting, Mexico.

Martín Kohan: The Distance, the Future, the Death [4742]

«Distancing», «future» and «death» are undoubtedly some of the key words of the pandemic, which are projected towards the «new normal». Covid-19 confronts us with what will last and will be erased and, also, with false memories of this exceptional situation.

Keywords: Death, Distance, Future, Memory, Pandemic, Argentina.

Ana Longoni: Parir/Partir [Give Birth/Leave] [4743]

Based on a fictional exercise, Ana Longoni proposes a personal chronicle to investigate the duels, distances, and fears that the Covid-19 pandemic unleashes, and the web of affections, decisions and rituals of care, dreams, memories and spectral presences that sustain us. It is a matter of inventing other ways of contact and relationship, of creating bubbles in which new communities of life are possible (albeit fleetingly).

Keywords: Affections, Care, Contagion, Covid-19.

Alejandro Katz / Nicolás Kwiatkowski: Loneliness and Pandemic: A Dialogue with Claudia Hilb [4744]

Keywords: Confinement, Covid-19, Mundanity, Pandemic, Loneliness.

Peio H. Riaño: Will Cultural Heritage Survive? Climate Change and Pandemic [4745]

Global warming places cultural heritage in front of numerous challenges that are just beginning to be discussed. Meanwhile, the Covid-19 pandemic affected economies and reduced budgets but, at the same time, it was an exercise in how it would be possible to put limits on mass tourism in especially vulnerable areas.

Keywords: Climate Change, Conservation, Covid-19, Cultural Heritage.

Cristina Rivera Garza: Instructions for Opening a Door [4746]

What will it be like now to be out there, in public, in front of someone else's unheard-of body again? We open the door. We do not stop because once a door is opened there is no way to unopen it, and everything enters: fear, of course, but above all the air, the taste, the joy...

Keywords: Contagion, Door, Fear, Pandemic.

María Fernanda Ampuero: Fog [4747]

This story takes us to the strangest and most intense days of confinement, interpersonal relationships and stress, but also of small loving gestures and the material and emotional «survival kits» that everyone could equip themselves with.

Keywords: Fiction, Fog, Pandemic, Role Play, Sex, Survival.

Benjamin Bratton: How to Avoid Collapse [4748]

There is no way around it than to embrace «the artificial». The plan is to *terraform*, not other planets or their satellites, as science fiction thought in the past, rather the Earth itself. This is the thesis of the book *The Terraforming: Program for the Design of a Viable Planetary Condition*, published shortly before the pandemic – as «revenge of the real» – made the image of collapse familiar.

Keywords: Climate Change, Collapse, Planetary, Technology, Terraforming.

Santiago Alba Rico: The Return of the Plague: Pansindemic and Normality [4749]

The pandemic is part of a horizon of normality that had already gone through five historical developments: disembodiment, globalization, de-democratization, ecological pre-collapse, and technological confinement. But while other «plagues», such as wars, are familiar to us – and even fuel creativity and epic – Covid-19 is much less familiar, and we no longer remember the old plagues, while the impossibility of building a common narrative leaves us politically defenseless.

Keywords: Capitalism, Covid-19, De-Democratization, Normality, Pansindemic.

Iván de la Nuez: The Next (Hypernormal) Museum [4750]

Everything was forever, until it was no more. The phrase used in a book about

the fall of the Soviet Union three decades ago could apply to museums. They have long since imploded, but the old tricks keep them «alive».

Keywords: Art, Hypernormalization, Museums, Pandemic.

Íñigo Errejón: What I Learned from the Pandemic [4751]

We live in countries where growing inequality has eroded ties of civic solidarity and empathy, where individualization and fragmentation have broken community ties. And suddenly we realized that the institutions and the «essential» people were the ones that have been mistreated the most in the last decades.

Keywords: Welfare State, Pandemic, Planet, Social Reconstruction.

Martín Baña: Who Misses Communism? Russia 30 Years after the Dissolution of the Soviet Union [4752]

The collapse of the Soviet Union in 1991 had an immediate impact on the world system. In the Russian territory itself, it produced important dislocations in all spheres of social life, which were slowly overcome over the last three decades. The Putin system has been rewriting history with a vision that seeks to connect the glorious pre-revolutionary moments with the Soviets.

Keywords: Communist Party, Nationalism, Vladimir Putin, Russia, Soviet Union.

Diálogo y Paz

Un espacio de análisis y debate comprometido con el diálogo y la búsqueda de soluciones pacíficas frente a las coyunturas políticas críticas que atraviesa América Latina.

mediación
análisis seguridad
geopolítica diálogo Colombia
política paz diplomacia crisis
estrategia Venezuela polarización
México debate
América Latina

<https://nuso.org/dialogo-y-paz/>

Alemania: F. Delbanco, Tel.: (49 4131) 2428-8, e-mail: <post@delbanco.de>.

Argentina: Distribuidor: Jorge Waldhuter, Pavón 2636, Buenos Aires, Tel./Fax: (5411) 6091.4786, e-mail: <hola@waldhuter.com.ar>.

Bolivia: en La Paz: Yachaywasi, Tel.: (591) 2 2441.042, e-mail: <yachaywa@accelerate.com>. En Santa Cruz de la Sierra: Lewyllibros, Junín 229, Tel.: (591) 3 3360709.

Colombia: Librería Fondo de Cultura Económica, Calle 11 No. 5-60, Barrio La Candelaria, Bogotá, Colombia. Tel.: (571) 2832200, e-mail: <libreria@fce.com.co>.

Costa Rica: Librería Nueva Década, Tel.: (506) 2225.8540, e-mail: <ndecada@ice.co.cr>.

Ecuador: LibríMundi, Tel.: (5932) 252.1606, 223.4791, e-mail: <librimu1@librimundi.com.ec>.

España: Marcial Pons-Librero, Tel.: (34 914) 304.3303, e-mail: <revistas@marcialpons.es>.

Japón: Italia Shobo, Fax: 3234.6469; Spain Shobo Co., Ltd., Tel.: 84.1280, Fax: 84.1283, e-mail: <info@spainshobo.co.jp>.

Perú: El Virrey, Bolognesi 510, Miraflores, Lima, Tel.: 444.4141, e-mail: <info@elvirrey.com>.

Puerto Rico: Laberinto, 251 calle de la Cruz, San Juan, Tel.: (787) 724.8200, e-mail: <info@librerialaberinto.com>.

Ventas y consultas por internet:
<www.nuso.org>

Distribución internacional a librerías:
<distribucion@nuso.org>

PARA SUSCRIBIRSE A NUEVA SOCIEDAD

SUSCRIPCIÓN	ANUAL	BIENAL
Incluye flete aéreo	6 números	12 números
América Latina	US\$ 70	US\$ 121
Resto del mundo	US\$ 107	US\$ 196
Argentina	\$ 2.900	\$ 5.800

> Formas de pago

1. **Pago online:** Ingrese en <<http://www.nuso.org/suscribe.php>>, donde encontrará un formulario para registrar su pedido y efectuar el pago.

2. **Pago con tarjeta de crédito:** Solicite instrucciones a <distribucion@nuso.org>

3. **Pago con cheque:** Envíe un cheque por el importe correspondiente a la orden de **Fundación Foro Nueva Sociedad** a la siguiente dirección: Nueva Sociedad, Humberto Primo 531, C1103ACK Buenos Aires, R. Argentina, acompañado de los datos del suscriptor (nombre, domicilio postal completo, teléfono, correo electrónico).

> Para otros medios de pago y cualquier otra consulta, escriba a <distribucion@nuso.org>.

¿QUÉ SABEMOS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL?

COYUNTURA

María Victoria Murillo. Protestas, descontento y democracia en América Latina

TRIBUNA GLOBAL

Ahmet Insel. La Turquía de Erdoğan: un autoritarismo electivo y autocrático

TEMA CENTRAL

Enzo Ferrante. Inteligencia artificial y sesgos algorítmicos. ¿Por qué deberían importarnos?

Martín Ariel Gendler. Internet, algoritmos y democracia. ¿Del sueño a la pesadilla?

Sofía Scasserra. La desigualdad automatizada. Industrialización, exclusión y colonialismo digital

Leonardo Fabián Sai. ¿Qué es el capital cibernético?

Sebastián Sanjurjo. Hacia un mundo digitalizado

Juan Manuel Ottaviano. La amenaza fantasma. Inteligencia artificial y derechos laborales.

Daniela Muradas Antunes. Inteligencia artificial: el derecho y el revés

Carolina Martínez Elebi. Inteligencia artificial aplicada a la salud. Luces y sombras

Johanna Caterina Faliero. Limitar la dependencia algorítmica. Impactos de la inteligencia artificial y sesgos algorítmicos

Paul Nemitz. La democracia en la era de la inteligencia artificial

ENSAYO

Christophe Prochasson. El socialismo, una cultura

SUMMARIES

AGITACIÓN EN AMÉRICA LATINA

COYUNTURA

Colette Capriles. Venezuela: ¿alcanzarán los nuevos incentivos para negociar?

TRIBUNA GLOBAL

Guadalupe González / Mónica Hirst / Carlos Luján / Carlos A. Romero / Juan Gabriel Tokatlian. Afganistán y América Latina frente a la primacía desafiada de Estados Unidos

TEMA CENTRAL

Bernabé Malacalza. América del Sur: una periferia convulsionada.

Elisabeth Möhle / Daniel Schteingart. Hacia un ecodesarrollismo latinoamericano

Jorge Atria / Cristóbal Rovira

Kaltwasser. Las élites chilenas y su (des) conexión con la sociedad

Zarai Toledo Orozco. Una guía para entender el Perú de Pedro Castillo

Francisco J. Cantamutto / Martín

Schorr. Argentina: las aporías del neodesarrollismo

Arnold Antonin. El magnicidio de Jovenel Moïse. ¿Un golpe dentro del golpe?

Jessica Dominguez Delgado.

El pueblo, el gobierno y las realidades paralelas en Cuba

Gilles Bataillon. Nicaragua, ¿una dinastía acorralada?

Fernando Pairican. Los horizontes autonomistas del movimiento mapuche.

Benjamin Moallic. El Salvador: un autoritarismo millennial

ENSAYO

Laura Fernández Cordero. Un ejercicio de memoria feminista.

SUMMARIES



NUEVA SOCIEDAD | 296

¿Normalidad después de la peste?

COYUNTURA

Augusto Barrera G. Ecuador: los laberintos de Guillermo Lasso

TRIBUNA GLOBAL

Cyril Ryzak Tiempos de descontento en Bielorrusia

TEMA CENTRAL

Roger Chartier Leer en tiempos de pandemia

Juan Villoro Ventana al virus: las formas que no vemos

Martín Kohan La distancia, el futuro, la muerte

Ana Longoni Parir/partir

Alejandro Katz | Nicolás Kwiatkowski Soledad y pandemia. Un diálogo con Claudia Hilb

Peio H. Riaño ¿Sobrevivirá el patrimonio cultural? Cambio climático y pandemia

Cristina Rivera Garza Instrucciones para abrir una puerta

María Fernanda Ampuero Neblina

Benjamin Bratton Cómo evitar el colapso

Santiago Alba Rico El regreso de la Peste. Pansindemia y normalidad

Iván de la Nuez El museo (hipernormal) que viene

Íñigo Errejón Lo que aprendí de la pandemia

ENSAYO

Martín Baña ¿Quién extraña el comunismo? Rusia a 30 años de la disolución de la URSS